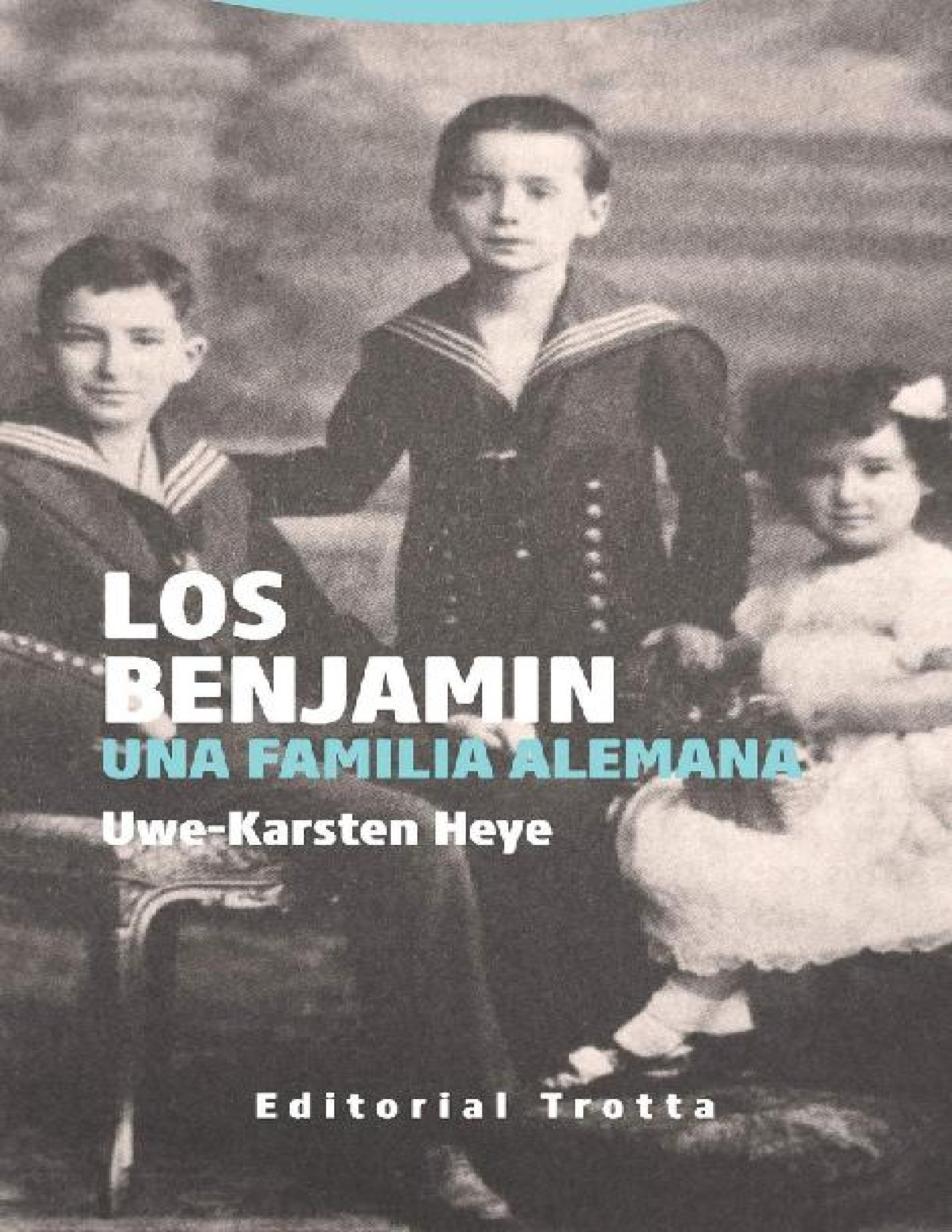


LOS BENJAMIN

UNA FAMILIA ALEMANA

Uwe-Karsten Heye

Editorial Trotta

Los Benjamin
Una familia alemana

Uwe-Karsten Heye

Traducción de Jordi Maiso

E D I T O R I A L T R O T T A

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda de Goethe-Institut, institución financiada por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

TIEMPO RECOBRADO

Título original: Die Benjamins. Eine deutsche Familie

Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

ISBN (e-pub): 978-84-9879965-1

CONTENIDO

PREFACIO

Los Benjamin son los hermanos Walter y Georg y su hermana Dora, hijos de una familia judía de la alta burguesía de Berlín. Sus padres, Emil y Pauline Benjamin, no llegaron a vivir el hundimiento del mundo que habían conocido después de 1933. Fallecieron antes, en los años veinte. Los hermanos Benjamin se opusieron valientemente al terror nacionalsocialista y pagaron por ello con sus vidas. En los documentos y en las numerosas cartas que se han conservado, custodiadas y ordenadas por la mujer de Georg, Hilde Benjamin, y —tras su muerte— por su hijo Michael, puede seguirse la pista de su resistencia contra el nacionalsocialismo, cuyo carácter homicida no tardaron en reconocer.

Cuando el Ejército Rojo entró en Berlín y puso fin a los bombardeos, Hilde Benjamin y su hijo Michael eran los únicos supervivientes de la familia en Alemania. A Michael la victoria de los aliados le salvó la vida. Para los nazis era un «mestizo de primer grado»; su padre Georg era judío, médico y comunista. El hermano de Georg, Walter Benjamin, era escritor, crítico literario y filósofo. Dora había destacado por sus ensayos de crítica social.

El año de nacimiento de Walter Benjamin fue 1892, su cuñada Hilde Benjamin falleció en 1989. Entre ambas fechas media un siglo alemán atravesado por un rastro de sangre que comenzó con las conquistas coloniales del clan de los Hohenzollern antes de 1914 y se interrumpe con la carnicería de las dos guerras mundiales. La responsabilidad de los alemanes en ambas guerras es innegable, y eso se refleja en el destino y en los caracteres de los hermanos Benjamin.

Después de 1945 llegó una frágil paz fría. La escisión del mundo en Este y Oeste y la división de Europa. Comenzaba una guerra de palabras más que de armas, que sin embargo también podía destruir vidas humanas. Hilde Benjamin se vio directamente afectada. En Alemania Occidental, los

dirigentes administrativos y políticos del nacionalsocialismo habían permanecido en sus cargos y mantuvieron el mismo ademán antibolchevique que llevaban doce años poniendo en práctica. La Guerra Fría y la anexión de Europa del Este a la esfera de influencia soviética crearon un clima que facilitó que se silenciaran el régimen del terror del Estado hitleriano y la responsabilidad de los alemanes en él.

De ahí que, en la algarabía de la propaganda política entre Este y Oeste, la República Democrática Alemana (RDA) se convirtiera en la encarnación de todo lo malo. Su mera existencia debía ayudar a olvidar las atrocidades nazis y sin duda permitió que pasaran a un segundo plano. Todo criminal nazi condenado se convertía inmediatamente en víctima del «sistema de injusticia» de la RDA y de Hilde Benjamin, que como vicepresidenta del Tribunal Supremo y —desde 1953— ministra de Justicia de Alemania Oriental, era la responsable de la prosecución por vía penal de los criminales nazis. En cambio, no causó ningún revuelo que, después de la prohibición del Partido Comunista Alemán (Kommunistische Partei Deutschlands, KPD) en el Oeste, se iniciaran varios miles de procesos contra sus miembros y funcionarios. Las convicciones políticas eran de nuevo objeto de persecución penal. En Alemania Occidental, durante la posguerra, todo lo que estuviera a la izquierda del centro resultaba políticamente sospechoso. Las viejas/nuevas élites eran garantía de continuidad.

El hecho de que en Alemania Occidental los responsables del nazismo pudieran continuar imperturbables en las instituciones y en la administración, en la justicia y en la economía, no quedó sin consecuencias. Por ejemplo, el personal de la Bundeskriminalamt (BKA) [Oficina Federal de Investigación Criminal], fundada a comienzos de los años cincuenta, apenas se distinguía del de la Reichssicherheitshauptamt [Oficina Central de Seguridad del *Reich*], la central del terror del Estado nazi. Un estudio de tres tomos recientemente publicado —encargado por la propia BKA — revela que en 1959 la mitad de sus dirigentes habían sido miembros de las SS o integrantes de unidades especiales de la policía implicadas en los asesinatos masivos tras las líneas del frente de Rusia. De ahí que las investigaciones de la Oficina siempre resultaran «infructuosas» cuando se trataba de esclarecer sucesos relacionados con la extrema derecha o los neonazis. Las semejanzas con los «obstáculos» que han entorpecido las investigaciones sobre los asesinatos perpetrados por el grupo

Nationalsozialistischer Untergrund (NSU) [Clandestinidad Nacionalsocialista] en nuestros días son asombrosas: signo de una ceguera de la justicia que persiste aún hoy. Hasta bien entrados los años sesenta del pasado siglo, la República Federal Alemana parecía a veces la puesta en escena de un idílico regreso a la época nazi, muy al estilo del cine patriótico —solo que sin Hitler y Goebbels—.

El intento de saldar cuentas con el nacionalsocialismo a nivel jurídico comenzó en Núremberg. En los trece procesos que tuvieron lugar ante el tribunal de los fiscales aliados fueron juzgados representantes del Partido, de la economía y del ejército, responsables de las montañas de cadáveres de los campos de exterminio y de poner en marcha guerras de rapiña. El proceso de desnazificación de los perpetradores y sus cómplices, iniciado por las potencias aliadas que habían ganado la guerra, resultó sumamente impopular y quedó enseguida en manos de los tribunales alemanes. No tardó en convertirse en una farsa y su actividad fue pronto suspendida de forma definitiva. El parlamento aprobó una serie de leyes que en última instancia vinieron a suponer la amnistía de las élites dirigentes del nazismo, y que en todo caso les permitieron continuar en sus cargos.

Eso explica el escaso o nulo interés de las redacciones periodísticas de la República Federal por enfrentarse con el pasado nacionalsocialista: estaban plagadas de antiguos nazis —a diferencia de lo que ocurría en la RDA —. La confrontación crítica con el pasado era un virus que no debía expandirse. Hilde Benjamin, que sin duda dio motivos para ser objeto de crítica, fue uno de los blancos predilectos de las campañas que aspiraban a ofrecer una imagen tan negativa del régimen del Partido Socialista Unificado Alemán (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, SED) que a su lado las atrocidades del Estado de las SS parecían perder importancia. Una visión de la historia tendenciosa y ciega que aún hoy persiste.

Hasta 1972, con el primer discurso del canciller Willy Brandt sobre el estado de la nación, no se admitió que los dos Estados alemanes abordaban el nacionalsocialismo de modos muy diferentes. En los materiales publicados por el Ministerio de Relaciones Intraalemanas podía leerse que la RDA se había ocupado de eliminar a los dirigentes nacionalsocialistas de sus puestos en la justicia, la economía, las universidades y los medios. De ahí que, cada vez, más antiguos nazis huyeran de la RDA , pues sabían que en la República Federal no tendrían que temer ninguna persecución. Tras la quiebra de civilización que supuso el régimen de Hitler, Adenauer no creyó

necesario implementar algo así como una autodepuración, y eso afecta a la higiene política del país hasta hoy. Los expedientes de los criminales nazis que lograron huir al extranjero —como Klaus Barbie o Adolf Eichmann— siguen siendo a día de hoy documentos confidenciales. Eso significa que deben permanecer en secreto en interés de la República Federal Alemana, lo que impide que la opinión pública pueda conocer el papel que jugó en ello el Bundesnachrichtendienst (BND) [Servicio Federal de Inteligencia], con sede en Pullach (Baviera).

Después de la muerte de Hilde Benjamin en abril de 1989, su hijo Michael, su mujer Ursula y sus hijos —ya adultos—, se encontraron en 1990 en la Alemania unificada. Allí crecerían sus nietos, por entonces recién nacidos. Para ellos, la RDA sería ya un asunto de los libros de historia. Sin embargo, aún es difícil mirar atrás sin prejuicios y considerar de forma históricamente adecuada la división de Alemania en RFA [República Federal Alemana] y RDA , así como evaluar el papel y la función que la Guerra Fría asignó a ambos Estados.

La psicoterapeuta berlinesa Anette Simon se ha referido a los dos Estados como «gemelos alemanes, hijos de la madre Alemania y el padre Fascismo». Ahora que están unidos, el material genético del padre Fascismo vuelve a emerger. De nuevo se hacen notar los tonos nacionalistas y las tendencias de extrema derecha. Una vez más se subestima o se minimiza el ultraderechismo. Se trata de una tradición arraigada y que nunca ha sentado bien a los alemanes. La tendencia a seguir dividiendo el país unificado en Este y Oeste y a señalar con el dedo a la otra parte como única responsable de la persistencia de tendencias nacionalsocialistas ha contribuido a que la división externa haya dejado paso a una escisión interna en la Alemania unificada. También por eso se ha escrito este libro.

Los Benjamin y sus vidas permiten recordar que desde 1871 —el año de la fundación del segundo *Reich* — no ha habido muchos momentos en los que Alemania despertara buenos sentimientos. Uno de ellos fue la revolución incruenta de 1989. Entonces fue la gente la que tomó el destino en sus manos y conquistó las calles. El hecho de que eso pudiera ocurrir sin derramamiento de sangre y que, con todo, pudiera adquirir una fuerza revolucionaria fue un regalo que tenemos que agradecer ante todo —si no exclusivamente— a los ciudadanos de la RDA . Sin embargo, lo que los distintos grupos de la oposición anhelaban entonces y lo que querían aportar a una Alemania unida ha permanecido en buena medida sin ser escuchado.

Parte de sus demandas merece aún que se les ponga el sello: «A presentar de nuevo».

Potsdam, invierno de 2014

Capítulo 1

INFANCIA HACIA 1900. UN PRÓLOGO

Ahí están: Georg y su hermano mayor Walter, y la hermanita Dora sentada sobre una mullida piel. Junto a ellos, cuatro primos miran a la cámara. Presumiblemente tuvieron que esperar un tiempo, todos concentrados, hasta que la artista Lili Strauss logró capturar en el aparato la fotografía tomada con flash de magnesio. Georg Benjamin está a la izquierda, con su mano derecha apoyada sobre el reposabrazos de una silla estilo Chippendale, que en el momento de la foto era mucho más antigua que la suma de las edades de todos los niños. Estos tienen entre uno y once años. Sobre la silla, como dos muñequitas, están las dos primas pequeñas; a la derecha, junto a Walter, las dos mayores; en primer plano, delante de todos, Dora. Una fotografía del año 1906.

Es una manifestación de complacencia burguesa. Los vestiditos blancos, las falditas cuidadosamente drapeadas y ligeramente alzadas dan brío a la foto: moda para niños hacia 1906, de chintz y con fino encaje de bolillos. Las más pequeñas llevan lacitos y zapatos de charol, las mayores, vestidos con patrón de patas de gallo y cuello blanco, amplio y cerrado. Gertrud es un año mayor que Georg, que nació el 10 de septiembre de 1895, tres años después que Walter. Los chicos llevan trajes de marinero.

Dos familias judías: la hermana de Pauline Benjamin, cuyo apellido de soltera era Schönflies, se había casado y había pasado a formar parte de la familia Chodziesner. En los años veinte la prima Gertrud Chodziesner llegaría a escribir poesía con el nombre artístico de Gertrud Kolmar. En 1933 sus libros de poemas arderían en las piras de los nazis. Los niños de la

familia Benjamin son Walter, Georg y Dora. Un grupo de niños en el ajado álbum de fotos de una época que solo ocho años más tarde daría paso a la primera gran guerra mundial.

La guerra y la posguerra marcarían decisivamente la vida de estos niños. En el momento de esta fotografía aún predominaba el optimismo del *Gründerzeit* , los años del gran desarrollo económico alemán. Los avances de la industrialización y los primeros pasos de la navegación aérea ocupan las primeras páginas de los periódicos. No tenemos constancia de si los niños de los Benjamin fueron a Tegel en mayo de 1906, como hicieron miles de familias berlinesas. Allí hubieran visto despegar el primer globo aerostático «semirrígido», y hubieran podido tener la sensación de estar asistiendo al despuntar de una nueva era. El mismo año se celebró la primera vuelta ciclista a la ciudad de Berlín.

Cabría presumir que Emil Benjamin, el padre, habría leído en el diario *Vossische Zeitung* las noticias sobre el congreso del Partido Socialdemócrata en Mannheim en 1906 —siempre que los diarios burgueses hubieran informado de ello—. En cualquier caso, allí se produciría nada menos que la separación entre partido y sindicatos, a la que se había opuesto con fuerza el ala izquierda del partido, con Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky. Pese a todo, la separación fue ratificada por una amplia mayoría. En la resolución puede leerse: «Los sindicatos son indispensables y constituyen una organización necesaria para mejorar la situación de la clase trabajadora en Alemania dentro de la sociedad burguesa; no son menos necesarios que el Partido Socialdemócrata».

Fueran cuales fueran las ideas políticas de Emil Benjamin, hay constancia de su interés por la cultura. Él y Pauline visitaron tanto la Nationalgalerie como el Neues Museum para disfrutar de la exposición «Un siglo de arte alemán, 1775-1885», que se celebró en 1906. En ella se reunieron más de dos mil imágenes y trescientos dibujos que atrajeron a la burguesía culta de Berlín. Y en 1906 comenzó también la carrera de la cabaretista Claire Waldoff, procedente de la cuenca del Ruhr, pero adoptada por los berlineses, cuyas canciones aún hoy siguen teniendo su público.

Todo eso ocurrió en el mismo año en que se tomó esta fotografía de los niños de dos familias de judíos asimilados de la alta burguesía, que debería mostrar una coexistencia armónica y que, sin embargo, irradia más bien mera contigüidad. En su libro *Infancia en Berlín hacia 1900* , que seguiría reelaborando hasta su época como emigrante en París —lo que ha llevado a

ediciones distintas, no siempre coincidentes—, Walter Benjamin describe todo lo contrario de lo que pretendía mostrar esta fotografía con su cuidada disposición.

En breves capítulos, en la edición que tengo ante mí, Benjamin ordena su infancia con un lenguaje denso y depurado de toda leyenda, sin esas narraciones de travesuras comunes o aventuras con amigos o hermanos que tan a menudo acompañan los recuerdos de infancia. El hermano y la hermana, las primas, los padres y los abuelos hacen su aparición en el libro, «pero solo como sirvientes a la sombra de las cosas, nunca como personas», como escribió un crítico inglés sobre *Infancia en Berlín hacia 1900* .

La figura de la madre flota lejanísima, como un hada, en los primeros años del niño. Para él es una belleza que le sigue robando el aliento cuando recuerda su infancia. Incluso cuando se limita a contar que los padres salían de casa para ir a una fiesta deja traslucir hasta qué punto la admiraba. Escribe: «En las noches en que ella se disponía a salir me consolaba cuando me tocaba con las puntillas negras de su mantilla, que ya se había colocado. Me encantaba, y por eso me resistía a dejarla marchar. […] Cuando mi padre la llamaba desde fuera, su partida me llenaba de orgullo por dejarla ir a la fiesta tan radiante. Y en la cama, poco antes de quedarme dormido, comprendía la verdad de un dicho que no conocía: ‘Cuanto más avanzada la noche, más brillantes los invitados’».

En los recuerdos de infancia de Walter, Emil Benjamin es el padre lejano y a menudo ausente. Había logrado hacer fortuna gracias a un floreciente negocio de antigüedades. Viajaba a menudo a París para comprar allí alfombras y muebles que seleccionaba con pericia de experto y que vendería luego en el mercado de antigüedades de Berlín. Es posible que eso despertara en Benjamin la curiosidad por esa lejana metrópolis que llegaría a ser su ciudad preferida. En sus recuerdos de estos años, que van desde su nacimiento en 1892 hasta cerca de 1912-1913, y que se han condensado hasta convertirse en diminutos capítulos, deja claro hasta qué punto creció rodeado de atributos de bienestar material.

Para el pequeño Walter la vida desahogada y el lujo son algo obvio, a lo que no hace excesivo caso. Pero llaman la atención del lector cuando Walter escribe sobre los preparativos para una velada con invitación a cenar en casa de los Benjamin: «Accionando un tirador, la mesa del comedor se desplegó y apareció un tablero, abierto mediante dos bisagras, que cubría el espacio entre las dos mitades, de manera que hubiera espacio para treinta

comensales». Walter ayudó a poner la mesa con utensilios «como las pinzas de bogavante o el abreostras». Menciona copas de cristal verde para el vino blanco, otras copas de vino para el oporto, más cortas y finamente talladas, copas de cava de filigrana y saleros con forma de tonelitos de plata y tapones de botella con forma de «pesados gnomos y animales de metal pesado. Y, finalmente, me permitieron colocar encima de una de las muchas copas de cada cubierto una tarjeta que indicaba al invitado el lugar que le esperaba».

Pero cuando se acercaba la noche y la mesa debía estar a la altura de su esplendor, cuyo disfrute estaba reservado a los invitados, «aquel brillo, aquel encanto que me había augurado por la tarde se cubría con un velo. Y si mi madre, pese a haberse quedado en casa, entraba un momento para darme las buenas noches, sentía doblemente el regalo que me dejaba otros días sobre el edredón: saber de las horas que le reservaba aún el día, un saber que yo me llevaba conmigo al sueño, como en su día hiciera con la muñeca».

Con todo, en los recuerdos de infancia de Walter Benjamin ni siquiera la madre llega a cobrar una forma definida. ¿Acaso pudo haberse sentido como un hijo único? ¿Quizá por ser un niño que siempre tuvo una salud delicada? En una ocasión tuvo que pasar más de tres meses convaleciente, sin ir a la escuela. Ya de niño era extremadamente miope. Más tarde, el internado le alejaría del hermano y la hermana. Y además estaba la diferencia de edad: tres años mayor que el hermano, nueve mayor que la hermana. Con la llegada de la pubertad, que por entonces comenzaba más tarde que hoy, este niño solitario debió de considerar que el hermano y la hermana eran demasiado infantiles como para poderles considerar sus confidentes o interlocutores.

Está claro que los hermanos Benjamin no pasaban mucho tiempo con sus padres. Los sustituía la niñera, más tarde la institutriz. No es de extrañar que el propio Walter percibiera como un singular regalo la fugaz cercanía de la madre por la noche, cuando ya estaba en la cama: una rápida caricia en el pelo o un huidizo beso, apenas su aliento, en la mejilla. Lo disfrutaba como un galardón, que al mismo tiempo estaba unido a su anhelo insatisfecho de ternura y atención. Así es como este chico, al que todos describen como introvertido, desarrolló una viva fantasía, especialmente referida al mundo de objetos que lo rodeaba, un mundo en el que la madre aparecía a veces de forma vaga. Un amigo lo describe como «un niño

excéntrico, solitario, extremadamente egocéntrico». Su profundidad sería a menudo la de «un pozo estrecho y oscuro que no se comunica con el mundo a su alrededor».

Su fantasía se centraba en las cosas que podía encontrar en su habitación y en la casa de sus padres, a las que hacía cobrar vida. En el capítulo «Mañana de invierno» de *Infancia en Berlín hacia 1900* narra un pequeño acontecimiento: una niñera enciende el fuego de la estufa de su habitación e introduce una manzana en el horno para asarla. A partir de aquí Benjamin crea un mundo encantado, alumbrado por el fuego de la estufa, en el que «la llama apenas podía moverse con tanto carbón». Sin embargo, «lo que comenzaba a prepararse en la más cercana proximidad era algo enormemente poderoso, algo que era más pequeño que yo y hacia lo que la criada tenía que inclinarse aún más que para acercarse a mí». Describe así «el viaje por el oscuro país del calor de la estufa y el espumoso aroma de la manzana asada, que llegaba desde el rincón más profundo de la mañana de invierno como el mismo aroma del árbol en el día de Navidad».

Es posible que el hecho de que terminara el manuscrito de este libro en la emigración en París, en una fase de su corta vida en la que se sentía perdido y hacía frente a estrecheces materiales, haya incidido en que en el libro apenas aparezcan los padres, ni tampoco el hermano y la hermana. Puede que eso haya contribuido a que se aferrara a imágenes idealizadas de la infancia, en las que primaba la seguridad material y la ausencia de preocupaciones. Para él la infancia era la vida en el rico oeste de Berlín: «Quedé encerrado en este barrio acomodado, sin conocer nada más allá de él. Los pobres: para los niños ricos de mi edad los pobres solo existían como mendigos». En el mejor de los casos, como señala su biógrafo Werner Fuld, existían para él en las semanas previas a la navidad, cuando los trabajadores manuales y las trabajadoras domésticas tenían permitido vender los juguetes que hacían a mano, ángeles de oropel y nueces bronceadas, en los mercados de navidad de los barrios residenciales ricos. Ahí es donde el niño «hubiera podido presentir vagamente que existía un mundo distinto al de su clase social».

En este punto comienzan a diferenciarse las experiencias y realidades de los tres hermanos. Walter pudo conocer aún intacto el mundo de la alta burguesía judía de Berlín, que con los salones del siglo XVIII y la rápida industrialización del XIX había llevado a una sociedad floreciente, cuya liberalidad e impronta intelectual también tenían un carácter judío. Georg y

Dora apenas llegaron a conocer todo esto. Se trataba de un entorno social típicamente berlinés, «impulsado por una creatividad cultural y por una sed de beneficios dinámica y brutal», como puede apreciarse en *La sociedad berlinesa* de Klaus Siebenhaar, «que en conjunto dio lugar a una forma de vida que poco a poco abandonó toda angostura y todo provincianismo, de modo que Theodor Fontane pudo constatar con serenidad: '… las miras se han expandido, ahora se dirigen al mundo'».

La novela *Los hermanos Oppermann* , de Lion Feuchtwanger, evoca la engañosa seguridad de la burguesía berlinesa, sus esperanzas y su forma de pensar y de sentir «bajo el signo del hundimiento y la destrucción física». Los hermanos Martin, Edgar y Gustav representan el cosmopolitismo, la cultura y la vivaz intelectualidad y —según la interpretación de Siebenhaar — son figuras que lideran la vida de Berlín, centro de la modernización económica y cultural. La novela de Feuchtwanger, escrita en el exilio estadounidense de Villa Aurora, recuerda el «esplendor y el espíritu» de esta alta burguesía judía que marcaría profundamente la sociedad berlinesa. La tragedia de esta élite fue que, aun siendo conscientes de su profundo arraigo cultural en Alemania, no lograron reconocer a tiempo el peligro de lo que sucedería a partir de 1933.

A diferencia de Georg Benjamin, y sobre todo de Dora, que se politizarían a partir de la Primera Guerra Mundial, Walter tardaría más tiempo en manifestar un posicionamiento político. Como soldado, Georg había aprendido a desprenderse de la idea de que hay una clase superior a la que pertenecía casi por derecho de nacimiento. Por el contrario, Walter, que no tuvo que esforzarse mucho para que se le declarara inútil para el servicio militar, pasó sus años como estudiante durante y después de la guerra en distintas universidades, desde Berlín y Múnich pasando por Friburgo y finalmente Berna, en Suiza. Fue un joven líder estudiantil que se mantuvo fiel a un *Jugendbewegung* idealista y apolítico. Una actitud que quiso transmitir a la juventud universitaria.

Walter había entrado en contacto con estas ideas cuando abandonó el *Gymnasium* Kaiser Friedrich en Berlín para pasar al internado Haubinda en Turingia. Allí conoció la pedagogía de Gustav Wyneken y entró en contacto con un pensamiento que le marcaría durante más de una década. Y, como ha constatado su biógrafo Werner Fuld, le llevó a convertirse en «defensor del ideal de una juventud voluntariosa, llegando a ser un protagonista del movimiento de la 'juventud audaz' [*entschiedene Jugend*]». Hasta su

ruptura con Wyneken participó de una forma de pensar que ya en su vocabulario desarrollaba un gran *pathos* , y que más tarde sería objeto de terribles abusos. A Wyneken le llamaban el *Führer* , y Martin Gumpert, cofundador de la revista *Anfang* , órgano del *Jugendbewegung* , llegó a hablar de una «corresponsabilidad mística por el nacionalsocialismo» a propósito de los primeros artículos allí publicados, que hablaban del *Führer* y sus vasallos. Más tarde, el propio Wyneken se mostraría horrorizado ante la deriva que había tomado el *pathos* expresado en fórmulas como «el compromiso por la causa, el final del individuo, la nueva fe». «Con esa consigna», le cita Fuld, «mis amigos fueron voluntariamente al frente y murieron con esa consigna en los labios. El eco de este grito ha quedado suspendido en el aire, un falso mesías se ha apoderado de él, lo ha deformado y hoy resuena en los oídos de una nueva juventud, que se dirige dando tumbos hacia una nueva desgracia».

Benjamin había anticipado este juicio postrero de Wyneken cuando, en 1914, rompió con él porque este aún pretendía entusiasmar a la juventud por la guerra. A diferencia de Georg, Walter formaba parte de «esa juventud entre la que más tarde Hitler reclutaría a sus adeptos y que había contribuido a crear su vocabulario», concluye su biógrafo. El haberse distanciado a tiempo de Wyneken le libró de las fórmulas apologéticas y destructivas que hablaban de una «juventud de cuyo idealismo se había abusado». No es poco para un Walter Benjamin de apenas dieciocho años, que por entonces comenzaba a politizarse y que se había distanciado por convicción propia del increíble entusiasmo bélico reinante en esos años.

En 1914, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, Dora tenía trece años y vivió este periodo de conflicto bélico y hundimiento del imperio alemán sin el bagaje de experiencias de sus dos hermanos. No estaba unida a un mundo cortesano ya periclitado, que para Walter era aún algo real, mientras que para Georg apenas tenía relevancia. Como soldado, Georg conoció la locura de la guerra de posiciones y de los ataques con gas. En 1918 regresó a Berlín, que en aquel momento era una ciudad revolucionaria e insurrecta. No tardó en simpatizar con los consejos de soldados y la Revolución de noviembre de 1918-1919, que comenzó con la revuelta de los marineros en Kiel y concluyó con la proclamación de la república. Egon Erwin Kisch, el cosmopolita de Praga, recogió en sus diarios de guerra lo que Georg y su generación tuvieron que soportar en las «tempestades de

acero». Una experiencia que les llevaría a los dos a las filas del Partido Comunista. Para ambos el mundo capitalista burgués había llegado a su fin y la Revolución de Octubre era el signo que anunciaba una sociedad de libres e iguales.

Pauline y Emil Benjamin nunca dudaron en brindar a sus hijos la mejor formación posible. Los tres concluyeron sus estudios universitarios. Los negocios del padre con alfombras y antigüedades iban viento en popa. Era socio de una casa de subastas, miembro del consejo de administración y accionista de varias empresas berlinesas, y además tenía participaciones en el *Eispalast* , que más tarde cambiaría su nombre por el de *Berliner Scala* . En una ocasión, Walter acompañaría a su padre al *Eispalast* , donde podría observar desde cierta distancia a muchos de los extraños personajes que solo una gran ciudad puede producir. Entre ellos estaba esa prostituta vestida con un traje de marinero blanco, muy ajustado, que según testifica el propio Walter impregnaría sus fantasías eróticas durante muchos años.

Su imagen de la mujer se ha considerado a menudo conservadora. Sin embargo, es más compleja: a menudo impregnada de una arrogancia masculina, y luego de nuevo consciente de la superioridad femenina. Las mujeres jugaron un papel importante en su vida. En su juventud descubre la sexualidad en el mercado erótico, cosa que no oculta, y solo poco a poco comienza a comprender la explotación que tiene lugar allí. En el capítulo «Tiergarten» de *Infancia en Berlín hacia 1900* da cuenta de un momento desconcertante, que podría significar más de lo que dicho pasaje da a entender entre líneas. Se trata de nuevo de su imagen de la mujer. El capítulo recurre a la metáfora de una persona ociosa que se extravía por la ciudad. «Los rótulos de las calles deben hablar al que deambula errante como el crujir de las ramas secas, y las callejuelas de los barrios céntricos han de reflejarle las horas del día con tanta claridad como las hondonadas del monte». Se trata de un arte que aprendió tarde. Le permitió hacer realidad «el sueño del que los laberintos sobre el papel secante de mis cuadernos fueron los primeros rastros». Pero luego le viene a la mente otra imagen de una experiencia laberíntica en la que no faltaba Ariadna. El camino a este laberinto pasaba por el puente de Bendler, «cuyo suave arco significaba para mí la primera ladera de la colina. A poca distancia de sus pies se encontraba la meta: Federico Guillermo y la reina Luisa. En sus pedestales redondos se erguían sobre los arriates, como encantados por

mágicas curvas que una corriente de agua hubiera dibujado ante ellos en la arena».

Acompañado por su *Fräulein* , visita su lugar favorito en el Tiergarten. Un lugar que no delataba en absoluto que aquí, apenas a unos pasos del desfile de los coches y las carrozas, «duerme la parte más insólita del parque. Pues aquí, o a poca distancia, debía de haber tenido su morada Ariadna, en cuya presencia comprendí por vez primera, y para no olvidarlo jamás, algo que solo más tarde me fue dado como palabra: el amor. Pero en el lugar del que brotaba apareció la *Fräulein* , y arrojó sobre ella como una gélida sombra».

Esta desconcertante experiencia parece sugerir que su imagen de la mujer se asimila a la de Ariadna, que, guiándole con su hilo, le permite encontrar el camino de vuelta en todos sus descarríos, como también había guiado sus pasos hacia esa Luisa de Piedra sobre el pedestal. ¿Como lo hicieron su mujer Dora Sophie Pollack o su gran amor Asja Lacis? ¿Y no estaba para él su madre también sobre un pedestal?

Ni la madre ni mucho menos el hijo estaban al corriente de los negocios del padre. En el mundo patriarcal hacia 1900 esos asuntos eran un secreto del cabeza de familia, que no veía por qué habría de hablar de cómo ganaba el sustento para la familia. En casa, en cambio, solo la madre tenía potestad sobre todo lo que albergaban los distintos armarios y cómodas. En alguna ocasión Walter pudo acceder así a lo que llamaba el «tesoro de plata» de la familia. Este contenía, entre otras cosas, cuberterías de treinta piezas compuestas por cuchillos y tenedores, cubiertos para langostas, cucharas soperas y de postre, y varios posacuchillos. A eso se añadían manteles y servilletas de lino. En las paredes de la casa había obras de arte contemporáneo colgadas en pesados marcos, y en el pasillo y el jardín había copias de dioses griegos, y seguramente también originales que Emil habría adquirido en el mercado de arte griego y egipcio, que florecía en París, pero también en Berlín.

Pues en Berlín no solo estaba la Nefertiti que James Simon pudo introducir legalmente en Alemania después de hallarla, en su inconcebible armonía, en una excavación que había financiado en el Valle de los Dioses en Egipto. Más tarde la donaría generosamente a la ciudad de Berlín. Simon encarnaba un tipo de mecenazgo característico de la sociedad judía en la capital prusiana.

Exceptuando la interrupción de los cuatro años de guerra, también Georg Benjamin residía en Berlín, donde había terminado sus estudios de medicina y se había convertido en pediatra. Dora y Georg tenían una relación muy estrecha. Siempre que sus estudios se lo permitían, Dora echaba una mano en la consulta de su hermano. Las experiencias con los niños que Georg trataba, muchos de los cuales estaban infraalimentados y vivían en la calle, fueron determinantes para su tesis de doctorado, en la que investigó cómo la situación de las trabajadoras a domicilio afectaba a la familia y a la educación de los niños.

En los años veinte, después de la universidad y ya con una vida profesional activa, los hermanos Benjamin tendrían ocasión de ayudarse mutuamente, por ejemplo con motivo de una exposición comisariada fundamentalmente por Dora. Veían el mundo que les rodeaba con una mirada cada vez más afín, con creciente escepticismo, pero —como intelectuales de izquierda— con esperanzas políticas similares. Sus posiciones políticas les permitieron desarrollar intereses comunes, aunque Walter solo podría acompañarles de vez en cuando. Todo cambiaría en los años de la emigración, que Dora y Walter pasaron juntos en París hasta que la *Wehrmacht* invadió Francia. En este periodo estuvieron más unidos de lo que habían podido estarlo en todos los años precedentes.

En la sala de lectura del Archivo Benjamin en Berlín, en la Luisenstraße, a la sombra del alto edificio del Hospital Charité, pueden leerse en la pantalla del ordenador las cartas que Dora o Georg escribieron a Walter. La investigadora del archivo las ha ordenado cuidadosamente para los visitantes. Se puede acceder a ellas con un clic. Estas cartas nos transportan a la época de la emigración en París y son testimonio del gran afecto entre los hermanos y la hermana. Esta mañana la sala de lectura del archivo, con sus seis mesas de trabajo, está repleta. Las grandes fotos enmarcadas en el guardarropa y en las paredes dan la sensación de que Walter Benjamin estuviera vigilando atentamente a los visitantes a sus espaldas. Siento cierto malestar cada vez que leo estas cartas que fueron enviadas y recibidas hace casi ocho décadas. Pese a todos los años que han pasado, hay que vencer una cierta resistencia para irrumpir como lector externo en la intimidad de esta correspondencia.

Por ejemplo, en febrero de 1935, Dora escribe desde París a su hermano Walter, que está en Dinamarca en casa de su amigo Bertolt Brecht. Le cuenta que se encuentra algo mejor de salud y le transmite sus dificultades

para encontrar un trabajo remunerado. «De Berlín», le escribe, «recibo regularmente buenas noticias», y le pregunta si ya le había contado en una carta anterior que una amiga «había tomado unas hermosas fotografías de Georg» a petición suya. En cuanto tuviera en sus manos las copias que había pedido, le mandaría una. Luego, antes de despedirse, le escribe que en París están «en pleno invierno, con mucho hielo en la calle y un viento helado».

Georg había sido inesperadamente liberado de su «prisión preventiva» en las navidades de 1933. Como él, después del incendio del Reichstag, miles de comunistas y socialdemócratas habían sido detenidos y enviados a campos de concentración. Estuvo tres años en libertad hasta que le arrestaron de nuevo en 1936. Ahora que resultaba más difícil mantener el contacto, los hermanos se buscaban aunque fuera por carta y en sus buenos pensamientos. Y es posible que, en París, Walter le hablara a Dora de su íntimo amigo Gerhard Scholem, de su fallido matrimonio con Dora Sophie Pollack y de su gran amor por Asja Lacis.

Walter había conocido a Gerhard Scholem en 1915, con motivo de una discusión sobre una conferencia de Kurt Hiller sobre el «sentido de la historia». Fue un encuentro decisivo. Poco después le invitó a conversar en la villa de su padre en Grunewald. Fue el comienzo de una amistad, de un diálogo que duraría toda la vida. Su correspondencia sería fundamental para el pensamiento de Walter Benjamin y —como escribe su biógrafo— es «importante para comprender a Benjamin e indispensable para entender sus escritos».

En 1917 Walter se había casado con Dora Sophie Pollack (su apellido de soltera era Kellner); con ella tendría un hijo, Stefan, que nació en 1918. Sus amigos describen el matrimonio como una relación difícil. Se separaron después de trece años de matrimonio. El divorcio llevó a una áspera confrontación que les alejaría durante años. Cuando más tarde Walter tuvo que huir de Alemania y emigrar a París, Walter y Dora volvieron a acercarse. En varias ocasiones, cuando Walter pasaba por graves dificultades económicas, Dora Sophie le alojó gratuitamente en su pensión en la Riviera.

Como pareja, en 1920 tuvieron que hacer frente juntos a la disputa con el padre de Walter, Emil, que comunicó a su hijo que no iba a poderle seguir sosteniendo económicamente, ni a él ni a su familia. En las cartas de Walter puede leerse cómo, para reducir costes, se trasladó con Dora y Stefan a la

casa familiar de Grunewald, renunciando así a una vivienda propia. Al mismo tiempo, el padre le apremiaba a que se ganara el sustento de una vez por todas. Le sugirió que se dedicara al comercio de libros o al negocio editorial. El motivo de este apremio eran las supuestas dificultades del negocio paterno, y eso fue lo que desató la gran disputa. Para Walter resultaba inconcebible que tuviera que regresar a la casa de sus padres y que él y su familia tuvieran que someterse a la tutela del padre. La actitud de Emil Benjamin llevó a Walter a mudarse por un tiempo, con su mujer y su hijo, a la casa de una pareja de amigos, los Gutkind.

La atmósfera en casa de los Gutkind, que eran judíos, alentó a Walter a aprender hebreo. Mientras que ni Georg ni la hermana Dora apelaron nunca a su identidad judía, la influencia de los Gutkind y de su amigo Gerhard Scholem llevaron a Walter a ocuparse intensamente del patrimonio intelectual judío. Los Gutkind le sugirieron también que se trasladara a Palestina, y Scholem, que emigraría a Palestina y más tarde llegaría a ser profesor en la Universidad de Jerusalén, se lo recomendaría reiteradamente a partir de 1933. Para Benjamin —como él mismo dijo— la emigración a Palestina hubiera significado una huida de quien ha fracasado en Europa, y eso le hizo dudar siempre de poder considerar esta opción como una posibilidad. Scholem, por el contrario, no veía Palestina como una huida, sino como un regreso; para él no era resignación, sino esperanza.

Walter esperaba poder habilitarse como docente universitario en Suiza. Había vuelto una vez más a Berlín para hablar con sus padres, pero la situación se deterioró hasta el punto de que escribió: «La primera semana aquí ha sido terrible». Después de un mes con su familia en la villa de los padres se produjo la ruptura total. Más tarde, Walter se referiría a este periodo diciendo: «Estuve peor que casi nunca en mi vida». También Georg Benjamin abandonó la villa de los padres y se trasladó a una residencia para solteros, en la que tenía la impresión de estar más cerca de las personas cuya miseria conocía como médico, y por la que más tarde se comprometería políticamente como diputado de distrito del Partido Comunista.

La familia se rompió. Sus actitudes y valores eran demasiado divergentes. Emil y Pauline Benjamin se regían por un mundo ya periclitado; Walter, Georg y Dora se guiaban por un mundo que ansiaban, y que quizá estaba emergiendo. Emil y Pauline no tuvieron que hacer frente al

hundimiento de su mundo y al desastre cultural y de civilización de la época nazi. Emil murió en 1926 y Pauline le siguió cuatro años más tarde.

Dora aparece una sola vez en los recuerdos de infancia de Walter. Es en el penúltimo capítulo, «La luna», en el que se narra un sueño. La luna irrumpe en la habitación como una visitante nocturna, y Walter describe un momento en el que el satélite de la tierra se convierte en un mito de la desgracia que se avecina. Una desgracia que atrapará al propio Walter como emigrante y prófugo, y que describe así, lleno de presentimiento: «La luna, llena y bien alta en el cielo, había comenzado a dilatarse rápidamente. Se fue acercando cada vez más y más, hasta despedazar el planeta. […] Y la barandilla del balcón […], junto a la que los míos me rodeaban, un poco rígidos, como en un daguerrotipo, saltó en pedazos, y los cuerpos que lo habían ocupado se desintegraron rápidamente por todas partes. ¿Dónde está Dora?», oyó decir a su madre.

Fue Dora la que un día, posiblemente alrededor de 1920, llevó a casa a su amiga Hilde Lange y se la presentó a la familia en Grunewald. Allí Dora y Hilde habrán hablado, quizá a menudo entre risas, de sus experiencias en la universidad, donde las mujeres estudiantes eran todavía una excepción. Dora estudiaba economía política y Hilde derecho, un dominio masculino en el que, para subsistir, hacían falta fuerza y tenacidad. Dora y Hilde se apoyaban y se alentaban mutuamente para compensar la atmósfera machista que predominaba en la universidad y entre los profesores. Su amistad duraría literalmente toda la vida. Solo estuvieron separadas durante el periodo nacionalsocialista, cuando Dora emigró primero a París y más tarde a Suiza. Hilde Lange se convirtió en Hilde Benjamin: ella y Georg se conocieron y se casaron. Fue un amor a segunda vista.

Capítulo 2

LOS BENJAMIN

El cava de la marca *Rotkäppchen* [caperucita roja] burbujea en el vaso. Por fin es hora de brindar. La pequeña mujer, de figura un poco oronda, ha dado las gracias en un breve discurso. A su alrededor cuchicheos y risas y un amable nerviosismo. Le entregan flores y tarjetas de felicitación. Es el 5 de febrero de 1967. Hilde Benjamin, ministra de Justicia de la RDA , celebra su 65 cumpleaños. El regalo que los trabajadores de su ministerio acaban de entregarle solemnemente es una hermosa caja de cartón. Los documentos y manuscritos que contiene en su interior pesan cinco kilos y medio: cien páginas en DIN-A 4 reforzadas con cartón que recogen datos y sucesos desde su nacimiento en Bernburg hasta ese cumpleaños que hoy celebra en Berlín Este, la capital de la RDA . Puede verse la alegría en su rostro. Hojea con curiosidad los documentos que han compilado sus colaboradores. En la primera página resalta en una hermosa grafía la dedicatoria, escrita a mano: «A nuestra camarada, la doctora Hilde Benjamin…». Los camaradas han empaquetado el regalo con esmero: la reluciente caja verde parece recubierta de cuero. Sobre la tapa tres cuadrados, intercalados entre sí, forman un marco dorado; en letras doradas han impreso también la firma de la festejada («Dra. Hilde Benjamin»), de trazo dinámico. Las cien páginas numeradas, de las que solo las seis últimas han quedado en blanco, recogen documentos oficiales, fotos, cartas, recortes de periódico —«como un modesto trabajo […] en su sentido e intención», puede leerse en la tarjeta escrita por su número dos—.

Cuarenta y siete años más tarde Ursula Benjamin, la nuera de Hilde, levanta con cierto esfuerzo la caja, bien conservada, y la coloca sobre la mesa redonda en la biblioteca de su apartamento. Vive en un barrio al este de Berlín. Desde la muerte de su marido Michael, ella se encarga del legado de su suegra, que el hijo aún tuvo tiempo de organizar antes de su muerte.

Nos sentamos juntos y hablamos de Hilde y de Michael, de la madre y del hijo, de la RDA y la RFA . También de los motivos por los que hace ya más de veinte años que la RDA es historia. De sus seis nietos, Jakob y —a veces— Laura son los que más a menudo van a visitarla. Ambos tienen una relación afectuosa con su abuela, como todos los nietos. Su hijo Georg, el padre de Laura y Jakob, vive y trabaja en Kiev. Para evitar confusiones entre él y el abuelo del mismo nombre, el propio Georg me propone durante una estancia en Berlín que en el libro no le llame Georg, sino Grischa, que es su mote: «Así es como me llaman todos».

Bebemos té o café. A veces casi parece como si las personas de las que hablamos y sobre las que quiero escribir estuvieran con nosotros en la mesa; Georg —el abuelo de Grischa— y su célebre hermano Walter Benjamin. Sus cartas se conservan en casa de Ursula y me ha permitido leerlas. En cada línea sobre su vida cotidiana de entonces, ya fuera antes de la Primera Guerra Mundial, durante la República de Weimar o tras la toma del poder por los nazis, percibo esperanzas y horror. Walter Benjamin y Georg Benjamin, el hermano tres años más joven, «médico y comunista». Así reza el título de un librito sobre él, que fue médico escolar en el distrito berlinés de Wedding hasta su arresto en 1933. Y también Hilde Benjamin —de soltera Lange—, la mujer de Georg, y su hijo Mischa, que durante el régimen nazi fue considerado «mestizo»: su padre Georg Benjamin era judío, mientras que Hilde tenía el «certificado de arianidad».

Aquí se habla por tanto de vidas alemanas, de biografías con éxitos y errores. Querían un mundo más justo y más humano del que habían encontrado. En política se situaban a la izquierda, y les repugnaba el desprecio racista de lo humano por parte de los nazis. Habían nacido a comienzos del siglo XX y querían tomar en sus manos su propio destino, marcados por su origen y por sus posteriores convicciones. La historia de una familia.

La vida de Hilde, recogida en esas cien páginas, es una fuente importante en el legado de los Benjamin. Por ahí comienza mi investigación. Todos los Benjamin habían participado en la resistencia contra el nacionalsocialismo.

Hilde y Georg en el Partido Comunista, y Walter Benjamin con el poder de la palabra, como crítico y escritor, pero también como colaborador del Instituto de Investigación Social de Fráncfort, donde los célebres profesores Horkheimer y Adorno enseñaban e investigaban. También la más joven de la familia Benjamin, la hermana Dora, formaba parte de esa resistencia.

Ursula conserva también el legado de su marido Michael Benjamin, el hijo de Hilde, nacido en 1932 y fallecido en el 2000, que era abogado y profesor, especializado en ciencias jurídicas y filosofía del derecho. También él era comunista, y tras el final del socialismo real dominado por Moscú reflexionó extensamente sobre las causas de su hundimiento. Michael Benjamin, su mujer Ursula y sus hijos —ya adultos— Grischa y Simone vivieron la unificación alemana como ciudadanos de la RDA . Para los nietos Laura y Jakob Benjamin, nacidos en los años de la unificación, la historia de la República Democrática Alemana es la de sus padres y abuelos, y forma parte del programa escolar. Su vida comenzó después.

Escribir sobre los Benjamin significa sumergirse en el sangriento siglo XX . Significa también encontrar la propia posición en un periodo marcado por dos guerras mundiales y la dictadura nazi. Para mí los Benjamin son —de diferentes maneras— testigos fascinantes de la historia alemana reciente. Georg y Walter Benjamin hubieron de pagar su resistencia con la vida.

Solo esporádicamente llegó a cristalizar una sensación de cercanía entre los hermanos. Demasiado a menudo estuvieron separados. Walter, Georg y Dora vivieron la Primera Guerra Mundial desde escenarios muy diferentes. Los difíciles años que vinieron después serían determinantes y marcaron también su compromiso político. Dora admiraba el compromiso social de Georg y colaboró estrechamente en su consulta durante algún tiempo después de terminar sus estudios.

El entusiasmo inicial con el que Georg fue a la contienda no tardó en esfumarse ante la brutal guerra de posiciones y la muerte de millones de soldados. Georg aprendió a odiar cada día que vivía como soldado. Su hermano Walter había logrado evitar el servicio militar. Era extremadamente miope y, gracias a unos certificados médicos, logró evitar el camino del frente y continuar sus estudios en Múnich y Berna.

En 1918, después de su regreso del frente, Georg comenzó la carrera de medicina y pasó a ser médico escolar y pediatra en el distrito berlinés de Wedding. El Berlín insurrecto y revolucionario de la inmediata posguerra y la deprimente situación social en los barrios proletarios le llevaron a

afiliarse primero al Partido Socialdemócrata Independiente (Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, USPD) –una escisión a la izquierda del Partido Socialdemócrata (SPD)— y más tarde al Partido Comunista (KPD). Georg Benjamin fue elegido representante del KPD en la diputación del distrito de Wedding. Se mudó a una residencia para solteros, donde podía estar más cerca de aquellos por cuya situación social se avergonzaba y cuyos males trataba de aliviar.

Dora, nacida en 1901, también recibió una formación académica, como era natural en las familias ilustradas de la alta burguesía judía. Primero realizó cursos de bachillerato femeninos, y allí conoció a su amiga Hilde Benjamin, un año más joven que ella. Dora estudió economía política, y se doctoró en la Universidad de Greifswald. Más tarde trabajaría en distintos ámbitos de la asistencia social y en la *Sozialistische Gesundheitshaus* del distrito berlinés de Kreuzberg [1] . Ella fue la que llevó a su amiga a la casa familiar, y así fue como Georg y Hilde se conocieron y se enamoraron. Se casaron en 1926.

Hilde fue una de las primeras mujeres en estudiar derecho; hacía poco tiempo que se había permitido a las mujeres presentarse al segundo examen estatal. En 1928 se instaló como abogada en Wedding, el mismo barrio donde Georg tenía su consulta. Abrió un bufete de abogados, abandonó el SPD y se afilió —como Georg— al Partido Comunista. Hasta la toma del poder de los nazis en 1933 los dos pasaron cinco años juntos. Al principio tuvieron que hacer frente a una situación económica difícil, y solo en los últimos dos años pudieron encontrar cierto respiro. Por fin los ingresos les permitían costearse un apartamento más grande.

La hermana de Hilde, Ruth —nacida en 1908—, ganaría el campeonato nacional de lanzamiento de peso en 1927 y en varias ocasiones batiría el record mundial. Su hermano Heinz Lange sería ingeniero. Sus padres, Adele y Walter Lange, les habían educado en un ambiente familiar liberal. El padre había dejado su puesto en la Solvay en Bernburg para convertirse en director de una fábrica de la misma empresa en la capital del *Reich* . Berlín pasó a ser el nuevo epicentro de la familia.

Cuando los nazis tomaron el poder en 1933 y el incendio del Reichstag desencadenó una primera ola de detenciones que afectaría a comunistas y socialdemócratas, Georg fue arrestado y enviado al campo de concentración de Sonnenburg. A Hilde se le prohibió ejercer su profesión. La comunicación oficial de la interdicción profesional lleva la firma de Roland

Freisler, que más tarde sería el presidente del Volksgerichtshof [Tribunal de Justicia del Pueblo] instituido por Hitler y condenaría a muerte a los hermanos Scholl (la Rosa Blanca) y a los responsables del atentado contra Hitler, el 20 de julio de 1944. Freisler fue responsable de miles de condenas a muerte.

En 1933, Walter y Dora Benjamin huyeron de Alemania y emigraron a Francia. Como en esos momentos Georg estaba en «prisión preventiva» en manos de los nazis, y por tanto no podía emigrar, para Hilde comenzaba una época terrible, marcada por las leyes raciales del nacionalsocialismo. Temía por la vida de su marido, que era judío, y por la de su hijo Michael, que acababa de cumplir un año y estaba sometido a las leyes raciales en tanto que «mestizo». El martirio duraría doce años, hasta que el Ejército Rojo liberó Berlín y Hilde pudo por fin comenzar de nuevo.

En una página del currículum elaborado por sus colaboradores con motivo de su 65 cumpleaños está pegada la foto oficial que la retrata como ministra. En ella Hilde Benjamin aparece sentada en su escritorio. Sobre la mesa, desenfocados, unos documentos que sostiene con su mano izquierda, la mano derecha está vuelta hacia el interior, relajada y ligeramente alzada. En la foto puede apreciarse a una mujer habituada a exponer sus razones, que observa atentamente su entorno. La foto es también una puesta en escena. Quiere transmitir la certeza del objetivo: avanzar juntos hacia el socialismo. En su rostro pueden leerse las experiencias de una vida. En el momento en que le hicieron llegar este regalo preparado con tanto mimo, sus colaboradores no podían saber que dos años más tarde Hilde Benjamin sería relevada de su cargo de ministra. Se decía que ya no contaba con el favor de Ulbricht, pero a pesar de todo siguió presidiendo la Comisión para la Reforma del Código Penal.

La tercera página de estos documentos biográficos lleva la firma de su vice, Hans Ranke, y es la tarjeta con la que presentan el regalo. En ella se dice que el regalo es una contribución a una «ocasión solemne» que quiere mostrar una «parte de la vida, la obra y la lucha de Hilde Benjamin por el derecho y con el derecho, en un doble sentido». Se ensalza su lucha por el «derecho de los oprimidos» en una época en la que «la camarada Hilde Benjamin, abogado y miembro del Partido Comunista, defendió los derechos de los trabajadores ante los tribunales y la magistratura laboral». Lo prueban las cartas de agradecimiento de algunos camaradas a los que defendió con éxito ante los tribunales. Se recoge un proceso en el Juzgado

Laboral en octubre de 1930. Walter Kranewitz, un veterano del Partido de Fürstenwalde, recuerda que Hilde Benjamin asumió su defensa. Cuando descubrieron que era miembro del comité sindical le habían despedido de inmediato: «Sus conocimientos legales superaban los del director de la empresa que había ordenado el despido; por eso pudimos salir vencedores frente a la gran empresa multinacional Pitsch. Firmado: *Walter Kranewitz* ».

El índice tiene treinta capítulos. En ellos se habla de lucha de clases y de justicia de clase, del ingreso en el Partido y de que el Partido era el centro en torno al cual giraba su vida, de las derrotas políticas y de su supervivencia como comunista durante el nacionalsocialismo. También recogen la gran esperanza en el Estado socialista alemán, la RDA , que superaría el fascismo y refutaría el capitalismo. A pesar de todo, el material biográfico reunido en esta elegante caja produce más distancia que cercanía. En él se habla de la ministra, de la Dra. Hilde Benjamin. Pero aquí no aparece la otra Hilde: la madre que hacía de maestra para su hijo, porque a partir de 1942 se le había vetado el acceso a la escuela superior. La mujer que, desentendiéndose de su propia seguridad, buscó obstinadamente al prisionero Georg Benjamin tras los muros de las prisiones; y que lo encontró en varias ocasiones, hasta que ya no pudo localizarlo más.

Después de todo, resulta extraño lo poco que estos treinta capítulos logran transmitir de su vida. Son como un biombo que solo deja entrever la sombra de la persona que está detrás. Pero también este lado oficial forma parte de Hilde Benjamin, a la que se presenta como una combatiente por el socialismo, cuyo corazón late solo para el Partido y por la causa del proletariado. Hay indicios de que la propia Hilde quería ser vista así durante los primeros años de la RDA . El biombo que solo deja ver la imagen de la honesta militante del Partido le brindaba también la protección que quizá necesitaba. A diferencia de Georg Benjamin, ella no provenía de una familia de la alta burguesía, pero era demasiado intelectual para que se la pudiera considerar una combatiente proletaria. De modo que deja ver poco de la empatía que sí muestra en sus cartas dirigidas a Georg: la valentía con la que estuvo a su lado y que manifestó también para con sus amigos judíos, que siempre pudieron contar con su apoyo. Esa vertiente la mantiene oculta, la reserva solo para su hijo, más tarde también para sus nietos y bisnietos, y puede rastrearse en sus cartas y testimonios privados.

En 1945, cuando sobre la ruina del Reichstag ondea ya la bandera con la hoz y el martillo, Hilde Benjamin recibe la noticia del suicidio de su cuñado

Walter Benjamin, cuya huida al otro lado de los Pirineos terminó en la frontera española, en Portbou, junto a la Costa Brava. La noticia le llega con cinco años de retraso, en una carta de su amiga Dora, que había sobrevivido a la guerra en Suiza. Seguro que Dora le habrá escrito también sobre el trabajo con su hermano Walter y sobre su vida llena de penurias en la emigración en París, donde tuvo que renunciar a sus propias ambiciones académicas y ayudar a su hermano en la redacción de sus manuscritos. Además, en París se implicaría en la ayuda a los niños refugiados en la organización Assistance Médicale aux Enfants des Réfugiés.

Un año más tarde recibe una nueva carta. Esta vez se trata de un correo oficial de las autoridades suizas, que buscan a los familiares de Dora, que ha muerto en el exilio. La carta le llega tras haber dado un largo rodeo, pasando por Nueva York y por el Instituto de Fráncfort, que se había trasladado allí, antes de llegar a las manos de Hilde. La herencia en cuestión consiste en un par de libros y unos pocos documentos personales. Dora ya no poseía nada, y si en 1942 no la habían deportado desde Suiza de nuevo a Francia, enviándola a una muerte segura en un campo de exterminio alemán, fue porque ya estaba prácticamente moribunda y no habría sobrevivido al viaje.

Con todo, en 1945, en el estadio final de su cáncer, Dora participó aún en un congreso de refugiados en Montreux. Como ya había hecho en París, luchaba por mejorar las condiciones de los hijos de los refugiados. La pequeña mujer con los cabellos blancos, que para el resto de participantes en el congreso debía estar visiblemente al final de su vida, hizo un alegato apasionado para no olvidar a esos niños traumatizados por la huida y la deportación de sus padres, que eran parte de la juventud que iba a tener en sus manos la reconstrucción de Europa. Un año más tarde Dora había de morir: tenía apenas cuarenta y cinco años. Seis años antes Walter Benjamin se había suicidado para evitar que la policía francesa le arrestara y le entregara a la Gestapo. Tenía cuarenta y ocho años. Dos años después, en 1942, la vida de su hermano Georg terminaba en la corriente de alta tensión que recorría el alambre de espino del campo de concentración de Mauthausen. Una familia en Alemania.

Cuando Hilde Benjamin recibe la carta en la que Dora le informa de la muerte de Walter, no podía imaginar que su amiga seguiría tan pronto a sus dos hermanos. ¿Qué pensamientos la asolan mientras tiene la carta en sus

manos? ¿Cuánto es capaz de soportar un ser humano? Le queda su hijo Mischa, al que pudo sustraer de la danza de la muerte de los nazis. Cada día le recuerda a Georg, cuyas convicciones políticas le ofrecieron algo a lo que pudo atenerse mientras duró la Alemania de Hitler. Y ahora, un año más tarde, la noticia de que Dora ha fallecido en Suiza. Todas las personas de las que se sentía próxima habían muerto, y no había podido siquiera despedirse de ellas. Se sentía comprometida con esas personas, y también con sus esperanzas, y quería hacerles justicia trabajando por el ideal común de una Alemania socialista.

En 1950-1951 recibió de nuevo algunas cartas que dejarían huella en su vida. Las conservó hasta su muerte. Cuando Michael Benjamin examinó sus pertenencias encontró un sobre en el que había escrito «Último saludo de Utti — últimas cartas de mi madre». Se trata de dos cartas y una tarjeta de felicitación de Utti (la hermana de Hilde) por su cumpleaños. Ambas cartas permiten entrever el afecto que Adele Lange sentía por su hija. En la primera carta puede leerse: «Mi querida niña Hilde, pienso en ti y en Mischa con amor y con nostalgia, y estoy feliz con todo mi corazón cuando sé que estáis bien».

En la carta, Adele Lange le informa de una dolorosa contusión en la pierna y alude a un pequeño regalo por el cumpleaños de Hilde. La carta no está fechada, pero cabe suponer que la escribió por su 49 cumpleaños, el 2 de febrero de 1951.

Hilde Benjamin debió de alegrarse del cariño condensado en estas líneas, y cualquier otra reacción hubiera sido extraña. La casa familiar siempre estuvo abierta para ella. Durante la época nazi, Hilde tuvo que acudir en varias ocasiones a la ayuda que su familia le brindaba con toda naturalidad. También la segunda carta está marcada por el cariño con el que la madre se dirige a la hija. Sin embargo se trata de una carta breve, de apenas siete líneas, casi un mensaje secreto enviado desde Berlín Oeste hacia Berlín Este, y sobre cuyo contenido Hilde Benjamin nunca quiso hablar. Decía así:
¡Querida pequeña Hilde!

> Hoy viene la pequeña Sophie, y te escribo esta mañana temprano para poder decirte con calma lo que te quiero escribir desde hace tiempo.
>
> Si alguna vez tuviera que ir rápidamente al hospital, o si muriera de repente, te pido de todo corazón: No vengas a verme, porque con esta terrible ruptura entre Este y Oeste te resultaría

imposible. Cariño mío, espero vivir todavía un tiempo, pero si el fin me llegara de repente, ¡no vengas aquí!

Cariño mío, nos queremos tanto que no es necesario demostrarlo.

Con amor, tu madre La pequeña Sophie a la que se refiere la carta podría ser la asistenta de Hilde, que al parecer ayudaba de vez en cuando en casa de los Lange. La carta quería proteger a la hija, cuyas convicciones políticas nunca fueron un problema en casa de los padres. Resulta difícil dirimir hoy si esta decisión, que pesaba tanto a la madre como a la hija, era realmente necesaria. La madre vivía en Berlín Oeste y la hija en la parte oriental de la ciudad. El hecho de que la madre creyera que tenía que tomar esta decisión revela que Hilde estaba muy unida a su familia y que la madre quería ayudar a que su hija pudiera afrontar su vida «en el otro lado» sin mala conciencia. Adele Lange no necesitaba más que echar un vistazo a los periódicos o escuchar los comentarios en la radio para estar al corriente de la imagen que los medios de Alemania Occidental ofrecían de su hija, vicepresidenta del Tribunal Supremo de la RDA . Los titulares del otro Estado alemán se referían a Hilde Benjamin con los apelativos de «Hilde la sanguinaria» o «Guillotina roja». Hasta que fue nombrada Ministra de Justicia en 1953, Hilde procesó a los responsables del nazifascismo que estaban en el ámbito de su jurisdicción, pero también a aquellos que consideraba enemigos de la RDA .

En estos años, en los que la guerra de Corea parecía amenazar la paz mundial, el encono de la contienda entre el Este y el Oeste tuvo también repercusiones en Berlín —aunque este no fuera su escenario principal—. Los habitantes de Berlín Oeste percibían que su aislamiento los dejaba en una situación particularmente delicada, sobre todo porque el trauma del bloqueo de Berlín aún estaba reciente. Por mucho tiempo los berlineses occidentales tuvieron la sensación de estar en un polvorín. Probablemente, Adele se refería a eso cuando hablaba de la terrible ruptura entre el Este y el Oeste.

La carta de su madre debe haber afligido a Hilde. Es evidente que no podía hablar de ello con nadie, sobre todo porque los medios occidentales especulaban con la supuesta ruptura de Hilde Benjamin con su familia. Desmentir esas especulaciones tampoco hubiera cambiado gran cosa. De

modo que Hilde conservó las cartas, como todo lo que tenía que ver con su familia. Un indicio de hasta qué punto y por cuánto tiempo tuvo presentes estas siete líneas. Adele Lange murió en 1952. A Hilde le quedaba su hermano, que vivía en la RDA y, como ella, era miembro del SED , aunque más tarde se iría a vivir a Alemania Occidental. También mantenía el contacto con su hermana Utti.

El credo de Hilde era el socialismo científico. Dentro de la zona controlada por los soviéticos, que daría lugar a la RDA , Hilde quería contribuir a acabar con el nacionalsocialismo que se había llevado a su marido, a su cuñado y a su prima Gertrud Kolmar, a la que tanto quería. Su vida no puede contarse sin la conciencia de que «la muerte es un maestro de Alemania».

Muchos años más tarde, fue su hijo Mischa quien se enfrentó a las razones que llevaron al fracaso de la RDA . Mischa, que en 1945 había podido volver a la escuela, aprobó la selectividad en 1948 con excelentes calificaciones —está claro que Hilde había sido una buena maestra—. Más tarde seguiría las convicciones políticas de su madre y se mantendría fiel a ellas, incluso después del final de la RDA . El miedo constante que tuvieron el uno por el otro durante el nazismo les marcaría para toda la vida. Eso explica la gratitud del hijo, que necesitaba la protección materna y siempre pudo contar con ella. Esta parte de la vida de Hilde Benjamin habría podido llenar fácilmente las seis páginas que quedaron vacías en la documentación que reunieron sus colaboradores en el Ministerio de Justicia, y que hasta la página 94 cuenta la historia de la Hilde oficial. Quién sabe si estas reflexiones privadas tendrían un hueco en el barullo de aquella fiesta de cumpleaños.

Hilde Benjamin se tomó en serio la tarea de eliminar a aquellos que casi habían aniquilado Alemania. Por lo que toca a su ámbito de influencia, los altos funcionarios nazis solo podían esperar indulgencia si no habían cometido delitos de sangre. Todo lo contrario de lo que ocurría en el Estado de Adenauer. Allí ningún juez, ningún fiscal hubo de responder de sus decisiones judiciales durante el Estado del terror y de las leyes raciales, o por condenar a muerte a quienes estaban imputados por ser miembros de la oposición.

Para la mejor amiga de Hilde, Dora Benjamin, vivir en la República Federal de posguerra hubiera sido descorazonador. A diferencia de lo que a menudo se piensa, no era en absoluto la hermanita pequeña, ni mucho

menos la que quedaba al margen y admiraba a los hermanos mayores. Walter Benjamin solo menciona a su hermana en un pequeño pasaje de su *Infancia en Berlín hacia 1900* . Pero eso cambiaría más tarde, sobre todo cuando los dos emigran a París en 1933. Para mí es importante hacer salir a Dora de la sombra que proyecta su célebre hermano. Por eso quisiera comenzar mi narración con ella.

1 La *Gesundheitshaus* (casa de la salud) del distrito de Kreuzberg fue el primer centro berlinés de medicina preventiva y educación sanitaria.

Capítulo 3
¿DÓNDE ESTÁ DORA?

Dora Benjamin y sus hermanos mayores Walter y Georg: quien quiera saber algo de los Benjamin no puede ignorar que a menudo Dora ha sido la hermana pequeña minusvalorada a la que no se toma en consideración —como si fuera un cero a la izquierda—. La relación de los dos hermanos con ella parece indicar otra cosa, sobre todo en el caso de Georg. Este menoscabo de la hermana es un lugar común que solo puede achacarse a los biógrafos, para los que Walter era el único centro de atención. Aparte de él, la única que ha llegado a la sala de lectura de las bibliotecas es la mujer de Georg, su cuñada Hilde, ministra de Justicia de la RDA . Si Georg no se ha desvanecido en el abismo de la historia alemana, tan maltratada por los nacionalsocialistas, fue gracias a su mujer Hilde. Ella fue su biógrafa, y gracias a ella alcanzó Georg una cierta celebridad póstuma, que sin embargo quedó restringida a la RDA y se extinguió con ella. También se debe a Hilde y a su larga amistad con Dora que esta última no cayera totalmente en el olvido. Fue Hilde quien se ocupó de hacer accesible la tesis de Dora, con la que consiguió el título de doctora en la Universidad Ernst Moritz Arndt de Greifswald. Hilde Benjamin recuperó el original en 1963, mucho después de la muerte de Dora, rebuscando en el archivo de la Universidad de Greifswald. En ese trabajo Dora investiga la «situación social de las trabajadoras berlinesas en el sector de la confección».

En otras condiciones y en una época distinta, tanto Georg como Dora habrían alcanzado una mayor notoriedad. Ambos eran cultos y empáticos, y eso les expuso a las dramáticas contradicciones sociales de la República de

Weimar, en las que se dejaron la piel. Pese a todas las injusticias que hay que lamentar en la Alemania de hoy, no pueden compararse con la situación dramática y miserable que imperaba después de la Primera Guerra Mundial. Ninguno de los tres Benjamin estuvo en condiciones de mirar para otro lado. Esto resulta tanto más reseñable en la medida en que pasaron su infancia en la casa familiar de Grunewald, donde nunca les faltó de nada. Fue Walter el que, en su libro *Infancia en Berlín hacia 1900* , permite un atisbo a la vida acomodada de la familia, que en vacaciones se trasladaba a la casa de verano en Brauhausberg, en Babelsberg. Walter necesitó mucho tiempo para desprenderse de esta dependencia material.

Después de terminar la carrera y el doctorado, Dora se sintió más cercana a su hermano Georg, que tras estudiar medicina había abandonado la casa de los padres. El compromiso social de Dora se dirigía ante todo a los niños. El barrio rojo de Wedding era entonces lo que hoy se llamaría un barrio conflictivo. En aquel entonces era el distrito más pobre de Berlín. En su tesis doctoral, Georg había analizado si las «residencias para solteros» podían ayudar a mejorar la vida de los jóvenes varones que se dirigían en masa del campo a la ciudad con la esperanza de encontrar un puesto de trabajo. Hasta entonces solo habían podido acceder a una cama y un techo que alquilaban por horas, y que casi siempre tenían que compartir con otros en función de sus turnos de trabajo. Eso permitía un ingreso adicional a algunas familias que vivían en los patios traseros de los bloques de viviendas y alojaban a dos o tres «inquilinos por horas». Si en algunas ocasiones la relación con las familias se hacía más estrecha era algo que solo se ponía de manifiesto cuando una hija adolescente quedaba embarazada.

La miseria de los niños de esta época fue el tema de Dora. Ya su tesis de doctorado en ciencias políticas analizaba «la situación social de las trabajadoras berlinesas de la confección con especial atención a la crianza de los niños». Y también en el subtítulo dejaba claro cuál era el objetivo de la investigación: el «intento de evaluar el trabajo a domicilio frente al trabajo fabril desde la perspectiva de cuál sea el mejor modo de criar a los niños».

Nadie que viviera en Berlín después de la Primera Guerra Mundial podía ignorar la existencia de los niños de la calle, desnutridos y cubiertos de harapos. Por lo general mendigaban en grupos por las calles y las plazas, y se mantenían a flote gracias a pequeños robos. Muchas de las chicas, en

cuanto se hacían un poco mayores, se prostituían en la calle. En la consulta de Georg en Wedding, Dora pudo estudiar las repercusiones que la vida de los niños de la calle tenía sobre la salud. El tema de su tesis doctoral no fue por tanto fruto del azar, como tampoco lo fue el que eligiera estudiar economía política, licenciándose con óptimos resultados.

Además de su tesis doctoral, de sus cartas a sus hermanos y amigos y de sus descripciones del trabajo con Walter en el exilio de París, hay pocos testimonios biográficos de Dora. Donde más información he encontrado ha sido en un texto de Eva Schöck-Quinteros, «Dora Benjamin: 'denn ich hoffe nach dem Krieg in Amerika arbeiten zu können'. Stationen einer vertriebenen Wissenschaftlerin (1901-1946)» * , publicado con motivo de un congreso en la Universidad de Bremen en 1997: «Barreras y carreras. Cien años de estudio femenino en la ciencia». Pero el testimonio del compromiso político y social de Dora es sobre todo su tesis doctoral. A diferencia de su amiga Hilde Lange, que estudió jurisprudencia, en sus estudios de economía política Dora centró su interés en las cuestiones relacionadas con la profesión y la maternidad.

Hilde y Dora tenían casi la misma edad. Se habían conocido durante la preparación para el examen final de bachillerato, el *Abitur* , y desde entonces fueron íntimas amigas. Con excepción de un semestre de verano que las dos amigas pasaron juntas en Heidelberg, Hilde realizó sus estudios universitarios en la capital del *Reich* . Al terminar sus estudios, Dora pasó un semestre en Jena y, finalmente, fue a Greifswald siguiendo a su director de tesis, Karl Muhs, que en 1924 calificó su tesis como «excelente» y recomendó que fuera admitida a examen.

Las amplias investigaciones que Dora realizaría en el marco de su tesis la llevarían a elegir una disciplina secundaria en la facultad de medicina: «Higiene». La impresión que le causaron las visitas a las familias y al entorno doméstico de las trabajadoras fabriles debió de ser tal que —como afirma Schöck-Quinteros— le permitió comprender la importancia de la higiene para la vida y la salud de las mujeres y madres que trabajaban en casa, y sobre todo para sus hijos.

Su tesis doctoral es una investigación sobre el tema «profesión y maternidad». El trabajo revela el carácter problemático de una convicción muy extendida: que «el trabajo desde casa es el único que ofrece puestos de trabajo dignos de protección e irrenunciables» para madre e hijo. Por entonces se pensaba que trabajar en la fábrica, al implicar que las madres se

separaran de sus hijos, llevaba a que el periodo de lactancia durara muy poco y no les pudieran controlar lo suficiente. Se creía que esa era la causa del incremento de las tasas de mortalidad de los recién nacidos y los niños pequeños, como también de la creciente situación de abandono entre los adolescentes. Aquí es donde viene a cuento la investigación de Dora. Consideraba que el supuesto idilio de una vida como madre que trabaja en casa frente al trabajo en la fábrica era una caricatura, y replicaba que era precisamente el trabajo en casa, con sus horarios desregulados, y realizado en habitaciones oscuras y sin ventilación, lo que resultaba nocivo para los niños. Por eso era preferible apoyar a las trabajadoras fabriles habilitando guarderías y lugares para la lactancia, así como garantizando la formación de las educadoras, y crear así también un entorno más saludable para los niños.

Al mismo tiempo recomendaba un seguro de maternidad que permitiera a las madres estar con sus hijos durante los primeros meses, hasta haber terminado el periodo de lactancia. Pero, sobre todo, Dora consideraba que el trabajo en casa favorecía la implicación de los niños en el propio trabajo para asegurar el sustento, y que por tanto promovía el trabajo infantil. Quien eche un vistazo a la tesis doctoral de Dora Benjamin no tarda en percatarse de lo avanzadas que eran sus ideas hace ya ochenta y cinco años. Aún hoy, en el año 2014, sería quizá oportuno enviar un ejemplar a alguna de esas mujeres partidarias de una política familiar conservadora.

Finalizados sus estudios y el doctorado, Dora aspiraba a una carrera académica. Era una de las colaboradoras de la revista *Soziale Praxis* . Eva Schöck-Quinteros escribe: «En ese contexto, su crítica a las tentativas de idealizar el trabajo desde casa se volvió cada vez más política e incisiva».

Por desgracia, no contamos con descripciones de la vida privada de Dora Benjamin. Un par de fotos sugieren que habría que colocarla entre las mujeres emancipadas e ilustradas que marcaron la imagen de la mujer moderna y segura de sí en su época. El estudio de Schöck-Quinteros remite a su último artículo conocido sobre mujeres y vida laboral, publicado en 1931 en el volumen colectivo *Die Kultur der Frau. Eine Lebenssymphonie im xx Jahrhundert* [La cultura de la mujer. Una sinfonía vital en el siglo XX]. Una vez más, su posicionamiento al respecto es inequívoco y aún hoy sigue siendo actual. Las mujeres habían de ocuparse de tres trabajos distintos: el trabajo doméstico, la crianza y educación de los hijos y el trabajo remunerado. De nuevo alude al peligro de que la escasa

remuneración lleve a poner a los niños a trabajar, privándoles así de su infancia. De ahí que dirija su crítica contra aquellos ayuntamientos que no habilitan suficientes guarderías, parvularios y jardines de infancia.

La batalla de Dora contra la concepción dominante de los roles masculinos y femeninos en la sociedad de clases posguillermina tuvo un final abrupto, al igual que su lucha contra la sumisión de la mujer en la sociedad patriarcal. Schöck-Quinteros supone que el motivo de que Dora centrara su interés en la psicología y la pedagogía en detrimento de la economía política fue la constatación de que «sus análisis militantes del trabajo en casa como causa del trabajo infantil no habían tenido consecuencias» y, de hecho, «no habían logrado ayudar a un solo niño». Fue sobre todo Georg el que impresionó a Dora, y en particular «su apasionado compromiso social y sus ideas sobre la política sanitaria socialista», que había desarrollado en colaboración con importantes reformistas como Ernst Joel y Fritz Fränkel. De ahí su colaboración en los proyectos de la *Gesundheitshaus* socialista, que había de ocuparse tanto de la atención sanitaria como de una tarea educativa.

Este era también el propósito de la exposición «Nervios sanos», que tuvo lugar en la *Gesundheitshaus* en octubre de 1929, y cuyo *leitmotiv* fue descrito por Walter Benjamin con las siguientes palabras, recogidas en el estudio de Schöck-Quinteros: «Para aquel que se implica sin contemplaciones en el proceso contra la explotación, la miseria y la estupidez, ¿qué no pasa a convertirse en un *corpus delicti* ?». Para los organizadores de la exposición nada era más importante, dice, que esta toma de conciencia y que el pequeño *shock* «que con ella brota de las cosas […] entre la decoración interior de una oficina de empleo, un documento a diez columnas con una única palabra impresa de arriba abajo en toda la hoja: ‘Esperar’. El documento tiene el aspecto del boletín de la bolsa de un periódico. Cruzado sobre el texto y escrito en gruesos caracteres: ‘La lista de cotizaciones del hombre pobre’».

Dora Benjamin participó activamente en esta exposición y desempeñó un papel importante en su concepción. En ese momento las distintas profesiones de los tres hermanos Benjamin se unieron como en un mosaico. Después de la muerte de Joel en agosto de 1920, Dora continuó colaborando con Fritz Fränkel. Schöck-Quinteros muestra que aquí retoma de nuevo el problema del trabajo infantil. En los resultados de su colaboración con Fränkel —que, como muchos otros, ha caído en el olvido

como médico experto en adicciones, como psicólogo y como cofundador del KPD —, se revela de nuevo una mujer adelantada a su época. Dora había logrado adquirir competencias que rebasaban con mucho las limitaciones de la medicina convencional de aquellos años. Entre estas competencias estaba —como añade Schöck-Quinteros— el trabajo sobre el diagnóstico de personalidad desarrollado por el psiquiatra suizo Hermann Rorschach. Además trabajaba como consejera de educación en la Ayuda Internacional de los Trabajadores.

Dora se interesaba también por la asistencia a personas adictas. Ya entonces defendía un punto de vista que aún hoy, pese a todas las pruebas que lo refrendan, sigue sin ser aceptado por todos: que la adicción no es un crimen, sino una enfermedad que debe tratarse — entre otras cosas— suministrando sustancias sustitutorias. Al recopilar los pocos resquicios que —en cartas y documentos, así como en el trabajo de Schöck-Quinteros— nos permiten acceder a la vida de Dora Benjamin, a menudo me siento admirado de sus ideas progresistas, capaces de dejar atrás muchos de los prejuicios que aún hoy —más de setenta años después de su muerte— siguen marcando nuestra vida en sociedad.

Apenas cuatro años después, en 1933, la cosmovisión nazi reduciría a cenizas la perspectiva humanista y más rica en matices de la *Gesundheitshaus* . Nadie había tenido la suficiente fantasía como para predecir que la furia pequeñoburguesa del nacionalsocialismo, cargada de odio, haría olvidar todo lo que se había pensado hasta entonces. A su manera, el fascismo hitleriano acabó con los lastres sociales de una sociedad destrozada por la guerra y la posguerra, y permitió a la gente soñar con un futuro libre de esas rémoras, ya que separaría nítidamente la vida digna de la indigna. Al mismo tiempo, la consigna de la arianización permitió el expolio de un sector de la población que había contribuido significativamente a la riqueza social, tanto cultural como económicamente. Después de 1933 esto llevaría a la «solución final» en dos pasos sucesivos: primero, en la «noche de los cristales rotos» de 1938, con la destrucción de los negocios judíos y el robo de sus bienes privados, y en 1941, con el inicio de las deportaciones y el exterminio de los judíos europeos.

En 1933, Dora acababa de cumplir treinta y dos años. Se estaba haciendo un nombre en el mundo académico y hubiera tenido todas las puertas abiertas para una carrera de éxito. Pero, como señala Schöck-Quinteros, la toma del poder de Hitler arrasó «la red de contactos profesionales, políticos

y humanos» que eso requería. Así comenzó la época degradante de la emigración, a menudo llena de penurias, marcada por las persecuciones, los arrestos y la huida de Alemania.

En 1933, las llamas del incendio del Reichstag iluminaron un país que paso a paso se estaba convirtiendo en una dictadura, que utilizaba el instinto homicida y el saqueo de riquezas como armas políticas y que en doce años reduciría Europa a cenizas. Las detenciones de Georg y de su mentor, el profesor Fränkel, suponían una advertencia que Dora no podía ignorar. Schöck-Quinteros señala además que Fritz Fränkel, tras ser encarcelado y torturado por las SA , fue liberado gracias a la intervención de su mujer Hilde, pero a condición de que abandonara inmediatamente el país. Si logró hacerlo fue también gracias al escritor Wolfgang Hellmert, como muestra Schöck-Quinteros. Hellmert fue uno de los numerosos poetas olvidados que hasta 1933 estaban a las puertas de la fama y a los que hoy solo recuerdan algunos expertos. Formaba parte del círculo de Klaus Mann y finalmente emigraría a París, donde moriría a los veintiocho años. Se le considera un poeta de la nueva objetividad. Sus libros, como los de tantos otros, ardieron en 1933 en las piras iniciadas por unos estudiantes que —azuzados por el heraldo de Hitler, Joseph Goebbels— debían llegar a convertirse en la raza dominante de los *Herrenmenschen* .

Durante su huida, los Fränkel hicieron escala en Suiza antes de instalarse en París, donde Fritz Fränkel abriría una consulta médica. Walter Benjamin, que abandonó Alemania en 1933, emigraría también a París, su segunda patria, y allí se alojaría temporalmente en casa de los Fränkel. También Dora acabaría en la capital francesa. Pasó la Pascua de 1933 en Suiza, y regresó incluso una vez más a Berlín, pero hubo de reconocer que toda esperanza de acabar con el terror nazi era vana, y en agosto de 1933 se exilió definitivamente en Francia. Fue un adiós a su carrera y a su existencia académica. A partir de ahora se trataba literalmente de sobrevivir.

En Francia reinaba una extraña ambivalencia respecto a la Alemania de Hitler. Se ha comentado a menudo que el equipo olímpico francés de 1936 desfiló en el Olympiastadion de Berlín con el brazo en alto, haciendo el saludo hitleriano. Muchos emigrantes se refieren en sus memorias a la escasa comprensión que los refugiados alemanes encontraron en Francia, especialmente en las oficinas de pasaportes y en las administraciones. Sobre todo los emigrantes judíos tuvieron que hacer frente a fuertes restricciones.

Lo más difícil —y eso vale aún hoy para la restrictiva legislación que regula el derecho de los extranjeros a residir en Alemania— era conseguir el permiso de residencia para emigrantes o refugiados. Nada más llegar a París, el 17 de agosto de 1933, Dora solicitó la *Carte d'identité* , y tuvo que esperar para recibirla hasta marzo de 1934. Y entonces, ¿cómo ganar dinero? Eso no incluía el permiso de trabajo.

¿Cómo vivir en París en semejantes condiciones? Dora buscó distintos empleos, y trabajó como empleada doméstica y señora de la limpieza. En 1936 descubrió que padecía espondilitis anquilosante o mal de Bechterew, una afección reumática incurable que, poco a poco, puede llevar a la completa rigidez de la columna vertebral y de otros órganos y articulaciones. Su amiga Hilde, con la que mantuvo correspondencia hasta el comienzo de la guerra, se lo había contado a Georg, que estaba en prisión. En 1936 Georg, preocupado, escribiría una carta desde la prisión preventiva de Berlín-Moabit preguntando a Hilde si «Dodo» —como llamaba a Dora— era consciente del alcance de la enfermedad. Georg temía por su hermana, puesto que lo peor de la enfermedad es «que es incontenible, aunque en la mayoría de los casos —como de momento en el suyo— avanza muy despacio», escribió a Hilde en septiembre de 1936.

Georg estaba en lo cierto. El estado de Dora empeoró a ojos vista, y tuvo que abandonar las fatigosas tareas de empleada doméstica. Comenzó a trabajar para una organización de refugiados con niños traumatizados en su pequeño apartamento en la *rue* Robert Lindet 7. Sus ingresos apenas cubrían el alquiler y un par de comidas frugales. Cuando Walter Benjamin le preguntó si podía ayudarle económicamente, ella le explicó la miserable situación en que se encontraba, en parte a causa de la enfermedad. El trabajo con los niños la llevaba al límite de sus fuerzas. Dora escribió a Walter una carta en la que, entre otras cosas, decía: «Pero creo que no te haces a la idea de lo que significa para mí la lucha por la existencia, de lo que implica tener que trabajar con fuertes dolores casi diariamente».

Es posible que Fritz Fränkel remitiese a Dora a un especialista en Berlín. En París siempre tuvo una relación muy estrecha con los Fränkel. En cualquier caso, en enero de 1938 Dora se aventuró a viajar a Berlín, donde estuvo en tratamiento hasta marzo de 1938. Seguro que en este periodo estuvo en contacto con su cuñada Hilde, que probablemente hizo todo lo posible para que Dora pudiera recuperarse. Fueran cuales fueran las garantías que le había dado el consulado alemán en París, lo cierto es que

después de tres meses de tratamiento en Berlín pudo regresar a París sin problemas. En noviembre de ese mismo año las sinagogas en llamas iluminaron los terribles pogromos en las calles de Berlín y de todo el *Reich* .

El regreso de Dora a París fue acompañado de una doble dicha. El tratamiento en Berlín había supuesto un cierto alivio de sus dolores y había conocido a Gert. No sabemos quién era este hombre ni qué le había llevado a París. En julio, Walter Benjamin, que estaba de visita en casa de su amigo Bertolt Brecht, recibió por su cumpleaños una carta de Dora que Schöck-Quinteros cita por extenso: «Si no tardas mucho en volver aún podrás conocer a Gert. Estará aquí hasta finales de septiembre. Todavía no sabemos cuáles serán nuestros proyectos para el futuro. Sin duda no será fácil y en el futuro inmediato no cambiará nada para mí. Gert aún debe hacer su examen».

No podemos saber qué significó esta relación para ella: hasta qué punto fue importante e intensa, o si más bien supuso unos meses de amor y satisfacción, o al menos una pequeña pausa de todo lo que la había hostigado y la seguiría hostigando después. Un verano de amor en París. Un año más tarde, Dora escribiría a Walter Benjamin que desconocía el paradero de su amigo.

¿Fue el estallido de la guerra lo que hizo a Gert abandonar Francia y regresar a Alemania? ¿Había sido llamado a filas? ¿Viviría todavía o habría caído tal vez en combate, quizá participando en la invasión de Polonia? Quién era, cuáles eran sus ideas, los motivos por los que estaba en París, cómo conoció a Dora: se trata de preguntas para las que no tenemos respuesta. Es posible que hubiera aparecido un día en casa de los Fränkel. Quizá un amigo le hubiera llevado al salón de la hoy célebre vivienda en la *rue* Dombasle 10, donde a menudo se reunía una ilustre bandada de emigrantes. Omi Fränkel, la madre de Fritz, vivió un tiempo en casa de Dora y se ocupó de sus tareas domésticas.

Tengo ante mí una fotografía de Dora en blanco y negro. Lleva un sombrero de ala ancha un poco ladeado y probablemente el pelo corto, quizá con el peinado a lo *garçon* , que tan de moda estaba a finales de los años veinte. Su rostro queda un poco en la sombra por el ala del sombrero. La mirada escéptica, dirigida a la izquierda, apartada del observador. Una nariz pequeña y una boca entera que, con un poco de autoironía, contiene

una sonrisa en lugar de liberarla. Una mujer joven, atractiva y segura de sí. Un busto que permite intuir un cuerpo de mediana estatura.

Como cuenta Eva Schöck-Quinteros, el 15 de mayo de 1940 tuvo que personarse —como todas las mujeres solteras y sin hijos entre diecisiete y cincuenta y cinco años—, en el Vélodrome d'Hiver. El equipaje no debía sobrepasar los treinta kilos y, además de provisiones para dos días y cubiertos, contenía vestidos y algo de ropa interior. Es posible que en el velódromo conociera a Lisa Fittko, que más tarde ayudaría al prófugo Walter Benjamin a atravesar la frontera española por los Pirineos, y también a Hannah Arendt y Fränze Neumann —la amiga de Fritz Fränkel, que en 1935 se había separado de su mujer Hilde—. Pocos días después Dora sería trasladada con más de dos mil mujeres al campo de internamiento de Gurs, en los Pirineos. Tras el avance de la *Wehrmacht* hasta la frontera de Holanda y el subsiguiente bombardeo y la ocupación del Benelux en el mes de mayo, era previsible que Hitler iba a lograr hacerse con toda Europa Occidental, Francia incluida.

El 14 de junio de 1940 la *Wehrmacht* ocupó París. Con el acuerdo de paz del 22 de junio y la ocupación parcial de Francia, muchos de los reclusos en la Francia de Vichy pudieron abandonar el campo de Gurs. Dora Benjamin se dirigió a Lourdes, y allí se encontró con su hermano Walter. Hannah Arendt estaba también en la célebre ciudad de peregrinación. En Lourdes se había encontrado también con Walter Benjamin, al que le unía una relación de amistad, y se lo transmitió en una carta a Theodor W. Adorno, pero sin mencionar si Dora estaba presente. Es posible que no llegaran a verse, ya que cabe la posibilidad de que, tras verse forzada a abandonar París y después de las semanas de internamiento, Dora hubiese sufrido una severa recaída en su enfermedad reumática y tuviese que guardar cama. Walter y Dora vivían en la *rue* Notre Dame. Se separaron a finales de julio, cuando Walter se dirigió a Marsella. Esperaba poder llegar a los Estados Unidos, Max Horkheimer le había conseguido un visado. Los dos hermanos no volverían a verse.

Del cuestionario de las autoridades suizas se deduce que Dora se quedó un año más en Lourdes y no se marcharía a Marsella hasta agosto de 1941. Tenía un afidávit requerido para entrar en los Estados Unidos. Pero si esperaba obtener un visado a través del Emergency Rescue Commitee, como había hecho Walter, llegó demasiado tarde. Por entonces la oficina del Commitee en Marsella estaba ya probablemente cerrada y su director, el

estadounidense Varian Fry, había sido detenido. La situación de los refugiados judíos alemanes era dramática. Las autoridades nazis exigían a Francia que los extraditara a Alemania. Comenzaron las deportaciones. En 1942 la *Wehrmacht* ocupó también el sur del país, y ante eso Dora tenía pocas opciones para salvar su vida. O bien huía cruzando los Pirineos, o bien se quedaba en el país de forma clandestina, o bien cruzaba ilegalmente la frontera con Suiza. Schöck-Quinteros revela que se decidió por esta última opción.

Las autoridades suizas hicieron un acta sobre sus últimos meses en Francia, y Eva Schöck-Quinteros cita el siguiente pasaje: «En agosto [de 1942] la policía francesa tendría que haberme arrestado y deportado, pero me liberaron gracias a un certificado médico. Desde que los alemanes invadieron la zona libre me vi obligada a esconderme continuamente. A pesar de que durante meses intenté obtener un visado para entrar en Suiza, no lo conseguí. Como temía que los alemanes pudieran capturarme en cualquier momento, salí de Aix-en-Provence el 17 [de diciembre de 1942] y ese mismo día crucé la frontera suiza hasta Landecy, donde me entregué voluntariamente [nos entregamos voluntariamente] a los soldados. Estos nos pusieron en manos de las autoridades militares».

Las cartas y documentos oficiales a los que pudo acceder Schöck-Quinteros permiten hacerse una idea de la vida de Dora como emigrante en Suiza y revelan las dificultades que tuvieron los prófugos para poder llegar a Suiza y encontrar allí un refugio seguro. En una carta dirigida a Theodor W. Adorno en marzo de 1946, Dora describe cómo llegó desde Aix-en-Provence a la frontera suiza: «En agosto de 1942 tendrían que haberme deportado, y solo me salvó un certificado médico oficial que atestiguaba que no estaba en condiciones médicas de hacer frente al transporte; pasé varios meses en cama con un fuerte reumatismo en las articulaciones. La enfermedad me impidió huir a Suiza antes de que el resto de Francia fuera ocupada. Por fortuna, cuando las tropas alemanas llegaron me pude esconder en una granja cerca de Aix-en-Provence, donde había vivido. A finales de diciembre logré huir a Suiza, algo que entonces era bastante peligroso, ya que los alemanes vigilaban la frontera. En Francia viajé con documentos falsos. Atravesé la frontera a pie durante la noche, en una travesía muy excitante y aventurada. Una vez en Suiza, tuve la mala suerte de ir a parar a una aduana, donde en un primer momento me amenazaron con devolverme al otro lado de la frontera. ¡Eso cuando una ya se creía a

salvo! Fue un *shock* terrible. Tenía la intención de seguir el ejemplo de Walter con tal de no regresar, ya que eso habría significado una deportación casi segura. Por fortuna, después de horas de negociación, conseguí que me dejaran pasar. Por supuesto, los acontecimientos de estos años no han pasado sin dejar huella, y creo que el deterioro de mi salud se debe fundamentalmente a ello».

La intransigencia con la que Suiza rechazaba a los refugiados y, sobre todo, se negaba a acoger a los prófugos judíos obedecía a una orden del jefe de la Sección de Policía del Departamento Federal de Justicia y Policía: había que cerrar completamente las fronteras. Eso significaba que todos los refugiados civiles, también los judíos, fueron deportados. Fue un oficial suizo desconocido el que dio la orden de que Dora no fuera «expulsada» por los oficiales de frontera Ernest Strasser y G. A. Schoenbachler, sino que fuera detenida y trasladada al campo de Charmilles.

Pero el motivo de esta carta no tiene nada que ver con la historia de Dora y de sus padecimientos. Si los describe es con una íntima distancia, de modo que Adorno pueda entenderlo como una explicación de la insólita forma del escrito. Para ella lo único que cuenta es que la obra de su hermano Walter pueda obtener el reconocimiento que merece y que se publique de la forma más amplia y ordenada posible, e incita a Adorno a que lo haga. Al mismo tiempo comunica al amigo de Walter en Nueva York que su otro hermano, Georg, ha sido asesinado en el campo de concentración de Mauthausen en agosto de 1942, después de pasar seis años en la cárcel.

A continuación escribe que, después de que Walter falleciera en Portbou, y ciertamente en relación con su muerte, pasó por graves dificultades en Francia. «Interrogatorios, registros domiciliarios, etc., sin que haya podido averiguar qué es lo que querían de mí». Este indicio más bien general nos recuerda una vez más que nunca se ha podido disipar completamente la duda de si la versión oficial de la muerte de Walter Benjamin en Portbou se corresponde realmente con lo ocurrido.

La sospecha de que la Gestapo nazi, a través de los fascistas de Franco, pudiera estar implicada en su muerte se insinúa también en el documental argentino de David Mauas *¿Quién mató a Walter Benjamin?* , que llegó a las salas de cine en el año 2005. El documental revela que tanto el médico que certificó la causa de la muerte como el propietario de la pensión en la que Benjamin supuestamente se suicidó tuvieron un papel destacado entre

los falangistas de la región. El manuscrito desaparecido que Walter Benjamin llevaba consigo y sobre el que dijo a Lisa Fittko —la guía que le ayudó a cruzar la frontera española a través de los Pirineos— «que era más importante que su propia vida», sigue siendo un enigma: ¿qué ha sido de él? Entre sus propiedades solo se registró la cartera vacía. ¿Quién cogió el manuscrito y por qué?, ¿quién se vio incitado a ello? También faltan sus gafas, su pipa y una radiografía. Quizá estas preguntas nunca encuentren respuesta, y tal vez tampoco sea relevante el hecho de que el judío Walter Benjamin fuera enterrado en un cementerio católico, algo que sin embargo no era habitual.

El exilio en Suiza fue para Dora como una red de prejuicios, sobre todo contra los emigrantes judíos, que se materializaba en una serie de prescripciones y prohibiciones. Una red que, de hecho, no le permitía libertad de movimiento y que implicaba que no tenía permitido trabajar. Para ella lo más urgente era salir cuanto antes del campo de Charmilles. Las cartas que envió a sus amigos suizos permiten hacerse una idea de la situación de los emigrantes que pudieron quedarse en Suiza. Alguno de los destinatarios era lo bastante influyente como para conseguir que le concedieran un permiso por enfermedad y recibiera tratamiento en Zúrich. Al mismo tiempo, su internamiento en el campo se suavizó notablemente gracias a una reclusión «privada». Con la ayuda del Arbeiterhilfswerk [asociación suiza de socorro obrero] consiguió un puesto no retribuido con un profesor en Regensberg, en el cantón de Zúrich. Se trataba del director de un centro de educación para niños con retraso mental.

«Desde el día 5 de este mes estoy en Regensberg, con la familia de este profesor y en su gran centro para gente con retraso mental», escribe en una carta de mayo de 1943. Había tenido una buena acogida y podía compaginar el descanso con una actividad estimulante. Como no vivía en el centro, podía disponer libremente de su tiempo. Había tenido los primeros contactos positivos con el centro, allí podría trabajar en su especialidad y esperaba poder ayudar a algunos niños desde el punto de vista psicoterapéutico. Sin embargo, aún tenía que presentarse regularmente ante las autoridades militares, y cualquier desplazamiento que la sacara de Regensberg, por pequeño que fuera, requería autorización.

Eva Schöck-Quinteros resalta que Dora había vuelto a pensar en el futuro: aguardaba el final de la guerra con la esperanza de retomar su trabajo científico y práctico en los Estados Unidos. En 1943 escribe: «Vivo

aquí un poco embrujada, en un entorno peculiar, entre retrasados mentales, sordomudos y los pocos habitantes nominalmente ‘normales’ de nuestro pueblecito, que consta de apenas diez casas. Pero estoy muy contenta de haber encontrado esta hospitalidad, que ya se ha convertido en amistad, y ansío que llegue el momento en que mi salud me permita dedicar más tiempo a la investigación. Debo irme preparando, porque después de la guerra espero poder trabajar en los Estados Unidos». Schöck-Quinteros elige esta última media frase como título para su trabajo sobre Dora Benjamin.

Cuatro semanas más tarde escribe que tiene grandes esperanzas de que la guerra pueda terminar pronto. Quiere ir haciendo los trámites para poder disponer de un visado para los Estados Unidos cuando llegue el momento. Parece que sería posible viajar a través de Italia, incluso antes de que acabara la guerra.

Sin embargo, una vez más, Dora tuvo que pasar un largo periodo en el hospital cantonal de Zúrich, y al final se encontró con un diagnóstico devastador: cáncer de mama. Sus expectativas de vida, según las estimaciones de los médicos, eran de tres años como máximo. No hay testimonios de ella o de sus amigos sobre cómo asimiló esta noticia. Pero lo que está claro es que volvió a sumergirse en el trabajo.

Como muestra Eva Schöck-Quinteros, participó en un intenso debate sobre la futura organización de los centros pedagógicos en la Alemania de posguerra. Propuso —no sin añadir ella misma que «quizá era algo completamente irrealizable»— introducir en Alemania dos tipos de pasaportes: el habitual y una especie de «pasaporte preferente para todos aquellos que puedan demostrar una actitud inequívocamente antifascista». Estaba convencida de que eso facilitaría, o incluso posibilitaría, los viajes al extranjero de quienes quedaran en esa segunda categoría. Y sobre todo consideraba absolutamente imprescindible que los futuros profesores «ampliaran sus horizontes conociendo otros países: ahora eso es más importante que nunca». ¿Cómo habría reaccionado si hubiera podido ver el país dividido y cómo en Alemania Occidental las viejas élites nazis continuaban ocupando sus cargos?

También se implicó activamente en la formación del personal que, desde ese momento y en la posguerra, iba a ocuparse con los niños y adolescentes que habían padecido el desarraigo de los campos de concentración, el exilio y la guerra. No hay duda de que debió reconfortarla que recurrieran a sus

conocimientos y competencias. Cuando en febrero de 1944 se formó un comité de organizaciones humanitarias suizas e internacionales para organizar los cursos de formación dirigidos al personal de apoyo en la posguerra, incluyeron a refugiados en el cuerpo de docentes. En el plan de estudios estaba previsto que Dora Benjamin se ocupara de los campos de la psicología y la pedagogía. El tema específico de su seminario era la asistencia a niños que habían sufrido los daños de la guerra. Está claro que la derrota del Estado hitleriano devolvió a Dora las fuerzas, la esperanza y la confianza, hasta el punto de que su enfermedad quedó en segundo plano. Estaba segura de que después de la guerra iba a poder contar con la atención de una parte de la opinión pública suiza. Y está claro que Dora sentó las bases para un trabajo psicológico y pedagógico que permitiera a los niños y adolescentes que habían sufrido traumas volver a comenzar de nuevo.

Hoy la recuerda un parque que lleva su nombre, el Dora-Benjamin-Park en el distrito berlinés de Friedrichshain. Falleció en 1946 en el exilio de Suiza.

* «Dora Benjamin: ‘pues espero poder trabajar en los Estados Unidos después de la guerra’. Estaciones de una científica prófuga (1901-1946)». [*N. del T* .]

Capítulo 4

EL EXILIO

Para Walter Benjamin no había alternativa: en 1933 eligió París como lugar desde el que volver la espalda a Alemania. Dora, su hermana, le siguió hasta allí, y quizá su hermano Georg Benjamin y su familia hubieran hecho lo mismo si en 1933, inmediatamente después del incendio del Reichstag, Georg no hubiera sido objeto de un «arresto preventivo» en tanto que comunista y opositor al nazismo. Así se separó a los hermanos Benjamin. Los hechos se ajustan a la lógica de una época en la que la sed de venganza era capaz de cualquier atrocidad nacionalista. Además, el fascismo alemán tenía la patológica ambición de cargar su «ideología de bajos fondos» (Hannah Arendt) con tonos racistas. Una mezcla asesina que se revelaría en último término autodestructiva.

Al elegir Francia como el país en el que exiliarse, Walter y Dora Benjamin seguían los pasos de Heinrich Heine, Ludwig Börne y otros intelectuales revolucionarios y mal vistos que habían sido expulsados de Alemania a lo largo de la historia. La tromba de emigrantes que había huido del país tras la derrota de la revolución de 1848 iba a repetirse. En 1934 abandonaron Alemania unas sesenta mil personas, dos años más tarde fueron ya más de cien mil. En total, más de medio millón de personas abandonaron Alemania, y más del noventa por ciento de ellos eran perseguidos raciales. Muchos vieron cómo el ejercicio de sus profesiones quedaba vetado para los judíos en la Alemania nazi. El sector de la cultura empobreció bruscamente. Las obras de los «artistas degenerados» en artes plásticas y literatura fueron quemadas y destruidas, y con ello se aniquiló la

existencia de sus creadores. Tuvieron que huir o fueron expatriados, al igual que intelectuales de izquierda como Benjamin, o también socialdemócratas y comunistas. Encontraron refugio en Francia, clásico país de asilo, que en 1933 todavía concedía generosamente sus permisos de residencia. Sin embargo, eso terminaría en 1940, cuando Francia fue atacada y ocupada por la *Wehrmacht* en dos fases sucesivas.

La cifra de los demandantes de asilo, que se incrementaría dramáticamente a partir de 1933, comportaría problemas sociales y políticos en un país que ya de suyo era poco estable a nivel interno. Durante un tiempo pareció que Francia podría dar un vuelco hacia el fascismo, como ya había ocurrido en Alemania e Italia, y más tarde también en España. Un síntoma del clima político que imperaba en la Francia del momento fue que, en la ceremonia inaugural de las Olimpiadas de 1936 en el Olympiastadion de Berlín, el equipo nacional francés desfilara ante el palco del *Führer* haciendo el saludo hitleriano.

Los factores que habían desencadenado ese clima de tensión política en Francia, que por momentos parecía acercarse a la guerra civil, fueron el auge de una extrema derecha agresiva y un escándalo hoy casi olvidado, que entre 1933 y 1934 produjo una fuerte crisis de política interior. Su epicentro era el banquero judío ruso Serge A. Stavisky, que tenía estrechos contactos con el mundo de la política y que, después de que se destaparan sus importantes estafas, murió mientras huía de la policía. Por temor a que pudiera descubrirse su implicación en el escándalo y, sobre todo, en la muerte del banquero, la extrema derecha, con el apoyo de la prensa afín, intentó atribuir toda la responsabilidad al gobierno del primer ministro Chautemps. El hecho de que varios miembros de su gabinete estuvieran implicados facilitó las cosas. Las dimisiones del gobierno Chautemps hicieron que el conflicto entre las facciones políticas llegara a las calles, provocando muertos y heridos. La situación parecía al borde de la guerra civil.

En 1934 el rey de Yugoslavia, que estaba de visita oficial en Francia acompañado del ministro de Exteriores francés, sufrió un atentado mortal perpetrado por los nacionalistas croatas. Eso enardeció de nuevo la xenofobia y el antisemitismo en Francia, y tuvo como consecuencia que los emigrantes fueran extraditados y entregados a sus perseguidores, sobre todo a Alemania. Solo una amplia tregua entre distintos partidos logró salvar la

Tercera República y la democracia en Francia, hasta que el ataque de la *Wehrmacht* acabó con ella.

La delicada situación política en Francia llevó a algunos emigrantes a refugiarse temporalmente en España, y algunos de ellos descubrieron la isla de Ibiza, hasta entonces relativamente poco conocida. Walter Benjamin también estuvo allí y, con la ayuda del escritor francés Jean Selz, se aventuró en una traducción de su libro *Infancia en Berlín hacia 1900* . El proyecto fracasó, al igual que el intento de encontrar una editorial para su libro *Calle de dirección única* . Al final unos fortísimos ataques de fiebre pondrían término a su trabajo con Selz y obligaron a Benjamin, enfermo de malaria, a abandonar Ibiza y regresar a París, donde le atendería un médico amigo.

El biógrafo Fuld señala que, a finales de 1933, Walter Benjamin estaba de nuevo en París, en una situación totalmente desesperada. La enfermedad lo había debilitado tanto que no podía subir los escalones que llevaban a su hotel de tercera clase en un suburbio parisino. Se avergonzaba tanto de su pobreza que vivía aislado, y con todo intentaba establecer contacto con literatos franceses que pudieran ofrecerle posibilidades para publicar sus textos.

Al regresar de las vacaciones de verano, en las que la ciudad del Sena prácticamente se vaciaba, los parisinos se encontraron con muchísimos inmigrantes buscando algún tipo de asistencia en las abarrotadas salas de espera de los comités de ayuda. También Benjamin estaba entre ellos. Eso explica que escribiera a su hermana Dora, que estaba también enferma y sin recursos, preguntándole si podía enviarle una pequeña suma de dinero. Ella, por su parte, ganaba tan poco que le llegaba justo para pagar el alquiler, pero apenas tenía para una comida al día.

Más tarde, la situación de Benjamin mejoraría, cuando Gretel Adorno, que de vez en cuando le ayudaba con alguna cantidad de dinero, le hizo de nuevo una transferencia. Su colaboración regular con el Instituto de Investigación Social le reportaría un honorario mensual de 500 francos. Entretanto, el Instituto se estaba trasladando desde Ginebra —donde se había mudado tras la toma del poder por los nazis— a Nueva York, porque Theodor W. Adorno y Max Horkheimer temían que también Suiza podía verse arrollada por el fascismo.

En París, Benjamin quedó con Bertolt Brecht, y entre dos temperamentos tan contrapuestos se fue desarrollando una amistad que —sobre todo en el caso de Brecht— tendría un carácter poco habitual. Al menos en tres ocasiones Benjamin pasó varias semanas como huésped en la casa de Brecht, en la isla de Fionia, en Dinamarca. Su amistad iba a resistir la tendencia de Brecht a acaparar para sí a las personas cercanas y a «consumirlas».

Cuando Benjamin tenía algo de dinero, lo gastaba generalmente en libros y revistas, siempre con la esperanza de poder colocar algún artículo a cambio de unos honorarios. Así surgió en París el famoso ensayo «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica». En una carta que envió a Max Horkheimer a Nueva York deja claro en qué condiciones vivía en París: «Mi situación es tan difícil como puede serlo la de alguien que no tiene deudas. Con ello no me quiero atribuir el menor mérito, sino tan solo decir que cualquier ayuda que pueda concederme supondrá un alivio inmediato para mí».

En esta carta Walter Benjamin contaba que había subalquilado una habitación en una vivienda de otros inmigrantes. Además, había conseguido que le permitieran hacer uso de un comedor para intelectuales franceses. Pero en primer lugar este permiso era provisional y, por otra parte, solo podía aprovecharlo los días que no pasaba en la biblioteca, ya que el local quedaba muy lejos. Solo de pasada mencionaba que tenía que renovar la *Carte d'identité* , pero que no tenía los 100 francos requeridos para ello.

En el volumen 19 de sus *Obras y escritos póstumos* , publicado por la editorial Suhrkamp, *Sobre el concepto de historia* , aparece a menudo el nombre de Dora Benjamin, puesto que fue ella la que se ocupó de mecanografiar las notas de Walter Benjamin. Es un signo de lo estrecha que fue su colaboración en París. Ambos padecían una precariedad material sin visos de mejora. Según su propio testimonio, para poder cubrir sus gastos, Walter Benjamin necesitaba un mínimo de mil francos mensuales, lo que equivalía a unos ciento cincuenta marcos. En París el mercado de los honorarios en el sector científico-literario, o mejor, académico, era limitado, y por ello los intelectuales franceses no estaban nada contentos de tener nuevos competidores. En otras palabras, las posibilidades de recibir honorarios por ensayos y conferencias eran sumamente escasas. Y con ello

también la esperanza de poder abandonar una Europa asediada por el fascismo para buscar refugio en América del Sur o del Norte.

En una carta dirigida a Gershom Scholem, Hannah Arendt relata los últimos momentos que pasó con Walter Benjamin. Escribe que cuando estalló la guerra estaba descansando «en un pueblecito francés» cerca de París con unos amigos, entre ellos Walter (Benji) Benjamin. El comienzo de la guerra le había atemorizado muchísimo. Al igual que los demás refugiados, también Walter Benjamin fue recluido. En el campo provisional de Colombes coincidió con el marido de Arendt, que le encontró bastante desesperado. Ya en el campo definitivo, escribió en los siguientes meses sus tesis de filosofía de la historia, de las que —«según me dijo»— envió una copia también a Scholem.

En su carta, Hannah Arendt recuerda que, tras el examen médico, «Benji» había sido declarado inútil para los trabajos obligatorios que habían de realizar todos los internos menores de cuarenta y ocho años. También había logrado librarse «como de milagro» de «un internamiento en condiciones más duras» a mediados del mes de mayo. Como ella misma estaba interna en un campo en ese momento, algunos amigos le habían contado que ya no se atrevía a salir a la calle y que se encontraba en un estado de pánico permanente. Había partido con el último tren que salió de París hacia Lourdes. Ella había salido a mediados de junio del campo de internamiento en Gurs y había llegado casualmente también a Lourdes, donde se quedó varias semanas a petición de Benjamin. «Benji y yo jugábamos al ajedrez de la mañana a la noche, y durante las pausas leíamos los periódicos, siempre que los hubiera». Todo había ido relativamente bien hasta que se dio a conocer el armisticio con la famosa cláusula de extradición. A partir de ese momento las cosas se pusieron mucho peor. No podía decir que Benji hubiera quedado presa del pánico, a pesar de que tuvieron noticia de los primeros suicidios de internos que huían de los alemanes. También él había hablado por primera vez de suicidio, y en repetidas ocasiones. Que aún quedaba esa salida. Ante su enérgica respuesta de que siempre había tiempo para eso, Benjamin repitió estereotípicamente que eso nunca podía saberse, y que en esa situación de ningún modo se podía llegar demasiado tarde.

Hannah Arendt abandonó Lourdes a comienzos de julio y mantuvo el contacto con Benjamin por carta hasta septiembre. Él le había escrito, muy desanimado, que la Gestapo había estado en su casa de París y lo había

incautado todo. Dora, que había sido interrogada varias veces en París, contaba noticias similares. Hannah Arendt vio por última vez a Walter Benjamin en el mes de septiembre en Marsella; habían llegado sus visados para Estados Unidos. El visado de Walter Benjamin se lo había procurado Max Horkheimer. Benjamin tenía también los papeles necesarios para el tránsito por España y Portugal, y se dirigió hacia los Pirineos para encontrarse con Lisa Fittko, que iba a ayudarle a cruzar la frontera francoespañola a través de las montañas.

Capítulo 5

EL ÚLTIMO VIVAC ANTES DE PORTBOU

El fresco de la noche. Una breve pendiente. Sus pasos arriba y abajo son prudentes. Sabe que su corazón tiene que soportarlo. Respira con dificultad, tirita y espera que el movimiento le ayude a hacer frente al frío. Tiene que pasar la noche en la montaña, en los Pirineos, aún en Francia, cerca de la frontera española. Incluso ahora que se ha quedado solo mantiene su maleta a la vista. Es más importante que su vida, le había susurrado a Lisa Fittko cuando unas horas antes se habían despedido del alcalde de Banyulssur-Mer. Al levantar la maleta, Lisa siente su peso y teme que sea demasiado para el «viejo Benjamin», como ella le llama. Él había murmurado algo sobre un manuscrito que estaba en la maleta y que de ninguna manera debía perderse.

Lisa ayuda a la gente a huir, y va a guiar al pequeño grupo compuesto por Walter Benjamin, Henny Gurland y su hijo Joseph a atravesar las montañas hasta la frontera española. Tienen un visado para Estados Unidos y visados de tránsito en vigor para España y Portugal, donde esperan poder tomar un barco que les lleve hasta América. Lisa y su marido Hans se habían conocido en Praga, donde se habían refugiado tras abandonar Berlín en 1933. Formaban parte de la oposición de izquierda, y al comienzo de la guerra habían tenido que trasladarse a Francia. En 1940 trabajaban para la oficina de sindicatos estadounidenses en Marsella ayudando a la gente a huir. La oficina ayudaba a los opositores al régimen nazi a conseguir un visado de entrada en Estados Unidos. Los Fittko habían ayudado a docenas de refugiados a cruzar los Pirineos sanos y salvos.

Lisa no conocía aún el camino que al día siguiente debían tomar hacia la cercana frontera española. Resulta ser una antigua senda de contrabandistas. Por eso querían recorrer el primer tercio del camino esa tarde. Se lo había aconsejado el alcalde. El croquis que les había dado señalaba cada desvío que tenían que retener en su memoria para no extraviarse. La ruta habitual ya no era segura, pero les habían advertido a tiempo de las patrullas de frontera francesas. Lisa y Walter, con la maleta y el manuscrito —de los que no se separa—, se ponen en marcha junto con Henny Gurland y su hijo Joseph.

Después de tres horas de camino llegan a un bosquecillo de pinos junto a una pendiente. Según las indicaciones del alcalde de Banyuls, tenían que haber llegado allí en una hora o, como máximo, en una hora y media. Desde la ventana del ayuntamiento el bosquecillo parecía lejano, pero aún resultaba visible. «Un paseo», les había dicho el solícito alcalde, «a modo de prueba». Pero Walter Benjamin no tenía fuerzas para vivir esta marcha de prueba como un paseo, y su corazón tampoco se lo permitía. Por eso le pareció poco plausible volver a desandar el camino hacia Banyuls para regresar de nuevo a la mañana siguiente, presumiblemente no menos exhausto.

De modo que el «viejo Benjamin» —que en realidad acababa de cumplir cuarenta y ocho años— le dijo a su acompañante y guía: «Yo pasaré aquí la noche». Allí están, bajo un pino, con la mirada en el sendero que desciende hacia Banyulssur-Mer. Desde allí pueden ver las luces que se encienden al final del día en la pequeña ciudad. Walter Benjamin tiene que economizar sus fuerzas y no logran disuadirle de su decisión.

Como los intentos de convencerle no surten ningún efecto, Lisa ha de reprimir su impulso de quedarse con él para no dejarle solo. Además, aún debe hacerse con agua y provisiones para el día siguiente, en el que se encaminarán hacia Portbou, la localidad en la frontera española.

Así que el grupo se divide. El plan de Lisa es salir muy temprano de Banyulssur-Mer y entremezclarse con los viticultores que se dirigen a las viñas hacia las cuatro de la mañana. Ese es el mejor modo de camuflarse, según les había dicho el alcalde.

Ya solo en el viñedo, Walter tiene ante todo que descansar. Se sienta sobre la maleta que contiene ese manuscrito del que había dicho que era «más importante que mi vida», como escribe Lisa Fittko en sus memorias. El terreno aún está caliente por el sol de otoño. Busca ramas para hacer

fuego y excava con sus manos una hondonada para que la pequeña hoguera no sea visible desde lejos. Le basta para calentarse.

La noche está plagada de estrellas. La luna irradia una luz blanquecina: un cielo nocturno como solo puede verse en las montañas. El hombre en la cima de la montaña toma aire, un momento de silencio, como hecho a propósito para recorrer mentalmente su vida de Berlín a Múnich, luego a Friburgo, Berna y Fráncfort, y una y otra vez París. Un trayecto que le ha llevado hasta esa soledad en los Pirineos. Quiere escapar al potente seísmo cuya fuerza destructiva afectará a toda Europa, y ha tenido ocasión de ver lo que se estaba incubando en él.

Distintos testimonios de los años posteriores a la Primera Guerra Mundial registran el itinerario político de la inteligencia crítica, de los artistas e intelectuales de este periodo desgarrado. Muchos tenían sus esperanzas puestas en la revolución, que los comunistas aguardaban como algo ineluctable. Pero eso no enardeció a las masas. La Internacional Comunista, que se reunía cada año en Moscú desde su fundación en 1919, esperó en vano a que la revolución mundial se produjera conforme a las previsiones.

La socialdemocracia reformista no creía que el viejo Imperio estuviera maduro para una revolución conforme al modelo del Octubre rojo. El escepticismo de Benjamin es manifiesto, pero es menor que el del escritor Werner Kraft, que en una carta le incitaba a «no aceptar el comunismo como ‘solución para la humanidad’». Benjamin responde: «Pero se trata precisamente de que, a través de las soluciones practicables que ofrece, se pueda abandonar la vana pretensión de ofrecer soluciones válidas para la humanidad, e incluso la inmodesta perspectiva de ‘sistemas totales’, para así al menos intentar organizar la vida de la humanidad con la misma soltura con la que afronta el día a día un hombre razonable que haya dormido bien». Algunos años más tarde recurrirá a una imagen que, de una forma al mismo tiempo compleja y comprensible, sugiere hasta qué punto el comunismo es un sustituto de la religión. Cabe suponer que en la montaña Benjamin haya pensado en el «hombrecillo jorobado»: «Sabido es que debe de haber existido un autómata construido de tal modo que era capaz de responder a cada movimiento de un ajedrecista con una jugada contraria que le daba el triunfo en la partida. Un muñeco… se sentaba ante el tablero, colocado sobre una mesa espaciosa. Gracias a un sistema de espejos se creaba la ilusión de que la mesa era transparente por todos los

costados. La verdad era que dentro se escondía, sentado, un enano jorobado que era un maestro del ajedrez y que guiaba con unos hilos la mano del muñeco. Cabe imaginar una réplica de este artilugio en la filosofía. Tendrá que ganar siempre el muñeco que llamamos ‘materialismo histórico’. Puede desafiar sin problemas a cualquiera, siempre que tome a su servicio a la teología, que hoy, como sabemos, es pequeña y fea y no está para dejarse ver por nadie».

Su amigo Adorno hablaba de un «núcleo teológico» sin el cual el materialismo perdía su principal fuerza impulsora. A pesar de todo, hasta que no murió Stalin en 1953 y no fue póstumamente destronado en el XX Congreso del Partido Comunista soviético en 1956 no se dieron a conocer sus crímenes. Muchos comunistas crédulos que habían venerado al hombre en el Kremlin vieron cómo se quebrantaban lo que hasta entonces habían sido sus más sólidas convicciones: un dios que no era tal.

Benjamin criticó también al Partido Socialdemócrata alemán y su concepto de progreso, que no se atiene a la «realidad» y tiene una pretensión dogmática. Critica su «explotación de la naturaleza» y que exaltara el trabajo como algo «sagrado». Y de hecho tuvieron que surgir el movimiento ecologista y los Verdes en los años ochenta del siglo XX para que la socialdemocracia llegara a una «reconciliación» entre trabajo y medio ambiente.

¿Qué habrá pensado Walter Benjamin cuando tuvo noticia de los errores y las falsas estimaciones sobre la entrega del poder a Hitler por parte del comité ejecutivo de la Internacional Comunista el 1 de abril de 1933? En un comunicado de prensa difundido entonces, podía leerse: «La instauración de una dictadura abiertamente fascista, que aniquila todas las ilusiones democráticas de las masas y las libera del influjo de los socialdemócratas, acelera el tempo del avance de Alemania hacia la revolución proletaria». Menudo error. La lucha contra el SPD , al que los comunistas llamaban «socialfascistas», les importaba más que la resistencia conjunta frente al nazismo, porque los socialdemócratas eran un obstáculo para la revolución mundial. Moscú se equivocó y durante mucho tiempo no quiso reconocer las dimensiones y las consecuencias de este error. Ya en la guerra civil española habían sucedido cosas de este tipo, cuando en la retaguardia se liquidaba a los camaradas que no querían plegarse a la línea dictada por Moscú.

Lo que ocurría en España era el reflejo del terror estalinista, que hacía ya tiempo que bramaba en la Unión Soviética. El error de Stalin al creer que Hitler respetaría el pacto de no agresión con la Unión Soviética alargó el padecimiento de los pueblos atacados y para Rusia supuso cuatro años de persecución, campos de exterminio, invasión y genocidio. En su cuartel general llamado *Wolfsschanze* [guarida del lobo], Hitler se había propuesto nada menos que conquistar el territorio ruso para el «pueblo sin espacio». Los que sobrevivieran serían esclavos de la raza dominante. Estos planes se hundieron en el terreno sin fondo de los inciertos caminos de Rusia, expuestos a la incesante lluvia, o encallaron entre los bloques de nieve a temperaturas de cuarenta grados bajo cero.

Sus «Reflexiones para un análisis del estado de Centroeuropa», que Benjamin había regalado a su amigo Gershom Scholem cuando este emigró a Palestina, son un texto visionario escrito en 1923: «Una singular paradoja: cuando actúa, la gente solo tiene en mente el más mezquino interés privado, pero al mismo tiempo su comportamiento está más condicionado que nunca por el instinto de la masa. Y ahora más que nunca los instintos de la masa se han convertido en algo confuso y extraño a la vida […], de modo que la previsión, el uso propiamente humano del intelecto, se frustra incluso en el momento de mayor peligro. Hasta el punto de que en ella alcanza su culminación la imagen de la estupidez: inseguridad, e incluso perversión de los instintos vitales básicos, e impotencia y hasta deterioro del intelecto. Esta es la disposición anímica de la totalidad de los ciudadanos alemanes». ¿Cómo leer este texto más que como un vaticinio de lo que estaba por venir, de la ideología racista y *völkisch* que desembocaría en la estrafalaria concepción de la raza dominante?

Aquí puede entreverse ya el Estado de las SS , tal y como lo describe Eugen Kogon tras el derrumbamiento de la Alemania nazi y la tragedia de los alemanes. Los grandes desfiles de masas, las procesiones de antorchas y fantasías apocalípticas, las apariciones mesiánicas del *Führer* guiado por la «providencia», todo ello acompañado de una ciudadanía servil cuya bancarrota moral se anunciaba con fanfarria y música imponente.

Pero volvamos con Walter Benjamin en la frontera francoespañola en el año 1940. ¿Cuál habrá sido su estado de ánimo, cómo se habrá sentido? ¿Recordaría con una sonrisa su infancia y otras fases de su vida, tan distintas y contradictorias? Es el propio Benjamin el que me incita a imaginarlo allí, fantaseando sobre su biografía. Escribe: «En el año 1932,

mientras estaba en el extranjero, comencé a darme cuenta de que pronto tendría que despedirme por mucho tiempo de la ciudad en la que había nacido, quizá para siempre. En varias ocasiones de mi vida había experimentado el método de la vacunación como algo terapéutico; también en esta ocasión acudí a él y evoqué deliberadamente las imágenes que con más fuerza suscitan la añoranza en el exilio: las de la infancia».

En el exilio en París concluye el manuscrito sobre su *Infancia en Berlín hacia 1900* . Quién sabe si, en esta mirada retrospectiva, se acuerda del Walter que había sido con quince o dieciséis años, y de una infancia en Berlín que hubiera sido inconcebible sin el zoo.

Los recuerdos de infancia y pubertad no son raros entre los adultos. Se iluminan cuando niños y adolescentes alborotan a nuestro alrededor, cuando su risa resuena y nos recuerda los instantes de alegría que vivimos. Walter Benjamin en la montaña. Le imagino sentado en la hierba, apoyado en un árbol, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, mientras unas cosas y otras van pasando por sus pensamientos.

Aún hay gente que viaja a Berlín única y exclusivamente para visitar el famoso zoo. Walter Benjamin estuvo allí a menudo. Es posible que, al hallarse en algún momento entre 1908 y 1910 en medio del interminable torrente de visitantes, entrara al zoo por la puerta del león. Ya había observado hasta la saciedad a todos los animales exóticos, entre jaulas y cercas. Sin embargo, había algo allí que le seguía atrayendo, y así lo escribe: «Entre los terrenos arenosos de los ñus y las cebras, los árboles deshojados y los arrecifes donde los buitres y los cóndores hacían sus nidos, entre los malolientes recintos de los lobos y los lugares de cría de los pelícanos y las garzas, […] ese era el ambiente en el que la mirada del muchacho intentaba acercarse por primera vez a una pasante mientras hablaba animosamente con su amigo».

Esto permite entender el atractivo del zoo como un entorno seguro para los primeros flirteos. Por allí se deambulaba y se intercambiaban miradas. Walter, de unos dieciséis años, tuvo sus primeras experiencias tentativas con las electrizantes curvas de las mujeres y las chicas que pasaban junto a él. Allí habrá captado alguna mirada alentadora e incitante. Pues las prostitutas de Berlín no pasan inadvertidas, y Walter Benjamin las observa. Descubre el Berlín «pecaminoso». El retoño de la Delbrückstraße en el distinguido Grunewald se siente al mismo tiempo conmocionado y

mágicamente atraído, pues intuye los «servicios» que estas mujeres habrían prestado a los «instintos nacientes».

Y describe este conflicto entre la educación y el deseo, atrapado en el corsé de la discreción inculcada y la moralidad burguesa, que se ven desafiados por el incipiente y avasallador deseo sexual. Recuerda las resistencias que tuvo que vencer para «abordar a una prostituta en plena calle. Podían pasar horas hasta lograrlo. El horror que sentía», escribe, «era el mismo que me habría producido un autómata que se hubiera activado con una simple pregunta. Y así fue como arrojé mi pregunta por la ranura. Luego me zumbaban los oídos y no era capaz de recoger las palabras que caían de la boca pintarrajeada. Me escapé corriendo, para repetir el temerario intento esa misma noche. Cuando, ya casi de mañana, me detenía en algún portal, ya me había enredado sin remedio en los lazos de asfalto de la ciudad, y las manos que me liberaron no fueron precisamente las más limpias».

Un recuerdo tan claro como críptico que siguió influyendo en su imagen de la mujer, marcada por su precoz excitación ante la prostituta vestida con un estrecho traje de marinero que emergerá en sus escritos —también entre líneas— una y otra vez. Solo más tarde comprendería la miserable situación del proletariado en Berlín, que ya en 1892 —el año de su nacimiento— era una ciudad de más de un millón de habitantes. Había al menos diez mil prostitutas registradas oficialmente. Las cifras no oficiales eran muy superiores. La industrialización había destruido las estructuras sociales de carácter agrario y rural; las grandes familias se habían desintegrado y, con ellas, también la relativa seguridad a la que podían aspirar los ancianos —con el retiro— y los enfermos —que eran atendidos en casa—. Los trabajadores rurales buscaban trabajo en las nuevas fábricas, y el proletariado industrial que se estaba formando era explotado y carecía de derechos. Primero llenar el estómago y después la moral, como cantaba el amigo Brecht en la *Ópera de tres peniques* . La Iglesia y el sermón dominical, que en el mundo rural aún habían determinado el código moral, ya no eran de gran ayuda en la lucha por la subsistencia de los proletarios sin derechos en la ciudad.

Hay numerosos testimonios literarios del periodo de finales del siglo XIX y comienzos del XX : una época que —al igual que los posteriores años veinte— se considera a menudo «dorada». Las fotografías de estos años están amarillentas, como la época de la que proceden. En esas fotos la gente

parece ataviada de un modo extrañamente rígido y uniforme: los hombres con un calzado robusto, vestidos con traje y chaleco, con el cuello rígido y la pajarita, que obligan a alzar la cabeza; las mujeres con vestidos cerrados hasta el cuello; los chicos ataviados con traje de marinero y las chicas con ribetes de ganchillo bordados en sus faldas blancas, como en la foto de los primos del año 1906. Pocos describen las apestosas cloacas de los patios traseros en los bloques de apartamentos berlineses, el sufrimiento de gente que estaba al límite de sus fuerzas, el trabajo infantil y las semanas de setenta horas laborales: todo eso engendra rabia y lleva a buscar válvulas de escape. Este ambiente proletario aparece retratado de forma realista en las imágenes de Heinrich Zille, el pintor de la época.

En la casa de Grunewald o en las viviendas de veraneo de la familia Benjamin en Babelsberg o en Potsdam, junto a Brauhausberg, no se habla de la situación desesperada de muchas personas en Berlín durante la época guillermina. Y seguro que el hijo Walter —cuyos padres estaban convencidos de que llegaría a ser escritor desde el mismo momento en que nació— no habrá exteriorizado sus anhelos de adolescente y sus deseos sexuales. Pero son elementos a los que puede dar rienda suelta allí donde la pobreza obliga a las mujeres y a las chicas a prostituirse para sobrevivir.

En las descripciones y recuerdos de la ciudad de Berlín hacia 1900 y en los años siguientes se mencionan a menudo los «*boulevards* flanqueados de prostitutas». Solo en la montaña y sintiendo el fresco de la noche, Benjamin conocerá el cuadro «Potsdamer Platz» de Ernst Ludwig Kirchner, en el que las prostitutas se cubren con grandes sombreros. Para los jóvenes de la alta burguesía era imposible no verlas, y aún más difícil evitarlas. El gobierno prusiano, interesado en velar por la moral, había prohibido los burdeles, de modo que las mujeres que se ganaban así su sustento o el de su familia a menudo no tenían otra opción que la prostitución callejera.

Pero el mercado erótico, que siempre tiene coyuntura favorable, se expandía cada vez más y se hacía un hueco también en otros lugares. En una biografía de Benjamin se cita un librito de Georg Zivier sobre el Romanisches Café. En él se habla de los lugares de encuentro de la bohemia intelectual berlinesa a principios de siglo y se describe a las chicas y jóvenes mujeres que «serpenteaban como apátridas entre las mesas, deteniéndose a charlar con unos y con otros, sentándose un momento aquí o allá para luego seguir deambulando sin descanso».

Muchas de las chicas que aparecen en estas memorias de café eran «poetisas o pintoras cuyas fuentes de ingresos resultaban sospechosas». Walter Benjamin también andaba por allí de vez en cuando. Las cortesanas de café eran un síntoma de la disponibilidad de las mujeres en el mundo patriarcal, antes y después de la Primera Guerra Mundial. Pero la moral burguesa establecía sutiles distinciones. El único ambiente que se consideraba «de prostitutas» era la prostitución callejera, que era la forma más mísera y explotadora de comercio erótico. Es decir, solo la vida fuera de los cafés. La imagen que Benjamin tenía de las mujeres también estaba marcada por estas distinciones; y ahí no había mucho que pudiese incitarle a un pensamiento más progresista. Tampoco en París.

El joven intelectual soñador y apolítico que era Benjamin despertó con la Primera Guerra Mundial y la brutal guerra de trincheras, así como con la derrota alemana y el desastre social que vendría a continuación. Se da cuenta de que la situación de los más desfavorecidos de la sociedad solo puede cambiarse a través de la acción política. Benjamin comienza a entender la rabia de un proletariado que se ve privado de sus derechos, que estalla tras la Primera Guerra Mundial, primero en Rusia y más tarde también en Berlín. No tardó en darse cuenta del peligro que implicaba que esta rabia pudiera descargarse de forma reaccionaria, en su variante fascista. El gran fundador de ideas revolucionarias y comunistas había sido Karl Marx. Muchos se habían inspirado en él, entre ellos también Walter Benjamin. Del otro lado estaba el mundo de la pequeña y la gran burguesía, que se oponía a toda tendencia emancipadora, y que tuvo sus más exacerbados defensores en la prensa nacional-conservadora y encontró a su ejecutor en la figura de Adolf Hitler.

Esa noche en el viñedo cerca de Portbou no veo tanto al filósofo y sutil pensador como al hombre de carne y hueso, con sus anhelos, sus esperanzas y su desesperación, también hacia una Alemania que le había tratado de manera infame. Eso vale también para la Universidad de Fráncfort y la atmósfera antisemita que reinaba en ella. Benjamin había tenido que retirar su escrito de habilitación, *El origen del drama barroco alemán* , para adelantarse al rechazo oficial.

El último vivac antes de Portbou. ¿Habría reelaborado Walter Benjamin su fragmentario *Libro de los pasajes* ? El manuscrito que llevaba en su maleta en los Pirineos, ¿era quizá una nueva versión del libro, en la que «estaba todo escrito» y que consideraba «más importante que su vida»?

Para los muchos que, hoy como ayer, le admiran impresionados por su inteligencia y por su entendimiento cargado de emotividad, Walter Benjamin tiene algo que Theodor W. Adorno describe de la siguiente manera: «Si tuviera que caracterizar su aspecto externo, tendría que decir que Benjamin tenía algo de mago, pero en un sentido nada metafórico y muy literal. Cabría imaginárselo con un sombrero muy alto y una especie de bastón mágico».

Hannah Arendt, su buena amiga, luchó denodadamente para que se publicaran sus manuscritos y para que Benjamin ocupara el lugar que le correspondía entre los grandes del pensamiento —en algún lugar entre Kant y Marx—. Un gran alemán al que los alemanes habían expulsado en esta época horrible de profunda quiebra cultural. También había otras voces que veían en Benjamin al eterno niño mimado que no quería llegar a la edad adulta. Esa noche también habrá pensado en ello. Habrá pensado en reproches de todo tipo, y quizá no se sintiera en condiciones de hacer frente a todos ellos.

Hannah Arendt, que también había huido de los nazis como muchos alemanes de origen judío, atravesó pocos meses después la barrera de Portbou, que Benjamin no consiguió superar. También ella consideraba a Benjamin un personaje rodeado de misterio. Cuando pensaba en él, le acompañaba la siguiente sensación: «Lo que resultaba tan difícil de entender en Benjamin es que, sin ser un poeta, pensaba de forma poética, y por ello el mayor y más misterioso regalo del lenguaje había de ser para él la metáfora, porque en su traslación permite hacer sensible lo invisible».

Lo que Arendt admiraba en él es algo que nadie ha descrito mejor que el propio Benjamin: «Encontrar palabras para lo que tienes ante tus ojos puede ser muy difícil. Pero si al final llegan, golpean lo real con pequeños martillos, hasta ir expulsando la imagen como al irla borrando de una placa de cobre». Solo logra describir la imagen de la localidad de San Gimignano gracias a la siguiente frase: «Por la tarde las mujeres se reúnen en la fuente que queda frente a la puerta de la ciudad para coger agua con sus grandes cántaros: solo cuando encontré estas palabras, la imagen desapareció del ámbito de lo que se ha vivido de forma demasiado intensa y cegadora, con sus recios bultos y sus formas profundas. ¿Qué sabía yo de aquellos sauces relucientes que a la tarde hacen guardia con sus chispas ante la muralla de la villa? Antes las trece torres habían debido acomodarse en poco espacio, pero ahora cada una ocupaba su lugar con discreción, y entre ellas todo era

más amplio. Si vienes de lejos, la ciudad entra de pronto en el paisaje de manera tan imperceptible como si hubiera entrado a través de una puerta. San Gimignano no tiene el aspecto de que uno tenga que acercarse a ella. Pero tan pronto como lo ha logrado, uno cae en su regazo y el zumbido de los grillos y los gritos de los chiquillos no permiten encontrar el camino hacia uno mismo».

En la noche sobre la montaña habrá pensado en algún amigo. Recuerdos de un apretón de manos, de una alentadora palmada en la espalda. Quizá pensara en su amigo Bertolt Brecht. También en su más antiguo amigo, (Gerhard) Gershom Scholem; los fundamentos de su amistad se mantuvieron siempre incólumes, no se vieron afectados por ninguna discusión, por vehemente que fuera.

Su amistad con algunas mujeres —que le ayudaron para que pudiera salir del campo de internamiento de Vernuche— sería crucial para mantenerse en vida. Sus nombres están en su libreta de direcciones, que se quedaría en París junto con otros papeles y manuscritos. En esa libreta pueden encontrarse setenta y un nombres y direcciones. Entre ellos los nombres de siete mujeres que movieron cielo y tierra para lograr su puesta en libertad. Entre ellas están, además de su hermana Dora, las libreras Adrienne Monnier y Sylvia Beach, la escritora inglesa Winifred Ellerman, la fotógrafa Gisèle Freund, así como Juliane Favez, la secretaria del Instituto de Investigación Social en Nueva York.

¿Sonreiría cuando se topó con Hans Fittko? ¿Un encuentro en el campo de Vernuche? Benjamin le había contado que estaba dejando de fumar y le describió los suplicios de la desintoxicación. Para Hans, sin duda, no era el momento adecuado. De modo que intentó transmitirle una regla fundamental que siempre le había ayudado a superar las crisis y a no perder la razón: «Buscar siempre cosas agradables y no cargarse con ulteriores exigencias». Benjamin había rechazado la regla —escribe Lisa en sus memorias— y había apostado por el extremo opuesto: «Solo puedo soportar las condiciones del campo si estoy obligado a concentrar todas mis fuerzas espirituales en un gran esfuerzo. Dejar de fumar me supone este esfuerzo, y por ello será mi salvación».

¿Se acordaría Benjamin de este consejo en la montaña? Él y Hans Fittko: los dos hombres no podían ser más distintos y, con todo, tienen rasgos afines. Y esa noche previa a su última decisión, ¿habría caído en ese estado de duermevela en el que se disparan las imágenes recogidas antes y después

de la Primera Guerra Mundial? Esa contienda había contribuido a poner el mundo patas arriba. Los soldados habían sido sacrificados en una encarnizada guerra de posiciones. Cada uno de los bandos había conquistado y perdido de nuevo varias veces cada colina, las bayonetas se clavaban en el cuerpo del enemigo; se mataba de forma moderna, con gas venenoso que corroía los pulmones y llevaba a la muerte por asfixia. Después de las grandes batallas se contaron nueve millones de soldados muertos. Las ciudades estaban llenas de mutilados de guerra pidiendo limosna. Walter Benjamin se había librado de eso: le habían declarado inhábil para servir en el frente. Sin embargo, veía en todas partes deseos insatisfechos de venganza; anhelos de desquite a punto de explotar. Estos desembocarían en la Segunda Guerra Mundial y en los bombardeos, que incrementarían exponencialmente el número de muertos.

¿Qué imágenes habrán aparecido en su película interior? Allá en la cima de la montaña, en un lugar que refleja su soledad como ningún otro. Esta vez está en juego su supervivencia, no la posibilidad de retirarse. Cuántas veces ha pensado en poner fin a todo y desprenderse de la vida. Y ahora, en cambio, creo que tendría el deseo de salvarse una vez más. En los años precedentes Ariadna le había sido fiel y —bajo distintas figuras— le había mostrado el camino cuando, cansado de la vida, estuvo a punto de extraviarse. Como aquella vez en el *Tiergarten* de Berlín, cuando encuentra a la reina Luisa sobre el pedestal de piedra y se le ocurre la palabra «amor». La biografía de Werner Fuld cita su «Diario desde el siete de agosto de mil novecientos treinta y uno hasta la fecha de defunción»: «Este diario no promete ser muy largo». En él recuerda sus tres grandes experiencias amorosas: Dora, Jula, Asja. «En la vida he conocido a tres mujeres distintas y a tres hombres distintos dentro de mí».

Dora Sophie, su mujer, describe esta disparidad de caracteres de Benjamin en el punto culminante del conflicto que, en 1930, desembocó en su separación. Ella no cree que se hubiera convertido en otra persona; no había cambiado, pero ciertas vertientes de su carácter se habían desarrollado de forma desmedida. Lamenta que ya no se ocupe en absoluto de su hijo Stefan. Tomo estas líneas del libro *Benjaminiana* , que Hans Puttnies y Gary Smith editaron en 1990 con motivo de la exposición «El hombrecillo jorobado y el ángel de la historia. Walter Benjamin, teórico de la modernidad». La exposición tuvo lugar en el Martin-Gropius-Bau de Berlín. En una carta a Gershom Scholem, Dora lamentaba que una Asja

«sin escrúpulos» le explotaba: «Puede sonar como una mala novela, pero es cierto». Pese a todo, Dora le acogerá varias veces en los difíciles años del exilio parisino, dejándole vivir gratuitamente en su pensión en San Remo, hasta que ella misma acabó por emigrar a Londres.

La película en su cabeza, con el propio Walter Benjamin en el papel principal, resulta inconcebible sin su hijo Stefan y Dora Sophie, su exmujer. En Capri había conocido a Asja Lacis, su gran amor. Ella era comunista y había sido realizadora, actriz y directora de teatro. Walter acude corriendo cuando Lacis, gravemente enferma, desea verlo en Moscú. Cuando por fin logra llegar, ella se está recuperando de una crisis nerviosa. La visita cada día y ella escribe: «Jugaba pacientemente conmigo al dominó. Tenía el buen propósito de adaptarse a un ambiente insólito y procuraba entenderlo». A finales de 1928 ella fue a visitarle a Berlín, donde se vieron por última vez.

Lo que Walter llegó a ver en el «ambiente peculiar» de Moscú incrementó su escepticismo. En una carta a Scholem de diciembre de 1928 escribe: «Lo que pueda salir de Rusia es algo completamente impredecible. Quizá sea una sociedad verdaderamente socialista, quizá algo completamente distinto. La pugna al respecto sigue en marcha de forma ininterrumpida. Estar vinculado de forma objetiva a esta situación resulta muy productivo; pero no me sería posible posicionarme en ella a partir de consideraciones de principio».

En el claro de la montaña habrá pensado también en su hermano Georg; no le había visto desde hacía siete años. El delirio racista se había expandido como un cáncer que hubiera proliferado a toda velocidad. Las Iglesias cristianas no hacen gran cosa para hacer realidad el mensaje de amor del sermón de la montaña. Algunas de sus manifestaciones suenan tan racistas —por mucho que se las engalane con elementos religiosos— que apenas pueden distinguirse de los apologetas de la ideología de «sangre y suelo». Ya fuera en Sonnenburg, en el presidio de Brandemburgo o —dos años después de la muerte de Walter— en el campo de concentración de Mauthausen: Georg Benjamin sufrió sobre todo porque era judío y además comunista. ¿Cómo habrá funcionado la imaginación de Walter Benjamin mientras pensaba en su hermano? Habían tenido que arreglárselas sin el otro durante siete veces 365 días, ¿qué queda después de eso? ¿Se habían perdido?

Walter Benjamin habría reaccionado a los desesperados intentos de su hermano por racionalizar el pacto entre Hitler y Stalin de modo muy

distinto a como lo hizo Hilde. Ella seguía los argumentos que Georg escribía en sus cartas desde la cárcel y —como él— quería suponer que tras este pacto con el diablo había algún tipo de estrategia racional. A Walter eso no le habría convenido. Su escepticismo se manifiesta en el cuadro de Paul Klee *Angelus Novus* , que interpreta en sus «Tesis sobre el concepto de historia». La novena tesis se abre con una cita tomada de un poema de Scholem: Mis alas están listas para el despegue, con gusto volvería hacia atrás, porque aunque dispusiera de tiempo vivo tendría poca dicha.

Y escribe: «Hay un cuadro de Klee que se llama Angelus Novus. Representa a un ángel que parece estar a punto de alejarse de algo a lo que está clavada su mirada. Sus ojos están desencajados, la boca abierta, las alas desplegadas. El ángel de la historia tiene que parecérsele. Tiene el rostro vuelto hacia el pasado. Lo que a nosotros se nos presenta como una cadena de acontecimientos, él lo ve como una catástrofe única que acumula sin cesar ruinas sobre ruinas, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer los fragmentos. Pero desde el paraíso sopla un viento huracanado que se arremolina en sus alas, tan fuerte que el ángel no puede plegarlas. El huracán le empuja irresistiblemente hacia el futuro, al que da la espalda, mientras el cúmulo de ruinas crece hasta el cielo. Eso que nosotros llamamos progreso es ese huracán».

Este «viento huracanado que sopla desde el paraíso», y que lo empuja sin cesar hacia delante, «puede descifrarse de modos muy distintos», como leo en un texto de Sven Kramer, un gran conocedor de Benjamin. Cuando menciona otra célebre máxima, esta vez de Marx, emerge de nuevo un Benjamin escéptico: «Las revoluciones son las locomotoras de la historia mundial» y escépticamente le objeta: «Pero quizá sea distinto. Quizá las revoluciones sean el intento de la humanidad, que viaja en este tren, de activar el freno de emergencia».

Podría haberle espetado esto a Georg, el comunista fiel que había encontrado en su credo el tablón al que aferrarse en la frustrante realidad de su celda; nada que viniera de Moscú podía estar equivocado. Para Hilde, por su parte, el credo comunista de Georg fue un legado al que ella se mantuvo fiel: «El partido, el partido siempre tiene razón».

No es posible saber realmente cómo pasó Walter Benjamin esta noche en la montaña. Cabe suponer que se entregara a sus recuerdos. Quizá, como en

su *Infancia en Berlín hacia 1900* , fueran los olores y sonidos que encontró en los rincones más remotos los que pusieron en marcha sus facultades asociativas. Como ocurrió con el sonido del teléfono y sus primeras experiencias con este moderno aparato y con su irritante timbre. No está seguro si es por culpa de la «construcción de los aparatos» o de su frágil «memoria», pero el hecho es que «las primeras conversaciones telefónicas» le sonaban «muy distintas de las actuales». Para él se trataba de «sonidos nocturnos. Ninguna musa los anunciaba. La noche de la que venían era la misma que precede a todo alumbramiento verdadero. Y la voz que dormitaba en los aparatos era una recién nacida. El teléfono era para mí como un hermano gemelo. Y así tuve la suerte de presenciar cómo superaba, en su brillante carrera, las humillaciones de sus primeros tiempos». Benjamin también capta aquello que aún hoy —y especialmente en la época de los medios electrónicos— genera conflictos mayores o menores en toda familia cuando los niños pasan horas y horas al teléfono. Quizá eso resonara aún en sus oídos cuando pensaba en la primera década del siglo XX : «No muchos de los que hoy utilizan el teléfono saben de los destrozos que su aparición causó en el seno de las familias. El ruido con el que se anunciaba entre las dos y las cuatro, cuando el enésimo compañero de escuela quería hablar conmigo, era una señal de alarma que no solo ponía en peligro la siesta de mis padres, sino la época de la historia en la que se habían dormido». Benjamin era también un escritor excelente.

Y así es como, en otro pasaje de *Infancia en Berlín* , logra una descripción de un recuerdo que no estaba al alcance de cualquier niño: «Aunque pueda sonar inverosímil, se trata del sonido que producía el cuchillo con el que mi madre untaba el bocadillo que mi padre se llevaba a la oficina por las mañanas, cuando lo pasaba por última vez por el borde crujiente del panecillo para limpiarlo de restos de mantequilla. Este sonido, que precedía la jornada laboral de mi padre, no me resultaba menos excitante que el que, años más tarde, producía el sonido del timbre que anunciaba el comienzo de la representación en el teatro».

Quien haya intentado conocer al hombre sobre la montaña y se haya acercado a él, estará de acuerdo en que su biografía se asemeja de hecho a un pasaje, en el que cada una de sus fases vitales contaba con su propia entrada y su propia salida. Del mismo modo que las cosas que pueden encontrarse en los mundanos pasajes comerciales, resplandecientes y dispuestos como si fueran catedrales: libros —quizá de anticuario—,

artículos de lujo, tiendas de ropa elegante y sastrerías, joyeros, sombrereros y restaurantes sofisticados, todo ello codo con codo y bajo el mismo techo. Aquí se reunía todo París, o todo Madrid, o todo Budapest: la gente rica y guapa de su época. Va casi de suyo que Benjamin no encontrara los pasajes más hermosos en Milán o en Londres, sino en su ciudad, en París. Aquí es donde cobra forma su idea de la «obra de los pasajes». Quiere narrar la historia del siglo XIX a partir del ejemplo de París. Y esto me permite volver la mirada a los miembros de la enredada familia Benjamin y a sus biografías, que son inseparables de la historia del siglo XX . Allí pueden encontrarse sus temperamentos y sus luchas, siempre alimentadas por la esperanza de contribuir a crear un mundo mejor.

Y para mí esta noche solitaria es casi un símbolo de su lucha por la vida. Huyendo de aquellos a los que había examinado con una fría mirada analítica, desvelando todas sus funestas simplificaciones. Y en estas horas solitarias en la cima de la montaña, mientras aguarda el regreso de Lisa Fittko, podría haber pasado revista a su vida. Quizá incidiendo en otros detalles más importantes para él, en momentos que yo desconozco. Así lo señala él mismo: «El que un buen día ha empezado a abrir el abanico del recuerdo siempre encuentra nuevas piezas, nuevas varillas. Ninguna imagen le parece suficiente, pues se ha percatado de que podría desplegarse, de que es en los pliegues donde reside lo auténtico: aquella imagen, aquel sabor, aquel tacto por el que hemos desplegado todo esto; y ahora el recuerdo va de lo pequeño a lo más pequeño, de ahí a lo ínfimo, y lo que encuentra en estos microcosmos se vuelve cada vez más inmenso». Y no me resisto a citarle una vez más: «Los recuerdos, incluso cuando entran en detalles, no siempre constituyen una autobiografía».

El 24 de septiembre, cuando Walter Benjamin llama a la puerta de la buhardilla de Lisa Fittko en Port-Vendres a última hora de la mañana, ya han comenzado las primeras deportaciones. Ese mismo año se había prohibido a los judíos la conexión telefónica y la compra de jabón. Poco después se les prohibiría tener animales domésticos. A ningún judío, ni a ninguno de sus niños, se les permitía tener un perro, un gato, un canario, un hámster o un conejo. Hasta que les prohibieron todo, incluso sentarse en un banco en el parque. En un principio se pensó en prohibir los animales domésticos en todo el *Reich* . El Ministerio de Economía alemán esperaba ahorrar así toneladas de cereales destinadas a alimentar a los animales de compañía. Parece que fue el propio Hitler quien renunció a esta prohibición,

que —desde la óptica de la economía de guerra— quizá hubiera ayudado a alimentar a la población. Se echó atrás, y probablemente no se equivocaba al pensar que semejante medida no sería bien recibida. Sobre todo porque en ese caso habría que informar a la «raza dominante» de que el suministro de bienes básicos estaba en una situación verdaderamente crítica.

Probablemente, Benjamin no sabía nada de todo eso cuando llamó a la puerta y, al cabo de un rato, le abrió una Lisa aún medio dormida. La propia Lisa no consigue explicar por qué se refiere a su amable visitante como el «viejo Benjamin». «De verdad que no lo sé», escribe. «Tenía unos cuarenta y ocho años». No sabe nada de los siete años que Benjamin ha pasado en el exilio francés, que le habían marcado, y seguro que su aspecto delataba su huella. En París había tenido que sopesar cada céntimo y el hambre había sido el mejor cocinero. Allí no había encontrado mucha disposición para ofrecer al intelectual alemán posibilidades de publicación en revistas e institutos, ni tampoco formas de acceder a algún tipo de honorarios. De modo que solo le quedaron los subsidios del Instituto de Investigación Social de Nueva York. Ni Max Horkheimer ni su amigo Theodor W. Adorno podían imaginarse las condiciones en las que vivía. Eso llevó a Hannah Arendt a escribir furibundas observaciones en sus cartas a su amigo Gershom Scholem.

Cuando el Instituto de Fráncfort se trasladó a Suiza, y más tarde a Nueva York, Benjamin llegó a temer que pudiera perder su única fuente de ingresos. En una carta de Horkheimer, que recibió en París en 1934, este le aseguraba que, pese al traslado a Estados Unidos, Benjamin seguiría siendo colaborador del Instituto, pero el miedo a perder esta última fuente de dinero no le abandonó nunca. El Instituto de Investigación Social se sostenía económicamente gracias a una fundación del comerciante de cereales Weil y —más tarde— gracias a la donación de su hijo Felix.

Pero volvamos a Port-Vendres: Benjamin pide amablemente disculpas a una adormecida Lisa por la intrusión, según ella recuerda en sus memorias: «Espero no venir en mal momento», y añade: «Su esposo me ha explicado cómo encontrarla. Me dijo que usted me llevaría al otro lado de la frontera española».

Lisa Fittko describe la inquietud que sintió cuando a la mañana siguiente se acercaba al lugar en el que ella y los otros dos refugiados habían dejado a Benjamin: «¡Por fin el claro! ¿Y el viejo Benjamin? ¡Vivo!». Y después el susto al ver las manchas marrones en torno a sus ojos: ¿síntomas de un

ataque cardíaco? Benjamin la tranquiliza. No son más que los bordes de la montura de las gafas, que se han oxidado con la humedad de la noche, tiñendo la piel alrededor de los ojos.

El camino sigue siendo exigente y no pueden cumplir las previsiones que el alcalde de Banyulssur-Mer había hecho sobre la duración del trayecto. Incluso un caminante sano y entrenado hubiera tenido dificultades para ascender por el sendero que atraviesa los viñedos. Cada diez minutos había que hacer una pausa para poder tranquilizar el corazón. Después, de nuevo, un ritmo uniforme.

Cuando llegan a la frontera, vuelven la vista atrás. Abajo, al fondo, está el Mediterráneo, de un azul intenso; al otro lado, como describe Lisa, «un abrupto acantilado desciende sobre una placa de vidrio de un turquesa transparente: ¿un segundo mar?». Se trata de la costa española, increíblemente hermosa. Están en suelo español. Si bien debía estar muy atenta para que no la descubriera la policía de frontera, Lisa continuó con el grupo y no dio la vuelta hasta que no pudieron ver las primeras casas de Portbou. En este momento creía que los tres habían logrado pasar la frontera y que podrían tomar el tren para Lisboa.

Una vez llegados a Portbou, en una pequeña habitación en la pensión, Benjamin escribió una última nota. Se encontraba en una situación sin salida, en la que no tenía otra elección que poner fin a su vida. Ya no tenía tiempo para escribir todas las cartas que hubiera querido enviar. «Me aproximo al instante de mayor peligro, al que ya no es posible arrancar ninguna prórroga, y por tanto tampoco esperanza alguna, con una decisión existencial».

Encontraron su maleta, que fue oportunamente recogida en el registro de defunciones, pero no su manuscrito. Henny Gurland pagó por adelantado la tumba por un periodo de cinco años. ¿Fue la muerte de Benjamin lo que llevó a los funcionarios de aduana españoles a dejar pasar a los Gurland aunque no tuvieran un sello de salida de Francia —precisamente lo que habían negado a Benjamin—? Sin embargo, la ausencia del manuscrito admite también otras suposiciones.

Su última nota da pie a distintas interpretaciones. Incluida la del argentino Mauas en su documental, que pone en duda el suicido.

Bertolt Brecht escribe «Sobre el suicidio del fugitivo W. B.»: Me dicen que, adelantándote a tus verdugos, Has levantado la mano contra ti mismo.
Ocho años de destierro, observando el avance del enemigo Empujado por fin a una frontera infranqueable Has franqueado, me dicen, una que sí es franqueable.

Los imperios se derrumban. Los jefes de cuadrilla Desfilan como si fueran hombres de Estado. Los pueblos Ya no resultan visibles bajo el armamento.

Así, el futuro está en tinieblas y las fuerzas del bien Son débiles. Tú viste todo eso Cuando destruiste el cuerpo torturable.

Capítulo 6

HILDE BENJAMIN

«¡Aquí hay uno!». Una mano infantil atrapa el coleóptero, pequeñísimo y amarillento con rayas blancas en las alas, que se aferra al lado inferior de una hoja de patata. Un júbilo ruidoso estalla en el patatal, en el que muchos niños alborotan de un lado para otro buscando coleópteros entre las plantas de patata. A cada rato resuena el grito: «¡He cogido uno!». El coleóptero cae en un vaso de conserva que cada niño ha llevado al campo. Una gran diversión al aire libre. La esperábamos como una emocionante aventura. Cuando la maestra nos anunció que a la mañana siguiente, justo después del comienzo de la escuela, saldríamos de la ciudad en autobús para recoger los coleópteros de la patata y salvar la cosecha, respondimos con un ruidoso entusiasmo. En vista de la situación alimentaria después de la Segunda Guerra Mundial, una mala cosecha sería una catástrofe. De modo que salvar la cosecha se convertía en un deber nacional en el que habían de implicarse todas las escuelas y el personal de las empresas y las administraciones.

Un día de escuela hacia 1950 nos dijeron a quién teníamos que agradecer este día —que recuerdo como un inesperado día de vacaciones— y también la cocina de campaña, aquella caldera con una grasienta sopa de guisantes que mandaban a los niños en el campo. Los chicos y las chicas mayores con la camisa azul de la Freie Deutsche Jugend (FDJ) [Juventud Libre Alemana] nos servíamos dos cazos cada uno y comíamos ruidosamente en cuencos que habríamos traído de casa. Nos llenamos el estómago. La cocina de campaña era del Ejército Rojo. Podía reconocerse por la estrella y los caracteres cirílicos. Una estupenda pausa para el almuerzo.

Este día sin colegio teníamos que agradecérselo al enemigo imperialista. Nos explicaron que solo él podía ser el responsable de que los coleópteros de las patatas hubieran llegado a los campos, como si hubieran llovido desde sus aviones. Al día siguiente aprendimos también que con nuestra caza de coleópteros habíamos luchado y ganado una batalla. Los imperialistas en Alemania Occidental y en Estados Unidos habían sufrido una amarga derrota. Éramos héroes. Habíamos tomado por asalto el frente de los coleópteros.

Así es como recuerdo un particular día de colegio en la RDA , un día en el que también llevaba al cuello el pañuelo azul de los pioneros. Después de huir de Danzig, mi familia vivía en Rostock, en la calle Kröpelinek —que había sido rebautizada como calle Stalin—, hasta que abandonamos de nuevo la RDA de forma un tanto aventurada. Solo la abuela y el abuelo se quedaron allí. Vinieron al Oeste cuando alcanzaron la edad de jubilación.

En el fuego cruzado de la propaganda, la guerra de las palabras inauguró así un nuevo capítulo. Era una guerra violenta y con golpes bajos. La alianza de la Segunda Guerra Mundial se había roto y comenzaba la Guerra Fría. Oí por primera vez el nombre de Hilde Benjamin. Hasta 1953 fue vicepresidenta del Tribunal Supremo de la RDA y después ministra de Justicia. En la RDA corrían rumores sobre ella. La llamaban «la rusa». Y lo hacían de forma claramente despectiva y como para infundir miedo. El sobrenombre de «rusa» se lo debía a su peinado: llevaba el pelo peinado severamente hacia atrás y recogido en una trenza que disponía en forma de corona en torno a su cabeza. Un peinado muy popular entre las mujeres rusas. Y los medios de comunicación —especialmente en Alemania Occidental— difundieron el cliché de la jueza despiadada que terminaba sus procesos con veredictos clamorosos, condenando a los acusados a pasar muchos años entre rejas. Se le atribuyen dos sentencias de muerte. En Occidente la opinión pública era unánime: todos los acusados eran víctimas de la justicia inhumana que regía en el segundo Estado alemán, la República Democrática Alemana que durante cuarenta y cinco años quiso hacerse pasar por la Alemania antifascista. Solo tras leer una biografía llegué a poner en relación a Hilde y a Walter Benjamin, y a situarles en un mismo marco familiar. Era la cuñada de Walter Benjamin, que había estado casada con su hermano Georg. Por entonces no sabía nada de ella, de su familia o de su destino.

Dado que la guerra de Hitler había dado lugar a dos Estados alemanes, a lo largo de los años me había topado con su nombre en repetidas ocasiones. Cuando en Alemania Occidental se hablaba de la «zona soviética» y de su jueza suprema, resonaba a menudo un matiz de desprecio. Se la llamaba «Hilde la sanguinaria», en el mejor de los casos «Hilde la roja», e incluso se la equiparaba con el juez nazi Roland Freisler. Buena parte de lo que leía me parecía poco creíble. Había pasado siete años de mi vida en la Zona de Ocupación Soviética —es decir, en la RDA — y en 1951 hui con mi madre y mi hermana al otro Estado alemán. Ya de niño aprendí que la Alemania en la que uno estuviera en ese momento era siempre moralmente superior.

Pero, a diferencia de la República Federal, la RDA se tomó en serio la tarea de eliminar a los antiguos miembros del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán [Nazionalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei, NSDAP] de sus puestos en la justicia, la administración y la enseñanza. Hilde Benjamin fue quien hizo posible que —con la institución del juez popular— se pudiera seguir administrando justicia, aunque fuera de forma indecisa y a menudo impugnable. Las autoridades soviéticas y alemanas, la dirección política y los cuadros del partido consideraban que su tarea más urgente consistía en formar rápidamente a nuevos profesores, nuevos jueces populares y nuevos funcionarios de la administración que pudieran ocupar los puestos vacantes. Para ello contaban con la buena disposición de una joven generación y —de hecho— se encontraron con un gran deseo de formación y aprendizaje. Esta reestructuración no estuvo exenta de conflictos, y los culpables de ayer se consideraban víctimas inocentes del «régimen de injusticia» de la RDA . Hubo víctimas, por ejemplo, al unificar por la fuerza al Partido Comunista de Alemania (KPD) y el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), unión que dio lugar al Partido Socialista Unificado (SED) —y que más tarde provocaría víctimas también dentro de las filas de este—. Un partido que «siempre» tiene razón y en el que toda divergencia se considera sospechosa de divisionismo no necesita esforzarse para que su número de víctimas vaya creciendo día a día.

Durante la Guerra Fría, entre Este y Oeste hubo cada vez más guerras subsidiarias calientes: en Corea o en África. La existencia estaba marcada por el antagonismo de las dos grandes potencias. En consecuencia, el interés de las potencias vencedoras por reeducar y desnazificar a los alemanes decayó rápidamente. Después de los procesos de Núremberg no hubo nada que pudiera frenar la pérdida de la memoria histórica. Pero la

pregunta de si aún era posible la poesía después de Auschwitz no era solo cosa de intelectuales. Muchos conceptos habían quedado devaluados: el honor, la fidelidad, el pueblo, la raza, la justicia, la moral, incluso la patria y la cultura. Ahora eran conceptos inutilizables. ¿Cómo describir entonces lo que se trasladó a los libros de historia y lo que había ocurrido en nombre de Alemania? Era una tabla rasa en la lengua. Había que empezar de nuevo.

¿Cómo acercarse a la Hilde Benjamin de estos años? ¿Cómo entender lo que animaba sus actos, lo que forjó su carácter, la huella que había dejado en ella el sangriento siglo XX ? Si la República de Weimar hubiera llegado a ser una democracia sólida y se hubiera podido afirmar contra Hitler, podría haber sido un siglo alemán. Hilde Benjamin fue testigo de la época posterior a 1945. «Entonces comenzó aquello por lo que habíamos luchado los doce años anteriores, aquello para lo que nos habíamos preparado en los últimos meses», escribió cuando el horror había terminado y el final de la guerra se había sellado en Potsdam. Los comandantes rusos le encargaron que se ocupara de reorganizar el juzgado de Steglitz-Lichterfelde. Era el 12 de mayo de 1945.

Tras la división de Berlín en cuatro sectores, Hilde se trasladó a la zona de ocupación soviética. Era miembro del Partido Comunista, y más tarde del SED . ¿Pero cómo podía prosperar eso que se estaba desarrollando en la zona de influencia soviética como un Estado autónomo por la gracia de Moscú? Los comunistas de Berlín Este se enfrentaban a una población posfascista que había vivido el día a día del Estado nazi de forma aparentemente impasible. ¿Podía florecer lo que muchos esperaban de la RDA ? Acababan de dejar atrás doce años de retórica antibolchevique, que solo había tenido una breve interrupción con el pacto entre Hitler y Stalin el 23 de agosto de 1939, hasta que la *Wehrmacht* atacó la Unión Soviética por orden de Hitler el 12 de junio de 1941.

La campaña militar fue planteada como una guerra de aniquilación contra Rusia y su población, y fue la carnicería más sangrienta de la Segunda Guerra Mundial. La gente sabía o imaginaba las atrocidades en las que se había implicado la *Wehrmacht* . El miedo a la venganza del Ejército Rojo, que iba ganando terreno, llevó a que muchos en el Este abandonaran sus casas y posesiones. De ahí que después de 1945 muchos alemanes tuvieran una actitud psicológica defensiva hacia todo lo que venía de Moscú. A ello contribuyó también el día a día de la ocupación, y en buena medida los tabúes impuestos por esta amistad forzosa, que silenciaban los abusos de los

soldados del Ejército Rojo y las constantes violaciones —que se producían cada día—. Eran la contraparte de los crímenes cometidos en nombre de Alemania y del rastro de muerte que los alemanes habían dejado a su paso por Rusia.

Los cuadros dirigentes del SED —tal y como recuerda Rudolf Herrnstadt, primer redactor jefe del diario *Neues Deutschland* — hacían caso omiso de las violaciones masivas y del miedo de las mujeres. La gente desconfiaba tanto de los ocupantes, que provocaban miedo y terror, como de los comunistas alemanes de la primera hora, que no se atrevían a enfrentarse a las fuerzas de ocupación y a llamar por su nombre a sus abusos y crímenes. Hilde Benjamin, a la que el comandante del Ejército Rojo había nombrado fiscal del distrito de Steglitz en 1945, recordaba que en los pasillos del juzgado podían escucharse expresiones de fuerte indignación sobre estos sucesos, y que a menudo resonaba también el anhelo de la tranquilidad y el orden que habían reinado durante el periodo nazi. Así cobraba cuerpo la desconfianza de los funcionarios respecto a las disposiciones fascistas de su propia población, que cobraría expresión en el Servicio de Seguridad del Estado (*Staatssicherheit* , la Stasi), que con los años se volvería cada vez más abyecto.

Sin embargo, durante los primeros años de la RDA , algunos esperaban aún una tercera vía entre el fascismo y el capitalismo. ¿Habría compartido Walter Benjamin esta esperanza? Cuando se le preguntaba al respecto, Hilde Benjamin se mostraba convencida de que este hubiera acabado entrando en el SED . Pero en este punto es conveniente mantener cierto escepticismo. Recuerdo una postal que encontré sobre su tumba en Portbou. Era como un saludo tardío desde una RDA ya desaparecida, que ondeaba sobre la lápida; estaba junto a una corona de flores frescas que la ciudad de Portbou había depositado en el 71 aniversario de su muerte. La postal estaba en blanco, con la parte para el texto vacía y carecía de remitente. La imagen mostraba una vista de Alexanderplatz en la Berlín dividida de los años ochenta. Como si alguien quisiera hacer notar que la conexión de Walter Benjamin con la RDA ha de quedar como un espacio en blanco.

Probablemente Walter Benjamin hubiera guardado las distancias con los dos Estados alemanes. Rudolf Herrnstadt, redactor jefe del *Neues Deutschland* que cayó en desgracia con motivo de la sublevación del 17 de junio de 1953 —y al que seguro que Hilde conocía— describió poco antes

de morir lo que para él era «el cáncer en las propias filas»: «Esa pequeña burguesía difícil de comprender y típicamente alemana que se parapeta tras una barricada de comunismo. Todos los rusos la reconocen a la primera. Pero muchos la toleran por motivos incomprensibles. Aunque hoy ya no resultan tan incomprensibles: se necesitaban mutuamente; el culto personalista de Stalin no era menos pequeñoburgués, y su terror necesitaba lacayos».

Hay buenas razones para creer que Walter Benjamin habría visto las cosas de modo similar y no hubiera soportado la RDA . Pero tampoco el régimen de restauración de la República Federal Alemana, que solo en los años sesenta haría emerger los años del nacionalsocialismo de los estratos profundos de la memoria colectiva reprimida. Si tuvieron que pasar más de quince años para eso fue por varios motivos. Uno de ellos fue la continuidad de la clase dirigente nacionalsocialista, que mantuvo sus cargos en la economía, la administración y la justicia de la República Federal, así como también en las redacciones de periódicos y revistas, desde el *Die Zeit* hasta *Der Spiegel* . De ahí debió surgir también el odio con el que los medios occidentales reaccionaron a la tentativa de Hilde Benjamin de perseguir a los criminales nazis en la RDA .

Este era un virus que de ningún modo debía infectar a Alemania Occidental. Fritz Bauer, fiscal general de Fráncfort, fue quien empezó a poner orden con la continuidad nacionalsocialista en la justicia. Una tentativa que tuvo que hacer frente a grandes contratiempos. Y si hoy puede contarse esta historia es en buena medida gracias a los dos, a Fritz Bauer en el Oeste y Hilde Benjamin en el Este.

Helene Marie Hildegard Benjamin venía de Bernburg (Halle), donde había nacido en 1902. Más tarde su familia se trasladaría a Berlín. Cuarenta y ocho años después, Hilde Benjamin volvería a su Bernburg natal como presidenta de la primera corte penal del Tribunal Supremo de la RDA para pronunciar su veredicto. Una visita que podría haber servido de modelo para el drama de Friedrich Dürrenmatt *La visita de la vieja dama* .

Grácil y de apenas un metro sesenta de estatura: así describían a la joven Hilde. Su tez oscura y sus cabellos negros indujeron a que la llamaran «la india». En la biografía *Die Machtfrau* [La mujer de poder] se describen sus años como estudiante de forma un tanto superficial: «El latín y las matemáticas se consideraban poco femeninos», escribe la autora Marianne Brentzel. «En el instituto las chicas aprendían solo aquello que se

consideraba apropiado y útil para las futuras mujeres de militares, funcionarios, empresarios y profesores: trabajo manual, dibujo, religión, bailes de sociedad, conversación en alemán, inglés y francés. Las ciencias naturales y las matemáticas tenían por el contrario un papel secundario». Michael Benjamin, el hijo de Hilde que sacaría provecho de la vasta formación de su madre porque él, como «mestizo», tenía vetado el acceso a la enseñanza secundaria, rechazó esta afirmación como falsa por lo que se refiere a su madre. Recordaba con afecto que buena parte de sus conocimientos de botánica se los debía a ella. Juntos realizaron, por ejemplo, un «trabajo de investigación» que daría lugar incluso a una pequeña «monografía» sobre las «flores de Löcknitzwiese».

Michael contaba que Hilde fue a la escuela en una «época interesante» de la educación femenina en Alemania. Había comenzado la lucha para que las mujeres pudieran acceder a una formación mejor. Un resultado de esto fue que Helene Lange fundó una serie de cursos de enseñanza media y superior en Berlín, que en principio debían equiparar la formación femenina a la masculina. De este modo se posibilitaba a las mujeres acceder a la universidad, aunque fuera en un número más restringido de disciplinas. La motivación oficial de esta medida hubiera podido convencer aún en los años sesenta a la CSU [Unión Social Cristiana], y no solo en Baviera: «El rápido desarrollo de nuestra cultura y las consiguientes transformaciones en la sociedad, en el trabajo y en la formación han traído consigo que en las clases medias y altas muchas chicas no tengan acceso al estudio, de modo que buena parte de la fuerza de trabajo femenina, tan valiosa para la comunidad, está desaprovechada. El excedente de población femenina respecto a la masculina y el número cada vez mayor de varones que no contrae matrimonio en las capas superiores fuerzan a un creciente porcentaje de mujeres instruidas a renunciar a su profesión natural como esposas y madres. Hay que abrirles el camino para que puedan ocupar profesiones acordes con su educación, en la mayoría de los casos también para que puedan ganarse la vida, no solo como docentes de escuela superior, sino también en otras posiciones que requieren estudios universitarios, siempre que sean adecuadas para las mujeres».

Hilde Benjamin abandonó en 1918 el Auguste-Viktoria-Lyzeum para pasar al bachillerato científico, realizando su examen final de enseñanza media en 1921. Estudió derecho, y en 1928 aprobó el segundo examen de Estado con la calificación de «excelente». La información que he

encontrado sobre ella remite a una mujer a la que se describe como inteligente, abierta y culta. Y había sido así desde la escuela primaria, donde se aburría porque apenas podía aprender nada. Tocaba el piano y le encantaba la música clásica.

Sus convicciones políticas se habían forjado en Berlín después de una Primera Guerra Mundial que había terminado con un armisticio que prácticamente había sido una rendición. El Tratado de Versalles fue un duro golpe para el país, mientras el káiser cortaba leña en su exilio holandés. El país cayó en el caos. Pero entonces, a comienzos de los años veinte, los tres hermanos Benjamin y su amiga Hilde estaban convencidos de que los miserables restos del mundo burgués y del despotismo imperial estaban condenados al basurero de la historia. Muchos signos parecían indicar que iba a dar comienzo una nueva era que superaría por fin las brechas entre los de arriba y los de abajo, entre ricos y pobres, y que iba a hacerse realidad la perspectiva de un socialismo de izquierdas.

Quizá Hilde recordara sus excursiones con los hermanos Walter y Georg y con su amiga Dora. Su hijo Michael, que puso en orden el legado de su madre —fallecida en 1989—, se topó por primera vez con el nombre de Dora Benjamin en una entrada de diario de octubre de 1920. Walter y Georg Benjamin, los hermanos de Dora, leyeron y discutieron con ellas las nuevas obras de Heinrich Mann, el diario de Moscú de Lion Feuchtwanger, *Cyankali* de Friedrich Wolf, Kurt Tucholsky, Walter Mehring y, por supuesto, Thomas Mann. Fue a través de su *Montaña mágica* —que Hilde no había leído aún— como Georg y Hilde se acercaron. Georg le prestó su ejemplar. Un buen pretexto —y no solo para él— para volver a ver a esa mujer, que entonces tenía veintidós años y estaba estudiando la carrera de derecho.

Juntos fueron a los teatros de Berlín, vieron las puestas en escena de Max Reinhardt en el Deutsches Theater y también las de Otto Falckenberg y Erwin Piscator. A eso se añadía el cabaret y los conciertos de *swing* y *jazz* en Berlín. También la *Ópera de tres peniques* de Brecht, que fue estrenada en 1928 y atrajo al público durante casi un año al teatro en la Schiffbauer Damm. En esa obra la música de Kurt Weill —el compositor de Brecht— parecía anunciar el sonido de un nuevo siglo. Se sentían una joven vanguardia de la izquierda.

Jóvenes como eran, no sorprende que la socialdemocracia les resultara poco atractiva, demasiado proclive a adaptarse al sistema político vigente, y que había caído en profundo descrédito con su aprobación de los créditos de guerra en 1914. Georg y Hilde apostaron por la izquierda revolucionaria y entraron en el Partido Comunista. Gerhart Hauptmann, que era algo así como el «poeta del Estado» y portavoz de la república —como lo denominó eufóricamente un contemporáneo—, confiaba en la victoria definitiva de la democracia y creía en el renacimiento de Alemania. Sin embargo, ese parto se revelaría monstruoso. La consigna del renacimiento de Alemania pasó a formar parte de la propaganda nazi, que finalmente culminaría con la marcha de la *Wehrmacht* a lo largo y ancho de Europa.

En *La mujer de poder* , la biografía de Hilde Benjamin escrita por Marianne Brentzel, se hace notar —casi como un reproche— la seriedad con la que Hilde Benjamin afrontó el trabajo político en el partido. Eso es cierto. Hilde compartía las ideas y convicciones políticas de su marido Georg, y estaba convencida de que solo el comunismo podía llevar a la liberación de las masas. Algunas frases de su biógrafa dejan entrever que ella no comparte las convicciones políticas de Hilde. La lectura de esta biografía, publicada en 1997, revela que su autora no parece creer que el lector pueda formarse su propio juicio sobre la protagonista, su carácter y sus ideas.

Si se mide con su pretensión de ocupar «la mitad del cielo», en los años en que Hilde fue a la escuela y la universidad la emancipación femenina apenas había llegado a ser una realidad. Las compañeras que habían estudiado con ella en los seminarios de jurisprudencia podían contarse con los dedos de una mano. El hecho de que durante sus estudios tuviera que trabajar para llegar a fin de mes la convertía en una *outsider* ; para la mayoría de sus compañeros eso no era necesario. Pero eso fortaleció su compromiso social. Después del primer examen de Estado hizo sus prácticas en el tribunal de menores de Berlín, en la oficina de protección de menores y en la prisión femenina.

Mientras trabajo en este texto, un mensaje aparece en la pantalla de mi ordenador. Un correo electrónico de Ursula Benjamin me anuncia extractos de diario y cartas de Hilde, que su marido Michael —el hijo de Hilde— recopiló, seleccionó y ordenó cuando se hizo cargo del legado de su madre. Un día más tarde recibo por correo un saludo y un voluminoso sobre.

Contiene papeles y escritos del mundo analógico. Unas cincuenta páginas escritas por la joven Hilde Lange fechadas después de 1933, cuando Georg Benjamin había sido arrestado tras la toma del poder por los nazis y Hilde intercambiaba con él breves cartas o mensajes secretos.

Había enviado a Ursula un plan del manuscrito y había formulado títulos provisionales para los capítulos con el propósito de facilitar su búsqueda de más indicios de la vida de Hilde entre su abundante legado. ¿Qué habrá sentido su hijo cuando leyó las anotaciones escritas por su madre? En un entorno tan hostil debe surgir una cercanía especial. Compartía las ideas políticas de su madre… ¿a quién podría sorprenderle eso?

Las cartas son también un testimonio del estado de ánimo de la juventud después de la Primera Guerra Mundial. Hilde había comenzado sus estudios de derecho a comienzos de 1922. En sus diarios de estos años se refleja aún una imagen muy tradicional de la mujer. Poco segura de sí misma, se preguntaba si tendría que someterse para poder ser amada. Este tono lleno de dudas solo cambiaría con la cercanía de Georg Benjamin.

En una entrada del año 1922 escribía después de una historia de amor frustrada: «Hilde Lange, ahora te has vuelto pequeñísima. Tu aparente fortaleza también te ha abandonado. Eres muy pequeña y débil, y te dejas guiar como una niña pequeña. Y tú, Rudi, de repente has tenido la bondad de tomarme la mano. Me has hecho muy pequeña, y necesitaré tiempo para recuperarme de eso. Quisiera descansar en tu bondad estas semanas, pero, ¿es eso posible aún?». Un día más tarde añadía: «Eso fue lo que le escribí. ¿Y la respuesta?»: «Creo que sería indigno de ti si volvieras a buscarme cuando hayas descansado unos días y seas de nuevo ‘lo bastante fuerte’. Si no vengo es también por el respeto que me debo a mí mismo». Su reacción dubitativa a esta carta, que era más bien una ruptura cargada de rechazo: «¿Era necesario?».

Pero las cartas no hablan solo de experiencias personales, de amoríos o del gran amor. Allí cobran voz también los estudios, más tarde las experiencias profesionales y la progresiva politización, que claramente iba a desempeñar un papel cada vez más central en su vida. Hilde aún intentaba resistirse: «No quiero que el trabajo, las dificultades y Berlín lo devoren todo». Pone sus esperanzas en un «trabajo que también implique a los sentimientos», y más tarde añade pensativa: «Quizá haya en mí algo de artista que comienza a despuntar ahora». Y respecto a una realidad cada vez

más brutal y a la batalla que comienza a anunciarse, pregunta: «¿Mi socialismo? ¿Mi religión? ¿Mi idea, una idea? ¡Nada!». Es algo que conoce de su trabajo: «Así son las cosas también en la prisión».

Para muchos intelectuales los asesinatos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en 1919 son la respuesta a la pregunta por su posicionamiento político. La joven República había sido incapaz de evitar la ejecución de los dos portavoces de la Liga Espartaquista por parte de los *Freikorps* , las organizaciones paramilitares de extrema derecha. Hilde Benjamin recuerda vivamente hasta qué punto esos asesinatos la habían espantado a ella y a su familia: «Mi madre y yo expresamos nuestra indignación y nuestra repugnancia en casa, y yo lo hice también en mi reaccionaria escuela».

A los asesinatos les siguieron luchas y huelgas en Berlín. La revuelta espartaquista y la revolución de noviembre se convirtieron en un mito, y en todo mito se enreda también la mentira. También en este, cuando —encubriendo los propios errores— se acusa de traición a los socialdemócratas.

La ruptura entre los dos partidos de izquierda nacidos del movimiento obrero, el SPD y el KPD , era profunda e insuperable. La brutal represión de la revuelta espartaquista quedó asociada al nombre del socialdemócrata Gustav Noske, comisario del pueblo y más tarde ministro del Ejército y la Marina en el primer gabinete de Scheidemann. Pero quienes salieron ganando fueron la extrema derecha burguesa y las fuerzas reaccionarias. La hostilidad entre los partidos de izquierda contribuyó a enterrar el sueño de una revolución, y al mismo tiempo debilitó mortalmente a la República de Weimar. «La República no es gran cosa —proclamaban los trabajadores comunistas en Berlín—, la meta es el socialismo».

Fue una república sin republicanos. Baviera rechazó la Constitución de Weimar de agosto de 1919, como también rechazaría la Constitución de la República Federal Alemana tras la Segunda Guerra Mundial. Se consideraba que la democracia de Weimar era débil e incapaz de superar la «paz impuesta» en Versalles para renovar Alemania. El hecho de que en 1924 la inflación pareciera superada con la introducción de la moneda temporal, el *Rentenmark* , los créditos americanos y la modernización de la industria no mejoró las cosas. Y después de 1929, con el comienzo de la crisis económica mundial, cuando los créditos americanos reventaron y los grandes bancos cerraron sus puertas, el año 1930 marcó el fin de todas las ilusiones con sus seis millones de parados.

Por lo general, la justicia era un baluarte de la restauración. Se trataba de una justicia de clase, empezando por el Tribunal del Imperio en Leipzig, y así sucesivamente. Quien conoce la historia de la justicia de la República de Weimar no se sorprende de que a partir de 1933, sin solución de continuidad, la justicia pasara a convertirse en una dócil sirviente del nacionalsocialismo. Los jueces berlineses habían considerado obscena la comedia *La ronda* , de Arthur Schnitzler; Carl von Ossietzky había sido condenado por traición a la patria porque su semanario *Weltbühne* había informado del rearme ilegal del ejército. Johannes R. Becher había escrito contra el uso de armas de gas preparado por empresas alemanas, que de este modo hicieron posible Auschwitz, y logró escapar a la condena por muy poco. Con una retahíla infinita de controles y censuras, los enemigos de la República convirtieron los tribunales en su campo de batalla predilecto. Los cuatro años de asesinato político que describía el libro de Emil Julius Gumbel (*Vier Jahre politischer Mord* [Cuatro años de asesinatos políticos]) en 1922 revelaban la disposición de la justicia a proteger a los enemigos de la República. Las investigaciones de asesinatos cometidos por la extrema derecha eran pospuestas o archivadas. En muy pocos casos se llegó a un proceso judicial.

Hilde Benjamin se dirigió en primer lugar al SPD . Escribía: «Por el momento aún dudo si dar el paso a trabajar activamente en el partido. Por el momento, pero habría que hacerlo pronto o no hacerlo. Estoy aún en una fase de transición, de un agradable dejarse llevar, y así es cuando se recobran las fuerzas después de una enfermedad».

Hilde conocería esta justicia de primera mano cuando, una vez terminó sus estudios, se estableció en Berlín como abogada. Animada por Georg, comenzó a interesarse por el comunismo. Una entrada en su diario al respecto: «En mis controversias políticas con los comunistas me tropiezo siempre con Georg Benjamin, cuyo carácter humano reconozco sin lugar a dudas». Fue un acercamiento cauteloso. Su amor por Georg no comenzó con un flechazo. Pero su vida en común y los pocos años que pasaron juntos —también implicados en la política— la marcarían.

Pero en este momento, antes de las victorias a medias y las derrotas completas que viviría más tarde en el tribunal, Hilde padecía su inseguridad en las conversaciones sobre política. Solo con dificultad lograba expresar lo que pensaba realmente, y no se contentaba con repetir los lugares comunes

de los periódicos. En su diario escribe: «Me siento como un átomo bivalente, que tantea en torno a sí con su fuerza de cohesión libre».

A través del USPD [Partido Socialdemócrata Independiente], Georg había llegado al Partido Comunista. De él se ha dicho muchas veces que no era una persona dogmática: estaba abierto a la argumentación y era comprensivo en los debates. Su vida cotidiana estaba atravesada por la miseria que se ocultaba tras la fachada dorada de los años veinte. Entre los pacientes de su consulta en Wedding había niños de la calle, que vagaban a miles mendigando por los barrios proletarios de la periferia. Niños que intentaban sobrevivir, con sus padres desaparecidos o caídos en la guerra. Millones de familias sin sustento. A ello se añadían el hambre y las miserables condiciones de habitabilidad. Georg Benjamin redactaba informes para las autoridades sanitarias. En un congreso sobre la asistencia a la infancia celebrado en 1922 en Ginebra, la ciudad de la Sociedad de Naciones —precursora de Naciones Unidas—, se llegó a la conclusión de que en Alemania dos millones de niños estaban «consagrados a la muerte» y otros seis millones se encontraban en serio peligro.

Las entradas del diario de Hilde y las cartas de Georg revelan la cautela con la que ambos viven su atracción recíproca y cómo poco a poco aprenden a confiar en sus sentimientos. Ambos tenían desengaños amorosos a sus espaldas. La amistad que maduraba para convertirse en amor tenía que durar. En una carta sin fecha, presumiblemente de 1926, escribía Georg: «Jueves noche. Querida, estoy seguro de que no tengo ningún temor. También tú deberías estar tan tranquila. No hay por qué tener miedo: entonces dejarías de mirarme a veces de forma tan seria y triste. Tuyo, Georg».

Una carta de Hilde: «Querido mío, olvidé contarte esto: hace poco, mientras recolectaba amento, me construí un oráculo: cuando florezcan y comiencen a desprender el polen… Y ahora han florecido todas, también los avellanos, y sobre la mesa hay polen verde, lo toco suavemente y levanta una nube. Quiero leer todavía un poco más, pero tu imagen me mira todo el rato, y creo que eso me incomoda más de lo que pudiera incomodarte yo ayer. Y mi padre hace cuentas y pone caras largas, y para algunas cosas tendremos que encontrar soluciones o alternativas. Y yo te escucho reír y decir: es guasón. Quizá solo suene así en mis oídos, porque no lo había escuchado antes. Querido mío. Es como si viera crecer el amor

dentro de mí misma un poquito más cada día. […] Buenas noches, querido, quisiera poder gritarlo bien alto: te quiero. Tuya».

Poco antes de su boda, Walter Benjamin escribía a un amigo: «Dentro de unos días mi hermano se casará con una chica simpática y joven, una amiga de mi hermana a la que ha convertido en una comunista. De modo que sus suegros cristianos tendrán que morder una manzana doblemente amarga». Esta breve carta, citada a menudo, no contiene más que malentendidos —salvo por la información de la boda—. En sus memorias, Hilde se sorprende del modo en que Walter valoraba a su hermano. Escribe: «Que Georg me hubiera convertido en una comunista —no entré en el KPD hasta 1927— hubiera sido algo completamente ajeno a su carácter y hubiera contradicho el respeto que tenía por la libertad de todo ser humano». De igual modo rechazaba la insinuación de que sus «padres cristianos» hubieran podido oponerse a la tradición judía de los Benjamin: «Nunca fueron antisemitas y tenían relación con familias judías». El 27 de febrero de 1926 Hilde y Georg se casaron, y Hilde Lange pasó a ser Hilde Benjamin. En 1928 aprobó el segundo examen estatal y en abril de 1929 comenzó su carrera de abogada. Abrió su primer bufete en un piso de dos habitaciones amuebladas junto al ayuntamiento de Wedding.

En esa época se producían frecuentes altercados entre los comunistas y los socialdemócratas —de un lado— y las tropas de matones nazis —de otro—. Era el primero de mayo de 1929. El jefe superior de policía de Berlín había prohibido la manifestación del KPD . En el periódico del partido, *Rote Fahne* [Bandera roja], podía leerse: «Pese a la prohibición, ¡el primero de mayo sigue siendo rojo!». Se produjo una confrontación con muchos heridos y numerosos detenidos. Hilde Benjamin asumió la defensa de los acusados por perturbación del orden público o resistencia contra la autoridad. Comenzó a darse a conocer, sus alegatos se hacían notar, y *Rote Hilfe* —la asociación de «socorro rojo»— encomendaba a la camarada Benjamin la defensa de los camaradas acusados.

Pero lo que la puso en primera plana de la escena judicial fue el proceso por el atentado contra el nazi Horst Wessel. Un grupo de combatientes cercanos al Partido Comunista le habían «hecho una visita» en su pensión. La «paliza proletaria» terminó con un disparo que dio a Wessel. En un principio, el KPD quería presentar el suceso como un «drama de celos» entre proxenetas. Cuando la tentativa fracasó, un equipo de abogados experimentados —entre ellos, Hilde Benjamin— tuvo que defender a los

acusados. Wessel falleció cuatro semanas después del atentado. Hubiera sobrevivido si no se hubiera negado a ser atendido por un médico judío del vecindario. Hilde defendió con eficacia a la dueña de la pensión de Wessel y recibió los elogios de sus colegas y de la prensa. Abogó con éxito por la absolución de su cliente. Desde este proceso estuvo en el punto de mira de los nazis.

¿Y a nivel privado? En verano de 1931, escribía: «A tomar en consideración: en noviembre tendré un hijo». Y el 10 de diciembre de 1931, la siguiente entrada: «El 16 de noviembre nació Peter. El 2 de diciembre murió. Lo encontramos —lo encontró Georg— por la mañana, inconsciente en su cochecito, cuando lo queríamos sacar de la habitación grande. Su carita indescriptiblemente dulce y graciosa, el cuerpecito flácido e inerte. Su pequeño corazón latía aún, y siguió latiendo durante dos horas, pero todos los intentos de reanimarlo fueron en vano. Se supone que fueron las secuelas de una hemorragia que se produjo durante el parto, que bloquearon el centro de respiración. Más tarde nos hemos dado cuenta de varias cosas que hubieran podido ser síntoma del problema: el temblor de sus bracitos, la posición a menudo rígida de su cuerpo, su gran vivacidad. No podemos pensar que hubiéramos podido evitarlo, tenemos que considerarlo —como lo ha llamado Georg— una desgracia.

»Nos hemos despedido de él con las notas del andante de la *Inacabada* . Su carita estaba cubierta por un ramo de muguetes. Tenía sus manitas en el rostro, como hacía a menudo. Sobre su féretro narcisos blancos, y Utti tenía una corona de nomeolvides y amarantos. Le queríamos tanto a nuestro Peter, le queremos tanto».

Y el 17 de julio de 1933 una entrada referente a un acontecimiento anterior, probablemente escrita *a posteriori* , porque la alegría por el nacimiento de Mischa el 27 de diciembre de 1932 había dejado todo lo demás en segundo plano. También el comienzo de un periodo de sufrimiento que iba a marcar su vida: «Desde el 8 de abril Georg está en prisión preventiva. Desde el 4 de julio en el campo de concentración de Sonnenburg».

Tan solo dos líneas, pero para mí suenan como un grito afilado. Un grito en el que quien lo escucha puede reconocer el eco de un terror profundo. Un terror en el que se vaticina lo que acabará por llegar, inevitablemente. Una sombra oscura que aún no permite reconocer la figura que la arroja. Ese tipo de grito que a menudo lleva a quien lo emite a llevarse la mano a la

boca, como si pudiera hacerlo retroceder. Es la intuición del momento, como una puerta tras la cual se esconde aquello que produce miedo y terror.

El campo de Sonnenburg fue el primer «campo de reeducación» de los nazis, más exactamente el primer campo de concentración, construido en 1933 al mismo tiempo que los nazis tomaban el poder. Hay numerosos testimonios de Sonnenburg. Aún no estaba tan herméticamente aislado, pero se sabe que las SS eran responsables del campo y aprendían deprisa. A partir de 1934 Sonnenburg se convirtió de nuevo en una prisión. En el informe de un antiguo recluso durante el breve periodo en que fue un campo de concentración se dice que la administración, el hospital militar, la cocina, el equipo de artesanos y otras funciones del campo habían sido asumidas por compañeros de confianza, socialdemócratas o comunistas. Esto fue posible gracias a la «ilimitada estupidez, vagancia y predisposición a la corrupción de casi todos los oficiales de policía de las SA y, más tarde, del cuerpo de guardia de las SS , así como por las rivalidades entre la policía, las SA y las ss ».

Entre los primeros reclusos estaban, además de Carl von Ossietzky —editor del semanario *Weltbühne* —, el escritor Erich Mühsam, el abogado Hans Litten y muchos otros, entre ellos Georg Benjamin. Habían sido arrestados y enviados a Sonnenburg junto con otros doscientos conocidos socialdemócratas y comunistas inmediatamente después del incendio del Reichstag. En todo el *Reich* se recluyó en prisión preventiva a más de diez mil personas: fueron encerrados, torturados, muchos asesinados. Algunos lograron escapar de Sonnenburg. Gracias a sus informes se tuvo noticias de los brutales maltratos a Ossietzky y los otros. En 1936, Ossietzky obtendría el Premio Nobel de la paz retroactivamente por el año 1935. Su calvario le llevaría al campo de concentración de Esterwegen. Murió de tuberculosis. Hay indicios de que los agentes patógenos de la tuberculosis le habían sido inyectados.

Hilde estaba aliviada de que Georg no hubiera sido detenido por miembros de las SA , sino por oficiales de policía uniformados que iban acompañados por algunos civiles y que se comportaron de manera aparentemente correcta. No le llevaron a un sótano de las SA , sino «tan solo» a la jefatura superior de policía. Por lo que hace a lo que Georg tuvo que pasar durante su prisión preventiva en Sonnenburg, tenemos una afirmación que hizo en 1942, cuando, tras la cárcel de Brandemburgo y el campo externo de Wuhlheide —donde Georg y Hilde se vieron por última

vez—, aún esperaba ser trasladado quizá al campo de concentración de Sachsenhausen: «Después de lo que tuve que pasar en 1933 y en los últimos años no me vengo abajo tan fácilmente».

Lo que se esconde tras esta frase es también su experiencia en la prisión preventiva. En Sonnenburg la estancia de cada recluso comenzaba con un «maltrato brutal». Así lo recordaría tras la guerra un superviviente en una carta dirigida a Hilde Benjamin. La cárcel de Sonnenburg había sido cerrada por motivos higiénicos. El agua estaba contaminada, y en los húmedos sótanos correteaban las ratas y retozaban los parásitos. La vida de Georg también estuvo en peligro. Hubo muchos indicios de las condiciones de reclusión en Sonnenburg, tanto por parte de antiguos reclusos como de las mujeres a las que habían permitido la visita. Después de 1934, Sonnenburg se usó sobre todo para encarcelar a extranjeros de toda Europa. No existía un registro con los nombres. Los presos solo tenían números. En la noche del 30 al 31 de enero de 1945 las SS no se detuvieron en minucias: todos los presos fueron fusilados. Se desconoce la cifra exacta de muertos. Según las estimaciones oscilaban entre setecientos y mil. Tan solo tres sobrevivieron.

El destino de Georg Benjamin revela la rapidez con la que el cuerpo médico se adhirió a la dictadura nazi. Hilde lo denomina la «maquinaria de la exclusión»: en una carta del 29 de junio de 1933 se le comunicaba a Georg Benjamin la expulsión de la asociación de médicos de Berlín por ser diputado de distrito del Partido Comunista, y otra carta del 28 de julio de 1933 le hizo llegar la exclusión del colegio provincial de médicos de Berlín por «su pertenencia al Partido Comunista y su actividad en este sentido como diputado de distrito». El comunicado oficial en el que el colegio provincial de médicos de Berlín transmitía su decisión revelaba rasgos evidentes de una frenética complacencia con el poder. Como constata Hilde Benjamin, el texto solo constaba de las palabras: «Motivación: pertenencia al Partido Comunista», sin especificar aquello que había que motivar, es decir, la exclusión del colegio de médicos.

Los representantes de la Orden de médicos se apresuraron a elaborar el veredicto de un tribunal de honor. Georg Benjamin fue acusado junto con una colega, la doctora Käte Held, también miembro del KPD . En el veredicto que recibió Hilde Benjamin no aparecía la fecha de la deliberación decisiva (probablemente agosto de 1933), y en el lugar del nombre no estaba escrito Georg, sino «Erich». La fundamentación ya estaba

formulada en el estilo característico de los nazis: «Para la graduación de la pena se ha considerado que el comportamiento de los dos acusados es indigno de un médico alemán. Deberían haber reconocido la finalidad del atestado que han rellenado, y según el parecer del tribunal de honor, de hecho lo han reconocido. Se han prestado a poner sus conocimientos como médicos al servicio de una causa que infringe los intereses de la patria».

De este modo, la mayoría de los médicos judíos y comunistas habían perdido sus medios de subsistencia. Los huecos que dejaron los llenaron médicos «arios», y así fue como los nazis cumplieron su promesa de mejorar la situación económica de aquellos médicos que habían declarado su adhesión al régimen. De acuerdo con ello, se denegaría la inscripción en el registro de médicos «si el aspirante, con motivo de su ascendencia o de la de su cónyuge, no puede ser funcionario, y si, en el momento de la solicitud, el porcentaje de médicos de sangre no alemana respecto a la cifra total de médicos en el *Reich* alemán supera el porcentaje de individuos de sangre alemana respecto a la población total del *Reich* alemán. En casos extremos, y en conformidad con el colegio de médicos del *Reich* , el ministro de Interior del *Reich* podrá permitir excepciones».

La sociedad aria, mayoritaria en el sentido de la «higiene racial» de los nazis, se beneficiaría de modo análogo en otros campos. Las empresas judías fueron «arianizadas», es decir, expropiadas y transferidas a precios convenientes a compradores arios. Las obras acusadas de ser «arte degenerado», si eran propiedad de judíos, se vendieron en el mercado internacional generando grandes beneficios. Todo ello llevó miles de millones de marcos a las arcas del Estado del *Reich* , con lo que fue posible asegurar una parte de la financiación de las desgravaciones fiscales para la mayoría aria. Y cuando ya no quedaban más «no arios» a los que expropiar o robar sin ser sancionados por el Estado, Hitler comenzó la Segunda Guerra Mundial. El rearme de la *Wehrmacht* había arruinado la situación financiera del *Reich* . De modo que, desde la perspectiva de los nazis, los robos y saqueos en el resto de Europa eran necesarios por motivos materiales.

Se han conservado dos cartas que Georg escribió a Hilde desde Sonnenburg. En ellas, Georg pregunta también por su hijo Michael. Presumiblemente, habrá escrito más cartas, pero debieron de ser interceptadas. El 10 de diciembre de 1933 escribe: «Sigo estando bien. Mi trabajo es todos los días el mismo. De vez en cuando —como hoy— tengo

medio día libre o un día entero. Habitualmente salgo al aire libre por la mañana, antes de empezar el trabajo; a veces, si hay tiempo, también por la tarde. […] Naturalmente, se habla mucho de la puesta en libertad de los cinco mil. Ya te escribí que no tengo grandes expectativas; espero que tú tampoco te hagas ilusiones. Si pasara algo distinto, tanto mejor. No sé aún si será posible escribir dentro de catorce días, por navidad. También es incierto si podré escribir a tiempo para el cumpleaños del niño. Adjunto como regalo dos siluetas de papel del niño. Como recordarás, están cortadas según las fotos de perfil de julio. Espero que hayan quedado bien. Por el cumpleaños no puedo enviar nada más que buenos deseos.

»Cuando sea oportuno puedes enviarme los fascículos 4, 5 y 6 de la Comisión del *Reich* para la Salud. Ya me mandas víveres en abundancia. La carne y el pastel son siempre para toda la celda, como hacen también los otros cuando reciben algo. Como no fumador lo que más deseo es una buena taza de café. Ahora el frío ha remitido. En los días más fríos habremos estado entre doce y quince grados. Con el jersey se está bien, tanto en la celda como en el cuarto de trabajo. ¿Vuestra consulta a la Gestapo no ha tenido respuesta? Es inútil seguir insistiendo. Por lo demás, leo a veces el semanario *Blick in die Zeit* , que solo recoge las noticias de los periódicos. Os lo aconsejaría también a vosotros, de vez en cuando. Si aparece algo de particular en el *Frankfurter Zeitung* envíamelo, por favor».

Hilde tomó esta carta, que claramente elude la brutal realidad del campo, tal como se pretendía: había que leer entre líneas. En el juicio contra el comandante del *Lager* y miembro de las SS Adrian, celebrado en 1945, declaró como testigo el antiguo diputado del Reichstag por el KPD , Fritz Emmerich. Allí dio cuenta de cómo hizo todo lo posible para ubicar en una función especial a aquellos reclusos que necesitaban una «protección especial» y ponerles así fuera de la «línea de fuego». Otros testigos contaron que había «camaradas que trabajaban en la sección de admisión» e informaban a la dirección del partido cuando llegaban nuevos reclusos. Con todo, no podían evitar que «cuando Adrian estaba de guardia […] se produjeran regularmente brutalidades». Otro prisionero recordaba al doctor Müller, un médico de Spandau, que ayudaba sobre todo «a los prisioneros maltratados, y a su auxiliar, que se llamaba Georg». Quizá un indicio —señala Hilde— de que también Georg Benjamin habría podido ofrecer ayuda médica, en función de sus posibilidades.

Hilde Benjamin había leído la carta de Georg en compañía de Egon Thurau, un antiguo preso en Sonnenburg, para intentar descifrar con él los mensajes ocultos entre líneas. Georg estaba en una celda compartida. Así interpretó Thurau al menos el número de registro N.III.8 indicado en la carta. Podría haber significado ala norte, estación III, celda 8. Los compañeros de celda podían reconocerse en las siluetas de papel que Georg llevaba consigo al ser liberado. En el reverso de las siluetas enmarcadas, Georg había escrito sus nombres: una prueba documental de la ocupación de una celda en el campo de concentración de Sonnenburg en diciembre de 1933.

Más tarde Hilde recibiría una segunda carta, fechada el 13 de diciembre de 1933, esta vez sin número de registro. De ello puede deducirse que había salido de forma clandestina: «Querida mujer, recibí ayer tu carta con la noticia de la enfermedad de Mischa […]. Espero que entre tanto esté ya recuperado. Probablemente no ha tenido fiebre. Lo supongo porque no escribes nada al respecto. […] Por aquí no hay novedades. ¿Te gustaron las siluetas del niño? ¡Hasta navidades no recibirás más cartas mías!». La carta termina con saludos para todos y una indicación: «La felicitación que adjunto para Mischa la ha dibujado un compañero».

¿Con qué temor habrá abierto Hilde alguna de las cartas de Georg, esperando siempre encontrar alguna noticia terrible? ¿O tal vez la esperanza de que su marido regresara sano y salvo se imponía sobre todo lo demás? Seguro que sentía también gratitud y alivio por recibir señales de vida. ¿Qué cabía deducir de estas cartas, además de la seguridad de que aún estaba vivo? Habrá leído y releído cada línea a la búsqueda de algún doble sentido. Parecía que Georg hacía frente a su destino con una sorprendente serenidad de ánimo. Apenas unas pocas señales aluden a la profunda nostalgia por las dos personas que estaban fuera y que con todo eran como una reserva de fuerzas que le daba esperanza.

Hilde no se sentía inmediatamente amenazada. Ella y el pequeño Mischa estaban empadronados en la casa de sus padres en Berlín-Steglitz. Tras un registro domiciliario poco después del arresto de Georg, la policía y la Gestapo no mostraron ningún interés por ella. Ya en mayo de 1933 se la había privado de la autorización para ejercer la abogacía. Un jurista verdaderamente «terrible» había firmado el «veto de representación» que le prohibía toda actividad como abogada. Fue el doctor Roland Freisler, que más tarde sería el presidente del Volksgerichtshof de Hitler. Inmediatamente

después, Hilde había pasado varias semanas en la clandestinidad. Dejó a Mischa en casa de los abuelos. Cuando pudo reaparecer, se mudó a casa de sus padres en la Dünter Straße en Berlín-Steglitz y se ocupó de Mischa. Estaba desempleada.

Navidades de 1933. Los preparativos para la fiesta estaban en pleno ajetreo. Hilde se implicaba también activamente en las celebraciones navideñas, aunque se había salido de la Iglesia. Los padres celebraban la fiesta con sus hijas ya adultas, Ruth y Hilde, y con el pequeño Mischa. Están preparando la cena. En algún momento de la tarde suena el teléfono. Una voz dice: «Estoy en la estación del zoo y voy a casa en tranvía». Es la voz de Georg. No sabemos si Hilde conservó la compostura, si sollozó, lloró, rio o todo al mismo tiempo: «¡Georg ha sido excarcelado!». Abraza llena de alegría a su hermana Ruth. Mischa solo dice «¡papá!, ¡papá!» y ríe antes de que a toda prisa le cambien las zapatillas de estar por casa y el jersey por un abrigo y zapatos de invierno. También Hilde, que se pone el abrigo para correr hacia la parada del tranvía, que está a veinte minutos de distancia.

Es un momento especial, mientras recorren las calles de un Berlín navideño e inmerso en la oscuridad. Un brillo inesperado resplandece sobre todo lo demás. Poco antes, Hilde había adornado el árbol de navidad, con la carta de Georg en su mente, e intentando no caer en el profundo abismo que se abría ante ella, sin poder apoyarse en nada más que en el pequeño Mischa, que la mira con ojos radiantes y le acerca tiras de papel de plata y bolas de navidad y contempla admirado el árbol. Y ahora Mischa corre hacia Georg, que desciende del tranvía.

Cuando más tarde, en 1977 y desde la RDA , escriba sus recuerdos de Georg y narre así una parte de su propia vida, le viene a la mente la siguiente frase para referirse a esta maravillosa noche de Navidad, que tuvo un giro tan inesperado con ese hermoso regalo: «La liberación de Georg Benjamin fue un regalo para nosotros, y sobre todo un deber de cara al Partido, que había que aprovechar y cumplir…». Produce escalofríos leerlo, como si fuera la solícita realización del plan de tareas de la camarada Benjamin. No puedo creer que esa noche el Partido fuera más importante que la alegría y la sorpresa ante un golpe de fortuna que no se iba a repetir. Les quedaban apenas dos años juntos, y eso en un entorno hostil que transformaría drásticamente sus vidas.

Para Georg su profesión de médico era cosa del pasado. Con todo, durante un tiempo la suerte no sería adversa para la pequeña familia. Hilde consiguió un trabajo en la sección jurídica de la representación comercial soviética. Sus ingresos alimentaban a la familia, y pudieron renunciar al apoyo económico de los padres de Hilde.

Capítulo 7

«BIENVENIDOS» A MAUTHAUSEN

Es el «muro de las lamentaciones». Mi mirada en dirección al muro tiene el mismo encuadre que la foto que figura en la guía que tengo en mis manos. Es el muro que está junto a la imponente entrada. Se le llama el muro de las lamentaciones porque los presos que tenían que alinearse allí en formación comenzaban a entrever lo que les esperaba. A mi derecha, los barracones de madera se extienden alineados flanqueando la calle que atraviesa el campo, a mi izquierda edificios amurallados: la enfermería, la prisión y el búnker, que es un sótano bajo la enfermería. En las paredes del sótano fotos enmarcadas de prisioneros provenientes de media Europa. Aquí se torturaba, a los prisioneros se los fusilaba, «interrogaba» o castigaba, pegándoles hasta dejarles medio muertos. Al lado está el barracón de la cocina y la lavandería. A la derecha de la puerta de entrada están la oficina y la cantina, y detrás los barracones seis y siete. En un principio había cinco barracones por fila, de modo que en total el campo tenía veinticinco barracones con trescientos presos cada uno. De hecho se agolpaban hasta mil reclusos en cada uno. El número nueve era el de los judíos. Hoy solo se pueden ver sus cimientos. El barracón ya no existe.

En los hornos crematorios situados en los sótanos de la enfermería y en la prisión del campo se quemaban los cadáveres de los presos que habían muerto de hambre o que habían sido llevados a la muerte por otras vías. A sus familiares se les notificaba por carta el «inesperado fallecimiento» del padre, el tío o el hermano, sin precisar las condiciones de la muerte ni el habitual «lamentamos tener que comunicarle…». Me encuentro en la calle

principal del campo de exterminio de Mauthausen. El antiguo campo de concentración está rodeado por altos muros. La lluvia me ha acompañado a lo largo del día. Los desoladores edificios se reflejan en los charcos. Un día de verano del año 2011.

Mientras subo la carretera de asfalto de dos carriles —la «carretera de la memoria», según puede leerse en el cartel— y entro con el coche en el aparcamiento veo el edificio macizo construido con piedras de granito de una cantera cercana. Una construcción que ha hecho que esta pequeña ciudad junto al Danubio llegue a ser mundialmente famosa: el campo de concentración de Mauthausen. Hoy es un lugar de memoria y de peregrinación para visitantes de toda Europa, que lloran aquí a familiares y amigos. Vienen muchas excursiones escolares que quieren hacerse una idea del aspecto de uno de los muchos infiernos que la propia humanidad crea. En el monstruoso edificio todo exhibe pujanza: la entrada, los muros con sus torres. Solo de mala gana logra uno acercarse. El breve trecho que separa el aparcamiento del coloso amurallado se hace largo.

Ayuda ir en primer lugar al centro para visitantes situado a la derecha del campo de concentración, ubicado en una construcción moderna con altos ventanales de cristal, con luminosas aulas para seminarios y pantallas táctiles que responden todas las preguntas imaginables. Una librería con un rico surtido de bibliografía sobre la historia del campo y el infierno de Mauthausen. En la cafetería adyacente el visitante dubitativo puede hacer aún una breve pausa antes de comenzar el trayecto por el campo.

Pero entonces uno se encuentra de repente entre varios cientos de visitantes y se convierte en una de las miserables figuras que hace más de setenta años descendieron de los vagones en la estación de Mauthausen, o simplemente fueron arrastrados, y a los que a base de gritos y órdenes formaron en columnas para emprender el camino hacia la colina. ¿Resonaría en sus oídos como un eco la frenética aprobación social con que fue recibida la construcción de este infierno? La edición vienesa del *Völkischer Beobachter* informaba desde Linz del entusiasmo con el que se había acogido la noticia de que el jefe de circunscripción del Alto Danubio, August Eigruber, había anunciado en 1938 en la plaza Adolf Hitler de Gmunden —en la provincia natal del *Führer* — que se iba a construir un «campo de concentración para los traidores a la patria». «El anuncio suscitó un júbilo atronador, de modo que el jefe de circunscripción apenas pudo continuar su discurso». El titular del *Völkischer Beobachter* : «Baluarte

Salzkammergut. La Alta Austria custodiará en el futuro a todos los traidores del país». El titular anticipaba a los cerca de doscientos mil presos de Mauthausen, que en los siete años siguientes iban a encontrar el camino hacia el campo de exterminio.

Como muchos no sobrevivieron siquiera al transporte hasta el campo, se crearon dos fosas comunes. En ellas estaban enterrados doce mil muertos. Una de las fosas comunes está cerca de la estación, allí se había allanado un antiguo cementerio de soldados de la Primera Guerra Mundial. Con todo, se cuidó de que solo se «enterrara» allí a los presos que hubieran fallecido a causa de una muerte «natural». Los otros, que habían muerto a golpes o bien habían sido fusilados o gaseados, fueron incinerados en los crematorios del campo. Esto ocurrió sobre todo durante el último año de guerra. Fue un intento de borrar las huellas por parte de la dirección del campo, para el caso de que la victoria final no llegara a producirse.

A los que llegaban al campo con vida les rapaban la cabeza al cero. Algunos recuerdos remiten a las tijeras sin afilar y las navajas de afeitar. Los hombres abandonaban la sala con el cuero cabelludo sangrando y entonces les asignaban sus barracones. Para ese momento ya habían perdido toda autoestima y sentían más bien asco hacia sí mismos. Su aniquilación comenzaba con el hecho de que se les privaba de todo respeto, se los cosificaba y se los transformaba en meros objetos.

Para construir el campo habían llevado a Mauthausen a prisioneros de Dachau y de otros campos de concentración. Puede leerse en el pequeño folleto del lugar conmemorativo el testimonio de un recluso que pasó tres años en Mauthausen: «Llegamos allí unos mil hombres. Había pocas herramientas sobre el terreno, de modo que muchos de nosotros tuvimos que hacer las tareas de excavación con las manos desnudas. Construimos cuatro barracones, eso era el centro de recepción. […] Para comer nos dieron tres cuartos de litro de sopa, casi siempre col y agua. Inmediatamente después de comer recomenzaba el trabajo, que duraba hasta el anochecer. Pasábamos mucha hambre, pero lo peor era la sed. Como el campo estaba en la cima de una colina, había que traer el agua con un viejo camión de riego desde la ciudad de Mauthausen, que estaba abajo en el valle. El camión subía solo tres veces al día, ¡y la mayor parte del agua se usaba para la cocina de las SS y para su cuerpo de guardia!

Luego hubo que trabajar en la cantera. «Se formó un comando para transportar la piedra. Grupos de cuatro hombres subían por la escarpada

colina llevando a paso ligero piedras de hasta trecientos kilos de peso sobre las angarillas […], y luego de nuevo colina abajo. Los […] centinelas que acordonaban el camino les golpeaban con sus porras cuando algunos ya no podían andar. Quien era reprendido por negarse a trabajar recibía en el campo veinticinco golpes con un temidísimo vergajo». Después de eso «el trasero» se quedaba «negro como el carbón».

La historia del campo de concentración de Mauthausen resulta aún hoy escalofriante. Todo en ella habla de infamia y destrucción.

En 1942 Mauthausen fue su última estación: Georg Benjamin solo aguantó allí unas pocas semanas. Su cadáver fue encontrado en el alambre de espino atravesado por una corriente de alta tensión, junto al muro del campo. Los guardias de las SS se divertían persiguiendo a los prisioneros, llevándolos hacia la alambrada. Un prisionero contó cómo los judíos de su transporte, «vestidos solo con camisa y calzones», fueron «acosados hasta la alambrada. Los dejaron allí hasta la mañana siguiente. Solo cuando el pelotón de trabajadores había abandonado el campo se cortó la corriente y los sepultureros pudieron ir a recoger los cadáveres».

En el campo de exterminio de Mauthausen y en los campos externos de Melk y Ebensee murieron ciento treinta mil personas, entre ellas veinticinco mil judíos. En la parte del campo destinada a los judíos todos sabían perfectamente que esa sería su última estación. Por la noche dormían sobre el suelo desnudo, tan apiñados que más que unos junto a otros estaban prácticamente unos sobre otros. Para hacer sus necesidades usaban botellas, pues el camino hacia los baños no era posible sin pisoteos. Tropezaban con los brazos y las piernas de otros prisioneros. Durante el día realizaban trabajos forzados en las canteras. A quien no lo soportaba lo mataban a golpes o lo fusilaban. Las condiciones higiénicas eran inimaginables. La atención médica no estaba prevista, y los prisioneros padecían hambre y sed.

La sensación de angustia que me asola en Mauthausen tarda un tiempo en remitir. La visita causa una impresión duradera. Regreso al aparcamiento y pienso en designaciones como «las SS », «los vigilantes del campo de las SS » o «los nazis», que he encontrado en los testimonios escritos sobre el campo. Sin embargo, los responsables no carecían de rostro, cada guardia de las SS tenía un nombre. En Austria quizá se llamaran Sepp, Xaver o Bertl, eran hijos y padres, esposos y hermanos. Tenían familia y amigos, habían tenido una infancia. ¿Cómo llegaron a convertirse en carniceros, en

guardias de las SS sin rostro? ¿Qué les hizo llegar a ser tan despiadados? ¿Qué educación habían recibido para convertirse en semejantes criaturas?

Recorro el camino de regreso por la «carretera de la memoria» y leo en los carteles que a la izquierda puedo dirigirme a la «corte de las truchas» y a la derecha a tabernas de sidra. Ofertas de restauración en Austria, paraíso vacacional. Y pienso en las discusiones políticas en mi país y en los partidos de extrema derecha, que siguen vivos y ganan nuevos adeptos. En la entrada de la ciudad leo «una cordial bienvenida a Mauthausen», y lo siento como un pinchazo en el estómago. ¿Pretenden anular la memoria? ¿O hay nueva vida en esta ciudad sin necesidad de olvidar la propia historia? Desde entonces han pasado setenta años. «Bienvenidos a Mauthausen», en la colina sobre la ciudad hay un infierno que reclama memoria.

Presumiblemente en el invierno de 1934 un cartel de bienvenida a la entrada de la localidad de Mauthausen hubiera sido perfectamente normal para Georg Benjamin. En un país en el que se pueden encontrar crucifijos casi en cualquier esquina eso no hubiera supuesto una sorpresa * . Probablemente, no hubiera comprendido mi estupor al respecto. Por aquel entonces, el campo de concentración aún no existía. Su construcción tendría lugar cuatro años más tarde.

Después de ser excarcelado de Sonnenburg, Georg iba a la montaña en cuanto tenía ocasión. En los recuerdos de Hilde Benjamin esa visita a las montañas fue la «última experiencia de libertad y de primavera». También visitó Suiza y los lagos del norte de Italia. «Incluso cuando se encontraba con conocidos y camaradas», precisaba Hilde, «a los que informaba y que la informaban, no tenía […] un encargo preciso que llevar a cabo».

Estaba desocupado e intentaba sacar el mejor partido de su situación. De modo que Hilde escribe: «No se podía saber el tiempo que iba a durar el regalo de ese tiempo para vivir y luchar, para trabajar, y por eso Georg Benjamin lo aprovechó desde el principio […] con las actividades más diversas para poder aprender, trabajar y —en la medida de lo posible— pasar tiempo con su hijo, con la naturaleza, con libros, y siempre estaba disponible para los demás». Se sacó el carnet de conducir justo antes de que se les prohibiera a los judíos en 1935, y también aprendió ruso. El nombre de su profesor le serviría más tarde como contraseña en la correspondencia desde la cárcel. A partir del verano de 1934 asistiría a los cursos de

formación para médicos judíos organizados por la administración sanitaria de la comunidad judía.

Hilde era quien ganaba el sustento de la familia. El niño fue «cuidado y educado con mimo en el hospicio infantil que la camarada Edith Fürst acababa de abrir en Niederschönhausen y en el que vivían algunos hijos de camaradas políticos, algunos de los cuales estaban en la cárcel y otros vivían en la clandestinidad; allí encontraron refugio también algunos niños judíos».

El 14 de mayo de 1936 Hilde Benjamin hace la siguiente anotación: «Cuando […] volví a casa del trabajo en la representación de comercio noté que había algo 'distinto'. Ya no sé si había un trapo colgando de la ventana de nuestra habitación en la planta baja, que era la señal que habíamos convenido con la tía Grünwald (la dueña de la casa y amiga). Pero tenía la sensación de que había algo extraño. Nuestra compañera de piso me dijo que por la mañana habían venido varias personas de la Gestapo con Georg Benjamin para registrar la casa. Aparentemente todo había tenido lugar de manera correcta y ordenada, no habían confiscado la máquina de escribir, y no parecía que se hubieran llevado nada».

El 16 de mayo recibe la primera señal de vida de Georg. Escribe desde el campo de concentración de Columbia, una antigua prisión en el campo militar de Tempelhof: «¡Mi queridísima esposa! ¡Debe haber sido una sorpresa desagradable para ti! Sí, querida, has tenido una vida difícil conmigo, pero ahora intenta hacerte también con algo de esa ecuanimidad de la que hemos hablado a menudo. ¿Recuerdas aún el hermoso libro de biografías de [Martin] Gumpert que leímos juntos?».

Hilde lo recuerda. Han leído juntos también sobre el destino de Miguel Servet, que Gumpert describe. Ella lo cita: «La mañana del 27 de octubre de 1553 resuenan las llaves por última vez en la pesada puerta, lo arrastran fuera del oscuro agujero en el que se había podrido los últimos meses, entre piojos y moho, para llevarlo a la hoguera».

Servet había ardido en la hoguera en Ginebra, condenado por herejía. Entre otras cosas había puesto en cuestión el dogma de la Trinidad, es decir, el carácter uno y trino del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Calvino hizo encerrar a Servet y se ocupó de que fuera condenado. El juicio fue una farsa, la condena a muerte estaba decidida de antemano. El celo religioso dio lugar a pogromos que causaron un elevado número de muertos. Eso

afectó sobre todo a las comunidades judías. Todo eso se repetiría casi cuatro siglos más tarde, con la destrucción de los *shtetl* judíos y de sus habitantes después de la invasión de la Unión Soviética por parte de la *Wehrmacht* . El recuerdo de esa lectura en común era como un presagio de las desventuras que les esperaban.

Pero la carta de Georg continúa: «Querida Hilde, ahora tienes que intentar vivir de forma completamente autónoma con nuestro hijo y con los amigos y familiares que te ayudarán. Tenemos que contar con que va a ser una situación larga y difícil. Y en el futuro tendrás que tomar todas las decisiones sin tenerme mucho en consideración. Mi niñito, nuestro Mischa, tendrá que olvidarme por el momento. Espero que logre hacerlo bastante deprisa. ¿O quieres enviarle algo de vez en cuando de parte de Georg, que está de viaje? Haz lo que te parezca conveniente. Querida mujer, ¡lo que más me tranquilizaría es saber que no te dejarás abatir por el destino!

»No tengo muchos deseos. Los esfuerzos por obtener asistencia judicial son completamente innecesarios en el actual estado de cosas. Por los demás, todos mis deseos coinciden con las cosas permitidas que se detallan al comienzo de la carta: cambiarme de ropa una o dos veces por semana (camisa, calzones largos, calcetines y algunos pañuelos); inscripción al *Völkischer Beobachter* como se prescribe arriba y por el momento el envío de cinco marcos. ¡Lo que más me alegra son tus cartas! […]

»Hilde, intenta disfrutar del verano como lo hicimos hace tres años. Parece que los días cálidos aún no han llegado del todo. Tengo ya una petición para tu primera visita: trae siempre una imagen de Mischa que pueda ver. En la cámara hay un carrete nuevo…

»¡Eso es todo por hoy! Un saludo lleno de afecto para ti y Mischa. Y saludos a los padres, a Utti, a la tía Grünwald y a todos los demás.

Tu Georg».

El 14 de octubre de 1936 llega el veredicto del tribunal contra Benjamin y otros por «preparación de alta traición». La imputación: «El acusado ha traducido artículos de periódicos extranjeros —ingleses, franceses y rusos — sobre Alemania y la situación del país, pero también artículos sobre los acontecimientos políticos en España y en Francia, para difundirlos en círculos comunistas y hacer propaganda con ellos. […] Además de su actividad como traductor, el acusado tuvo relación con individuos que le informaron de sus condiciones de trabajo, de sus salarios y del ambiente entre los desempleados, *etc.* Se trataba de trabajadores empleados en la AEG

y de un desempleado, el también acusado Perleberg. El acusado transmitió esta información a la mencionada funcionaria».

Georg Benjamin fue condenado a seis años de prisión contando cinco meses en prisión preventiva y se le privó de sus derechos civiles por un periodo de cinco años. Se dan las siguientes razones para fijar la pena: «El acusado, de raza judía, forma parte del movimiento comunista desde hace años. Ha sido representante del KPD en el distrito de Berlín-Wedding y, desde 1933, médico de escuela estatal en la ciudad de Berlín. Estuvo en prisión preventiva desde abril hasta septiembre de 1933 (en realidad, hasta diciembre). Al ser liberado firmó un documento en el que se comprometía a no volver a participar en ninguna actividad hostil al Estado. A pesar de todo, el acusado, que está desocupado desde 1933, ha trabajado desde comienzos de 1935 para el KPD ».

A continuación se resume: «Cabe concluir que al acusado Benjamin, en vista de su personalidad y de la amplitud de sus actividades, ha de aplicársele la máxima pena. Su caso se ve agravado porque no ha cumplido la promesa que hizo después de la prisión preventiva de no volver a participar en actividades hostiles al Estado. El hecho de que, con todo, poco después participara en tan distintas actividades de alta traición atestigua la terquedad de su voluntad insolente. Además, su actividad ha de considerarse especialmente peligrosa. Pertenece a la clase de la inteligencia judía que está empeñada en instigar por todos los medios a los trabajadores alemanes hasta lograr la victoria del comunismo. El único atenuante en lo que respecta a su persona es que ha confesado y ha combatido como soldado en la Primera Guerra Mundial. En estas circunstancias una pena de seis años de prisión parece necesaria, pero también suficiente».

Por tanto, le esperaban más de cinco años de prisión en la cárcel considerada «más moderna» de Brandemburgo. Ya en su primera visita en el invierno de 1937 pudo advertir Hilde Benjamin que el edificio se adecuaba perfectamente a su propósito. Aunque en aquel momento hubiera calefacción, Hilde habla de una «claridad límpida y fría que se me ha grabado en la memoria y que asocio con el edificio hasta hoy. Una claridad que debía ocultar la oscuridad del terror y de la muerte acechante, y que estaba en total contradicción con los versos pietistas y falaces que podían leerse sobre la puerta de entrada: Trabajo, disciplina y bondad *ayudan a suavizar la dureza del carácter,* borran el pasado / y llevan a casa, al hogar paterno».

Hilde recuerda que durante el primer año estaban permitidas cuatro visitas de quince minutos; es decir, un total de una hora, y se incrementaban en una hora cada año, hasta llegar en cinco años a cinco horas y treinta minutos. En la habitación de visitas, están sentados el uno frente al otro en presencia de un funcionario de prisiones. El funcionario se sienta a la cabeza de la mesa, y ellos en cada uno de los lados. Encuentro esta anotación en el diario de Hilde: «Era natural que hubiera muchísimas cosas que decir y que el tiempo nunca bastara», lo cual generaba una enorme tensión mental y anímica. Eso afectaba sobre todo a Georg Benjamin, que pese a estar bien preparado y conocer bien las palabras clave, pese a saber leer en la mirada y el rostro del otro, no siempre lograba dominar la tensión. La presencia del funcionario no les molestaba a ninguno de los dos y, a veces, «al despedirnos, podíamos ir rápidamente al otro lado de la mesa y abrazarnos».

Para poder entender la correspondencia entre el matrimonio, el lector debe conocer las palabras clave con las que revestían ciertos contenidos en sus cartas y en sus visitas. Cuando lo recordaba, Hilde se daba cuenta de que ya no se acordaba de todos los códigos. «Generalmente nos referíamos a la Unión Soviética como 'Sophie' (el nombre de nuestra médica, la hermana del diputado del *Reich* Eduard Alexander) o 'Utti', el apodo de mi hermana, pero también el nombre de mi antiguo jefe. 'Konrad' era el Partido Comunista de Alemania. España era la señora Götz (por el nombre de mi colega, el abogado Götz Berger, que combatía en España), la Mariendörfer Straße (enfatizando la primera sílaba) era Madrid». Georg Benjamin era el *Babypapa* , como le habían llamado los niños del hospicio de Edith Fürst, ya que era el padre del niño más pequeño, y todos habían adoptado el apelativo.

Qué impronta habrán dejado estos años en su ánimo, con las visitas a la cárcel, las cartas de Georg y su anhelo por verles a ella y al niño. A menudo habrá sido consciente de su propia impotencia, de la imposibilidad de hacer nada. ¿Cómo afecta una experiencia de este calibre a una persona que no puede poner fin a la miseria que marca su vida, que se impone al margen de su acción y su voluntad? ¿Cómo se habrá sentido Georg, teniendo que preguntarse una y otra vez si merecía la pena haber comprometido su vida y la de los suyos por sus convicciones políticas? ¿Cuántas veces se habrá atormentado con sus dudas? Tampoco sus convicciones, su confianza inquebrantable en los camaradas de Moscú —como Hilde Benjamin la

describe—, se habrá librado completamente del suplicio de la duda. Incluso si al final solo la fe en la idea del comunismo le dio la fuerza de resistir —eso que Theodor W. Adorno había llamado el «núcleo teológico incandescente» sin el cual el materialismo perdería su principal fuerza impulsora—. La fe puede mover montañas. Las cartas de su mujer eran para él pasajes hacia otra vida de la que le separaban los muros de la prisión. Ella le describe minuciosamente cada una de las fases del desarrollo de Mischa, cada una de sus frases, cada uno de sus cambios.

Hilde admiraba el hecho de que Georg se preocupara tanto por el bienestar de sus familiares incluso desde la cárcel; de lo importante que era para él cada detalle de sus vidas. Después de la invasión de Francia creció la preocupación por su hermano Walter y su hermana Dora, ambos refugiados en París. En 1938 Walter Benjamin había escrito una carta a Hilde en la que le agradecía la felicitación por su cumpleaños. En ella le pedía: «En la próxima ocasión, agradece a Georg sus felicitaciones y mándale un saludo muy afectuoso de mi parte». La carta venía de Dinamarca, donde Walter Benjamin estuvo varias veces en casa de su amigo Bertolt Brecht. Para los hermanos Georg, Walter y Dora no era fácil saber unos de otros. Las noticias les llegaban solo después de complicados rodeos y a menudo con mucho retraso. Por ello, Georg pidió a Hilde que no le escondiera siquiera las peores noticias. Sin embargo, ella misma estaba aislada en la Alemania de Hitler y apenas lograba recibir algo de información del exterior, como revela el hecho de que Hilde no tuviera noticias del suicidio de Walter Benjamin en Portbou hasta varios años después de su muerte.

Llama la atención —y sorprende— que Georg Benjamin no considerara necesario preguntarse por la política exterior del Partido Comunista de la Unión Soviética. Está claro que carecía de información fiable; y cabe preguntarse cómo habría podido recibirla. Así y todo, ¿cómo habría reaccionado a las palabras de la Internacional Comunista (Komintern) de las que se desprendía que, tras la toma de poder del NSDAP en 1933, la revolución en Alemania era solo cuestión de tiempo? La asunción era que las masas proletarias superarían sin duda el fascismo. Quizá no quiso dar crédito al suministro de armas desde la Unión Soviética, que ya desde la época de Weimar había favorecido el rearme de Alemania. A no ser que

considerara que todo estaba justificado con tal de superar la difícil situación económica y los años de hambruna en Rusia. Era evidente que el Estado fascista no se iba a contentar con el botín de los Sudetes y Austria, que había conquistado sin derramamiento de sangre. Y el pacto entre Hitler y Stalin, ¿qué era sino una señal de que Hitler quería tener vía libre para invadir Polonia? La consecuencia sería la Segunda Guerra Mundial.

Hilde se mostró irritada y escribió a Georg en este sentido. «Para muchos camaradas en Alemania no fue fácil entender el pacto de no agresión, y debí de aludir a ello en alguna carta». Georg se limitó a responder aconsejándole que no criticara precipitadamente lo ocurrido. El 17 de septiembre de 1939, apenas dos semanas después de la invasión de Polonia, escribió: «No me lo tomes a mal si no estoy de acuerdo contigo en lo que se refiere a la dialéctica. Esta, que no es sino un método de pensamiento y explicación, no está por encima de nuestro sentido común. Más bien me parece que la mejor formación hegeliana ha de fracasar cuando falta un conocimiento suficiente de las situaciones y hechos a los que se ha de aplicar el conocimiento dialéctico. Por lo demás, y aunque en un primer momento muchas cosas me resultaron inesperadas, ahora me parecen muy comprensibles y no contradicen mi sentido común».

Entonces llegó por fin la ocasión de volver a ver a Georg y de hablar con él, y también Mischa podía estar presente. La pena de prisión de su padre terminó el 14 de mayo de 1942, pero su calvario no terminó con ella. Antes de que las autoridades de Brandemburgo entregaran a Georg Benjamin a la Gestapo pudieron verse brevemente. Hilde fue a Brandemburgo, y por fin Mischa pudo estar en brazos de su padre. A la pequeña familia le concedieron una hora juntos. Después llevaron a Georg a Berlín, a la prisión de la Gestapo en la Prinz Albrecht Straße. Dos semanas más tarde Hilde recibió una llamada anónima. Le dijeron que habían trasladado a Georg a la Jefatura Superior de Policía en Alexanderplatz. Allí era posible llevar ropa limpia a cambio de la sucia, de modo que los familiares de los presos formaban largas colas en el pasillo del edificio. Entre la ropa limpia podía meterse algo de comer, a veces también algún mensaje. En la sección de recogida de ropa siempre la advertencia: «Esterilizar todo por peligro de piojos». En una nota del 30 de mayo Hilde pudo descifrar: «Pedir permiso de visita. Envíame correo». El segundo mensaje llegaría una semana más tarde: «Manda también toalla, juego de ajedrez, pastillas para la tos o similar, hasta ahora imposible escribir, volver a intentar visita la semana

que viene». Y en el siguiente mensaje: «Comida e higiene aquí totalmente insuficiente, no hay horas libres, muchísima gente, provenientes de todos los pueblos de Europa».

En dos ocasiones Hilde logró hacerse con un permiso de visita. El 28 de julio recibió la última carta desde la Jefatura de Policía: Querida H. En el momento en que escribo esto no sé aún si esta pequeña carta llegará a tus manos. Me han destinado para un transporte al «campo de educación mediante el trabajo de Wuhlheide» junto a «Karlshorst». […] Aunque no he oído hablar bien de Wuhlheide, sin duda será mejor que un campo de concentración; generalmente el traslado es por un tiempo limitado, hay pocos judíos, y no reciben tratamiento especial. Hay policía y no SS . Supuestamente solo se pueden enviar cartas y recibir paquetes después de seis semanas. Tendrás que luchar de nuevo por establecer el contacto, ¿quizá se permitan visitas en caso de urgencia? Tal vez, llegado el caso, puedas ir a consultar al departamento de prisión preventiva e ir indagando qué piensan hacer conmigo. Aun siendo precavidos en juzgar, creo que es buena señal que no me manden al campo de concentración, aunque hay transportes semanales que salen hacia Sachsenhausen. En todo caso parece más probable una liberación desde allí que desde un campo de concentración —por el momento este giro me ha infundido cierto optimismo—. En cuanto al trabajo allí —construir vías de ferrocarril—, creo que podré soportarlo. ¿Quizá puedas verme alguna vez trabajando si haces una excursión por allí para explorar el terreno?

> Por desgracia hasta ahora no he tenido noticias tuyas. Espero que el chico esté bien, ¿quizá esté ya de nuevo en pie? […]. Saludos cordiales a todos los amigos, al abuelito, a la abuelita y a Utti.
>
> Y un beso para ti y para el niño Tu marido (En todo caso asegúrate a más tardar dentro de ocho días, o quizá incluso antes —para saber del paradero del paquete—, de si ya me han enviado allí o no; en caso de que siga aquí, quizá sea posible una visita urgente).
>
> ¿Acaso han transportado también al tío Ludw. en el último transporte de evacuación?
>
> Por lo que he oído, en Wuhlheide retienen sobre todo a extranjeros que han huido del trabajo. Los «educan» durante unas semanas y luego los envían de nuevo a sus lugares de trabajo.

> Parece que las condiciones higiénicas son buenas, peores condiciones que aquí no sería posible.

Ahora un salto al presente. Es el 30 de diciembre de 2011, justo antes del final de año. No hay nieve sino hielo, hasta veinte grados bajo cero. Quiero recorrer en el tren urbano el mismo trayecto que recorrió Hilde Benjamin hace casi setenta años para ver a su marido. Su destino era Wuhlheide. Llevo en mi mochila su minuciosa descripción del lugar. En la estación se encontró varias veces furtivamente con Georg, que trabajaba allí en las vías. Llevo también conmigo el dibujo original a lápiz que Hilde Benjamin garabateara hace décadas sobre una hoja de papel arrancada. Lo dibujó mientras inspeccionaba las inmediaciones de la estación. Todo ello viene del armario de Uschi Benjamin en el que se conserva su legado.

Desde Potsdam, pasando por Ostkreuz, hay que cambiar a la línea 3 para llegar a Wuhlheide pasando por Rummelsburg y Karlshorst. Me espera una hora de viaje. Estoy en el andén de la estación principal del tren urbano de Potsdam junto con otros pasajeros tiritando de frío. A mi derecha un tren que espera, y a mi izquierda el panel electrónico anuncia la llegada y la partida de un tren dentro de dos minutos. Ambos van en mi dirección. Los paneles que cuelgan del techo de la estación anuncian la partida del tren a mi derecha dentro de doce minutos. Ante mí un grupo de gente desorientada. Hablan en ruso. No saben qué tren coger.

Tres mujeres, con maletas pesadas. Una posa su equipaje. Duda si dirigirse a alguien y finalmente se encuentra justo delante de mí. Entiendo inmediatamente una palabra, que pronuncia con al menos tres erres: «¿Berrrlin?». Como al pronunciar esa palabra alza la voz, entiendo que es una pregunta, y asiento y señalo el panel que hace un momento indicaba dos minutos de espera, y que de repente anuncia el paso de un tren. Los vagones atraviesan la estación tableteando, sin detenerse. El panel electrónico se mueve de nuevo. Anuncia de nuevo la llegada de la línea 7, que va hacia Ahrensfelde pasando por Zoologischer Garten, Hauptbahnhof y Ostbahnhof. Entre tanto, el horario de partida ha cambiado: en este andén, donde hace un momento indicaba dos minutos, señala ahora doce minutos. En cambio, en el otro andén, la partida del tren en la misma dirección está indicada dentro de dos minutos. Los trenes urbanos entre Berlín y Potsdam están siempre llenos de sorpresas. Saber algo de ruso hubiera sido de ayuda

para poder informar a las señoras cargadas de equipajes. Hilde Benjamin hablaba ruso perfectamente. Haciendo gestos con las manos dirijo a las tres señoras hacia el tren que hace un momento era el equivocado y que ahora es el tren correcto. Justo a tiempo: «Atención, se cierran las puertas. Tengan cuidado con la salida del tren».

Durante mi viaje en el tren urbano hacia el pasado berlinés de Hilde Benjamin siento como si ella estuviese conmigo. ¿Le habría sorprendido escuchar junto a mi asiento en la ventanilla una animada conversación en ruso? En Potsdam, como también en Berlín, hay una nutrida colonia rusa. Llego a Wuhlheide y desciendo del tren, como hiciera entonces Hilde, que hace mucho tiempo estuvo en este mismo andén. Intentaba localizar a Georg y establecer contacto con él. Esperaba encontrarle en las obras de la ferrovía, justo enfrente del andén. Se lo había susurrado una llamada anónima. Me siento en un banco y miro en la dirección que su croquis indica como la zona donde trabajaba Georg. A diferencia de entonces, hoy solo se aprecian vías ordenadas ante una espesa maleza de árboles y arbustos. Hilde Benjamin anotó la fecha exacta del día en que le vio. Era el 13 de junio de 1942. Su marido estaba en un vagón de carga lleno de arena y llevaba «una especie de traje militar azul». Escribe: «Después de estar un rato sentada en el andén y de observar la situación […] nos vimos casi en el mismo instante». Él hizo una señal con el brazo y dijo «por allí […], y fui en esa dirección».

Describió con gran precisión lo que ocurrió a continuación: «En paralelo al andén y a las vías de pasajeros, separado solo por la vía de trenes de larga distancia, había una vía de maniobras para trenes de mercancías. Detrás se extendían montañas de arena con distintos carriles para trenes de vagonetas. Estas se llenaban de arena y se las volcaba en vagones de mercancías en la vía de maniobras. Viniendo desde la estación, había que pasar un puente que atravesaba la estación, a cada uno de sus lados había una caseta de vigilancia con un guarda. El puente continuaba, al principio aún elevado, por una calle que se adentraba en el bosque. Por debajo, en un terreno baldío, estaba la caseta de obras. Más allá del terreno yermo, bastante amplio, comenzaba un bosquecillo».

Hilde Benjamin descendió el repecho, rodeó la caseta de obras, donde suponía que estaría el personal de vigilancia, y atravesó el bosquecillo de modo que salió de nuevo a la altura del andén y las obras. Georg se había puesto también en movimiento, y ambos se dirigieron «hacia un montón de

traviesas de ferrocarril que no permitían que nos vieran desde la obra. Antes de nada me dio una nota y me dijo: toma esto». Y continúa: «Anota siempre lo que te diga. ¿Tienes algo de comer?». Lo escondió en algún lugar de su cuerpo y dijo: «Vuelve la semana que viene, y se fue». Entonces pudo leer con calma el mensaje que le había dado Georg: «Algunas breves informaciones, en caso de que el intento salga bien. La situación aquí es mala. Psicológicamente no me afecta casi nada, aunque la falta de compañeros resulta difícil. En muchos sentidos la situación es parecida a lo que se sabe del campo de concentración. Físicamente requiere toda mi energía. No tanto por el trabajo, sino por la falta de sueño y de comida. En la medida en que está en mi mano, naturalmente aguanto».

Señaló que en principio era «posible entregar paquetes de alimentos a través de la Jefatura de Policía en Alexanderplatz». Pero no estaba del todo claro si los recibiría en Wuhlheide: «En la medida en que podáis prescindir de ellos, alimentos concentrados: dulces, azúcar, grasa, huevos o similares. También tabaco, pero no por Alexanderplatz, porque no está permitido. Hacer como hoy, quizá una vez a la semana, por supuesto con la mayor precaución. Además quizá diez marcos en billetes pequeños. Horario de trabajo: de lunes a viernes de siete a cuatro y media, ¡quizá puedas seguirme en el camino de vuelta sin hacerte notar!

»Subir al primer vagón y buscarme. Si levanto la mano derecha, la situación es buena. Si levanto la izquierda, se puede intentar. Si tengo la mano en el bolsillo, la situación no es propicia. La pausa de mediodía es de doce a doce y media, pero también puede ser antes o después. En caso de que no hubiera tiempo para hablar o fuera muy breve, lleva una carta contigo. Es difícil de conservar, por lo que no escribas mucho. Puedes traer también p. ej. bocadillos. Trae también un cuchillo de bolsillo de hoja no muy pequeña para el pan.

»Solo somos dos judíos, más tres medio judíos, por eso hay pocas medidas específicas contra los judíos».

Hilde logró encontrarse con Georg en Wuhlheide una vez a la semana. Más adelante, acordando una cita, se vieron incluso con más frecuencia. En una ocasión también su hermana y una camarada lograron llevarle comida.

La información que Georg había obtenido cuando estaba recluido en Alexanderplatz sobre el campo de concentración de Wuhlheide era correcta. El campo había sido construido como «campo de reeducación» para trabajadores extranjeros «insubordinados», a los que destinaban allí durante

algunas semanas para «educarlos». Cabe hacerse una idea de lo que esperaba allí a los trabajadores forzados. El campo era jurisdicción de las SS , pero lo vigilaba la policía. Los presos trabajaban en las vías del ferrocarril del *Reich* , contractualmente asignadas a empresas constructoras de Berlín. Se los alojaba en barracones en el distrito berlinés de Lichtenberg. Hace tiempo que los barracones fueron demolidos, el lugar en el que estaban es hoy parte del parque zoológico.

Mensaje del 20 de julio de 1942: «El 18 de julio recibí una orden de prisión preventiva, por lo que puede que salga de aquí en ocho o diez días. Probablemente hacia Sachsenhausen, pasando por Alexanderplatz. Por tanto, si no me ves más, intenta alguna visita a Alexanderplatz. No derramo ni una lágrima por el cambio. El guarda que está entre el bar y el puente, después de haber atravesado el puente, acepta cosas para baby papa. De modo que puedes darle algunos paquetitos o una carta con dirección para baby papa. Como pago puedes darle mermelada o algo graso, pero tendrás que negociar. Hay dos hombres que se turnan, ambos son buenos. Por dos días he tenido cierta abundancia. Ha sido una gran ayuda. El holandés que quizá venga solo tiene encargo de entregar y relatar. Por lo demás, quisiera jabón y periódicos recientes, pero solo las hojas principales».

«No es seguro que venga Franz —un pequeño alemán—, como estaba previsto. Pese a que el trabajo no es muy difícil, para mí resulta físicamente agotador».

Mensaje del 26 de julio de 1942: Queridísima esposa: Espero que las cosas sigan funcionando de modo tan directo. Por el momento la otra posibilidad es bastante insegura. Apenas puedes hacerte una idea de lo que me ayudan las cosas que me envías. No sé si podría aguantar físicamente sin ellas. Una vez más, todo estaba fabuloso. De momento no necesito más dinero, pero sí cigarrillos. Tampoco necesito más cartas por ahora. Cuento con que es probable que esta semana me trasladen a Alexanderplatz y luego al campo de concentración. Espero que consigamos que nos concedan aún una visita en Alexanderplatz. Podrá encontrarse alguna razón de urgencia. En cualquier caso, de momento, espero que me entregues algo de nuevo el jueves.

> Si no llego enseguida, no pierdas de vista el sendero. Vendré por las vías. Es posible que necesite un tiempo hasta que pueda alejarme. Me vendría bien una pequeña botella de aguardiente para alguien a quien debo un favor.

Hilde anotó cómo el carácter de los encuentros se transformaba cada vez más: «Georg estaba más desenvuelto y tranquilo, casi podría decir jovial». Tenía también la sensación de que comenzaba a ser algo más imprudente, de modo que fue ella la que le exhortó a que tuviera cuidado. Ante todo, no había que llamar la atención, pero eso no era nada fácil en un andén que apenas se utilizaba y por el que cada vez circulaban menos trenes urbanos. Además el camino exigía pasar regularmente ante los guardianes del puente. Por eso cada vez se ponía algo distinto: «con sombrero azul, sin sombrero, con sombrero blanco, con un pañuelo en la cabeza». Se veían casi regularmente dos veces por semana, y por lo que parece el camuflaje funcionó. En una ocasión se arriesgó a preguntar directamente a uno de los guardas del puente, y este le dijo que no la había visto nunca antes.

En una ocasión fue con Mischa, y fue especialmente precavida. Habían estado toda la tarde cerca de la cantera. Desde un tenderete observaron cómo se alejaba el grupo de trabajadores y Georg, que estaba en la fila del fondo, pasó justo por delante de ellos. El chico vio a su padre y pensó: «Parece muy distinto del resto, mucho más sano». Los demás se arrastraban, escuálidos y con pies descalzos, y llevaban a un compañero que se había desmayado. ¿Llegó a producirse un encuentro directo? Hilde creía que no, al contrario que Mischa, que recordaba perfectamente haber hablado con su padre.

Mensaje del 30 de julio de 1942: «Tengo ganas de ver si mañana la cosa funciona, después de que la situación se haya puesto algo delicada —por supuesto no por mi culpa—. Por otra parte quizá sea la última ocasión, ya que es muy probable que el viernes por la mañana me trasladen a Alexanderplatz, y quizá ya el sábado por la mañana a Sachsenhausen. ¿Podrías ver si estoy el viernes por la mañana y, si no fuera así, intentar visitarme allí a mediodía?

»El martes hubo un cambio de personal, de modo que no sé si podremos seguir teniendo contacto directo. El guarda del puente podría enviar un par de pequeños paquetes por el medidor a través del jefe de turno. ¡A pesar de irme al campo de concentración me alegro de irme de aquí! ¡Así que puedes imaginarte cómo son aquí las cosas!».

Por lo que puedo deducir del diario, Hilde y Georg se vieron aún el 6, el 8 y el 19 de agosto. «Todas las veces que Georg vino hacia el repecho me hizo señas de quedarme en el bosque y se acercó». Al parecer había un nuevo encargado. Ella sacó la ensalada de patatas, las albóndigas y el

pudding de cerezas, y estaban contentos, pese a que él le contó que el día anterior se habían producido escenas terribles. Habían acusado a los judíos de traficar con cigarrillos. Hablaron de nuevo sobre la guerra. Él contaba con que el fascismo acabaría en uno o dos años, y preguntó preocupado si podría seguir llevándole tanta comida; gracias a la alimentación adicional se sentía de nuevo bien y en condiciones. Y acordaron verse el miércoles siguiente. Pero el siguiente miércoles ella le esperó en vano.

Fue a la Jefatura Superior de Policía para averiguar el paradero de Georg. Hilde anotó la conversación nada más regresar: «Su marido ha sido enviado a un campo de reeducación. —¿Y dónde está ahora? En mi última visita me ha dicho que le iban a transferir a Wuhlheide. —Sí, es correcto. Ha sido destinado a un comando de trabajo, pero… desde… El administrativo se interrumpió. Yo: ¿Está aún allí? ¿Puedo verle en algún sitio? Le dije que tenía que poder escribirle, al menos por la escuela del chico. —No es posible. —¿Dónde está ahora? —No se lo puedo decir. —¿Le están transportando? —Sí. —¿Puedo volver? —Sí, en unos catorce días».

Hubo que esperar hasta comienzos de septiembre, y entonces tuvo la certeza: Georg Benjamin había muerto. Recibió una carta militar de las SS enviada desde Mauthausen. La comandancia de Mauthausen comunicaba: «El judío Georg Benjamin ha fallecido el 26 de agosto. Causa de la muerte: suicidio por contacto con la línea de alta tensión».

En el registro de los fallecidos en Mauthausen se ha anotado la causa de la muerte: «suicidio por corriente de alta intensidad». Día y hora del deceso: «26 de agosto de 1942, 1:30 horas», en plena noche. Recibió también por correo el certificado de defunción, la gorra, seis pañuelos y una toalla.

Verano de 1942: la vida cotidiana en un país y un entorno lleno de trampas, que en cualquier momento podían llevar a un callejón sin salida con desenlace mortal. Hilde Benjamin vivía siguiendo una brújula interna que había ajustado su marido Georg. Siguió visitando a sus amigos judíos. No quería dejarse amedrentar. Siguió del lado de aquellos cuyo único «delito» era ser judíos.

La «solución final de la cuestión judía» había sido acordada en la conferencia de Wannsee en 1941 por los grises funcionarios, lacayos de la «raza dominante», bajo la dirección del *Obersturmbannführer* de las SS Reinhard Heydrich. Desde entonces los judíos tenían que llevar la estrella amarilla. Edith Fürst, que aún dirigía el hospicio para niños judíos en la Auguststraße, se había casado en la cárcel con el preso judío Emanuel

Bruck. Ella también recibió la noticia de que su marido había «fallecido» en el campo de concentración.

A finales de 1942 los empleados de la comunidad judía de Berlín fueron convocados a la Oranienburgerstraße. La Gestapo seleccionó a los que debían prepararse para ser transportados en los días sucesivos. Entre ellos estaba también Edith Fürst. Sus amigos le aconsejaron esconderse. Fue Hilde quien le procuró víveres. La puso en contacto con Harald Poelchau, pastor en la cárcel y miembro activo en la resistencia contra el nazismo, que la empleó como asistenta doméstica. Edith pasó a llamarse ahora Gertrud Heß. Hilde, que estaba bajo vigilancia de la Gestapo por ser comunista, mantuvo secretamente el contacto con ella y con otros amigos judíos. Escondió las cartas de Edith, sus anotaciones y sus fotos en el sótano de la casa de sus padres en Steglitz. Solo a finales de 1942 identificó la Gestapo a Edith Heß/Bruck/Fürst. Su hermana Rosa había logrado abandonar Alemania a tiempo. Edith fue enviada al campo de concentración para mujeres de Ravensbrück y sobrevivió.

En 1943 Hilde consiguió una nueva identidad para Gertrud Kolmar, la prima de Walter, Georg y Dora Benjamin. Con todo, no pudo evitar que Gertrud fuera obligada a realizar trabajos forzados en una fábrica. Hilde recordaba a la poetisa Gertrud Kolmar con cariño y admiración: «Al mismo tiempo gran serenidad y una inquietud interna. Oscura, pero no lúgubre. Tras un muro de modestia y singularidad. Rodeada de colores oscuros y cálidos. Áspera, pero de una amargura suave. Desapasionada, pero nunca fría». Gertrud Kolmar entregó a Hilde el manuscrito de un libro de poemas.

En algún momento la Gestapo descubrió su pista. Acabó en Auschwitz. Entre su legado se encuentra también el siguiente poema: La abandonada Te equivocas. ¿Crees que estás lejos y que yo, sedienta, ya no te puedo encontrar?

> Te toqué con mis ojos, Con estos ojos oscuros, cada uno una estrella.
>
> Te arrastro bajo este párpado Y lo cierro y tú te quedas ahí dentro, atrapado.
> Cómo quieres salir de mis pensamientos, Las redes del cazador al que ningún salvaje escapó.

> No me dejas caer más de tu mano Como un ramo de flores marchito, Que cae a la calle, frente a la casa Pisoteado y ensuciado por todos.
>
> Te he querido. Tanto.
> He llorado tanto… con ardientes ruegos…
> Y te quiero aún más porque he sufrido por ti, cuando tu pluma ya no escribió cartas, ninguna para mí.
>
> Te llamé amigo, señor y vigilante del faro En la estrecha superficie insular Jardinero de mi jardín de frutas, Había miles más sabios, pero ninguno más justo.
>
> Apenas percibí que el puerto me quebró, El puerto que sostenía mi juventud — y pequeños soles, Y que esta goteaba, absorbida por la arena.
> Me alcé y te seguí con la mirada.
>
> Tu paso permaneció en mis días Como un aroma perdura en un vestido, Que no conoce, con el que no cuenta, que solo recibe Para seguir llevándolo siempre.

La vida cotidiana de Hilde, antes y después de Georg, estuvo marcada por la preocupación por las personas a las que quería. Muchas de ellas llevaban la estrella amarilla, que ella —la «india»— no tenía que llevar. Poco antes del comienzo de la guerra, en 1939, anotó en su diario: «Ayer en Rahnsdorf nos topamos con el cartel: los judíos no son bienvenidos. Mischa preguntó qué quería decir. Como no estábamos solos, le dije que se lo explicaría en casa. Durante el baño volvió sobre el tema. Entonces hablamos largo y tendido. Sabía algunas cosas, por ejemplo la distinción entre judíos y arios. ‘¿Hitler tampoco puede soportarte a ti?’, y luego: ‘¿Por qué no vamos enseguida a ver a Georg?’. Hacía tiempo que Mischa había descubierto qué había detrás del supuesto viaje de su padre a Sudamérica. Habla de una conversación con otros niños. Les ha dicho que Georg estaba ‘en el campo’». Hilde: «Puedes decirles lo que sabes, que está en Sudamérica». Él: «¿O debería decirles que es judío?».

A finales de 1940 visitaban a menudo a los Rosenberg, que eran parientes de la familia Benjamin. «La visita a casa de estas personas inteligentes y bondadosas era muy agradable para los dos». Mischa se iba siempre enseguida a la acogedora biblioteca y leía todo cuanto caía en sus manos. Y los Rosenberg también eran importantes para Hilde. Le ayudaron a superar los primeros años terribles después de la detención de Georg. La familia se quitó la vida en 1943, antes de ser transportada al campo.

Mischa advertía cada vez más claramente que no pertenecía al mundo que lo circundaba, que sus compañeros de clase lo excluían. Hilde ofrecía respuestas a sus preguntas que él a menudo consideraba insuficientes. Un nuevo profesor había preguntado qué padres habían servido en la guerra como soldados o cuáles habían participado en la guerra precedente. Mischa pidió la palabra y contó que su padre había sido herido dos veces y que tenía la Cruz de Hierro.

Hilde no logró cambiar a su hijo al Liceo francés, que tenía la reputación de ser más tolerante con los «mestizos». En 1942 se le denegó el ingreso en la escuela secundaria. Su amigo Werner Wüste recuerda con admiración que ya en 1948, con solo dieciséis años, Mischa «pasó brillantemente el examen final de bachillerato. Así de buenas habían sido las clases de Hilde».

Con la prohibición de ir a la escuela llegaron también las noches de bombardeos. El 20 de julio de 1944, el atentado infructuoso contra Hitler, la derrota del ejército alemán en Stalingrado: comenzó la fase final de la guerra. En los últimos meses de guerra se produjeron más muertes y los bombardeos destruyeron más ciudades que en los años precedentes.

En 1942 el padre de Hilde había comprado un terreno para su hija en Brieselang, un pueblo más allá de Finkenkrug en el Havelland. Allí no sonaban las alarmas antiaéreas que en Berlín estaban a la orden del día. Hilde Benjamin —que para proteger a Mischa había vuelto a llamarse Hilde Lange— montó allí una tienda de campaña en los meses de verano. Cultivaban el jardín y con la hermana Ruth y su compañero construyeron un cenador. Allí conservó Hilde las cartas de Georg, las poesías de Gertrud y las fotos y anotaciones de Edith Fürst. Para Mischa, Hilde era como un faro que le guiaba. Muchos de sus testimonios manifiestan el profundo agradecimiento a su madre, que nunca pensó en rendirse.

Cuando en los años cincuenta Hilde Benjamin fue a Mauthausen con una delegación oficial de la RDA , el lugar estaba aún en condiciones similares a

las que en 1945 se habían encontrado los americanos al liberar el campo. Habían enterrado los cadáveres que habían encontrado en el campo. Las cámaras de gas habían seguido funcionando hasta los últimos días antes de la liberación. Hilde tuvo casi la impresión de que todo hubiera estado sucediendo hasta la víspera.

Aunque solo he podido encontrarme con Georg en sus cartas y en los recuerdos escritos por Hilde, tengo una sensación de cercanía. ¿Cómo tuvo que sentirse ella durante su visita con la delegación cuando recorrió la calle del campo? ¿Recordó su mirada amable, la frente alta, la nariz estrecha, su humanidad alegre y llena de vida, en definitiva, su imagen, cercanísima?

Quizá pensara en la carta de un amigo muy cercano a Georg y compañero de cautiverio en la prisión de Brandemburgo, que Hilde había recibido en algún momento hacia finales de 1944. Le escribió Ernst Wüste, que fue liberado en 1945: «Hace poco, cuando después de largos años volví a pasear por el gran patio y me encontré aquí y allá con alguna cara conocida, me vino un doloroso recuerdo de Georg. ¿Qué ve mi ojo externo? Paredes de ladrillo rojo, ventanas con rejas, una pequeña huerta enmarcada en un cuadrado por una tira de césped de un metro de longitud, y el luminoso sendero blanco pavimentado con piedra calcárea de corte irregular. Como si en las cosas hubiera quedado encerrado un pedazo de la vida de mi buen compañero: así de extraña fue mi sensación. Ah, Hilde, casi me avergonzaba de poder caminar aún por aquí. No, no, Georg, la huella de tu paso por el mundo no se desvanecerá jamás, y juro hacer cuanto esté en mi mano para que nadie la sepulte. Qué profunda ha de ser la huella que tu presencia dejó en el corazón de tu estirpe».

La amistad entre los padres dejó paso a la amistad entre los hijos Werner Wüste y Mischa Benjamin. Cuando Michael Benjamin murió repentinamente tras una operación en el hospital Charité de Berlín, el 7 de agosto de 2000, fue el hijo de Ernst Wüste quien habló en el entierro, haciendo sentir en cada palabra lo que significaba la pérdida de su gran amigo. Y también tuvo en cuenta a «las madres, que cargaron con todos los lastres. Ellas fueron las que mediaron entre los padres y nosotros». En este último trayecto, el cementerio estaba lleno de personas que querían darle su último adiós.

La guerra terminó, y pudieron salir del refugio antiaéreo en el que Walter y Adele Lange, junto con su nieto Michael y sus dos hijas Ruth y Hilde, habían sobrevivido a las semanas de bombardeo sobre Berlín y a la batalla

casa por casa. Era el 22 de abril de 1945, y para Hilde una cosa estaba clara: había que dar por fin un sentido a la muerte de Georg e implicarse con todas sus fuerzas en la construcción de un Estado antifascista de trabajadores y campesinos.

* La fórmula original alemana para el «Bienvenidos a Mauthausen» es *Grüß Gott* , un saludo típico de las zonas católicas de habla alemana. [*N. del T* .]

Capítulo 8

PADRE E HIJO

Hilde Benjamin recibió una treintena de cartas desde la prisión de Brandemburgo. Las cartas también contienen rimas y poemas misteriosos y divertidos para su hijo Mischa, escritos con ocasión de cumpleaños o celebraciones. En cada renglón de sus cartas puede apreciarse cómo Georg intenta convertir la distancia de su hijo en cercanía. Cada palabra es como una caricia cargada de afecto. Y puede reconocerse también el esfuerzo de Georg —que acaba de cumplir cuarenta años— por hacer frente a la pesadilla que estaba viviendo sin mostrarse débil. Debe haberle resultado muy difícil no poder ofrecer protección a sus seres más queridos. Toda la responsabilidad recaía sobre Hilde Benjamin.

En algunas de sus cartas, ya el mismo encabezamiento «querida esposa» puede leerse como una señal de su desesperación íntima, que él intenta ocultar con una prosa especialmente sobria. Aun teniendo en cuenta que la izquierda contaba entre sus filas con un gran número de mujeres políticamente conscientes, desde Rosa Luxemburgo hasta Clara Zetkin, el machismo no estaba aquí menos presente que en la derecha burguesa. En los más de cuarenta años de existencia de la RDA hubo solo dos ministras: Hilde Benjamin y Margot Honecker. Y pese a todas las leyes progresistas que garantizaban la igualdad de derechos, llama la atención que muy pocas mujeres alcanzaran posiciones directivas. Aún hoy, en la Alemania hace ya tiempo reunificada, el debate continúa, y solo terminará cuando los obstáculos psicológicos, culturales y económicos hayan sido por fin superados.

En sus cartas y declaraciones, la actitud de Georg no se corresponde con el modelo de masculinidad de su época. Hilde Benjamin se ha referido siempre a su capacidad de escuchar, de hacer valer los argumentos y a su buena disposición para cambiar de perspectiva. A ella hay que agradecerle que sus cartas se hayan conservado. Para poder dar a Mischa una imagen de su padre apenas aprendiera a leer, transcribió todas las cartas de Georg —que escribía en la vieja caligrafía en cursiva alemana— en letras de imprenta, para que Mischa pudiera leerlas. Aún retrospectivamente, cuando preparaba su biografía —que publicaría como libro—, encontró palabras de admiración para «su equilibrio interno y su serenidad, junto con su valor personal», que se revela en sus cartas. Había sido «reservado y parco en la expresión de sus sentimientos», pero lleno de «un profundo amor y de una tímida ternura para con los más cercanos». Sus amigos han dejado testimonios similares: describen a Georg como alguien honrado, abierto y equilibrado. Pese a su talento y a su gran cultura era lo contrario de un intelectual, y más bien se inclinaba a transformar las relaciones sociales. Comprensivo, atento y humilde, ayudaba donde podía, lo que llevó a que en Wedding le apodaran «san Jorge».

Hilde recordaba que un recluso podía escribir una carta cada dos meses. Cuatro páginas en papel de cartas rayado, pero un tercio de la primera página lo ocupaba el «reglamento» que regía la correspondencia y al que los prisioneros debían atenerse. A partir de 1942 ya solo se permitiría una hoja. Las respuestas debían tener la misma extensión. Como no había copia de sus cartas, Hilde no pudo presentar en su biografía una correspondencia completa. Pero a partir de sus recuerdos y de anotaciones de diario o sobre su hijo Mischa, logró encontrar puntos de contacto con las de Georg, de modo que podía reconocerse el contenido de sus cartas y más tarde de las de Georg. Eso revela hasta qué punto se apoyaron Hilde y Georg Benjamin en una situación que los dos sabían desesperada, y con todo acompañada por la esperanza de que las cosas pudieran salir de otro modo.

Para Georg las cartas de Hilde son el último contacto con la vida al otro lado de los muros de la prisión. De ahí su descripción minuciosa de cada fase del desarrollo de Mischa, de cada una de sus palabras y cada uno de sus cambios. «Las visitas y las cartas eran muy importantes para Georg Benjamin», escribe sobre su marido. Hilde escribe que la relación de Georg Benjamin con su hijo «era indescriptible en todo su amor y toda su ternura». Cuando su padre fue arrestado, Mischa tenía tres años. Estaba

muy unido a él, «ya que el padre, por entonces desempleado, se hacía cargo del cuidado de los niños en el hospicio de la camarada Edith Fürst, y le veía más que a mí». De modo que echaba de menos al padre de forma muy consciente. Cuando le explicaba que se había ido, me respondía: «Pero podría telefonear de vez en cuando, solo quisiera oírle reír alguna vez». El padre tenía el mismo anhelo. Hilde debía llevar consigo una foto en cada visita.

Hablaban constantemente sobre Mischa, también sobre su educación. En una de sus primeras cartas desde prisión, Georg se refería a los «malos modos» de Mischa en la guardería y a cómo afrontarlos. Nada era para él más importante que ocuparse del pequeño Mischa —que aún no había cumplido cuatro años— e intentar formular diagnósticos a distancia. Y eso revela también hasta qué punto Georg podía situarse en la mentalidad de un niño.

Cuando leo la carta, me recuerda enseguida a mi hijo y a cómo le asustaba algún niño peleón en la guardería. En el recreo había estallado alguna que otra pelea. Y en el caso de Mischa su madre había dado a entender más o menos claramente que él estaba entre los bravucones. A partir de un comentario que Hilde debía de hacer en su carta, Georg le aconseja que hable siempre con los niños sobre golpes y peleas. Si bien tampoco excluía que «pegar» —aunque solo fuera que los niños pegaran a sus muñecos— pudiera ser también un instinto primario. Y en una época en la que, en la educación y las escuelas, los azotes y los palos estaban a la orden del día, Georg estaba convencido de que había que oponerse al disparate de utilizar la violencia física como medida pedagógica, o incluso simplemente como un arrebato, contra niños tan pequeños.

Cuando comenzó a cumplir su pena en la prisión de Brandemburgo, Georg Benjamin expresó a Hilde dos deseos cuyo cumplimiento podría mejorar su situación: que trajera en cada visita una foto de Mischa y que llevara un diario. En ese sentido el modelo eran las cartas de Hilde a la hermana de Georg, su amiga Dora, que al igual que Walter había abandonado Alemania en 1933 y a la que informaba regularmente sobre su vida en Berlín y sobre el destino de Georg. Hilde anotaba todo concienzudamente, como Georg esperaba, y se lo transmitía. De este modo pudo estar al corriente de su hijo y conocer cada detalle de su crecimiento. En su cuarto cumpleaños, en diciembre de 1936, Georg escribe unos versos ilustrativos para un libro de dibujos: «Nos vamos al zoo». Como escribe a

Hilde, allí se refiere casi exclusivamente a los animales que Mischa tenía entre sus figuras de madera.

He aquí algo fascinante:
aquí saltan los monos.
Uno te hace una mueca,
otro alarga el brazo:
quiere el azucarillo Ahora
están arriba ahora están
abajo dan vueltas y
alborotan, siempre alegres
y graciosos los monos en
el zoo.

Ya en la prisión preventiva, Georg había escrito versos para un libro de dibujos sobre animales y sobre la vida en la selva. Hilde tenía la tarea de recortar las imágenes de los paquetes de cigarrillos o de dibujarlas ella misma, de pasar el texto a una bonita caligrafía y encuadernarlo. Por desgracia, estos libros no se han conservado.

En Pentecostés, Mischa quiere enviar a su padre una tarjeta que él mismo ha pintado. En ella pueden verse unas flores que Hilde ha delineado siguiendo sus instrucciones y que él ha coloreado. Y dice: «¡Quizá Georg me mande también unas flores de su jardín! O, bueno, del hospital donde trabaja». Poco a poco Hilde recuerda que tres semanas antes, ante las preguntas de Mischa, le había dicho que Georg trabajaba en un gran hospital con muchos enfermos. Como no volvió a decir nada al respecto, Hilde preguntó a Edith Fürst, que recordaba que Mischa había contado lo mismo. Una y otra vez se enfrenta a la pregunta de cuándo podrá contar la verdad a Mischa. Por el momento no consigue llegar a una conclusión clara. De modo que se limita a contar a Georg lo que Mischa dice, piensa y cómo va creciendo de la forma más gráfica posible, y a mantener la esperanza de que en algún momento habrá una salida. Entre tanto, Georg está tras los muros de la prisión de Brandemburgo e intenta disimular su aislamiento fabulando historias fantasiosas que comparte con Mischa. Por lo demás, las cartas son el único modo en que puede ayudar a su mujer y a su hijo a resistir ahí fuera. Han de poner de manifiesto que es lo suficientemente

fuerte como para superar esta prueba inhumana. De ahí el arsenal de historias excitantes, poemas en verso para libros de dibujos, poemas de animales, pronto también adivinanzas y, cuando Hilde enseñe a Mischa a jugar al ajedrez, le planteará también ejercicios. Estos son los regalos para su hijo, de los que dispone en abundancia. Mischa —como cuenta Hilde, no sin orgullo— es un muchacho inteligente, que aprende a leer muy pronto, con solo cinco años. A eso se refiere esta carta de febrero de 1939: ¡Mi querido maestro Mischa!

> Pronto podré escribir «querido colegial», y entonces podrás escribirme tú también con tinta. Tu dibujo por navidad me ha hecho mucha ilusión. Lo que no me gusta es que a veces sigas tirándote al suelo: ¡los chicos mayores ya no hacen eso! ¿De modo que no volverá a ocurrir tampoco en tu caso? ¿Viajas a veces alrededor del globo? Entonces prueba a ir alguna vez de Hamburgo a Shanghái, en China; primero en barco: ¿qué mares atravesarías?, luego en tren: ¿por qué países pasarías? Y para acabar una adivinanza: La tiene el pájaro, y también el reloj * .
>
> No solo la coges para escribir.
> Ve rápidamente a tus juguetes, la verás en la locomotora.
>
> Con saludos y un gran beso Tu Georg.

A raíz de esta carta va surgiendo un juego de viajes llamado «visita a Georg». Mischa juega un doble papel en él: es Georg y él mismo. El niño visita a su padre en barco. Como regalo de navidad y por su cumpleaños el 27 de diciembre de 1938, recibe un mapamundi y un libro infantil titulado *Thomas escribe desde México* .

Todo eso está recogido en el diario, para que ningún minuto con Mischa caiga en el olvido, para que Georg pueda sentirse cerca de su hijo y su hijo cerca de Georg. Hilde, que cuando juegan a los indios es el «amigo blanco», habrá estado en más de una ocasión a punto de perder la compostura. ¿Quién puede soportar algo así sin verse afectado por la nostalgia del hijo? ¿Cómo mantener bajo control la propia nostalgia durante el juego? ¿Cómo se vive cuando se desvanece la esperanza de una salida del túnel? Resistir, seguir adelante. Leer sus cartas y sentir cómo resuena en ellas el eco de la última visita: «Y luego las fotos, que he podido contemplar ahora con calma. Son realmente muy hermosas». A continuación un cumplido para la

fotógrafa: «Me parece que la foto en que aparece sentado en la arena está al nivel de las demás: muy nítida —claramente más nítida que las otras, probablemente la distancia y la luz estaban muy bien reguladas— y sobre todo llena de expresividad. Por lo demás, solo desearía una cosa: que escribas no solo sobre el chico, sino también sobre ti».

Al final de esta carta de otoño de 1936, Georg se refiere a la observación de Hilde de que Mischa es muy tímido, y recuerda que ya de niño él mismo también había sido «muy tímido, incluso hasta después de entrar en edad escolar». A continuación, afronta de nuevo la cuestión de si será buena idea hacer que Mischa se acuerde de él, de su padre, a través de sus regalos y sus cartas. «En la carta anterior ya escribí que por el mero paso del tiempo su recuerdo de mí en parte perderá vivacidad, en parte adoptará un carácter irreal, de 'fábula', lo cual por lo pronto estaría bien».

Para cuando Mischa comienza a ir a la escuela, Georg ha intercambiado más de una docena de cartas con él. Para perplejidad de su padre, puede escribir y describir cada vez mejor. Georg está «asombrado» de la velocidad con la que Mischa aprende, y manifiesta una y otra vez su sorpresa por la propiedad y la concisión con la que se expresa.

El 24 de abril de 1939 Hilde Benjamin anota en su diario: «Se despierta radiante: hoy he soñado que Georg había vuelto. No había cambiado nada». A continuación escribe: «Cada vez que oigo la palabra 'encerrar' pienso en Georg». Y en su diario de 1939 encuentro la siguiente entrada: «Cuando en una ocasión dije que, en lo más hondo de nuestro corazón, los dos sabíamos que éramos el uno para el otro, él me ha corregido: '¡los tres!'».

De carta en carta y de año en año, el diálogo escrito se va haciendo cada vez más rico. Y eso no se aplica solo a la pareja. Conforme Mischa se va haciendo más capaz de entender las cosas, más agradece Georg sus observaciones. Pero también se acerca el momento en el que será posible explicar al hijo la verdadera situación del padre. Eso se deduce de una carta de marzo de 1940, en la que Georg celebra la «independencia» del muchacho: «Ya puedes dejarle viajar solo en el tranvía». No tiene nada que criticar del modo en el que Hilde ha vivido con él y le ha educado, «pues hasta ahora has superado muy bien todas las dificultades, grandes y pequeñas». También está orgulloso de Mischa: «Escribe casi sin faltas y con un estilo impecable, y, por lo que se refiere al contenido […], es cada vez más rico». A continuación, el consejo médico: «Para el cambio de dientes: esperar a la terapia. Las primeras muelas definitivas ya están ahí; salen

antes del cambio de dientes, seis en cada lado de la mandíbula». Finalmente una alusión pensativa: «De cara a que el muchacho pueda comprender mi situación quisiera hacerte una propuesta en tu próxima visita». Y luego el padre ambicioso, en caso de que el estímulo escolar no sea suficiente: «Si no, en materias que no se solapen con lo que vean en la escuela —geografía, ciencias naturales o ajedrez—, podrías darle una hora de clase. Está en una edad ideal para aprender». La carta se cierra con un par de líneas para Mischa: ¡Mi querido apasionado de las raquetas de nieve!

> Casi nunca en Berlín ha habido tanta nieve y tanto hielo como este año. ¡De modo que has podido aprender a andar con las raquetas y a patinar! Pronto te darán las notas. Escríbeme tus calificaciones. ¿Estáis yendo a la escuela o está cerrada por el frío? ¿Y podrás volver a ir pronto a nadar y a hacer méritos con el profesor de natación en la piscina? ¡Yo no aprendí a nadar hasta los diez u once años! He resuelto tu adivinanza: las olas. Te mando una nueva para ti: Cruza los ríos, también los mares, vuela sin alas a todas partes.
>
> Y ahora una «frase mágica». Léela primero desde el principio: Anula la luz azul a la luna.
>
> Y ahora léela al revés y escribe lo que sale.

Tuyo, Georg «Entre tanto ha estallado la guerra», escribe Hilde en su diario. «Los primeros días Mischa estaba muy impresionado, inquieto y nervioso. Especialmente porque el día que sonó la primera alarma yo no estaba en casa. Después de unos días se tranquilizó. Espontáneamente dijo: me alegro de que Georg no esté aquí ahora. Sigue el avance de las tropas, va marcándolo con banderitas. Cuando la alarma sonó de noche fue muy razonable, se vistió él solo y recalcó que no tenía miedo. En el colegio han modelado aviones. Parece que el suyo ha sido el mejor, y le han dejado mostrárselo a los demás niños. En casa ha hecho otro avión y me ha sorprendido su capacidad de observación. En otoño de 1941, cuando las alarmas se intensificaron, aparecieron una serie de molestias nerviosas —no miedo— que superamos yendo a dormir pronto, durmiendo la siesta y con una jornada lo más regulada posible».

El consejo que Georg dio a su mujer durante su siguiente visita se puede deducir de la última carta que les envió a Hilde y Mischa desde Brandemburgo. Ambos habían hablado por escrito y en persona sobre la

cuestión y habían acordado el momento y el modo de tratarlo: en diciembre de 1941, Hilde contó a Mischa «la verdad sobre el destino de su padre».

Y Georg escribe a Mischa: «Me alegro mucho de que Hilde haya podido contarte ahora todo sobre mí, porque ahora ya eres lo bastante mayor y sensato como para poder entender muchas cosas que antes no podíamos contarte. Por supuesto, me alegra muchísimo recibir tus cartas».

Reflexiones sobre Georg. Su comprensión liberal de la pedagogía, sus cariñosas cartas a su hijo. Sus versos, adivinanzas y ejercicios de ajedrez: todo ello revela su magnanimidad, su actitud reflexiva y su carácter no dogmático. Sus amigos subrayan una y otra vez su paciencia y su tolerancia. También su dedicación en cuerpo y alma a su labor como médico de escuela, y el dolor que le causaban la injusticia y la discriminación social; en todo eso se basaba su posición política de izquierda. En cada línea puede apreciarse su perspicacia, que Hilde valoraba tanto como su inteligencia emocional y su amor al prójimo. Y eso pese a que en las prisiones de la Alemania nazi había conocido la infamia de la que son capaces los seres humanos y las bajezas a las que se los puede conducir.

Hilde recibe correo desde Mauthausen y el certificado de defunción de Georg. En él puede leerse la entrada del registro civil II número 5348/1942: «El médico Israel Georg Benjamin — no creyente (antes de religión hebrea) — residente en Berlin-Pankow, Binzstraße 50, ha fallecido el 26 de agosto de 1942 a la 1:30 de la madrugada en Mauthausen. — El fallecido había nacido el 10 de septiembre de 1895 en Berlín. Su padre, Emil Benjamin, fallecido. Su madre, Pauline, de soltera Schönflies, fallecida. El fallecido estaba casado con Hilde, de soltera Lange, residente en Berlin-Steglitz, Dünterstraße 7. — Mauthausen, 23 de noviembre de 1942».

Hilde anota la reacción de Mischa a la noticia. Muy levemente, apenas audibles, escucha sus palabras: «Me lo había esperado siempre».

Habrá recordado este momento cuando, después de la guerra, fue a Mauthausen y recorrió la carretera del campo. Habrá pensado en su marido, al que había abrazado en la estación del metropolitano de Wuhlheide dos semanas antes de que fuera asesinado el 10 de agosto de 1942. No se imaginaba que ese sería el tan temido último abrazo. No sabía que en enero de ese mismo año —1942—, en una mansión en Wannsee, altos funcionarios del Ministerio del Interior, de Justicia y de la Oficina Central

de Seguridad del *Reich* habían ideado el plan de exterminio autorizado por el Estado, «la solución final de la cuestión judía».

En su últmo mensaje, Georg Benjamin se había referido a un pogromo en el campo externo de Wuhlheide dirigido contra los reclusos judíos: «Se produjeron escenas terribles». A él le había sucedido relativamente poco. Y albergaba la esperanza de poder quedarse un tiempo, porque el viernes, que era el día de los transportes, no había sido transferido. Contaba con que se quedaría aún cierto tiempo allí. Había llegado un nuevo encargado. Había hablado largo y tendido con él. En su diario, Hilde Benjamin anotó el contenido del mensaje que él le había dado en los fugaces instantes de su encuentro en las instalaciones ferroviarias, que sería su último mensaje, que ella describe como un papel arrancado de una libreta, mientras que otros los había escrito en formularios que llevaban el membrete «historia clínica».

Unos meses más tarde recibió la noticia de la muerte. Apenas había sobrevivido unos días después de su llegada a Mauthausen, antes de ser empujado a la muerte y no ser más que un nombre en el fichero de la dirección del campo. Qué difícil tiene que haber sido su visita a Mauthausen, pocos años después de la liberación del campo por el ejército estadounidense. Ahí está, en el campo de exterminio, pensando quizá en su último encuentro con él. Ya se habían despedido y Hilde regresaba a la estación del metropolitano. Desde allí podía verse su lugar de trabajo, que estaba justo enfrente: «Entonces me senté en el andén y él me mostró sus artes. Saltó del vagón en marcha y cambió la aguja. (Más tarde pensé: si se hubiese caído al saltar, quizá eso le habría salvado la vida). Maniobraba de aquí para allá con una pequeña locomotora eléctrica. De pronto hacía señas desde la locomotora hacia abajo, o saltaba de un vagón a otro, cada vez más lejos de mí. Sobre el terraplén de la ferrovía, en medio de los bosques, la neblina de mediodía anunciaba tormenta. Apenas pude ver aún cómo se quitaba la gorra, se pasaba la mano por el pelo y estrechaba las manos para dar las gracias. El vagón desapareció en la niebla, y no pude ver nada más. Me consolé pensando: el miércoles. Pero el miércoles le esperé en vano».

* Se trata de una «pluma», *Feder* , que en alemán se refiere también al resorte del reloj. [*N. del E* .]



1. Pauline y Emil Benjamin con Walter, tres años, y Georg, seis meses, principios de 1896.



2. Georg y Walter, alrededor de 1902.



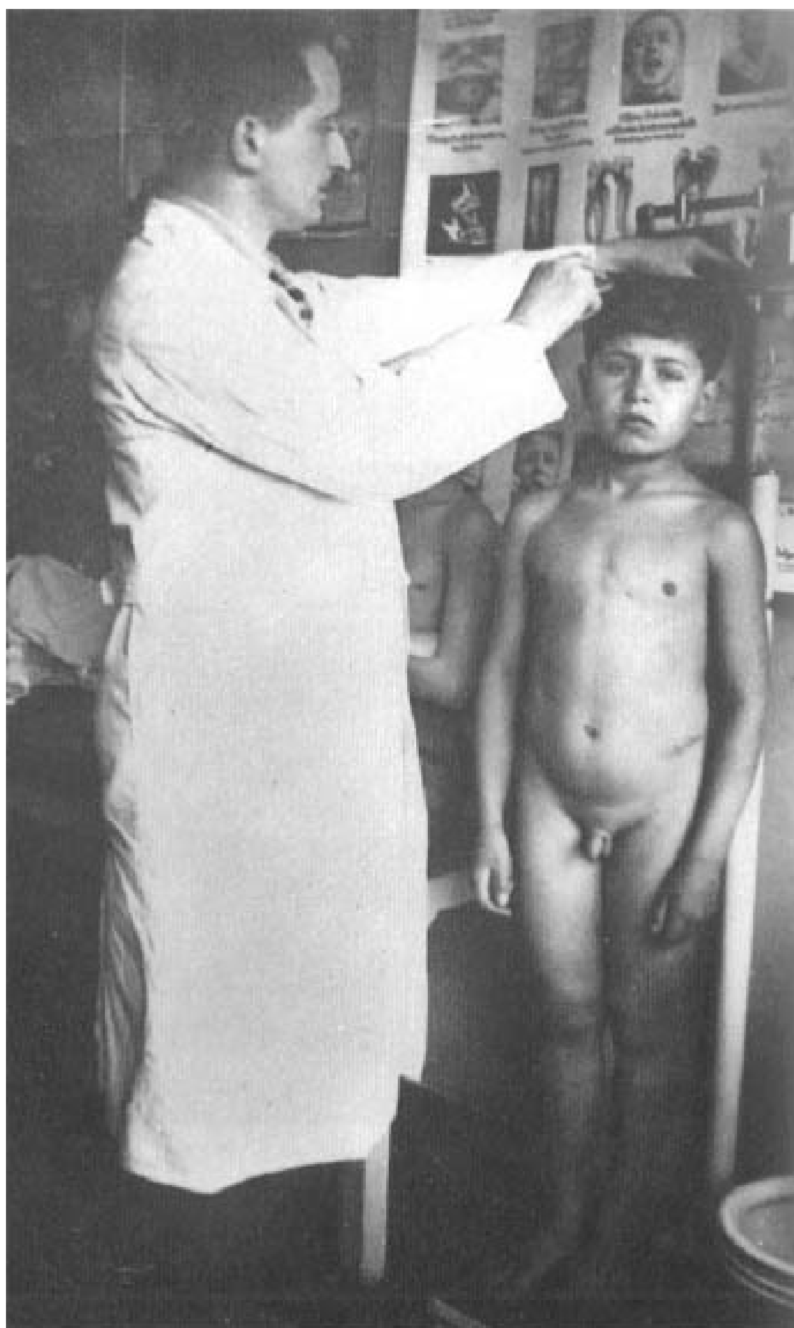
3. Walter Benjamin, 1933.



4. Dora Benjamin, documento de identidad francés, 1933.



5. Dora Benjamin, hacia 1930.



6. Georg Benjamin como médico escolar en Berlin-Wedding, alrededor de 1929.



7. Georg Benjamin, *Babypapa* , con su hijo Michael, 1932/1933.



8. Hilde Lange, como estudiante antes de casarse con Georg Benjamin, hacia 1926.



9. Georg Benjamin, 1934/1935.



10. Hilde Benjamin, 1949/1950.



11. Hilde Benjamin junto a Walter Ulbricht y Ernst Melsheimer (derecha), alrededor de 1950.



12. Hilde Benjamin como ministra de Justicia de la RDA, hacia 1955/1956.



13. Hilde Benjamin con su nieta Simone y su nuera Ursula Benjamin frente a un busto de Georg Benjamin, alrededor de 1968.



14. En su jardín, 1975/1976.



15. Michael y Ursula Benjamin con los niños Simone y Georg, hacia 1965.



16. Entrada al monumento dedicado a Walter Benjamin en Portbou (España).

Capítulo 9

TRAS LOS MUROS

Bautzen, la ciudad de la Alta Lusacia, tiene mil años de historia y es el centro de la minoría eslava de los sorbios. Pero Bautzen quiere decir también Gestapo, KGB , Stasi, quiere decir muros y celdas. Bautzen tiene dos significados: por una parte, está la ciudad y, por otra, la prisión, originalmente construida como reformatorio. Bautzen y la prisión, es decir, víctimas y victimarios. A la prisión se la conocía dentro y fuera como la «miseria amarilla». El nombre venía del ladrillo amarillo que recubría su exterior. Pero es sobre todo Bautzen II, un ala de alta seguridad situada en los márgenes de la ciudad, lo que causa escalofríos cuando se habla de Bautzen. Hoy Bautzen II es un lugar conmemorativo, y ya durante el periodo nazi era un lugar tristemente célebre. Aquí estuvo encerrado el presidente del KPD Ernst Thälmann antes de ser asesinado en el campo de concentración de Buchenwald. Su celda se ha conservado, y en la época de la RDA era un lugar para el recuerdo de la persecución durante el nazismo.

Entre 1945 y 1956 se registraron unos veintisiete mil prisioneros en Bautzen, en su mayoría antiguos criminales nazis. La fuerza de ocupación soviética seguía las resoluciones acordadas en Potsdam por las potencias vencedoras de la guerra. En el difícil invierno de 1946-1947, el hambre dentro de la prisión se correspondía con la miseria de posguerra en el exterior. Antes de que la prisión fuera entregada en 1956 a la RDA murieron en ella unos tres mil prisioneros.

En 1950, por orden de la comisión de control soviética, se clausuraron los campos de internamiento de Buchenwald, Sachsenhausen y Bautzen y

los 3432 prisioneros —junto a los procesos de investigación contra ellos— fueron transferidos a las autoridades judiciales de la RDA . Los tribunales se reunieron en la pequeña ciudad de Waldheim y pasaron a la historia judicial de la RDA como los «procesos de Waldheim». Fueron juicios «sumarios», casi completamente desprovistos de los requisitos judiciales formales. Las acusaciones se trataron en tres meses y las sentencias se pronunciaron en intervalos de una hora. Eso suscitó duras críticas por parte de los medios occidentales, sobre todo en la RFA . Hubo 32 condenas a muerte, de las cuales se ejecutaron 24. Además hubo 146 condenas a cadena perpetua y 2745 condenas superiores a los diez años de prisión. Los procesos de Waldheim se consideran aún hoy como un botón de muestra de la arbitrariedad de la justicia en la RDA . En cambio, casi nunca se tiene en cuenta quiénes se sentaron en el banquillo de los acusados y si fueron realmente víctimas inocentes de una justicia arbitraria. Así se silencia, por ejemplo, que la RDA , después de revisar los veredictos, en 1952 había liberado ya a mil prisioneros y cada año se concedían nuevos indultos, de modo que en 1956 solo quedaban recluidos 35 altos mandos nazis. Los dos últimos fueron liberados en 1964. Del mismo modo, casi nadie se molesta en echar un vistazo a las 350 páginas del escrito de acusación. La mayoría de los condenados a muerte habían sido juristas nazis del Volksgerichtshof, en tribunales de guerra o tribunales especiales. Todos sin excepción habían participado en condenas a muerte dudosas, algunos contra individuos aislados, otros contra docenas de individuos, otros contra centenares. Lo mismo vale para el personal de la Gestapo y las SS que se sentó en el banquillo de los acusados de los procesos de Waldheim. Las pruebas, consideradas insuficientes, se ajustaban al derecho especial de los aliados, que también estaba en vigor en las zonas occidentales.

Los anales de Bautzen en la época de la RDA comienzan con los prisioneros especiales que —a partir de agosto de 1945— fueron transferidos a la prisión especial de Bautzen II del Ministerio de Seguridad del Estado. El prisionero de Bautzen y escritor Erich Loest se refirió a la prisión como el «combinado de la justicia» en la RDA . La descripción de su pena de reclusión en Bautzen II es enormemente sobria. Pero en cada línea, en cada palabra, resuena la ofensa que le habían infligido al condenarlo a siete años y medio de prisión por «contrarrevolucionario». En Bautzen se topó con Walter Janka —el director de la editorial Aufbau—, con Wolfgang Harich —su vicedirector— y con el redactor jefe del *Sonntag* —el

semanario de la misma editorial—, Gustav Just. En 1957 habían sido acusados de «conspiración contrarrevolucionaria» como «grupo Harich» y habían sido condenados a cinco años de prisión.

Erich Loest: «Siempre estuvimos convencidos de que se trataba de un error público». Y en una entrevista radiofónica añadió: «Dios mío, queríamos algunas mejoras, queríamos un socialismo mejor, y estos idiotas nos encierran por eso. Al principio eso dolía mucho, había pasado un año en prisión preventiva y contaba con pasar tres». A partir de sus discusiones, Harich había dado forma por escrito a la «plataforma para la vía especial de Alemania hacia el socialismo», y eso había motivado la acusación de conspiración. Durante el nazismo, Loest y Walter Janka habían sido encerrados en Bautzen por comunistas, antes de que Loest fuera enviado al campo de concentración de Sachsenhausen.

Hoy es posible dar vida a una imagen de Bautzen más allá del sinónimo con la prisión y la infamia. La ciudad se distancia cada vez más de la imagen de los muros de la prisión, de la bajeza y la perfidia. No se trata de alejarse de la historia de la ciudad, sino de elaborarla. La prisión de la Stasi, Bautzen II, es hoy un memorial de los años que siguieron a 1945; fue inaugurado a mediados de los noventa. Se espera incluir también en el memorial la historia de Bautzen anterior a 1945, pero aún no se ha hecho.

Hoy Bautzen —que en sorbio se llama Budyšin— cobra vida de nuevo. La ciudad invita a quedarse. Su perfil está marcado por el casco viejo, recién restaurado, por vestigios de origen barroco y de la época *Biedermeier* , y por alguna torre que corona la ciudad desde el Medievo. Bautzen tiene muchos museos, entre ellos uno dedicado a la historia de la famosa mostaza de Bautzen. También hay un museo dedicado a los sorbos. Durante el nazismo fueron acosados y discriminados como minoría eslava. Hoy eso forma parte del pasado. Al menos todas las indicaciones están hoy en las dos lenguas. Y con el teatro popular sorbo-alemán, la ciudad junto al río Spree cuenta hoy con el único teatro bilingüe de Alemania.

Me habían invitado a Bautzen para el vigesimosegundo Foro de Bautzen de la Fundación Friedrich Ebert, que en mayo de 2011 trató de la construcción del muro y de la separación de los dos Estados alemanes, marcada por el hormigón. Allí conocí también a algunos antiguos reclusos. Ya en la inauguración del congreso hubo ocasión de percibir lo vivas que estaban aún para ellos sus dolorosas experiencias.

Bautzen podría ser un lugar nacional de memoria. Su historia está marcada en buena medida por el desastre que siguió a 1933, y también es parte de un oscuro capítulo de la historia de la RDA . No hubo y no hay disculpas para lo que ocurrió en Bautzen, ni antes ni después de 1945. Después de la capitulación, Bautzen pasó a ser el Campo Especial Número 4 del servicio secreto soviético NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos). La guerra iniciada por los nazis había producido en la Unión Soviética una situación inimaginable; la *Wehrmacht* y las tropas especiales de los nazis habían invadido el país a sangre y fuego, habían reducido a cenizas innumerables pueblos y ciudades, las víctimas de las unidades especiales alemanas habían sido enterradas en fosas comunes. El Ejército Rojo tuvo que lamentar la pérdida de millones de soldados. Solo en la Unión Soviética hubo treinta millones de muertos. El tribunal militar de la zona de ocupación soviética condenó en masa a los antiguos funcionarios nazis y a aquellos que fueron juzgados como tales y los envió a campos de trabajo en Siberia. Tuvieron que pagar por la avalancha de culpa y destrucción que los ideólogos de la raza aria habían dejado a su paso. Rusia necesitaba fuerza de trabajo.

En 1951 la prisión de Bautzen fue entregada a la RDA , y en 1956 Bautzen II quedó a disposición del Ministerio de Seguridad Estatal, la Stasi. La Stasi había de controlar las convicciones del país, lo cual contribuyó a desfigurar la RDA y terminaría por destruirla. La Stasi, por su parte, intentaba legitimar su actividad como una forma de protegerse contra la acción corrosiva de espías y agentes secretos de Occidente. En estas zonas grises del espionaje y el contraespionaje, los agentes que eran descubiertos acababan en Bautzen. Lo cierto es que la defensa contra el espionaje no fue en ningún momento el único cometido de la Stasi. En realidad, la «empresa» del camarada Erich Mielke desestabilizó ante todo el propio país, del que se supone quería ser «su escudo y su espada».

En el Foro de Bautzen de la Fundación Friedrich Ebert, que entre tanto celebra su vigesimosegunda edición, se suceden las narraciones. Para algunos no es fácil considerar los sufrimientos que les ha causado la RDA como parte de una historia compartida y de la narración común de Alemania, y es comprensible que los antiguos prisioneros de Bautzen recuerden lo que les podía pasar si decidían hacer uso de su «libertad de opinión garantizada» en el Estado socialista de los trabajadores y los campesinos. La tentativa del Foro de poner en relación la historia anterior a

1945 con las experiencias durante la división de las dos Alemanias después de 1945 —ya que una cosa se seguía de la otra (la división incluida)— fracasó de nuevo.

En el Foro se discute el aislamiento que supuso la construcción del muro el 13 de agosto de 1961, y se busca una respuesta a la cuestión de por qué fracasó la RDA , si bien la vía de escape hacia Occidente estaba bloqueada de esa manera. Todos coinciden en que hubiera sido imposible derribar el muro desde el Oeste: hubiera llevado a una nueva guerra. Y así se convirtió en una paz fría. En ello tuvo su parte también la llamada a «votar con los pies», que hasta el 13 de agosto de 1961 pudo leerse diariamente en la prensa de la República Federal. Si pudo llegarse a ese extremo fue también por las injerencias en los derechos de autodeterminación de los ciudadanos en la RDA . Por ejemplo, la implacable transformación de las empresas familiares de campesinos en cooperativas de producción agrícola causó migraciones en masa y también grandes problemas de abastecimiento. El creciente flujo de prófugos del Este al Oeste amenazaba con despoblar la RDA y llevó a que Berlín Este y Moscú decidieran cerrar las puertas. Con eso se impedía por el momento un final precoz de la RDA .

El muro puso fin al éxodo de población en el segundo Estado de la nación alemana. Llevó a los políticos en Bonn y a los dirigentes del Senado en Berlín Oeste a una crisis política, y causó un profundo desánimo a mucha gente en el Este y en el Oeste. Con el muro la situación de Berlín Oeste se había vuelto aún más complicada. Esto —y más tarde el cierre temporal y abusivo de las vías de tránsito— llevó en los años sucesivos a volver a afrontar la cuestión de cómo hacer más llevaderos los lastres de la división a la población. De eso se ocupó el Foro de 2011.

El cambio de mentalidad en el Oeste vino bajo el lema de Egon Bahr: «Acercarse para cambiar». Eso nos lleva más o menos al año en el que los vasos tintinean en la oficina de Hilde Benjamin, mientras sus compañeros brindan por su cumpleaños. Las fases de su vida, recogidas en treinta capítulos y entregadas en una caja de cartón decorada, llevan de nuevo al comienzo: al momento en que los primeros tanques del Ejército Rojo entraron en la capital alemana devastada y Hilde y Mischa pudieron salir por fin del refugio antiaéreo. Cuatro días después de la capitulación incondicional del Estado hitleriano terminaron para ella doce años de miedo, aislamiento e inhabilitación profesional.

Las siguientes frases no están tomadas de la antología oficial elaborada por sus compañeros, sino del diario de Hilde Benjamin: «El 12 de mayo de 1945 —un sábado— me convocan a toda prisa al ayuntamiento. El comandante quiere hablar conmigo. Tengo que organizar el juzgado para el distrito de Steglitz, y para el lunes a mediodía tengo que haber resuelto la cuestión de la sede y también haber encontrado a los jueces». Tenían que ser jueces con formación, pero no podían ser antiguos miembros del partido o de alguna organización nazi. Hasta que los estadounidenses, los británicos y los franceses llegaron a Berlín, dividiendo la ciudad en cuatro sectores, por un tiempo el Ejército Rojo tuvo soberanía administrativa sobre toda la ciudad.

Hilde no da cuenta en su diario de cómo se abrió camino por el paisaje de ruinas para llegar hasta el juzgado municipal. Podría haber sido la parte más penosa del encargo. En todo caso conocía el camino desde mucho antes del bombardeo de la ciudad. Había realizado allí sus prácticas como jurista. Cuando por fin llegó al juzgado municipal de Steglitz se encontró con un edificio intacto. Y a su pregunta de si conocía a los jueces del distrito, el portero de servicio le dio la sorprendente respuesta: «Sí, los señores se han registrado aquí a diario».

Resulta que, en las pausas entre los bombardeos de los aliados, los jueces habían seguido la orden del presidente del tribunal cameral, que en el caso de que no pudieran llegar a su tribunal correspondiente, les invitaba a presentarse en un tribunal cercano. De modo que el colegio de jueces se había presentado cada día «para el servicio» en horarios imprevisibles y se habían inscrito en una lista.

Hilde Benjamin tenía que separar ahora el grano de la paja y descartar a aquellos con los que creyera que no podía construirse un Estado socialista. Hizo que le entregaran listas con los miembros del NSDAP , indagó con el portero y los mecanógrafos para averiguar qué jueces tenían un pasado limpio, aquellos que —como jueces tutelares o del registro— se hubieran mantenido en la medida de lo posible al margen de la jurisprudencia nazi. Veinte años más tarde escribió en sus memorias: «Casi puedo verme aún hoy, cómo, ante la atención general, me dirijo a la comandancia acompañada de un grupo de señores ancianos». Los candidatos seleccionados por Hilde fueron sometidos a examen, y poco después el tribunal del distrito de Steglitz pudo retomar su trabajo con tres nuevos jueces. Hilde fue nombrada fiscal.

El jefe de la administración militar y comandante en jefe de las tropas soviéticas en Alemania, el mariscal Shukov, promulgó el 4 de septiembre de 1945 la orden n.° 49 sobre la reorganización de los tribunales alemanes en las provincias de Alemania ocupadas por las tropas soviéticas. Una copia de dicha orden se encuentra entre las cien páginas que los colaboradores de Hilde Benjamin en el Ministerio de Justicia reunieron para ella con motivo de su 65 cumpleaños. Ahí puede leerse: Para eliminar las diferencias en la organización de la actividad de los órganos judiciales alemanes en la zona de ocupación soviética se dispone lo siguiente: Los tribunales alemanes de todas las provincias y *länder* se reorganizarán conforme a la legalidad vigente antes del 1 de enero de 1933. […] Los jefes de la administración militar soviética en las provincias y *länder* alemanes tendrán que prestar la asistencia necesaria para la actividad de la administración central de la justicia alemana. Durante la reestructuración de los tribunales alemanes habrá que eliminar de todos los tribunales y fiscalías a los antiguos miembros del NSDAP , así como a aquellas personas que hayan participado en la política de ejecución de penas durante el régimen de Hitler. El control y la supervisión de la aplicación de esta orden correrá a cargo del jefe de la sección de justicia de la administración militar soviética.

En la página 21 de la mencionada antología de los colaboradores de Hilde hay una copia de la primera edición del *Deutsche Volkszeitung* , órgano central del KPD . El titular principal es un «LLAMAMIENTO del Partido Comunista de Alemania», en el que se indica el «camino hacia una nueva Alemania».

En él se dice que «las tareas más inmediatas y urgentes en este camino» son: Expropiación de todos los bienes de los altos mandos nazis y los criminales de guerra.

Liquidación total del régimen y el partido de Hitler.

Lucha contra el hambre y el desempleo.

[Ilegible].

Restablecimiento de los órganos de autoadministración sobre una base democrática.

Proteger a los trabajadores de la arbitrariedad de los empresarios y de la explotación indebida.

> Liquidar la propiedad inmobiliaria de las grandes haciendas de los grandes júnkers, condes y príncipes.
> Entrega de todas las empresas que sirvan a las necesidades públicas fundamentales.
> Convivencia pacífica y cordial con otros pueblos.
> Reconocimiento de la reparación por los daños de las agresiones hitlerianas a otros pueblos.
> ¡Al trabajo con todas las fuerzas! ¡De la miseria y la muerte, de las ruinas y la humillación, surgirá el camino hacia una nueva Alemania!

Poco después del final de la guerra, estas palabras eran algo más que pura propaganda. Se correspondían con los sentimientos e ideas de mucha gente, ya fueran socialdemócratas, conservadores o cristianos, que habían aguardado anhelantes el final del nazismo. A ello se añadía que algunos en el SPD compartían también la urgencia por unificar los partidos de los trabajadores. Una foto del congreso de fundación del Partido Socialista Unificado (SED) muestra a Wilhelm Pieck (KPD) y a Otto Grotewohl (SPD), que sellan con un apretón de manos la unión de ambos partidos; junto a ellos se sienta Walter Ulbricht. En el pie de foto se enumeran los principios y objetivos del SED que, si se hubieran impuesto de forma duradera, habrían supuesto un alejamiento de la dictadura del proletariado: «Libertad de expresión en palabra, imagen y escritura para salvaguardar la seguridad del Estado democrático frente a los ataques reaccionarios. Libertad de opinión y religión, igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, sin diferencias de género y raza. Igualdad de la mujer en la vida pública y en la profesión. Protección de la persona por parte del Estado. Reforma democrática del derecho y la justicia».

El papel lo aguanta todo. Y quien recuerde el creciente número de presos tras el 17 de junio de 1953 entenderá que se administró justicia de forma oportunista. Los arrestaron pese a que el derecho a la huelga estaba reconocido. El ministro de Justicia, Max Fechner, se había pronunciado en contra de la persecución penal de los trabajadores en huelga en una entrevista en el diario *Neues Deutschland* . También él fue arrestado y condenado a nueve años de cárcel como «enemigo del Estado y del Partido». Hilde Benjamin le sucedió en el cargo. Ella hizo suya la

interpretación del SED , según la cual el 17 de junio había sido un golpe orquestado por agentes occidentales que había que sofocar en su origen.

Observo a esta mujer desde la distancia del año 2012, hojeo cartas y testimonios que no estoy en condiciones de interpretar o descifrar del todo. Supongo que su amor por Georg Benjamin es clave para entender sus motivos y convicciones ideológicas. Mientras duró el régimen nazi, Hilde tuvo pocas esperanzas de poder sobrevivir con su hijo a esos años. ¿Estaba convencida de la buena causa de una Alemania socialista? Si era así, ¿por qué fue tan intransigente, como en un proceso de 1950 contra un grupo de testigos de Jehová que se habían dado cuenta de que sus creencias sectarias les llevaban a una contradicción existencial con un Estado socialista basado en la adhesión al partido? Los condenó a muchos años de prisión; para ello le bastaba el motivo de que la Iglesia matriz tuviera su sede en Nueva York: una prueba para la acusación de «conspiración imperialista».

Supuestamente las primeras elecciones municipales para todo Berlín —celebradas en 1946— se cuentan entre las experiencias que revelaron a los comunistas alemanes lo improbable que era el éxito electoral de un SED que se apoyara en el poder del Ejército Rojo en una población posfascista. Los nacionalsocialistas se habían servido sin miramientos del arsenal ideológico del KPD , lo que no les impidió tergiversar la imagen de los comunistas como enemigos mortales del *Reich* . Hilde Benjamin se presentó a las elecciones por Steglitz, también contra un SPD que en Berlín Oeste se había mantenido independiente. En los materiales reunidos por sus colaboradores encuentro una selección de los medios publicitarios con los que Hilde Benjamin se presentó a sus electores. Su cartel electoral personal la muestra en una imagen de medio perfil. Un dibujo en blanco y negro, el cabello con la raya en medio, peinado severamente hacia atrás y recogido en un moño. Parece pensativa, con la cabeza inclinada de lado hacia abajo. Este retrato de la candidata está muy lejos de los carteles profesionales de las campañas electorales modernas.

El SED obtuvo algo más del veinte por ciento de los votos y quedó en tercer lugar por detrás de la CDU [Unión Demócrata Cristiana]. Los vencedores fueron los socialdemócratas, con casi un cincuenta por ciento de los votos. Wolfgang Leonhard, miembro del grupo de Ulbricht, que más tarde se opondría a su línea, recuerda lo poco que le había sorprendido el

resultado: «Tenía totalmente clara la causa de la derrota. En la calle nos llamaban el partido de los rusos. El resultado electoral fue la consecuencia lógica de nuestra dependencia de las fuerzas de ocupación soviéticas». Esta derrota electoral fue también el punto de partida de la desconfianza del SED respecto a su propia población. Esta falta de confianza en la lealtad de la gente hacia el Estado socialista fue un problema fundamental de la RDA , donde a menudo el entusiasmo de las masas solo se producía obedeciendo órdenes, y muchas cosas eran pura puesta en escena.

No sabemos hasta qué punto Hilde Benjamin había entendido eso. Ella luchaba por una reforma jurídica que quería dejar por fin atrás el Estado fascista y también a sus jueces. En su biografía de Hilde Benjamin, Marianne Brentzel contempla con asombro la descomunal carga de trabajo que recaía sobre la fiscal superior y vicedirectora de la administración central de justicia de la zona de ocupación soviética, cuyo director era Max Fechner, antiguo socialdemócrata y más tarde ministro de Justicia de la RDA .

Al trabajo de Hilde Benjamin en la administración central de Justicia «se añadieron pronto toda una serie de tareas adicionales», escribe Marianne Bentzel: «la colaboración en la comisión de desnazificación de juristas en el municipio de Berlín, la comisión para el examen de admisión para poder estudiar en la Universidad de Berlín» —que había reabierto sus puertas en 1945— y «su defensa de una participación lo más amplia posible de las mujeres en la Justicia en colaboración con las comisiones femeninas y más tarde con la Unión Democrática de Mujeres».

Esta enumeración revela dónde situaba Hilde Benjamin el foco principal de su tarea de reformas para superar el Estado fascista. Ahí puede verse un motivo de su irrefrenable impulso de trabajo. Naturalmente, era consciente de que sus juicios y su efecto propagandístico también tenían la función de dar a entender a la población que era ventajoso para todos apoyar al Estado del SED .

Algunas grabaciones televisivas conservadas en el Archivo Radiofónico Alemán en Babelsberg (Deutsches Rundfunkarchiv) revelan que era capaz de apoyar al Estado de forma menos vehemente. Ahí la veo por primera vez, tal y como era en los años sesenta: baja de estatura y, con el paso el tiempo, casi frágil. Nada parece justificar que esta mujer que habla con voz baja sea conocida hasta hoy con el apelativo de «Hilde la roja» o «Hilde la

sanguinaria». Desde 1945, tal y como afirma en el típico alemán del Partido su sustituto Hans Ranke, su lucha ha sido «la fragua y la puesta en marcha de un nuevo derecho que, tras la derrota del fascismo, intenta afirmarse con la creación del poder de los obreros y los campesinos».

Por supuesto, eso se valoraba de forma distinta en el Este que en el Oeste. Pero, en rigor, su diseño de un derecho socialista no ha suscitado ningún debate en el Oeste; como mucho, comentarios despectivos. Sin embargo, al menos el derecho de familia de la RDA , que era fundamentalmente obra suya, hubiera merecido algo más que el obituario con el que se lo sepultó después de la reunificación. Era tan moderno y emancipador que dejó sin palabras a los críticos occidentales. El opúsculo que recogía el nuevo derecho de familia llevaba un título que permitía reconocer aquello que su principal autora había echado de menos durante el nazismo: «Una vida familiar feliz». Ese era el título del texto sobre «la cuestión del código de familia en la RDA ».

El pequeño libro contiene la ley introductoria, que sería presentada en la decimoséptima sesión de la Cámara Popular de la RDA el 20 de diciembre de 1965. Anteriormente había sido discutida en numerosas reuniones en fábricas y sindicatos. La igualdad entre el hombre y la mujer está allí garantizada, en un momento en el que en el Oeste las mujeres aún necesitaban el permiso de su marido para poder pedir un crédito o abrir una cuenta bancaria. Solo poco a poco lograron los reformadores de la justicia en Alemania Occidental igualar al menos en parte el derecho de familia de la RDA e ir reelaborando el código civil guillermino, que tenía todavía tintes fascistas. Lo mismo vale para el derecho laboral y la reivindicación del «mismo salario por el mismo trabajo», una pretensión que en la RDA estaba casi materializada y en la Alemania unificada aún espera a verse cumplida.

Si Hilde Benjamin tenía fama de juez implacable en los medios occidentales —se referían a ella con el sobrenombre «Hilde la roja»—, fue ante todo porque en su ámbito de influencia depuró la justicia de jueces y fiscales nazis, incluso a pesar de que los cañonazos mediáticos contra «Hilde la roja» presentaban a cada uno de los nazis que condenaba como una víctima del «sistema injusto e inhumano de la RDA ». Su papel como reformadora de la justicia no contaba nada en los medios occidentales. Sin duda, era estricta e implacable cuando intuía una amenaza para el proyecto socialista de la RDA . Y dio motivos de sobra para analizar críticamente su modo de actuar. Pero compararla con el terrible juez nazi Roland Freisler

era tan desproporcionado como el que los medios occidentales la presentaran como una mujer alcohólica y mentalmente incapacitada. Más allá de todos los errores y deformaciones que causaron el mísero declive del segundo Estado alemán: para Hilde Benjamin solo la RDA ofrecía una respuesta antifascista a la Alemania de Hitler.

Las reacciones de la esfera pública de Alemania Occidental a las reformas judiciales en la RDA están muy relacionadas con la política de Konrad Adenauer, que renunció a una depuración análoga de los altos miembros del partido nazi, los altos cargos de las SS y los funcionarios nazis en la justicia, la administración, la economía y los medios de comunicación. Resulta difícil interpretar esta política como una gran acción de Adenauer, prueba de su filosofía del Estado. Porque en la política, la economía y la burocracia de la República dividida en tres zonas había una camaradería nazi que intentaba bloquear toda tentativa de que, más allá de los procesos de Núremberg, altos y medios funcionarios del partido tuvieran que rendir cuentas de sus responsabilidades.

Por entonces, el semanario *Die Zeit* ponía incluso en duda la legitimidad de los procesos de Núremberg. En su edición del 29 de septiembre de 1950 dio la palabra a Paul Leverkuehn, uno de los abogados defensores de los generales de la *Wehrmacht* acusados en Núremberg. Para Leverkuehn, al que se presentaba como alguien con «una dilatada experiencia en el derecho internacional», la jurisprudencia del tribunal de los aliados había sido un «error fundamental». Escribía: «El objetivo de los juicios de Núremberg contra los criminales de guerra era —además del castigo de los culpables— convencer al pueblo alemán de que la justicia de los países democráticos era de mejor calidad. Ese objetivo no ha sido alcanzado». En el primer proceso se había tratado la invasión de Polonia. Y como había un pacto de no agresión entre Alemania y Rusia, para Leverkuehn los rusos habían participado al menos indirectamente en el ataque contra Polonia. De modo que no podían ser al mismo tiempo jueces y acusadores. Este ejemplo muestra «con terrible claridad a qué punto se ha llegado con el derecho internacional de Núremberg». Esta misma argumentación se repetía en el memorándum de los antiguos generales nazis sobre el mariscal general de campo von Manstein, gracias al cual la *Wehrmacht* debería ser absuelta de toda responsabilidad en la guerra de aniquilación contra la Unión Soviética y de los terribles crímenes que tuvieron lugar en la zona de conflicto.

Los dos semanarios que hoy pasan por representar el periodismo serio y crítico, *Die Zeit* y *Der Spiegel* , tuvieron en sus primeros años poco que ver con la pretensión a la que aludía el sobrenombre del *Spiegel* : no eran precisamente un «arma de asalto de la democracia». En el balance crítico de Lutz Hachmeister y Friedmann Siering, titulado *Die Herren Journalisten* [Los señores periodistas], que llevaba el irónico subtítulo de *La élite de la prensa alemana después de 1945* , se da cuenta de cómo muchos propagandistas del Estado nazi pudieron ocupar de nuevo posiciones directivas gracias a las licencias de periódicos que concedían los aliados. De ellos no podía esperarse ninguna reflexión sobre la «quiebra de la civilización» perpetrada por los alemanes. Al contrario, la Guerra Fría brindó la ocasión para retomar sin solución de continuidad las peroratas anticomunistas que ya habían manado de sus plumas antes de 1945.

Nada menos que el redactor jefe de *Die Zeit* , Richard Tüngel, ofreció en su artículo de navidad de 1946, «Paz en la tierra», un ejemplo inaudito de la negativa a tomar conciencia de los crímenes nazis. Su predecesor había sido relevado de su puesto tras un breve lapso de tiempo por la oficina de desnazificación. Tüngel escribe: «Hoy estamos en una situación parecida a la del pueblo judío cuando la buena nueva llegó a los pastores. También Alemania está hoy ocupada, también nosotros tenemos solo los derechos que las potencias ocupantes tienen a bien concedernos. En muchos sentidos nuestra situación es peor. No tenemos suficientes viviendas, pasamos hambre y frío, no podemos trabajar libremente y somos odiados en la comunidad de los pueblos».

Así pensaba la élite periodística, los «señores periodistas» de Alemania Occidental después de 1945. Hachmeister y Siering se quedaron estupefactos ante un texto que percibían como «fuertemente nacionalista, carente de tacto y completamente insensible a la catástrofe que los alemanes habían provocado poco antes».

Para Tüngel, la dirección del SED en Alemania Oriental —ocupada por las fuerzas soviéticas— era «el gobierno bastardo de Moscú», y *Der Spiegel* se refirió a la «ministra de Justicia de la zona soviética Hilde Benjamin» como alguien «que había adquirido las dimensiones físicas de una matrona». Entre líneas queda claro lo que más temían algunas redacciones: que también en el Oeste llegara a hacerse limpieza con el pasado nazi. Lo que ocurría en Berlín Este en modo alguno podía servir de ejemplo: de ahí el fuego continuo contra Hilde Benjamin, que era objeto de constantes

burlas y escarnios. Lo mismo ocurrió cuando la RDA intentó ocupar las plazas vacantes de juez con jueces populares.

«Los jueces y fiscales populares», había escrito *Der Spiegel* , serían «un recurso de urgencia», y en todo caso «sangre nueva para la justicia anémica» de la RDA . Para los «verdaderos dueños de la zona no son instrumentos de una justicia abstracta, sino la palanca para sacar de quicio el derecho burgués y romper con el dominio de la burguesía». Y a continuación sigue el temor de los autores de *Der Spiegel* : «Mientras que en el resto de oficinas de la zona soviética la desnazificación, incluso en los puestos de mando de la policía, ha sido aplicada de manera flexible, gracias a la orden n.° 45 promulgada en septiembre de 1945 por el comandante superior de la administración militar soviética, Hilde Benjamin tiene plenos poderes para llevar a cabo una limpieza masiva del estamento de los juristas. El celo con el que lo ha llevado a cabo puede verse en el caso del *land* de Sajonia, donde en un solo año, de un total de mil jueces y fiscales, han mandado a la calle a nada menos que a ochocientos».

Der Spiegel no preguntaba si los jueces que habían sido despedidos eran responsables de condenas a muerte durante el nacionalsocialismo, y en su caso de cuántas, y tampoco tenía en cuenta a cuántos opositores la justicia nazi había mandado, no «a la calle», sino al patíbulo.

También en el plano cultural hubo una tendencia a olvidar y —en la medida de lo posible— a descargar la propia conciencia. Aquellos que, como directores, guionistas o actores habían participado en las películas de propaganda de la industria cinematográfica de Babelsberg comandada por Goebbels, y que habían ejercido una influencia en el público del Tercer Reich, podrían estar seguros de que después de 1945 solo serían considerados simpatizantes. De modo que estuvieron enseguida disponibles para las películas de posguerra en Alemania Occidental, que tendrían su centro en Múnich o Hamburgo. Desde Hans Albers hasta Marika Rökk, desde Heinz Rühmann y su aterrizaje de emergencia hasta Zarah Leander, que cantaba de nuevo y sin cesar: «Sé que un día ocurrirá un milagro, y miles de cuentos se convertirán en realidad». Antes de 1945 estas palabras reflejaban la esperanza en armas secretas que pudieran dar aún un giro al curso de la guerra; después de 1945, la esperanza en el último verso se dirigía a la eternidad: «Lo que poseí no puede haberse perdido para siempre». El cine patriótico tuvo una nueva fase de éxito. El cineasta Edgar Reitz, uno de los firmantes del manifiesto de 1962 «El cine de papá ha

muerto», se refirió a esta continuidad como «Babelsberg, solo que sin Goebbels».

La política de Bonn no logró evitar que la lucha de la RDA por ser reconocida como Estado tuviera finalmente éxito. Sin embargo, la expectativa de la RDA de obtener así mayor estabilidad interna no llegó a cumplirse. La brillante novela de Eugen Ruge, que describe el ocaso del idealismo en la generación de los fundadores de la RDA , tiene el genial título *En tiempos de luz menguante* . La luz vital de la RDA fue perdiendo intensidad hasta que los gritos de «somos el pueblo» y las manifestaciones de los lunes terminaron por apagarla. Hilde Benjamin, según la reflexión de su hijo Michael, no habría sobrevivido al final de la RDA . Para ella el segundo Estado alemán era parte de su lógica vital. Quien quiera valorar su contribución a la RDA no podrá hacerle justicia si no toma en consideración los doce años de fascismo alemán y de delirio racista.

Para *Der Spiegel* y *Die Zeit* , y otras publicaciones de posguerra, la RDA y la posibilidad de atribuirle la causa de todos los males ofrecían una inmejorable ocasión de reprimir la quiebra de civilización del nacionalsocialismo. Eso incluía también su negativa a entender la división de Alemania en dos Estados como una consecuencia de los doce años de gobierno de Hitler, que había sido la causa de la devastación del país y de la destrucción de su cultura y su moral. La historia de portada dedicada a Hilde Benjamin que *Der Spiegel* publica el 18 de marzo de 1959 ofrece un ejemplo en ese sentido. El odio de los nazis, que se habría dirigido contra determinados grupos, como también su determinación a actuar contra judíos, intelectuales, socialdemócratas, comunistas y la *Bekennende Kirche* [Iglesia confesante], a sembrar la guerra en Europa y a dividir la humanidad en una raza dominante y el miserable resto: el artículo deja todo eso de lado de forma insolente.

Llama la atención la falta de respeto con la que el texto trata el destino de los Benjamin. El médico generalista Georg Benjamin es el «comunista distinguido» que vivía en el «chalet de lujo» de sus padres. Su boda con la abogada Hilde Benjamin se menciona para hacer notar que ella no estaba entre los principales abogados rojos en Moabit. La verdadera situación de ambos solo aparece fugazmente en una frase subordinada, casi como un *flash* : «el bufete y la consulta médica de los dos ‘comunistas distinguidos’ en el ‘Wedding rojo’ fueron devastados en 1933 a manos de una cuadrilla de las SA ». El «doctor comunista» parece ser el culpable de todo lo que le

ocurre después: termina en la cárcel y «reaparece» después de diez meses. Cita: «Su alegría humanitaria se evaporó en el campo de concentración de Sonnenburg. A la mesa familiar se sentaba ahora un tipo extraño y parco en palabras».

El horror ante la «parquedad de palabras» de los autores del artículo por lo que se refiere al nacionalsocialismo se incrementa aún por el lenguaje despiadado con el que enumeran las sucesivas estaciones de Georg Benjamin, candidato judío a la muerte. A la prisión de Brandemburgo, en la que pasó seis años, se refieren con la frase: «Durante algunos meses, en una celda repleta de la prisión de Brandemburgo, Georg Benjamin pudo echar una mano al subordinado que repartía la comida. Luego las SS le enviaron con un puñado de presos políticos al campo de concentración de Columbia; desde allí pasó al campo provisional de Wuhlheide, en el margen oriental de Berlín». La frase final de este pasaje rezaba: «Después de un pogromo en el campo de Wuhlheide, los prisioneros judíos —'viven como marajás'— fueron trasladados». El artículo de primera plana no dice quién había afirmado que los prisioneros judíos del campo de concentración de Columbia en Wuhlheide vivían supuestamente como marajás.

Sobre la actitud de Hilde Benjamin después de 1945, los autores de *Der Spiegel* hacen la siguiente valoración: «A nivel político se sentía más ligada que nunca a las convicciones políticas de Georg Benjamin, a nivel humano los años de persecución la habían endurecido como la piedra». Y a continuación: «Convencida de sus capacidades, quería estar entre los que pisotean y no entre los que son pisoteados».

Pisotear o ser pisoteados: para los autores de *Der Spiegel* es inconcebible que las motivaciones de Hilde Benjamin pudieran venir de otro tipo de experiencias. Hubiera podido tener en mente una noción socialista del derecho distinta de la justicia de clase que había conocido en la República de Weimar. También podría haber querido poner fin a la tradición burguesa del derecho, que albergaba una simpatía tácita por el terror de derechas. El libro *Vier Jahre politischer Mord* [Cuatro años de asesinatos políticos], que tuvo un gran impacto por un tiempo en 1922, revela lo cerca que estaba la Justicia de los enemigos de la República.

Su autor, Emil Julius Gumbel, ha sido casi olvidado. *Die Zeit* ha publicado recientemente su biografía. Noventa años después de su publicación, el libro revela una alarmante actualidad. Acusa a la judicatura que contribuyó a destruir la primera democracia. Kurt Tucholsky se refirió

en la revista *Weltbühne* a su cuarta edición —revisada en 1922—, destacándolo como un «libro sobre la vergüenza alemana». A partir de un minucioso estudio de documentos de asesinatos por motivos políticos, el autor daba cuenta de 354 asesinatos atribuidos a la derecha y 22 atribuidos a la izquierda. 326 de los homicidios cometidos por la derecha quedaron impunes, de los de la izquierda fueron cuatro. Pero Gumbel no se limitó a las cifras. Publicó también los nombres de todos los asesinos que estaban a su disposición, no solo los de aquellos que estaban presentes en el lugar de los hechos, sino también los de los mandantes e instigadores que estaban detrás, en cuyas listas de la muerte estaban también —antes de ser asesinados— Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, Matthias Erzberger y Walther Rathenau.

El libro, después de la agitación inicial y de la amenaza de emprender acciones legales contra él, no tuvo ninguna repercusión. En la práctica, la derecha nacionalista pudo ejercitar—en un espacio privado de todo derecho — el terror contra judíos, comunistas y socialdemócratas.

Casi noventa años después, la expresión de Tucholsky sobre la «vergüenza alemana» circula de nuevo, aunque sin mencionarle a él ni sus motivos de entonces. Fue la canciller Angela Merkel la que la pronunció en 2012, en la ceremonia fúnebre por las víctimas de una serie de asesinatos que conmovieron a Alemania. Diez víctimas mortales de una célula neonazi que durante diez años, y sin ser descubierta, pudo ejercer su odio contra todo aquello que le era extraño. Por el camino quedaron nueve emigrantes, ocho de ellos de origen turco, uno de origen griego, y una policía. Los diez fueron ejecutados con la misma arma. A ninguno de los agentes que estudiaron los casos se les ocurrió vincular la serie de asesinatos con la extrema derecha. Los investigadores buscaban a los asesinos en las familias, sospechaban de los familiares de las víctimas, hasta que por azar se descubrió a los asesinos. La canciller habló en la ceremonia fúnebre de una «vergüenza alemana» y pidió disculpas a los familiares porque las autoridades judiciales les habían atormentado durante diez años, ya que los consideraban sospechosos de los crímenes. No se le ocurrió nada que pudiera suponer una mejora sustancial de las condiciones de los inmigrantes en Alemania.

En 1922, Gumbel calculaba: un homicidio con un móvil nacionalsocialista costaba cuatro meses de prisión y dos marcos de multa. Los asesinos de izquierdas debían contar de media con quince años de

prisión o la pena capital. En sus salas de audiencia, la joven abogada Hilde Benjamin tuvo ocasión de ver cómo la magistratura era indulgente con los criminales de derechas y cómo una «justicia nacional-conservadora actuaba como fiel ayudante del terror» (Kurt Tucholsky).

Entre la justicia penal de 1922 —que estaba ciega en su ojo derecho y contribuiría activamente al hundimiento de la República de Weimar— y el nuevo inicio en el Este de Alemania en 1945 median más de veinte años. Los colaboradores de Hilde Benjamin se refirieron a este capítulo de su vida con el título: «Contribución a una democratización de la justicia». El título del capítulo está trazado con esmero y protegido con un folio transparente semejante al pergamino.

Si muchas de las viejas estructuras —incluyendo las tasas de matrícula en los institutos— sobrevivieron en Alemania Occidental, la RDA tenía otros problemas. Después de eliminar a los colaboradores del régimen nazi de sus puestos en la administración, la justicia y la educación, su tarea más urgente consistía en formar rápidamente, y con currículos abreviados, a nuevos jueces populares y futuros funcionarios de la administración para que pudieran ocupar las plazas vacantes.

En las cien páginas que los colaboradores regalaron a Hilde Benjamin con motivo de su 65 cumpleaños puede encontrarse una cita de Walter Ulbricht que menciona las prioridades que habrían guiado la renovación de la RDA : «Pregunto: ¿a cuántos antifascistas se ha formado para que puedan ejercer como jueces populares? Los camaradas dicen siempre que quieren leyes. Eso no es tan sencillo, queridos amigos. ¿Dónde están los juristas surgidos de ambientes de trabajadores con una formación que les permita promulgar leyes democráticas? ¿O queréis dejarlo todo en manos de los viejos abogados? Así no es como funciona. En lo que se refiere al empleo y la formación de nuevas fuerzas democráticas estamos solo al principio. Esa es la situación real. […] Todo depende de los cuadros, de la reeducación de las personas, de lograr emplear rápidamente a las nuevas fuerzas. En la primera etapa de este desarrollo se plantea para nosotros la cuestión de la depuración».

En una entrevista de 1946 en Deutschlandsender —la emisora de radio de la RDA —, Hilde Benjamin hizo suyo el concepto de «juez popular». Pidió a los oyentes que tuvieran en cuenta dos cosas cuando usaran este concepto: «No ha de suscitarse la impresión de que los que hayan aprobado los cursos

de formación de jueces sean algo distinto, posiblemente algo menos que los jueces con instrucción académica. Son jueces a todos los efectos. El concepto de juez popular ha de convertirse en un título de honor que ha de valer para todos los jueces, y nuestro mayor empeño es que pronto todos los trabajadores de la justicia en la nueva Alemania sean jueces populares».

Para la posterior ministra de Justicia de la RDA los jueces populares eran algo más que un mero recurso para rellenar las vacantes que se habían producido en la magistratura tras la «eliminación de todos los miembros del partido nazi». Hacía notar que de los doscientos estudiantes de derecho en la Universidad de Berlín en el año 1946, apenas sesenta estaban entre el cuarto y el sexto semestre de carrera, de modo que había que esperar cinco o seis años hasta que llegaran suficientes efectivos de una nueva generación. Su esperanza era que los nuevos juristas «surgieran también del pueblo», y que estuvieran marcados por la misma «pureza de carácter y orientación antifascista y democrática que tenían los nuevos jueces que están saliendo de las escuelas de formación para jueces». Como explica muy claramente en la entrevista, las escuelas de formación para jueces, como segunda vía junto a las universidades, habían de formar «a personas en edad más madura» e impregnar el nuevo modelo de juez profesional, del «verdadero juez popular»; no ya como «jurista del gremio de la vieja escuela», sino como un juez que garantiza una jurisprudencia que parte del conocimiento de las condiciones de vida del pueblo y sus necesidades.

En la transcripción de una reunión de la Administración de Justicia Alemana (Deutsche Justizverwaltung) de octubre de 1948, Hilde Benjamin describe la situación del personal de Justicia y da cuenta de que, a mediados de septiembre de 1948, 915 jueces y 327 fiscales y abogados del Estado estaban en activo en la zona de ocupación soviética. Siguió atentamente los progresos de los estudiantes de los cursos de formación de jueces e informó del examen final del segundo curso de jueces populares, celebrado en Potsdam en junio de 1947. Allí se implicó para lograr una mejor manutención de los estudiantes. En la misma página del periódico destacaba una foto del castillo de Babelsberg: «El que un día fuera el castillo de los príncipes es hoy la sede de la formación de los jueces socialistas». Bajo la imagen, un extracto de la grabación en el que Hilde describe el miserable aspecto de los estudiantes con estas palabras: «El estado de alimentación de los estudiantes era manifiestamente pobre. En las últimas semanas, como se ha informado, la alimentación comunitaria del gobierno provincial de

Potsdam ha sido muy insuficiente. Eso ha comprometido en parte su rendimiento».

En los materiales para el «Informe sobre el estado de la nación» de 1971, comparables con el *State of the Union Message* en Estados Unidos, una compilación de sucesos que complementaba el discurso de Willy Brandt ante el parlamento de Alemania Occidental, se analizaban las diferencias entre los dos Estados alemanes. Allí se decía lo siguiente sobre la reforma socialista del derecho: «La legislación de la RDA » enlaza con la «tradición jurídica nacional; sigue fundamentalmente el procedimiento que aplica cualquier legislador cuando actualiza el orden jurídico nacional, si bien hay que admitir que existen notables diferencias cuantitativas». En este sentido, «la evolución jurídica de la RDA » es también «un desarrollo del derecho alemán».

Todo esto se afirmaba —algo más bien raro en aquel entonces— sin echar espuma por la boca. Si la confrontación social en la competencia entre ambos sistemas hubiera sido distinta, ambos sistemas jurídicos —el socialista y el burgués— habrían podido competir por superar el nazismo y no por difamar a la otra parte.

En los materiales para el «Informe sobre el estado de la nación» puede encontrarse «la primera descripción empírica fundada de distintas estructuras de la RDA en comparación con las de la República Federal Alemana». En el prólogo se afirma que la gran repercusión de esta publicación demuestra el interés de obtener una información objetiva y desapasionada sobre la situación en la RDA . En las más de trescientas páginas de análisis se constata, entre otras cosas, que todos los antiguos miembros del NSDAP —con pocas excepciones— han sido apartados de sus cargos en la Justicia, la Administración y la Educación, tal y como se exigía en el acuerdo de Potsdam. En la República Federal, en cambio, la actitud hacia la «generación de los perpetradores» había sido mayoritariamente distinta. Eso nos lleva al clima tantas veces descrito de la restauración en Alemania Occidental.

En los materiales de 1971 se afirmaba también: «A la rápida eliminación de la generación de los perpetradores de sus cargos y funciones con vistas a dejar atrás el pasado fascista le sigue la necesidad de sustituir a los expertos que han sido relevados de sus cargos, y que por tanto no están disponibles, por nuevo personal que reciba una rápida formación». En un primer momento, dicha formación se ofertará fuera de las universidades y los

centros de formación superior. Pero las universidades de la RDA se movilizan rápidamente en cuanto queda patente que los cursos de formación rápida solo pueden transmitir una competencia técnica limitada. Para poner remedio a la escasez de jóvenes cualificados en las escuelas y administraciones, entre 1946 y 1947 se fundan facultades de pedagogía en varios centros de formación superior, y un año más tarde se inauguran también facultades de ciencias sociales en Leipzig, Rostock y Jena. Se trata de hechos que —preparados para el público de Alemania Occidental— fueron recogidos en los materiales para el «Informe sobre el estado de la nación» sin recurrir a fórmulas propagandísticas.

También podía leerse que el apoyo a niños en situaciones de discriminación social era uno de los objetivos de la RDA . Los niños que mostrasen grandes aptitudes y provinieran de familias de trabajadores industriales o de pequeños campesinos habían de tener preferencia en el acceso a la universidad. Para ello se habían puesto en funcionamiento —ya en 1946— «institutos de preparación para el estudio», que en un principio estaban adscritos a los centros de formación de adultos y a finales de 1947 pasarían a formar parte de las universidades. En 1949 se transformaron en facultades de obreros y campesinos. El objetivo del gobierno de la RDA era incrementar el número de estudiantes que provenían de las capas sociales inferiores y que, cuando se abrieron las universidades, solo constituían el cuatro por ciento del alumnado. La tentativa fue bien recibida, como un loable esfuerzo en pos de la justicia social. Sin embargo, en la guerra de propaganda entre el Este y el Oeste, los medios occidentales hablaron enseguida de una «bolchevización de la formación superior». El hecho de que en la posterior RDA se dificultara el acceso a la universidad a los hijos de familias burguesas o no afines al sistema es la otra cara de la moneda.

Sesenta y tres años más tarde, en la Alemania de 2012, el Ministerio de Investigación de la República Federal y la organización Studentenwerk hacen públicos los resultados de un estudio del Instituto para la Investigación Universitaria. Hoy el cincuenta por ciento de los estudiantes vienen de familias con estudios universitarios. Más de veinte años después de la reunificación, la revista *Focus* lanzaba el siguiente titular: «En la universidad los hijos de los académicos están en familia». Si el objetivo era que el acceso a la formación superior no estuviera marcado por la selección social, sin duda la RDA tuvo más éxito que la República Federal. Echar un vistazo al núcleo de la política educativa de la RDA —si uno deja de lado la

semántica ideológica en torno a las «facultades de obreros y campesinos»— podría resultar hoy muy estimulante.

No es posible contemplar la segunda mitad de la vida de Hilde Benjamin sin dirigir la mirada a los dos Estados alemanes. En la República Federal, el equivalente al antibolchevismo impuesto por los nacionalsocialistas era el perfil de comportamiento político que las potencias occidentales esperaban de una sociedad en su ámbito de influencia. Cuando la coalición de los cuatro aliados se rompió en 1948 —ruptura que sería definitiva con la constitución de los dos Estados alemanes—, los Estados Unidos querían evitar que la República Federal quedara también bajo el poder de Moscú. Konrad Adenauer vio ahí la oportunidad de liberar a la república renana —con su capital provisional en Bonn— de la tutela de las potencias vencedoras y de hacerse así imprescindible para las potencias occidentales como «baluarte» ideológico contra Moscú. La inmunización contra las ofertas de Moscú por parte de una Alemania neutral pero unida funcionó. Ninguna de las ofertas de Stalin en este sentido fue tomada en serio o analizada en detalle, y sin duda Berlín Este también las habría rechazado.

Eso, por su parte, reforzó la esquematización de la RDA como contraproyecto antifascista frente a la RFA . Es cierto que, ya en 1946, el SED había derogado la norma que no permitía que antiguos miembros del partido nazi entraran en sus propias filas. Pero, en general, la RDA se tomó en serio la necesidad de ajustar cuentas con el nacionalsocialismo. Eso se vio confirmado por la reemigración de intelectuales de izquierda a la RDA . La promesa del SED de abrir una nueva vía alemana hacia el socialismo ofrecía al mismo tiempo un aliciente para los intelectuales que volvían de la emigración y que ponían sus esperanzas en una tercera vía entre el fascismo y el capitalismo. Esta esperanza la compartían filósofos como Ernst Bloch o especialistas en literatura como Hans Mayer. Los dos fueron profesores en Leipzig hasta que, decepcionados, acabaron por dar la espalda a la RDA (en 1961 y 1963, respectivamente).

Algunos de los que abandonaron la RDA en los años anteriores o posteriores a la construcción del muro tuvieron que constatar que sus convicciones socialistas individuales no eran del agrado del SED . Wolf Biermann fue uno de ellos. Después de 1961, aquel que atravesara sin permiso las líneas de separación entre Este y Oeste —fuertemente vigiladas— corría peligro de dejar su vida en la frontera. Y en la República Federal el clima de restauración de los años cincuenta y sesenta era asfixiante. La

prohibición del KPD en 1956 por parte del Tribunal Constitucional, y las cerca de doscientas mil instrucciones de sumario que se iniciaron entre 1951 y 1969, revelan una persecución dirigida contra toda oposición de izquierdas, que era denunciada como adversaria del «orden fundamental basado en las libertades».

En los dos Estados alemanes el derecho penal se aplicó para perseguir las convicciones políticas. La República Federal prohibía todo aquello que pudiera concebirse como una alternativa socialista o marxista. La RDA necesitaba Bautzen, Hohenschönhausen y otras prisiones de la Stasi, y aniquiló toda esperanza en un socialismo con rostro humano. Los prisioneros se convirtieron en mercancías: entre 1963 y 1990 la República Federal liberó a un total de unos 34 000 presos políticos de las prisiones de la RDA . A cambio, Berlín Este obtuvo divisas y mercancías por un valor total de 3500 millones de marcos.

Capítulo 10

… TODO LO QUE SEA DERECHO

La escasa inclinación de la Justicia de la República Federal Alemana a esclarecer los crímenes del Estado hitleriano no solo ha llevado a la desesperación a los familiares de las víctimas. Los asesinos y sus asistentes, que no habían mostrado ningún problema de conciencia a la hora de fusilar o gasear a los opositores del nazismo o a los perseguidos por motivos raciales, podían contar sin embargo con jueces sumamente comprensivos. La habitual absolución se apoyaba por lo común en el reconocimiento de la «situación sin salida» en que se hallaba el acusado, que podía acogerse a que actuaba «siguiendo órdenes de superiores», cosa que los tribunales generalmente aceptaban. Mientras se pudiera alegar que seguían órdenes, el genocidio quedó impune.

Así ocurrió, por ejemplo, en el caso del comisario jefe de policía Heinz Gerhard Riedel, que en junio de 1974 salió del tribunal de Kiel como hombre libre. Constaba que como jefe de la *Geheime Feldpolizei 570* [policía militar secreta 570] había dado órdenes de matar a siete partisanos en un camión especial introduciendo los gases de escape de los automóviles. El tribunal consideró que la acción no era constitutiva de homicidio, porque «no era ‘cruel’ ni estaba realizada ‘con mala intención’». Los partisanos podrían haber sabido que los alemanes utilizaban camiones de gas. Las víctimas, por tanto, no eran ingenuas al respecto, «de modo que el hecho no presentaba el rasgo decisivo de la alevosía».

O también la absolución de un neurólogo que había estado implicado en numerosos casos de asesinatos por eutanasia. El juzgado municipal de

Colonia atestiguó que el médico acusado había cometido esos delitos por «idealismo». Algo que se habría manifestado también en el cuidado con el que el acusado se había ocupado «de obtener los féretros necesarios para las víctimas de la eutanasia».

En los años setenta, un tribunal de Múnich justificó su decisión de rechazar la apertura de un proceso contra antiguos miembros de las SS porque «seguían órdenes de superiores». Lo cierto es que habían colaborado en el asesinato de entre noventa mil y cuatrocientas cincuenta mil personas, pero con todo no se les podía imputar, ya que habían actuado en la conciencia de encontrarse en una situación completamente sin salida, en la que no podían hacer nada más «que obedecer las órdenes que habían recibido».

Son solo tres ejemplos entre miles que revelan el funcionamiento de la justicia en la República Federal después de 1945. Poco después de los trece procesos de Núremberg, se promulgaron leyes de amnistía para los antiguos nazis. Con el llamado artículo 131 se abolió la ley que los aliados habían acordado en Potsdam prohibiendo la admisión en la función pública de aquellos funcionarios que hubieran sido miembros de una organización del Estado nacionalsocialista o del NSDAP antes de 1937. En 1948 había 1819 procesos contra crímenes nazis, en 1955 eran solo 21.

Los «ayudantes de los asesinos» se encontraron definitivamente libres de todo riesgo el 1 de octubre de 1968, cuando el parlamento aprobó la ley introductoria a la ley de infracciones administrativas. Eduard Dreher, alto funcionario del Ministerio de Justicia en Bonn, que era un antiguo nazi y ahora el responsable de la reforma de la justicia, había introducido una modificación en el código penal que tendría la desconcertante consecuencia de una total y retroactiva impunidad para gran parte de los burócratas nazis. Sabía lo que hacía cuando redujo el plazo de prescripción por colaboración en homicidio a quince años. Los crímenes con un plazo de prescripción de quince años ya habían proscrito por tanto el 8 de mayo de 1960. Con esta amnistía encubierta, de la que supuestamente nadie se dio cuenta, los planificadores del genocidio en la Oficina Central de la Seguridad del *Reich* no podían ser llamados a responder ante la justicia. Durante el nazismo, Dreher había sido fiscal en el Tribunal Especial de Innsbruck, y allí había sido un riguroso defensor de la pena de muerte, que reclamaba incluso en los crímenes más leves, aunque no siempre conseguía imponerla.

Por el contrario, en la RDA , los años entre 1945 y 1949 se consideran como el periodo de «cambio antifascista-democrático». De las estadísticas de la RDA se desprende que entre 1945 y 1965 se condenó a un total de 1208 criminales nazis. Unas 118 personas fueron condenadas a muerte, en 231 casos hubo condenas a cadena perpetua. Entre 1965 y 1978 hubo 54 condenas más. Como en la RDA no había una instancia de apelación superior que revisara las condenas, no es posible saber si los procesos fueron irreprochables desde el punto de vista jurídico o si se llevaron a cabo con una defensa de oficio. En los primeros cinco años después de 1945 el derecho de los aliados era el fundamento jurídico para las investigaciones sobre los criminales nazis. Y era así tanto en el Este como en el Oeste. En total, por cada cien mil habitantes, en la RDA se condenó al doble de personas por crímenes nazis que en la República Federal.

El balance de la elaboración jurídica de los crímenes nazis en la primera década de posguerra en Alemania Occidental es, por tanto, decepcionante. En los cerca de 110 000 sumarios que se iniciaron al final de la guerra y que llegaron a los tribunales se condenó a unas 6500 personas, en 166 casos a cadena perpetua. Los jueces y fiscales del Estado nazi, que eran responsables de un total de cincuenta mil condenas a muerte, no hubieron de temer por tener que rendir cuentas ante los tribunales. La generación de los culpables no quería que hubiera una memoria de lo ocurrido, y los medios y la política crearon un clima adecuado para ello. De ahí la importancia de la imagen de la RDA como el «imperio del mal». De ese modo el nacionalsocialismo quedaba relegado a un segundo lugar, como algo casi irrelevante. Así fue como se sepultó, y por muchos años, la memoria de la quiebra de civilización que se produjo en la época hitleriana.

De acuerdo con una encuesta de 1951, para un cuarenta por ciento de los alemanes occidentales el Estado nazi «también había tenido sus cosas buenas», y para una minoría nada desdeñable Hitler fue hasta bien entrados los años sesenta «un político importante». El propio Adenauer contribuyó a todo esto. Durante el primer congreso federal de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) en Goslar, en el que se reunieron los miembros de la CDU de las tres zonas occidentales, llegó a aventurar la siguiente comparación: «La presión que el nacionalsocialismo […] ejerció mediante los campos de concentración era tenue en comparación con lo que hoy ocurre en el bloque oriental». De ese modo el fascismo hitleriano se describía oficialmente como un escenario de guerra secundario en la historia alemana. Este tipo de

declaraciones favorecieron la restauración y el ascenso de conocidos exnazis durante la época de Adenauer.

El porcentaje de antiguos nazis en altos cargos del Estado y la sociedad era alto. Entre ellos estaba también Hans Maria Globke, nombrado secretario de Estado en la cancillería. Ocupó el cargo durante diez años y no dimitió hasta 1963, cuando fue condenado a cadena perpetua en ausencia en la RDA . Entre otras cosas, se había significado como comentador de las leyes raciales. Globke, al igual que Theodor Oberländer o Waldemar Kraft —y, junto a ellos, conocidos médicos y profesores— formaban parte de un extenso catálogo de las élites de Hitler que seguían ocupando altos cargos en la República Federal.

Fue la Guerra Fría lo que permitió a la República Federal pintar una visión de la historia marcada por la pérdida de la memoria histórica. Tomemos por ejemplo el *land* de Baja Sajonia. Ya en 1946 se había promulgado allí una amnistía «fría» para la justicia. Se abrieron «comisiones de depuración» en las que el gobierno militar se reservó por un tiempo la decisión última. Para la justicia se formó una comisión especial en la que la mayoría de jueces y fiscales solo aparecían en el grupo de los «simpatizantes» (nivel IV) o de los exculpados (nivel V). De ese modo se abría la puerta a que pudieran ocupar sus viejos cargos. Se puso en funcionamiento la famosa «fábrica de simpatizantes», y Baja Sajonia se convirtió en un refugio idóneo para juristas con un pasado incriminatorio. El número de miembros del Partido Nacionalsocialista entre los jueces de Baja Sajonia pasó de un sesenta y cinco por ciento antes del final de la guerra a cerca del noventa por ciento en el año 1948.

Los «temibles» juristas del nazismo siguieron siendo jueces o fiscales, revelando así que la jurisprudencia no se orientaba solo por un sistema de valores, sino por un sistema de poder, y que lo que se convierte en norma jurídica es generalmente aquello que sirve a los intereses de los poderosos. De acuerdo con esta lógica, las leyes raciales y la higiene racial en nombre de las cuales se aniquilaron las vidas «privadas de valor» estaban justificadas y no podían cuestionarse, de modo que la vida podía seguir adelante con buena conciencia.

Pero la negativa a enfrentarse política e históricamente con el periodo nazi no podía mantenerse por mucho tiempo. Había muchas razones para ello y la más importante era la división del país. Pues eso llevó a que las élites nazis, que habían logrado «poder e influencia» en la zona occidental,

no pudieran escapar a la larga sombra del pasado. «Pese al silenciamiento y el ocultamiento colectivo, la esperanza de que se produjera un gran olvido no se llegó a cumplir», constató con razón Norbert Frei en su libro *Las élites de Hitler* . Porque había dos «Alemanias»: la RDA no se privaba de publicar expedientes y otras pruebas que señalaban a los criminales nazis cuando le parecía políticamente oportuno.

Como esta situación generaba inquietud en el extranjero, en Bonn se intentaron distintas estrategias para mejorar la reputación de la República Federal Alemana. Los funcionarios responsables de estas tentativas eran también antiguos miembros del partido nazi. Y también lo eran dos tercios de los funcionarios de lo que más tarde sería el Ministerio de Asuntos Exteriores de Adenauer, así como Herbert Blankenhorn —por un tiempo secretario personal de Adenauer—, y también Günter Diehl, el portavoz de gobierno de la época; los dos estaban encargados de mejorar la imagen del aparato del gobierno federal, que seguía presentando tintes nazis.

Así fue como los crímenes nazis y la escasa disposición de Alemania Occidental a enfrentarse críticamente con el pasado se convirtieron en instrumentos de la guerra de propaganda entre el Este y el Oeste.

Para los antiguos nazis que ocupaban cargos en los medios de comunicación de la República Federal, Hilde Benjamin era una pantalla de proyección oportuna. Ella nunca habría puesto el punto final que exigía una y otra vez la generación de los culpables. Pero ese punto final tampoco lo trajo la reunificación, al contrario: en los años que siguieron a la caída del muro, el ideario de extrema derecha y un virulento racismo cotidiano emergieron de nuevo de los estratos profundos de la represión colectiva. Una vez más los delitos de odio no fueron suficientemente perseguidos, ni en el Este ni en el Oeste. También en la Alemania reunificada se produjo un claro fracaso de las autoridades policiales y de los organismos de seguridad interna. Apenas surgió la pregunta de si una causa de ello podría ser la escasa disposición de la República Federal después de 1945 para enfrentarse con la catástrofe que había supuesto el nazismo. Una instancia presentada por el SPD y los Verdes en el parlamento, que en 2012 fue aprobada por la mayoría en la comisión de cultura, exigió una investigación independiente que aclarase en qué medida los ministerios de Interior, de Justicia y de Economía habían estado expuestos a «continuidades personales e institucionales». Al tener noticia de esta petición, siete

historiadores se sumaron a ella: los profesores Micha Brumlik, del Instituto Fritz Bauer, y Michael Stolleis, del Instituto Max Planck para la Historia del derecho europeo, coincidieron con otros cinco historiadores de prestigio en que los tres ministerios habían contribuido poco a una elaboración crítica del pasado después de 1945. Más bien la habían obstruido deliberadamente. Si la moción era aprobada por una mayoría en el pleno del parlamento, podía abrirse un nuevo capítulo en la superación de la dictadura nazi.

Lo que era oportuno para la política y la justicia, también era justo para los periodistas. Quien hoy, casi setenta años después del final de la guerra, eche un vistazo a las ediciones de los semanarios *Der Spiegel* y *Die Zeit* hasta finales de los años cincuenta y lea lo que escribían sobre la zona soviética y la posterior RDA , habrá de enfrentarse a un lenguaje que se acerca mucho al registro de la propaganda del régimen nazi. Los periódicos tampoco tenían problemas para realizar ataques misóginos si se dirigían contra su enemiga preferida, Hilde Benjamin. Algunos periodistas escribían con una imagen de la mujer que aún estaba marcada por la cruz del honor a las madres alemanas de los nazis. De ahí que la señora ministra de Justicia de la RDA apareciera como una marisabidilla. De ahí el texto chovinista de una noticia de primera plana que le dedicó *Der Spiegel* en 1951: «Hilde Benjamin, de soltera Lange, pasó los mejores años de su vida frente a las puertas de los salones de baile. Ni como mujer ni como abogada le sonrieron el éxito y la fortuna». Un mínimo conocimiento de lo que fue su vida durante el nazismo revela lo intolerable de un texto semejante: doce años de interdicción profesional, el matrimonio con el médico Georg Benjamin, que fue uno de los millones de asesinados, el temor por lo que pudiera pasarle a su hijo Mischa, expuesto desde niño a la persecución por las leyes raciales.

Los autores de la revista querían suscitar la impresión de haber conocido de cerca a Hilde, como si la conocieran como compañeros de escuela —compañeros que no hubiera podido tener en la escuela femenina Gumbel-Lyzeum, donde *Der Spiegel* suponía que había estudiado—. En realidad Hilde había estudiado en el Auguste Victoria Lyzeum de Berlín. En diciembre de 1952 podía leerse en *Der Spiegel* que sus compañeras de clase consideraban a Hilde Lange una «bestia fría de la inteligencia». Por un tiempo lograron dar con «compañeros» que hablaban de la estudiante modelo Hilde Benjamin como de «una criatura larguirucha con trenzas

negras azuladas y la tez entre amarilla y marrón». La «india» de la Dünterstraße era «interesante, pero antipática».

En el siguiente párrafo la larguirucha bestia de la inteligencia había «echado carnes. Los mofletes resaltaban la falta de barbilla. Por encima de los ojos vivaces y las cejas tupidas se anidaban las trenzas, recogidas en un moño». El efecto que se quería sugerir al lector estaba calculado: después de la guerra, las condiciones de habitabilidad se habían deteriorado, y eso había llevado a una frecuente falta de higiene. En cada escuela, en cada orfanato, en los cabellos de los adultos, los jóvenes y los niños anidaban cosas bien distintas de las «trenzas en un moño».

Aludiendo a una grabación de la radio del sector americano (RIAS), se recordaba un interrogatorio «de esta mujer en un juicio farsa de la zona soviética». En él se podía oír su «voz oscura, monótona, fría, escalofriantemente familiar para los habitantes de la zona soviética y que resonaba incluso en los oídos de millones de oyentes radiofónicos de Alemania Occidental: su 'continúe, acusado, continúe' y su '¿qué hizo usted entonces?'».

Está claro: la mujer que hacía ahí las preguntas, tan «escalofriantemente familiar», era Hilde Benjamin, cincuenta años, vicepresidenta del tribunal supremo de la República Democrática Alemana. En *Der Spiegel* se la describía como «representante de esa pérfida 'justicia progresista' que se ha desarrollado en los últimos siete años en Alemania central y que ahora se intenta establecer por la fuerza como norma jurídica en una reforma del código penal». La descripción de esta terrible figura que cargaba con toda la responsabilidad de estos cambios concluía con la siguiente frase: «Ninguna otra persona no rusa ha participado de forma tan directa en este proceso como Hilde Benjamin, la comunista venida de la casa con muebles de terciopelo en Steglitz». Mencionemos tan solo de pasada que los autores creían que Hilde era la viuda de Walter Benjamin y no de su hermano Georg. La confusión de ambos hermanos se repetía varias veces en el artículo.

Lo que *Der Spiegel* de estos años designaba como «pérfido» eran los jueces y fiscales populares que —como la revista transmitía a los lectores— «no eran instrumentos de una justicia abstracta, sino la palanca para desvencijar el derecho burgués y acabar con el dominio de la burguesía». Hilde Benjamin, que en la jerga de *Der Spiegel* se asociaba siempre al apelativo de «Hilde la sanguinaria», aparecía como la «ejecutora

despiadada […] de una voluntad de partido que aún no había sido reconocida en todo su alcance».

En efecto, apenas existía el «juez popular y antifascista dotado de juicio y experiencia vital» por el que apostaba Hilde Benjamin, «que se hubiera implicado activamente por la democracia antes y durante el periodo de Hitler, o incluso después de su hundimiento», como lo esperaba en el periódico *Neuer Weg* de Mecklemburgo. Se buscaba al «luchador consciente por una nueva Alemania». Para el cuarto curso para la formación de jueces populares de 1948, dicho periódico citaba la formación previa que se exigía a los futuros jueces: «Basta con tener terminada la escuela primaria; sin embargo, para poder aprovechar el curso se requiere una buena capacidad de comprensión, aptitudes para el pensamiento y el juicio lógico, así como la facultad de elegir correctamente las palabras y poder expresarse de forma fluida oralmente y por escrito». La edad mínima para poder realizar el curso era veinticinco años, y la máxima cuarenta y cinco. El curso era gratuito, duraba un año, y además incluía una pequeña paga mensual. También estaba previsto un subsidio para los familiares en función del número de miembros de la familia.

Der Spiegel equiparaba la «pérfida justicia progresista» y los «procesos farsa» de la RDA con la justicia nacionalsocialista. Se recordaba el interrogatorio de los acusados en el proceso por el atentado contra Hitler el 20 de julio, llevado a cabo por Roland Freisler, presidente del Volksgerichtshof nazi y principal fiscal del Estado hitleriano. Lo único que se tomaba en consideración era la figura del fiscal nazi, no el sistema jurídico inhumano para el que trabajaba. En este sentido, resulta ejemplar su interrogatorio a Peter Graf Yorck von Wartenburg: Yorck von Wartenburg: «Señor presidente, ya he declarado durante mi interrogatorio que el curso que ha tomado la cosmovisión nacionalsocialista…».

> Freisler (interrumpiéndole): «¡… que no estaba usted de acuerdo con él! Para decirlo concretamente, usted le explicó [a Stauffenberg] que, en lo que se refiere a la cuestión judía, no estaba de acuerdo con el exterminio de los judíos, que no compartía usted la comprensión del derecho nacionalsocialista».

A más tardar en este momento los autores del artículo del *Spiegel* podrían haber introducido un elemento de sorpresa exigiendo una reforma del código penal que superara el derecho nazi y —más allá de su agenda de

reformas, que aún tendría que esperar más de una década— se confrontase con la política de la RDA en materia de justicia. O podría haber recordado a Globke, secretario de Estado de Adenauer, cuyos comentarios sobre las leyes raciales nazis habían sido citados por Freisler. Pero no fue eso lo que hicieron los autores del artículo.

Después de la caída del muro, Michael —el hijo de Hilde Benjamin—, que era jurista y profesor en la Academia de Estado y Derecho en Potsdam, se ocupó en varias ocasiones con el nacionalsocialismo en cartas, artículos y numerosos análisis, y centraba su atención ante todo en la antigua RDA . Así lo revela también su reacción a un artículo del historiador Jochen Czerny sobre la influencia del nacionalsocialismo en la RDA , un texto que consideró que merecía «ser tomado en consideración y discutido». En su comparación entre el Estado nazi y la RDA , Czerny introducía una limitación necesaria: el modo «en que el nacionalsocialismo violentó a la humanidad» era incomparable. Y, sin embargo, observar el «fascismo cotidiano» le obligaba a realizar una comparación. En lo que se refiere a «las estructuras de dominación, los métodos y los rituales», había «similitudes vergonzantes entre el nacionalsocialismo y el socialismo de la RDA ».

Michael Benjamin tenía una visión parecida, pero relativizaba lo que Czerny denominaba el «fascismo cotidiano» que le recordaba a la RDA , pues para Benjamin no era sino «una parte minúscula de la infamia habitual en la Alemania de la época». Y luego describe cómo había vivido la cotidianeidad en la Alemania nazi: «Completamente marcada por el racismo, el nacionalismo, el militarismo y el anticomunismo. Todo dependía del certificado de arianidad: lo que uno era y lo que podía hacer, cómo se vivía y se moría, lo que estaba permitido aprender, comer y beber. Al principio, la cotidianeidad eran las tiendas judías destruidas, más tarde las familias judías arrestadas y deportadas. Entre las cosas más terribles del dominio nazi estaban la discriminación racial, las estrellas amarillas con las que se marcaba a los judíos, los signos igualmente humillantes que tenían que llevar los polacos y los trabajadores del Este. La cotidianeidad eran condenas por ultraje a la raza o desmoralización del ejército, eran los campos de concentración, la exaltación de la raza dominante, eran los profesores que pegaban con su bastón, y también el pueblo sin espacio vital, el culto de la fecundidad en las mujeres, etc., etcétera».

Benjamin escribe que se ahorra comparar estas realidades con la cotidianeidad de la RDA . «Se puede hablar de un antifascismo decretado desde arriba, pero el que se pusiera fin […] a esa cotidianeidad fue algo que todos los que la habían sufrido percibieron como una liberación». A eso añade una segunda idea: «Solo que no se había acabado realmente con ella. La idea de que fenómenos como el anticomunismo y el antisemitismo hubieran sido erradicados para siempre y de que nadie en la RDA necesitara ocuparse nunca más de ellos no era solo una ilusión acientífica, era también algo peligroso. La cotidianeidad nazi, precisamente porque era cotidiana, estaba más arraigada en las mentalidades de lo que queríamos admitir, y así tuvimos que constatarlo con terror después de 1989. Pero esa no era la cotidianeidad de la RDA ».

A partir de 1952, el tono del semanario *Der Spiegel* lo marcaron los dos jefes de las secciones de «Asuntos exteriores» e «Internacional», Horst Mahnke y Georg Wolff. Los dos eran antiguos oficiales de las SS y —como Lutz Hachmeister ha establecido en su antología de «señores periodistas» de tintes nazis— eran «antiguos especialistas en el Servicio de Seguridad (*Sicherheitsdienst— SD*) de Heydrich». El director de todo el Servicio de Seguridad Interno, el profesor Franz Alfred Six, que había controlado también la carrera de Adolf Eichmann, había sido condenado como criminal de guerra a veinte años de prisión por un tribunal de los aliados. Sin embargo, en 1952 había sido indultado y liberado de la prisión de Landsberg. Entonces se había establecido en Hamburgo. Allí pasó a dirigir una editorial que publicaba libros con pretensiones académicas sobre antiguos dirigentes nazis, libros que a su vez fueron reseñados en *Der Spiegel* .

Por ejemplo, los autores de la obra *Der Frieden hat eine Chance* [La paz tiene una oportunidad], que fue objeto de una breve recensión en *Der Spiegel* en 1954. Los autores eran los redactores y antiguos camaradas del exnazi Six, Wolff y Mahnke, que habían escrito el libro «haciendo evidente uso de materiales clasificados», como señala Hachmeister. Los dos tenían buenas relaciones con las redes de antiguos nazis, incluso con los servicios secretos del antiguo teniente general Reinhard Gehlen en Múnich, precursor del actual Bundesnachrichtendienst [Servicio Federal de Inteligencia], cuyas infiltraciones con miembros de las SS y el SD en los años de posguerra también están documentadas. Las historias sobre el pasado nazi se vendían bien, y ese era también un motivo por el que la revista se había asegurado

sus servicios. Se asumía que los antiguos nazis de la redacción no eran capaces de introducir diferenciación alguna en lo que ellos llamaban «bolchevismo». De ahí el insolente tono de casino.

Tendrían que pasar unos años hasta que en 1959 el semanario dejara de contemplar a Hilde Benjamin con las lentes deformantes de la Guerra Fría. Por primera vez se publicó un comentario que intentaba ponderar su trabajo como vicepresidenta del tribunal supremo de la RDA . Allí se dice de repente que resultaba «digno de consideración el hecho de las pocas condenas a muerte que había promulgado en cuatro años en el cargo y el alto número de penas de reclusión». Sigue una enumeración de sus juicios: «De los 67 acusados que en cuatro años han pasado por su tribunal, condenó a dos a muerte, a doce a cadena perpetua y a todos los demás a un total de 536 años de cárcel y trece años de reclusión». También el balance final de la revista, escrito en un lenguaje casi objetivo y aceptable, era sorprendente: «En su trabajo como juez, la Benjamin no ha sido una sanguinaria reedición femenina de Freisler, sino una marxista de sangre fría que calculaba el efecto político de sus veredictos».

El trabajo de Hilde Benjamin no la llevó a hacer amigos en la RDA ni en el Oeste. Pero en la RDA la expropiación de la gran industria y la reforma agraria se consideraban un paso importante para lo que Marx llamaba la superación de la contradicción fundamental entre el carácter social del trabajo y su apropiación económica privada. Así tuvieron que experimentarlo también los directivos de las empresas IG-Farben y Solvay, que además estaban acusados de cometer crímenes económicos.

La sede de Solvay estaba en Bernburg, junto a Magdeburgo, donde había nacido Hilde Benjamin. Su padre había recibido allí su formación como comercial, antes de que la familia se trasladara a Berlín. Los acusados se oponían firmemente a la estatalización de las plantas de producción que había en la zona de ocupación soviética. Estaba claro que la RDA se iba a defender de las tentativas de sabotaje y —como ocurrió en Bernburg— de transferir capitales a la República Federal.

Los acusados no ocultaban que querían perjudicar la economía de la RDA . Se les condenó a penas de entre dos y quince años de prisión. Hilde Benjamin dejó meridianamente claro que el juicio y la condena eran también una advertencia para todos aquellos que quisieran dañar de modo similar a la RDA . De ahí que hablara del «gran valor educativo de este juicio» y de las «convicciones deplorables» de los acusados. En la misma

línea iban los titulares de la prensa del Este: «Los criminales de Bernburg» o «El crimen de sabotaje de los lacayos de la Solvay».

El juicio de la Solvay en Bernburg, y ya antes el juicio contra nueve dirigentes de Conti-Gas en Dessau, habían forjado la imagen de la «jueza despiadada». En base a los acuerdos de los aliados en Potsdam, también Conti-Gas había sido expropiada. La dirección de la empresa había intentado transferir ilegalmente los capitales que estaban en el Este hasta Hagen, en Westfalia, a una empresa filial. Se trataba más o menos de un millón de marcos del *Reich* . Hilde Benjamin no mostró ninguna indulgencia. Para ella se trataba de un ataque a su Estado. De ahí su mala disposición hacia los «hombres del monopolio», a los que consideraba «de un carácter inferior».

La imagen de la jueza despiadada encajaba bien en el marco de la Guerra Fría. Servía a su vez a la imagen que Occidente tenía de sí y a su convicción de representar la mejor parte de la humanidad. En cambio, la responsabilidad de la generación de los culpables del Estado nazi en la República Federal parecía haberse desvanecido. La evidente serenidad de la política y los medios respecto al pasado de las viejas-nuevas élites y la temprana exigencia de una amnistía para todos los criminales de guerra condenados podrían haber reforzado a Hilde Benjamin en su convicción de que solo la RDA quería saldar las cuentas con el fascismo; contribuir a ello era el sentido de su vida. También pueden haber jugado un papel los repetidos ataques contra el régimen de la RDA por parte de grupos de resistentes que actuaban en la clandestinidad. En los periódicos de Alemania Occidental se recogían cada cierto tiempo noticias sobre actos de sabotaje en la zona de ocupación soviética.

Estas acciones también contribuyeron a la creación del Ministerio de Seguridad Estatal en mayo de 1950. A partir de ahí se desarrollaría una estructura capilar de seguridad en el interior de la República Democrática Alemana. Un año después de la fundación de la RDA , en otoño de 1950, un titular sensacionalista resaltaba en los periódicos del régimen: «Pistoleros, asesinos, ladrones». Se ofrecían datos de grupos de resistencia dirigidos por agentes occidentales. *Der Spiegel* estaba al corriente de una «lista de daños» compilada a lo largo de diez días. Una detonación en la fábrica de explosivos de Gnaschwitz había reducido la producción en un setenta por ciento. En Tschornau, junto a Aue, había explotado un molino esférico para minerales, en Mahlsalz un cartucho explosivo. El pilar de una torre de

extracción de un pozo en Annaberg había caído a consecuencia de un ataque con carga explosiva. El mismo día explotó una locomotora en el mismo lugar. Dos vagones frigoríficos especiales habían sido destruidos.

En una fundición de acero en Chemnitz los trabajadores habían visto cómo un cubilote —un horno vertical para fundir metales— saltaba en mil pedazos. Entre la chatarra para fundir había una granada de quince centímetros con carga explosiva. Además, la *Volkspolizei* sufrió una legendaria pérdida de armas que *Der Spiegel* también consideró un «acto de resistencia»: habían perdido 229 pistolas, 23 carabinas y dos ametralladoras en tres meses. El *land* de Turingia estaba a la cabeza en cuanto al número de pérdidas. Solo allí se habían perdido 91 pistolas de calibre 7,65 (solo las llevaban los oficiales de la *Volkspolizei*).

Nunca llegó a esclarecerse si estas acciones habían sido instigadas por agentes occidentales o si fueron grupos de resistencia que actuaban autónomamente. En cualquier caso, debió de reforzar la sensación de la dirección del partido de que la población de la RDA solo recorrería el camino para convertirse en una república socialista ejemplar de mala gana y refunfuñando. La consecuencia fueron duras condenas. En primer lugar, por la huelga de los trabajadores de la construcción, que el 17 de junio de 1953 salieron a las calles de Berlín y otras ciudades de la RDA para protestar contra el incremento arbitrario de las normas de trabajo. La huelga se convirtió en un levantamiento, y el SED tuvo que echar mano del Ejército Rojo para sofocarlo. Fue una insurrección marcada por el hambre. El abastecimiento estaba en una situación crítica, también por la implacable expropiación de los campesinos y la transformación de sus granjas en cooperativas agrícolas. Pueblos enteros quedaron desiertos. Los campesinos expropiados y sus familias huyeron en masa al Oeste. La respuesta de la justicia fue totalmente contradictoria. Dura e implacable contra los que fueron identificados como los instigadores. El papel de fondo de Hilde Benjamin ha sido descrito de formas distintas, pero estuvo marcado ante todo por el intento de influir políticamente en los fiscales y en sus peticiones en los juicios en curso. A continuación, vino el salto en su carrera que la convirtió en ministra de Justicia de la RDA . Moscú no era partidario de dar una respuesta judicial demasiado contundente al levantamiento del 17 de junio, pues eso podía incrementar la disposición antisoviética entre la población. De ahí que el SED tuviera instrucciones de poner fin a los juicios de la forma más rápida y silenciosa posible. Pero en

último término eso se aplicaba también a las acciones judiciales contra crímenes de antiguos miembros del partido nazi, que debían dar paso a una posición más conciliadora. La confrontación con el periodo nazi dio pie a una consideración más histórica del mismo. De modo que el nazismo pasó a formar parte de la confrontación propagandística entre el Este y el Oeste. Si resultaba políticamente oportuno, el SED no tenía reparos en publicar expedientes de antiguos nazis que desenmascararan a las viejas y nuevas élites de la República Federal en materia de economía, ciencia y administración. Eso llevó a que las élites con tintes nazis, que en el Oeste volvían a tener «poder e influencia», no pudieran huir de la larga sombra del pasado. «Pese al silencio y el ocultamiento colectivo la esperanza de que se produjera un gran olvido no se llegó a cumplir», constató con razón Norbert Frei en su libro *Las élites de Hitler* .

Para que comenzara a ablandarse la aversión del Oeste a enfrentarse con su propia historia hubo que esperar al final de los años cincuenta, con su clima de restauración. Quien haya vivido aquella época recordará las mesas de formica veteada en forma de riñón iluminadas por lámparas de pie. Los libros de la época recogían historias de las heroicas aventuras de la *Wehrmacht* en las llanuras rusas con las que se recreaba la generación de la batalla de Stalingrado. Los quioscos tenían novelas de guerra y ponían bien visible el periódico de extrema derecha *Deutsche National-und Soldaten-Zeitung* . O la famosa serie televisiva de 1959, *Soweit die Füße tragen* [Hasta donde nos lleven los pies], que glorificaba al soldado raso y celebraba a la *Wehrmacht* como una soldadesca valiente que en el fondo no tuvo nada que ver con la guerra de aniquilación en el frente ruso. Todo eso encajaba en la mentalidad y la psicología de la Guerra Fría. Alguna erupción de racismo cotidiano heredado ha quedado grabada en la memoria, cuando a veces los padres o los abuelos irrumpían en la habitación de los hijos o los nietos gritando: «¡Basta con esa música de negros!», una música que se transmitía desde el American Forces Network (AFN) y normalmente se escuchaba a todo volumen. La AFN fue la emisora de la generación de posguerra, que pudo encontrar en el *swing* de las *big bands* , en el *jazz* y en el *bebop* la banda sonora para una época políticamente de plomo.

Las posiciones de extrema derecha transmitidas por las generaciones de los padres y los abuelos siguieron influyendo y se infiltraron en la siguiente generación, algo que no es raro en una sociedad posfascista. Esto vale tanto para la Alemania del Este como para la del Oeste. Si hoy se contrastan los

éxitos electorales del Nationaldemokratische Partei Deutschlands (NPD) [Partido Nacionaldemócrata de Alemania] con un mapa del *Reich* antes de 1945, puede observarse que son los mismos lugares y regiones de la Baja Sajonia, de Baden-Wurtemberg, de Baviera, Turingia o Sajonia donde el partido de Hitler cosechó sus grandes triunfos desde el comienzo.

En 1962 el «escándalo *Spiegel* » cayó abruptamente en el Estado de Adenauer. El gobierno de la época, con el presidente de la CSU Strauß como ministro de Defensa, reconoció en un artículo sobre el ejército publicado en *Der Spiegel* y titulado «Relativamente listos para la defensa» un elemento de alta traición e hizo arrestar al editor Rudolf Augstein. Estuvo ciento tres días en prisión. También el autor del artículo y otros cuatro redactores estuvieron en prisión preventiva. La reacción de los lectores, los estudiantes y la burguesía liberal fue de gran indignación. Salieron a protestar a las calles de Alemania Occidental.

Los medios de comunicación comenzaron a transformarse. Los primeros quince años del semanario *Der Spiegel* cayeron en el olvido. Para Hachmeister se trata de una cesura histórica que le ha llevado a desplazar la «fecha de la fundación mental» de la revista del 4 de enero de 1947 al 26 de octubre de 1962, cuando comienza el «escándalo *Spiegel* ». Después de salir de prisión, Augstein se refirió al escándalo como «un golpe de suerte» que utilizó para convertir la revista en aquello que aún hoy quiere ser: un semanario liberal de izquierdas y un «arma de asalto de la democracia».

Capítulo 11

MADRE E HIJO

La pluma garabateaba sobre el papel de carta. Era el 14 de abril de 1960. La fecha está escrita en la parte superior del folio, en el lado derecho, a tres dedos del borde de la hoja. Una carta cariñosa de dos páginas: «Mi queridísima niña, ¡querida mamá Usch!». Hilde Benjamin escribía a su nuera Ursula (Usch), que acababa de dar a luz. Georg, al que llamarían Grischa, acababa de venir al mundo.

En su carta resonaba el recuerdo de sus propios embarazos: dos partos en algo más de un año. Solo había sobrevivido el segundo niño, Michael (Mischa). Peter solo llegó a vivir dos semanas. Con el nieto y la madre en sus pensamientos —así leo la carta más de cincuenta años después— Hilde Benjamin revivía de nuevo sus sensaciones de posparto. El dolor por la pérdida del primer hijo, la alegría por el segundo. Estas líneas, que dicen mucho de quien las ha escrito, pueden encontrarse en el armario que contiene el legado de Hilde Benjamin, y que Ursula Benjamin ha conservado y mantenido durante muchos años.

Ursula Benjamin me acerca esta y otra carta de su suegra, las dos protegidas con una funda transparente. Es un gesto esquivo, completamente discreto. Acabábamos de hablar de Bautzen y de esa otra Alemania que había desaparecido, y percibo en sus palabras —en las que introduce algunas observaciones críticas sobre mi imagen de Bautzen— que le resulta difícil conciliar mi descripción de la RDA con sus recuerdos, y aún más con su imagen de Hilde Benjamin, más bien vinculada a estas cartas. Por un comentario deduzco que ha tenido una larga y enconada discusión al

respecto con su hijo Grischa, cuyo nacimiento en 1960 propició la felicitación de Hilde. Desisto de seguir preguntando.

Vuelve a mirar los apuntes que ha tomado a partir de los pasajes de mi texto sobre Bautzen, y no añade nada más a la alusión sobre la discusión telefónica. Lo interpreto como un deseo de centrar la atención en todos los aspectos que tienen que ver con Hilde Benjamin. Estas cartas son también relevantes para todo aquel que quiera retratarla. Después de leerlas ella ha cobrado vida para mí, casi podía ver cómo daba vueltas a las expresiones. Hay frases como: «Quizá estés algo más contenta por el hecho de que sea un chico», para continuar: «Creo que para nosotras las mujeres es así, porque un chico —como primer hijo— encarna para nosotras de nuevo al hombre amado». Frases que aluden a su vida y a la cercana relación entre madre e hijo, reforzada por sus circunstancias biográficas. Deseaba a su nuera las mismas sensaciones de felicidad que ella había experimentado después del parto: «En mis recuerdos son días de una felicidad grande y tranquila. Días en los que el niño solo nos pertenece a nosotras, y en los que sentimos todo el amor por él, que ha ido creciendo a lo largo de los nueve meses».

En numerosas cartas, a lo largo de cientos de páginas, se revela hasta qué punto Mischa era el centro de su vida. Describía cada detalle de su vida, su proceso de crecimiento y cada transformación, de modo que su padre Georg pudiera estar al corriente. Parece como si ya en su nacimiento ella hubiera presagiado lo que iba a pasar, lo que iba a marcar lo que ambos —madre e hijo— iban a significar el uno para el otro. Hilde fue la garantía de su supervivencia. Ella y su certificado de arianidad ofrecían un cobijo en el que Mischa podía crecer en la medida de lo posible sin miedo.

Y Georg, que había perdido la vida en los infiernos de sus compatriotas nazis y sus matarifes, cobra vida en los testimonios de sus cartas, que Hilde reunió y conservó. En estas cartas puede apreciarse lo que sus amigos decían de él y lo que Hilde amaba en él: su tolerancia, su capacidad de escuchar y su forma de pensar, totalmente ajena a cualquier dogmatismo.

La infancia de Mischa, los años en el colegio y su etapa de formación, fueron distintos de los de los niños de familias «de pura raza aria». Solo cuando entendí la simbiótica relación entre Hilde y Mischa y cuando tuve la sensación de poder descifrar con ciertas garantías los testimonios escritos de sus vidas, pude ver los múltiples indicios que lo confirmaban. Mischa tomaba enseguida partido por su madre a la menor ocasión. Sentía irritación

y una creciente rabia cuando se escribían una y otra vez las mismas frases sobre ella, convertidas en clichés. Rechazaba enérgicamente las construcciones y las fórmulas de los medios occidentales, que provenían del arsenal de la Guerra Fría y creaban la imagen de una «fría mujer de poder».

Ni siquiera en esta biografía había dado por buena la descripción superficial de la formación y la instrucción de las mujeres a comienzos del siglo XX , porque lo percibía como algo dirigido contra su madre. Él mismo se ponía como testimonio y prueba de la amplia cultura de Hilde, ya que prácticamente todo lo que sabía de botánica lo había aprendido gracias a sus lecciones. La prohibición de ir a la escuela secundaria era para él una prueba del sentimiento de inferioridad de los nazis frente a la inteligencia judía, hasta el punto de querer impedirles el acceso a la formación y al saber.

Mischa leía todo lo que se escribía y difundía sobre su madre. Y tomaba partido. Exigía conocimiento y rigor, y siempre estaba dispuesto a hablar cuando tenía la impresión de que los falsos juicios sobre su madre venían del desconocimiento. Después de su muerte en 1989, se propuso escribir un libro sobre ella. Según cuenta su mujer Uschi, comenzó a ordenar sus papeles y a leer sus cartas. La repentina muerte de Mischa puso fin prematuramente al proyecto del libro. Ninguno de los médicos en el hospital Charité de Berlín había considerado que su operación de corazón entrañara peligro; se trataba de una intervención rutinaria.

Hay dos biografías de Hilde Benjamin, y ninguna de ellas podía gustar a Michael Benjamin. Por ello quería corregir los juicios y prejuicios que habían surgido en los artículos y libros publicados en los años posteriores a 1945, al comienzo de la Guerra Fría. Pese a que hubo docenas de pruebas nucleares —tanto sobre la superficie terrestre como subterráneas—, al menos en Europa la cosa quedó en una guerra de palabras. El equilibrio del terror surtió efecto: el *impasse* nuclear era expresión del miedo de los dos bandos, ya que la capacidad destructiva que almacenaban en sus arsenales hubiera bastado para poner fin a la humanidad y a todo el planeta. Pero en la guerra de las palabras también padecieron seres humanos. Y por lo que se refiere a Hilde Benjamin, su hijo no quería consentir que los medios occidentales monopolizaran la imagen que se ofrecía de ella.

En marzo de 1994, Mischa Benjamin escribió una carta al *Berliner Zeitung* dirigida a Stefan Heym con motivo de su artículo necrológico sobre Walter Janka. En dicho artículo, Heym recordaba el juicio contra Janka,

acusado de «instigación al boicot», un concepto ambiguo en la justicia penal de la RDA , e imputado además por «conspirar para hacer caer a Walter Ulbricht». La carta de Michael Benjamin criticaba apenas media frase del texto, referida al supuesto papel de su madre en este juicio del año 1956 contra Janka —por entonces director de la editorial Aufbau—, Wolfgang Harich —redactor jefe de Aufbau— y Gustav Just —redactor jefe del semanario *Sonntag* —. El punto a dirimir era si la ministra de Justicia Hilde Benjamin —como Walter Janka creía recordar— había estado presente durante todo el juicio como oyente. Y como admiraba mucho a Heym como escritor, Michael Benjamin captó con horror el tono despectivo con el que este parecía aludir a «Hilde la sanguinaria». Las palabras de la necrológica eran: «Con él [Janka], así pensaban los Melsheimer y los Benjamin (respectivamente, presidente y, hasta 1953, vicepresidenta del tribunal supremo de la RDA , después ministra de Justicia), podía montarse un juicio».

En su carta, Michael retomaba el plural que había utilizado Heym al referirse a «los Benjamin»: «Los Benjamin son mi padre Georg, al que los nazis mataron en Mauthausen; mi tío Walter Benjamin, cuyos escritos sin duda conoce, y que puso fin a su vida en 1940 en España la noche antes de que le entregaran a los nazis; también estaría aquí la prima de mi padre, la poetisa Gertrud Chodziesner-Kolmar, que se haría famosa después de 1945 y murió en Auschwitz. Los Benjamin son una generación de comerciantes, fabricantes y libreros, rabinos, hombres de letras y médicos, pequeños y grandes burgueses, conservadores, liberales y revolucionarios, que están asentados en Alemania desde hace al menos trescientos años». Los antepasados por parte del padre eran judíos provenientes de occidente, que habían abandonado España y Portugal huyendo de la Inquisición, pasando por los Países Bajos, para instalarse finalmente en Renania y Westfalia. Tenían relaciones lejanas de parentesco con las familias de Heinrich Heine (de octavo grado) y de Karl Marx (de decimotercer grado).

Por parte de madre, los Schönflies provenían de una familia de judíos orientales que, escapando de los pogromos medievales, habían huido a Austria, Hungría y Polonia. Un antepasado de la familia Schönflies, Simon Markus, podría haber pertenecido a una de las cincuenta familias judías de Viena a las que el «gran» príncipe elector Federico Guillermo había permitido emigrar a la Marca de Brandemburgo con su edicto del 21 de mayo de 1671. Los Schönflies/Benjamin formaban parte de la antigua

nobleza prusiano-judía, como el propio Mischa Benjamin señalaba con ironía. Entre sus descendientes estaría Gertrud Chodziesner, prima de los hermanos Benjamin, que con el pseudónimo de Gertrud Kolmar alcanzaría póstumamente la fama como poetisa. Michael Benjamin era un gran admirador de su poesía.

Michael tenía claro que Heym no se había referido a todas estas personas, y que su plural se refería a una sola Benjamin: su madre. «Por otra parte», escribía, «su modo de actuar no puede entenderse ni explicarse sin tener en cuenta a todos esos otros Benjamin y su destino».

Para él, esa mujer era ante todo su madre, que «le había criado y mantenido en vida ella sola y en las circunstancias más difíciles: doce años de nazismo, guerra, posguerra, persecución racial y de comunistas, bombardeos y hambre». En ello había ya suficientes motivos para oponerse a «toda unilateralidad y prejuicio sobre su vida y su obra». Además, cabía dudar de los recuerdos de Janka, pero —incluso si no se engañara— su mera presencia no era un indicio suficiente que pudiera probar su influencia en el juicio.

Esta carta no habrá dejado indiferente a Stefan Heym, que era también judío y había sido objeto de persecuciones; yo mismo tuve ocasión de encontrarle varias veces en los años ochenta en Berlín. Recuerdo su mirada y sus ojos amables e inteligentes. Su voz carraspeante con una ligera entonación sajona. Su imponente cráneo y su cabello blanco, siempre un poco enmarañado. Él, como algunos otros después de 1945, quería aprender las lecciones de la historia y ponerse de la parte correcta.

Su fama como escritor le permitía el privilegio de viajar al extranjero, también a los países occidentales y capitalistas. Pero lo que Heym anhelaba era una RDA que hiciera realidad la visión de un mundo mejor, socialista, que había imaginado desde la emigración. Por eso Heym volvía siempre allí. Quizá la carta de Mischa le haya llevado a pensar la rapidez con la que uno está dispuesto a aceptar una determinada imagen de una persona sin conocer realmente sus circunstancias vitales.

El juicio contra Janka tuvo consecuencias nefastas incluso para el desarrollo interno de la RDA . El artículo con motivo de su muerte en 1994 recordaba que él y sus compañeros acusados, Harich, Just y otros, fueron condenados a penas de entre cinco y diez años de prisión al ser considerados culpables de «conspiración contrarrevolucionaria».

Quedé con Gustav Just en el verano de 2011, poco antes de su 90 cumpleaños, en su casa de campo rehabilitada en la Dorfstraße en Premden, junto a Berlín. Conocí también a su mujer, que era algo más joven y —a diferencia de él— no mostraba ninguna señal de debilidad física. Él solo podía moverse apoyándose en su andador, pero estaba completamente lúcido. Los dos recordaban bien el juicio y las circunstancias que lo rodearon. Ambos creían recordar haber visto al menos una vez «a la señora Benjamin como una sombra amenazante» entre el público. Los dos han publicado sus recuerdos relativos al juicio. Hablamos sobre ello y sobre los años de prisión en Bautzen. Seis meses después de nuestro encuentro Gustav Just falleció.

Just había escrito en el semanario *Sonntag* sobre los debates teóricos en Polonia y Hungría. Cuando lo recordaba podía percibirse aún la decepción que le causó la dirección del SED y el grupo de discusión que le llevaría a la cárcel por contrarrevolucionario, en el que estaba también Johannes R. Becher, entonces ministro de Cultura. Después de las revelaciones del terror estalinista en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, habían esperado más liberalidad por parte de la RDA , y en cambio fueron encerrados como contrarrevolucionarios. La esperanza se extinguió con la represión del comunismo reformista en Hungría y con el sofocamiento del levantamiento de 1956. Eso puso fin a la breve primavera que había seguido a la muerte del dictador, y reforzó las posiciones de los estalinistas dentro de la RDA .

En todo caso, ese no había sido el juicio de Hilde Benjamin. En su carta a Stefan Heym, Michael admitía que, como ministra de Justicia de la RDA hasta 1967, su madre «había participado significativamente, y en puestos de responsabilidad, en los altibajos, extravíos y errores de la justicia de la RDA , como también en sus logros». Hasta qué punto la promulgación y la aplicación del derecho son cuestiones políticas es algo que Hilde Benjamin —y, a través de ella, también su hijo— había podido experimentar en la República de Weimar, el Estado nazi y en la República Federal. Eso había reforzado su convicción de que solo la RDA se oponía a la restauración de Alemania Occidental.

Es solo el hijo de Hilde el que se dirige a Stefan Heym cuando escribe: «Muchos han odiado a mi madre; otros la han respetado y apreciado en no menor medida. En mi opinión, la historia aún no ha pronunciado su última palabra sobre su obra. Pero hay algo que sé mejor que todos los documentos

que desconozco y que puedan aún descubrirse: ella nunca actuó en beneficio propio o por un cinismo calculador. Todo lo que ha hecho lo ha hecho desde la profunda convicción de servir a la causa a la que había dedicado su vida: la construcción de una sociedad mejor y socialista».

Por lo demás, Michael da a entender que comparte la visión que Heym ofrece de Janka y que ha leído con interés la necrológica del *Berliner Zeitung* .

En 1994 habían pasado cinco años del hundimiento de la RDA , y la Alemania reunificada comenzaba a escribir la historia. Un cambio radical que su madre, como él decía, «no hubiera soportado» de seguir viva. Entre líneas creo entender que, desde la muerte de Hilde, él había podido reflexionar de forma más libre e independiente sobre lo que había llevado al hundimiento de la RDA .

Pregunto al hijo de Michael Benjamin, Georg, si comparte mi hipótesis sobre esta relación especial entre madre e hijo. Georg recibe borradores para este libro en diferentes estadios de elaboración y corrige, cuando es necesario, cifras, hechos, fechas. También su madre Ursula Benjamin y los hijos de Georg —Laura y Jakob—, todos aquellos de los que se habla en este libro sobre la historia alemana, que apunta más allá del siglo XX .

Georg, con el que hasta ahora solo había tenido contacto por correo electrónico, se sienta conmigo, con Ursula, Laura y Jakob en una pequeña mesa redonda en la biblioteca, frente a las estanterías llenas de libros que ocupan una pared entera de la habitación. Con motivo de su nacimiento en 1960, su abuela Hilde había escrito aquella carta cariñosa a Uschi. Entre tanto ha pasado más de medio siglo. A nuestro alrededor resuena el entusiasmo por un partido de fútbol. De nuevo una Eurocopa, cuyos estridentes sonidos llegan hasta nosotros. Georg no tiene ningún interés en el fútbol, y que Ucrania sea —junto a Polonia— el país anfitrión del campeonato no cambia nada en ello. Cuando le pedí que me diera su opinión sobre el capítulo dedicado a la relación entre Hilde y Mischa no podía imaginar que iba a responder viajando desde Kiev hasta Berlín un fin de semana. Trabaja en Ucrania desde hace algunos años.

Ahora está sentado frente a mí: delgado, de estatura media, muy distendido. Un hombre deportista de unos cincuenta años, con gafas sin montura, una mirada inteligente, unos vaqueros agujereados y una camiseta negra. Cuando tiene que leer algo alza sus gafas por encima de la frente. Le molestan para leer. También sus hijos Laura y Jakob tienen esta franqueza

amable. Ya de niño —dice— había aprendido a cuestionar las cosas críticamente cuando parecen evidentes: «Así me educaron mis padres».

Georg Benjamin habla de su padre, que después de su habilitación y su nombramiento como profesor universitario había recibido el encargo de la «organización científica de la dirección estatal». Su cometido era crear un instituto en Moscú, y en 1981 asumiría su dirección durante cuatro años. Entre 1989 y 1991 estuvo de nuevo dos años en el Instituto, antes de que cesara su actividad. En este periodo Mischa Benjamin viajó también a Occidente, donde pudo conocer técnicas de *management* e ideas de *good governance* . Georg, que iría con él a Moscú para estudiar, recuerda que su padre se había percatado pronto de la rigidez del socialismo «administrativo». Cuando le pidieron que desarrollara otras estructuras directivas para la RDA ya era demasiado tarde. El encargo venía de Egon Krenz, sucesor de Honecker y presidente del Comité Central del SED , que poco después —en 1990— no logró salir elegido en las primeras elecciones libres —y también las últimas— para la Cámara Popular de la RDA .

Todos los miembros del Instituto —recordaba Georg, incluyéndose a sí mismo y a sus compañeros— estaban fascinados cuando conocieron el «nuevo pensamiento» de Gorbachov. Nadie podía prever entonces que la perestroika iba a provocar una sacudida tectónica que acabaría por hacer caer el bloque oriental dominado por Moscú. Ni siquiera los que estaban directamente implicados, ni tampoco Gorbachov, lo habían previsto. Tampoco era su propósito. Simplemente ocurrió.

Georg Benjamin niega rotundamente: no, su padre no tuvo que esperar a la muerte de su madre para tener la libertad de analizar críticamente la realidad de la RDA . Sin embargo, no niega del todo que, al hablar con su madre, Michael pudiera formular las contradicciones que le preocupaban de manera menos contundente. Uschi añade que ella y Mischa se habían propuesto evitar el tema en las conversaciones con Hilde. No obstante, Georg cree recordar que las conversaciones con su abuela estaban marcadas por un tono crítico con la situación del país. Cree que la suposición de su padre de que Hilde no hubiera «soportado» el final de la RDA es una exageración.

Georg confirma la observación de Uschi de que los «camaradas mayores, de setenta años en adelante», han aceptado con una serenidad sorprendente el final de la RDA . Para ellos no había sido más que una fase. El fracaso de la RDA representaba una derrota, pero no el final del combate. Su fe en el

socialismo científico seguía intacta. En este sentido, Uschi recordaba sobre todo conversaciones con Lotte Ulbricht, que ya dos años antes de su muerte le había pedido que pronunciara el discurso en su funeral.

Uschi y Mischa vivieron el final de la RDA de forma distinta. Ellos no tenían la serenidad de los mayores. Su padre creía que la falta de apertura y la desconfianza de la dirección del partido hacia la inteligencia crítica había sido una causa determinante del entumecimiento del país, que había contribuido a la deformación de la RDA . Para Uschi Benjamin, por su parte, la RDA representaba ante todo el acceso a la formación y la conquista de la autonomía. Está convencida de que en la sociedad burguesa hubiera quedado excluida de la formación. Insiste en que ha sido la primera en su familia que ha tenido ocasión de acabar el bachillerato y estudiar en la universidad.

Resuena de nuevo el sentimiento de gratitud y lealtad hacia el Estado que había hecho eso posible. Y Uschi cuenta cómo Hilde, su suegra, la ministra, había ido a Rostock a visitar la casa de sus padres. Recuerda cómo le latía el corazón antes de la visita, y luego la amabilidad de Hilde, que había hecho todo fácil. Michael Benjamin había conocido a la que sería su mujer cuando era aún estudiante en Leningrado. Era la hija de una pescadora de Rostock y de un trabajador que había navegado en torno al Cabo de Hornos a bordo de un carguero.

Esta generación tenía grandes anhelos de formarse, y eso les llevaba a menudo a estudiar una segunda carrera a distancia; estudiaban siempre, si era necesario incluso hasta bien entrada la noche. La división en clases se había superado al menos en lo que se refiere al acceso a la formación. En las escuelas superiores los hijos de los proletarios eran la regla, no la excepción. Nadie ponía en duda su capacidad de formarse. Por otra parte, es cierto que se impedía que hijos de familias burguesas o de párrocos pudieran hacer el examen final de bachillerato y acceder a la universidad. El recuerdo de su ascenso social no permite a Uschi —y eso dos décadas después del hundimiento de la RDA — aceptar el tono crítico de algunas de mis frases. Pero lo intenta.

Comprendo el malestar de Uschi Benjamin; después de leer los libros de Christa Wolf sobre el sentimiento de pérdida que le causó el hundimiento de la RDA , puedo imaginar cómo se siente. Para Christa Wolf la despedida interior de la RDA comenzó después de la XI Asamblea del SED en 1965, en la que Ulbricht saldó las cuentas con los intelectuales, sobre todo con los

escritores. Wolf escribe sobre ello en un artículo, en una de las cinco contribuciones de escritores de Alemania Oriental sobre la RDA y de veinte escritores occidentales sobre la historia de Alemania Occidental. Se publicó con motivo del sesenta aniversario de la República Federal. Christa Wolf sospechaba que la relación de veinte contra cinco podía tener una función de coartada, porque contraponía una imagen contrastada de la República Federal frente a una visión meramente sombría de la RDA , ajustándose a las exigencias del espíritu del tiempo.

Escribió el artículo, a pesar de todo, porque la XI Asamblea del SED fue de gran relevancia para la evolución de la RDA . Para ella supuso el final de la esperanza de que, después de la construcción del muro, pudiera desarrollarse y afirmarse un clima liberal y de que la economía de la RDA —en una situación de dramático declive— pudiera recuperarse. Dos esperanzas que habían quedado sepultadas. Christa Wolf se había alineado de parte de colegas escritores a los que habían puesto en la picota, como habían hecho también con directores y otras personas relacionadas con el mundo del cine. Las principales críticas se habían dirigido contra Stefan Heym, Wolf Biermann y Werner Bräunig, cuyo proyecto de novela *Rummelplatz* —centrado en la extracción de uranio en las minas de la empresa Wismut— se había dado a conocer en algunos extractos publicados en la revista *Neue Deutsche Literatur* . Sobre todo Bräunig se había convertido en el blanco de una élite de funcionarios agresiva y asustada, que responsabilizaba a los intelectuales de que no se cumpliera el postulado de Ulbricht de «superar a Occidente sin alcanzarlo» (*überholen, ohne einzuholen*). En su prólogo a la novela de Bräunig, que solo se publicó después de la caída del muro, Christa Wolf resaltaba el extraordinario carácter del material y de su autor, que habían sobrevivido a los nueve años de prohibición de la publicación.

He leído sobre el papel de Christa Wolf en la asamblea. Y ahora, mientras escribo estas palabras, la veo de nuevo ante mí. Veo la expresión reflexiva en el rostro de una mujer de belleza antigua, que podía ser tanto Casandra como Medea. Dotó de gran fuerza de carácter a ambas mujeres, una fortaleza sobre todo en sus derrotas. Al igual que Christa Wolf entonces, que llegó como candidata al comité central del SED y después de su discurso, con su apasionado alegato en favor de la libertad del arte, pidió «no volver a ser nunca candidata al comité central».

En una entrevista, Wolf había hablado de las consecuencias de la asamblea: se prohibieron doce películas. Entre ellas también una basada en un guion suyo, *Fräulein Schmetterling* [Señorita mariposa], que quería realizar Konrad Wolf. Fue prohibida antes del montaje definitivo. Al igual que la novela *Rummelplatz* de Werner Bräunig.

Christa Wolf se convirtió en una especie de autoridad moral que representaba la imagen de una RDA con rostro humano —una imagen que no llegaría a realizarse—. Su fuerte personalidad y su fama como escritora la protegieron y al mismo tiempo llevaron a que el Ministerio de Seguridad Estatal la tuviera en el punto de mira, cosa que se materializó en un total de cuarenta y dos expedientes sobre ella. Su breve colaboración informal con la Stasi, con la que está demostrado que no dañó a nadie, llevó tras la caída del muro a una campaña de difamación que dañaría su integridad.

Un año después de la asamblea comenzó a escribir *Noticias sobre Christa T* . En esta novela la protagonista muere de leucemia a los treinta y cinco años y naufraga en el conflicto entre sus exigencias personales y las de la sociedad. Christa Wolf reiteró que se trataba de una obra de ficción, en la que sin embargo también confluía la historia de una amiga. Como la censura creyó advertir en la obra el «peligro de una desorientación ideológica del lector», la primera edición de la novela en 1969 tuvo una tirada reducida. En una conversación con el semanario *Die Zeit* se la recordaría al respecto, y también le señalarían la frase final de la novela: «¿Cuándo, si no ahora?». Los entrevistadores suponían que era una frase para la muerte. Christa Wolf lo negó: «No, en el fondo es una frase para la vida». Era la expresión condensada de la conciencia de que cada día es valioso, y de que este libro había surgido del duelo por la muerte de una amiga: «La RDA siempre lo aplazaba todo, la realización de una sociedad perfecta, de los hombres nuevos y felices. En nombre de un futuro brillante dejaban pasar el presente». La frase encaja también aquí.

La ciudad de los ángeles : en este libro Christa Wolf describe su lucha entre la esperanza y la decepción, entre el anhelo y el asco. Y también el dolor por la pérdida de la RDA . «Hemos fracasado. El país en el que vivo, y en el que al principio deposité algunas esperanzas, se fosiliza y se petrifica más cada año; en breve no será más que un cadáver inerte yaciendo en el camino, expuesto al saqueo». Volvamos de nuevo a un pasaje de la entrevista con *Die Zeit* , cuando responde a la pregunta por el momento en que se despidió de la RDA : «Fue una larga despedida que comenzó a

principios de los años sesenta. El último momento en el que podría haberse transformado la RDA mediante reformas fue 1968. Pero entonces los rusos aplastaron la Primavera de Praga. En ese momento se acabó. Después de la reunificación sentí por un tiempo una especie de dolor fantasma, entre otras cosas porque me parecía que desacreditar a la RDA usando solo el concepto de dictadura era demasiado vago e impreciso. Pero este dolor también ha pasado».

Como puede leer y comprobar cualquier interesado, la RDA ha dejado un gran legado literario. Junto a Christa Wolf hay toda una serie de escritores importantes, y el número de artistas, actores, directores y dramaturgos excelentes no se queda atrás. Heiner Müller, Peter Hacks, Stefan Heym, Thomas Brasch, Jurek Becker, Hans Joachim Schädlich, Kurt Bartsch, Peter Huchel, Heiner Kipphardt, Volker Braun, Günter de Bruyn, Christoph Hein, Maxie Wander, Günter Kunert, Erich Loest, Wolf Biermann, que estarían entre los grandes autores y dramaturgos de la RDA , y a ellos se añadirían los que trabajaron para la DEFA * , directores como Konrad Wolf, Frank Beyer, Heiner Carow, Egon Günther y Kurt Maetzig, que —cuando sus películas lograron llegar a las salas— han hecho muy buen cine.

De modo que, cuando Michael Benjamin se planteaba la pregunta retórica de qué quedaría de la RDA , podría responder: unas cuantas cosas. Había razones por las que no había logrado llevar adelante la «praxis histórica» —como él la habría llamado— de una sociedad socialista. Es casi una astucia de la historia que sea ante todo su legado cultural, que la SED no estimaba y que seguía con desconfianza, lo que se hace un hueco en la quinta Alemania.

Michael Benjamin no era uno de esos que pintan de color de rosa la historia del movimiento comunista, sobre todo allí donde exhibía rasgos muy feos. En una carta se muestra indignado porque el historiador Gossweiler tratase de «excusar o incluso justificar» las «páginas más oscuras» de nuestra historia. La fase del primer socialismo vinculada con Stalin, que considera «profundamente contradictoria», no solo había estado acompañada de fallos y errores —lo cual era inevitable—, sino también de «injusticia, terror, deportación de pueblos enteros, exterminio de comunistas, represión y aniquilación de los que pensaban de otra manera o de los que eran mal vistos. Precisamente nosotros, los comunistas, debemos reconocer esta parte de nuestra historia y, sobre todo, sacar las consecuencias de ella». Entonces se confrontó con los «procesos contra los

parásitos» de los años treinta, que Gossweiler justificaba recurriendo a citas de Brecht, Denis Pritt, Lion Feuchtwanger y diplomáticos americanos que los habían «valorado positivamente».

Benjamin escribía que «por desgracia hace muchos años que sabemos que estos hombres y mujeres no tenían razón». Frente a ellos estaban los testimonios de decenas de miles de personas liberadas de los campos de trabajo, de centenares de miles de personas, muchas de las cuales solo fueron rehabilitadas cuando ya estaban muertas, entre ellas muchos comunistas soviéticos y alemanes honrados, que pese a todas estas vicisitudes se mantuvieron fieles a la causa comunista. Remite a los «expedientes y documentos, denuncias y juicios y ejecuciones». También podría haber aludido a los manuscritos y acontecimientos en el hotel Lux de Moscú, en el que los miembros de la Internacional Comunista que se alojaban allí reaccionaban con pánico cada vez que alguien llamaba a la puerta de su habitación, porque temían ser condenados como «parásitos» y que los fusilaran o los colgaran, que los arrestara la policía secreta y —en el mejor de los casos— los desterrara a Siberia.

Un testimonio reciente en este sentido son las memorias de Wolfgang Ruge, el reconocido historiador de la RDA y padre del escritor Eugen Ruge. También él se alojaba en el hotel Lux, donde según sus recuerdos se hablaba de un único tema: «purga». Para él, un comunista convencido, la purga supuso quince años de campo y destierro a Siberia. No es fácil responder a la pregunta de por qué comunistas alemanes como Ruge, que habían padecido en sus carnes el terror de Stalin, guardaron silencio al respecto y nunca lograron elaborar estas experiencias o solo lo hicieron después de décadas. Las memorias de Ruge tampoco se hubieran conocido si su hijo Eugen no hubiera ordenado el legado del padre y se hubiera ocupado de su publicación. Incluso en 1953, después de la muerte del monstruo del Kremlin y la revelación de sus crímenes en el XX Congreso del Partido en 1956, la mayoría de ellos guardaron silencio.

Michael Benjamin se ha ocupado intensa y críticamente de los años del terror en la Unión Soviética en torno a 1930. Lo que le impulsaba era ante todo el intento de liberar los caminos que se habían bloqueado y que se habían vuelto intransitables para no fracasar en el primer intento de cerciorarse de la propia convicción comunista. Así lo hace cuando afirma que «la violencia y el terror revolucionario pueden verse impuestos por la historia y estar justificados». Sostiene que estos no eran un fin en sí para los

revolucionarios —y especialmente para los comunistas—, sino que eran una respuesta obligada a «la violencia y el terror contrarrevolucionario». Recordaba que la Revolución de Octubre había comenzado como una de las revoluciones menos sangrientas de la historia, hasta que llegaron la contrarrevolución armada y la intervención extranjera. Pero, por otra parte, no estaba justificado ni era revolucionario matar a casi todos los compañeros de lucha de Lenin, a la mayoría de los delegados del XVI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética («el congreso de los vencedores»), o a los opositores a la ideología del Partido que hacía tiempo que no ejercían ninguna influencia, o simplemente a las y los camaradas que ya no eran bien vistos.

Michael Benjamin rechazaba también el último argumento de Gossweiler: que sin los procesos de los años treinta no hubieran podido ganar la guerra contra el fascismo alemán. Frente a ello creía que no era posible justificar el terror y el encarcelamiento y la ejecución masiva de comunistas y otros ciudadanos soviéticos. Al contrario: eliminar a decenas de miles de cuadros dirigentes de la economía, así como a la práctica totalidad de los generales y altos oficiales del Ejército Rojo, había causado grandes daños a la economía y a la capacidad de defensa de la Unión Soviética, precisamente en los momentos más críticos, inmediatamente antes y después de la agresión nazi. Habían influido de manera desfavorable para la Unión Soviética en la fase inicial de la «gran guerra patriótica» y habían costado la vida a millones de personas.

Michael Benjamin quería el diálogo entre posiciones divergentes y un pluralismo de izquierdas que pudiera sostenerse gracias al respeto. Solo eso justificaba la existencia del Partido y lo convertía en lo contrario de un apéndice cansado de la socialdemocracia. Estaba convencido de que no había que excluir a ninguna corriente interna del Partido. Defendió en varias ocasiones a Sahra Wagenknecht, que diez años más tarde se convertiría en la comunista ejemplar invitada a los *talkshows* de la televisión pública, que argumentaba de manera eficaz cuando se hablaba de la división de la sociedad en ricos y pobres. Su ascenso en un partido que había mutado del PDS (Partei des Demokratischen Sozialismus [Partido del Socialismo Democrático]) a Die Linke [La Izquierda] es en cualquier caso notable. Solo unos años antes, y bajo la constante presión de los grandes medios de comunicación, el partido se había mostrado más bien dividido sobre el modo de posicionarse ante la plataforma comunista. ¿Entre tanto ha

pasado a ser una cuestión secundaria? Sahra Wagenknecht se presentó a la presidencia del partido y logró convertirse en vicepresidenta.

Está claro que Michael Benjamin se ha ocupado a fondo de la vida judía en la RDA . También aquí evita caer en los habituales clichés y al mismo tiempo logra perturbar la (auto)certeza difundida en Occidente, señalando que el segundo Estado alemán, que se hacía llamar antifascista, no había afrontado mejor que el Oeste esta parte de la historia alemana.

En un discurso pronunciado en 1994 en el Congreso de la Asociación Internacional de Juristas Judíos ofrece las coordenadas de su modo de ver las cosas. Está claro que Michael Benjamin estaba marcado por el drama de la historia familiar y lo que había supuesto para él en tanto que «mestizo», *outsider* y excluido. Cuántas veces habrá asociado Hilde Benjamin su desprecio hacia la «comunidad nacional» nazi con la esperanza de un orden social que no pudiera concebir nada semejante. A lo largo de los años de posguerra, Michael Benjamin iría comprendiendo que lo que da forma a una sociedad no es solo la ideología o una concepción filosófica. Solo después de la caída del muro llegó a comprender que, en lo que se refiere al rechazo de las ideas de extrema derecha, la RDA estaba poco más avanzada que la República Federal.

Con todo, Michael Benjamin se refiere a la RDA como una «comunidad en la que el judaísmo no tenía ninguna influencia en el Estado ni en las instituciones». Eso le había supuesto un gran alivio. El judaísmo se convirtió en una cuestión privada, y «queríamos que fuera —por fin— una cuestión privada y nada más». Este carácter privado del judaísmo se aplicaba también al ascenso a posiciones sociales elevadas dentro de la RDA . «No se llegaba a posiciones importantes a pesar de ser judío, ni tampoco porque uno fuera judío». Por lo demás, se puede tener una visión muy crítica de los mecanismos con los que la RDA seleccionaba a sus élites, incluso es necesario tenerla, porque en último término había fracasado y de este modo había contribuido a desmantelar el socialismo. «Pero su indiferencia en materia judía era una de sus virtudes».

Por otra parte, sabía que «ningún alemán, ya fuera o no miembro de una comunidad judía», podía negar su propia ascendencia: «Han pasado demasiadas cosas en nuestra historia reciente como para que esto sea concebible. Aquellos que hasta 1933 no estaban al tanto de su ascendencia judía, quizá porque provenían de familias completamente asimiladas, o porque aún sabiéndolo les era indiferente, ya no estaban en la misma

situación después de doce años de nacionalsocialismo y persecución de los judíos. Para entonces ser judío era algo que estaba fuertemente arraigado en la conciencia».

En este contexto recuerda «con dolor» que en la RDA siempre se pudo percibir una actitud que no solo «consideraba el judaísmo como algo oficialmente irrelevante (algo de suyo positivo), sino que lo ignoraba (algo de suyo negativo)». Esta actitud era parte del entumecimiento y la deformación de la vida social del país, y en último término una de las causas de su fracaso. Estaba vinculada a la falsa convicción de que en la RDA el antisemitismo había sido eliminado «para siempre», de modo que el problema estaba resuelto.

En las dos Alemanias hubo tentativas de saldar las cuentas con el Estado hitleriano, si bien en momentos distintos. En los años inmediatamente posteriores a 1945 parece que se logró mejor en la RDA . Bajo el impacto de las nuevas manifestaciones de ultraderechismo en los años que siguieron a la caída del muro, Michael Benjamin dudaba de hasta qué punto había llegado a calar este proceso. Pero habría sido sorprendente si se hubieran podido superar las sociedades posfascistas en menos de una generación. Distintas publicaciones recientes señalan que el antisemitismo era algo patente en la vida cotidiana de la RDA .

Michael Benjamin no traicionaba sus convicciones. Después de la muerte de Hitler se mantuvo fiel a la causa de su madre y a la suya propia, incluso después del fracaso de la RDA . Como judío alemán o «descendiente de judíos», se sentía como miembro de una parte específica del pueblo alemán. Por lo que respecta a la vida judía en Alemania y su notable contribución a lo que se llama —de manera inespecífica— cultura alemana, Michael intentaba distinguir lo duradero y lo transitorio, como también intentaba averiguar qué quedaría de la RDA . Para él, el socialismo democrático estaba unido a la posibilidad de que un partido comunista tuviera que aceptar la eventualidad de no salir elegido, algo que en elecciones libres y secretas puede suceder inevitablemente. Para Michael Benjamin, la RDA , si se la mide desde sus propios parámetros, fracasó ante todo porque erosionó e infringió los principios que ella misma había establecido, como por ejemplo el de participación y coorganización. También era crítico respecto a las consecuencias de la seguridad estatal y su «vigilancia desmedida», sobre todo de su propia gente. Su confianza en un segundo intento para

encaminarse a una sociedad socialista se encuentra en el apartado tercero del programa del PDS : «Luchamos por un camino que nos lleve más allá del capitalismo, no que nos devuelva de nuevo a las posiciones del socialismo administrativo. Y para eso necesitamos todas las tradiciones democráticas». Michael Benjamin solo llegó a conocer el PDS , ya que murió antes de que el partido se expandiera a los *länder* de la República Federal y pasara a llamarse Die Linke, que suena más bien como un movimiento colectivo. Hoy el pluralismo que resuena en el nombre parece más bien fracasar. Para Michael Benjamin las raíces socialdemócratas eran tan importantes como las marxistas: «Por ejemplo, el énfasis en la cuestión de la democracia, la lucha por las mejoras sociales, la participación en la lucha sindical y en la política local, en general la comprensión del 'socialismo como movimiento' proviene ante todo de tradiciones socialdemócratas». De la tradición anarquista le gustaban la crítica a la estatalización de la sociedad y el énfasis en el individuo y sus posibilidades de autoorganización. Por último, no hay que olvidar que las ideas de eliminar la explotación del hombre por el hombre y de conquistar la igualdad social suprimiendo las diferencias de clase provienen del comunismo.

Michael Benjamin describe acertadamente las raíces del movimiento obrero y evalúa sus logros y sus fracasos. Madre e hijo habían hablado a menudo al respecto. Hilde Benjamin habrá pensado a menudo en Georg y en sus posiciones no dogmáticas, que un día podrían haberle traído problemas. Su mirada se vuelve hacia el marido ausente, cuyas convicciones le llevaron a sufrir el calvario hasta el final. De ahí que tratara a la familia de su hijo con tanto cariño, que cobra expresión en una carta por el primer cumpleaños de su nieto Georg: «En el primer cumpleaños de vuestro hijo pienso en vosotros con un profundo amor. No hablamos mucho de nuestros sentimientos; dejamos que nuestro cariño se sienta en lugar de revestirlo con palabras, y en mis pensamientos me dirijo a menudo a vosotros. Este ha sido vuestro primer año como familia, y no ha sido fácil para vosotros. Pero creo que hacer frente juntos […] a las enfermedades y otras dificultades os ha unido de forma más rápida y duradera. El tiempo que he vivido con vosotros ha supuesto para mí una alegría tan grande como inesperada. Si lo digo no es porque espere que esta convivencia deba ser siempre así. Pero hoy la disfruto y estoy muy agradecida por ello. El desarrollo de la vida consciente de Grischa es para mí —así me parece— un milagro casi mayor que el que viví con mi hijo». La carta lleva el membrete

«Dra. Hilde Benjamin, Berlin Niederschönhausen, Majakovski-Ring 59», y viene de Friedensburg, una casa de reposo en Turingia. La fecha es el 10 de abril de 1961. El Majakovski-Ring, separado del castillo de Schönhausen por una calle transversal, existe aún hoy, y se llama así en memoria del poeta revolucionario ruso y representante del futurismo Vladimir Mayakovski. Este nació en 1893, un año después de Hilde Benjamin, y murió en 1930 en Moscú.

Esta carta es también un testimonio de la cercanía y el amor que Hilde Benjamin sentía por su hijo, que ahora transmite también al nieto. Al mismo tiempo, cada línea permite entrever cómo habría deseado poder tener una familia con su marido Georg. Ahora ve una familia feliz, con Michael, Ursula y los nietos Grischa y su hermana menor Simone, y espera poder recuperar algo de lo que en su propia vida quedó como un vacío, recubierto de luto.

Georg recuerda que su abuela estuvo interesada en política hasta el final de su vida. Después de dejar su cargo como ministra de Justicia, se había propuesto en varias ocasiones escribir a Ulbricht, luego a Honecker, para dejar constancia de su crítica a la realidad de la RDA . Su muerte vino de forma inesperada, como once años más tarde la de su hijo Michael Benjamin, el padre de Georg. Este cuenta que Hilde había sufrido una complicada ruptura de cadera que había que operar. Nadie podía imaginar que no sobreviviría a la operación. En el hospital cogió una infección y murió de pulmonía.

* Deutsche Film AG , la compañía cinematográfica estatal de la RDA . [*N del E* .] 210

Capítulo 12

REFLEJOS DE LAS DOS ALEMANIAS

Corría el año en el que Nikita Jruschov se quitó un zapato en la gran sala de Naciones Unidas y, con un movimiento rápido y ritmado, golpeó con el tacón sobre la mesa plegable para marcar el paso de la XV Asamblea General de la ONU . La mesa plegable pudo soportarlo, pero no su carrera. Su imagen con el zapato en la mano recorrió el mundo. Al día siguiente, ningún periódico dejó escapar la ocasión de publicar la foto a gran tamaño en primera plana. En Estados Unidos, el joven John F. Kennedy, candidato del Partido Demócrata, ganó las elecciones presidenciales. En la lucha de las superpotencias globales por hacerse con la hegemonía mundial pasó a convertirse en el adversario de Jruschov.

El motivo de la ira de Jruschov, que había expresado mediante su zapato, era el siguiente suceso. En mayo de 1960, el piloto Francis Gary Powers había caído en cierto modo del cielo; había planeado en su paracaídas sobre territorio soviético y fue hecho prisionero. Los soviéticos habían disparado con su U2, un avión de espionaje. Moscú consideró el episodio como un acto de agresión. Las relaciones con Estados Unidos —gobernados aún por el presidente Edward D. Eisenhower— llegaron al punto de congelación. Powers fue condenado por espionaje. Dos años más tarde estaba en una limusina de la KGB camino de Potsdam. Powers, agente de la CIA , había volado desde Moscú a Berlín Este a bordo de un Iliushin, y desde allí le habían llevado en coche al puente de Glienicke. El 10 de febrero de 1962, a las 8:44 de la mañana, se bajó de una limusina de marca Wolga en mitad del puente, en la línea de demarcación que separaba a ambos bloques. El agente

del KGB Rudolf Ivanovich Abel, que supuestamente había espiado el programa nuclear de Estados Unidos —aunque él lo negaba—, se dirigía hacia él desde el otro lado del puente. Había volado desde Estados Unidos hacia Berlín Oeste. Un intercambio de agentes secretos durante la Guerra Fría. Pura rutina.

En la lejana Fráncfort, en un día primaveral de 1960, el fiscal general Fritz Bauer debió recibir con cierta satisfacción la noticia de que el antiguo *Obersturmbannführer* de las SS Adolf Eichmann había sido secuestrado por un comando israelí en Argentina y le habían trasladado a Haifa. Pocos días después, el 23 de mayo de 1960, el Estado de Israel puso en marcha un procedimiento penal contra el hombre que había organizado los transportes de las personas marcadas con la estrella judía amarilla, sin los cuales no se hubiera producido la «solución final de la cuestión judía». Sin Fritz Bauer, por su parte, este proceso no hubiera tenido lugar: él era quien había facilitado al servicio secreto israelí la pista decisiva sobre el paradero de Eichmann.

El año en que nació Grischa (Georg) Benjamin, 1960, ofreció abundante material a los noticiarios radiofónicos: la Guerra Fría alcanzaba de nuevo un punto crítico.

El 13 de agosto de 1961, cuando Grischa aún gateaba por la alfombra, supuso una cesura en la vida de sus padres: la construcción del muro. Cuarenta años más tarde, cuando la RDA ya no existía, el padre de Grischa desató una controversia pública con su opinión sobre el monstruo de hormigón y alambre de espino. Cabía verlo como una medida «impuesta por las circunstancias». Sus declaraciones produjeron una gran indignación. En cualquier caso no fue una medida capaz de mantener en vida a la RDA .

Algunos elementos de la infancia pueden entenderse en el marco de este mundo en transformación: los años sesenta del siglo pasado. ¿Cuándo surge algo parecido a la conciencia política? ¿En algún momento a partir de los catorce o los quince años? Seguro que Grischa estuvo influido por las tardes con los pioneros o los debates políticos en círculos de la Freie Deutsche Jugend, donde también se discutía sobre la situación mundial. La Guerra Fría estaba en su punto álgido. Amenazaba con convertirse en cualquier momento en una guerra caliente. Esto, sumado a la actitud crítica con la que su padre recibía los comunicados del gobierno de la RDA o la dirección del Partido, llevó a Grischa a vivir su época de modo consciente. A ambos lados del muro crecía una generación que no creía que pudiera cambiarse

nada en la división del mundo en Este y Oeste. A menos que fuera mediante una Tercera Guerra Mundial, que en ese caso sería la última, ya que inevitablemente se usarían bombas atómicas. Una guerra para la reunificación resultaba algo inconcebible.

Grischa vuelve enseguida a esta visión pragmática cuando le pregunto si las restricciones para viajar al Oeste le habían supuesto un problema. «No», responde. «Quizá hubiera sido distinto si hubiéramos tenido familiares en Alemania Occidental», admite ante mi reacción de asombro. No lo recuerda como un problema que le afectara. Simplemente era así y no se podía cambiar. Como su mirada al Oeste estaba bloqueada, le quedaba el Este. Claro que quería conocer mundo y sumergirse en otras culturas. Para él eso significaba ante todo conocer la Unión Soviética. Su padre había estudiado en Leningrado, él se marcharía a Moscú y estudiaría allí política internacional y tres idiomas. Hubiera sido el camino para una carrera diplomática.

En los años setenta la división del país parecía irreversible también en el Oeste, y no solo entre los jóvenes socialistas del SPD . Aunque los discursos oficiales de la república de Bonn pudieran tener un tono distinto, esta visión la compartían también los partidos conservadores de la República Federal. Después de 1969 la coalición social-liberal enterró la doctrina Hallstein de no reconocimiento de la RDA , poniendo fin a la posibilidad de chantajear a la República Federal en materia de política exterior. Con el Tratado de Moscú en 1970 y el Tratado Fundamental en 1972, que regulaba las relaciones entre los dos Estados alemanes, se reconoció la realidad y con ella la RDA como segundo Estado alemán. Con ello se sentaron las bases para una política de distensión y paz que afectaría a toda Europa, una política que había surgido de la República Federal Alemana y que estaba asociada a los nombres de Willy Brandt y Egon Bahr.

Aún en 1960, y por última vez en 1964, hubo un único equipo nacional en representación de las dos Alemanias en los Juegos Olímpicos de verano y de invierno. Pero fue una situación tensa, muy lejos del «Himno a la alegría» de Beethoven, que sonaba para celebrar las victorias de los atletas alemanes en lugar del himno nacional.

En cualquier caso, la lucha de la República Federal por ser la única representante de Alemania —y con ello la sucesora del Tercer Reich— marcó la política exterior durante la era Adenauer. No había margen para nada más que pudiera definir su perfil en política exterior, más allá de la

decidida adhesión a los países occidentales. La cancillería y el Ministerio de Exteriores solo se ocuparon de eso que denominaban «reparación». El propio concepto revelaba que la verdadera dimensión del genocidio perpetrado por los nazis no tuvo ningún papel relevante en la era Adenauer. Por lo general, la consigna implícita era que había que deshacerse materialmente de la historia.

Fritz Bauer, jurista regresado de la emigración, tuvo que esperar cuatro años —hasta 1949— hasta poder ocupar de nuevo su cargo estatal como fiscal. Sus experiencias al regresar a la parte occidental de Alemania eran sintomáticas del ambiente y la conciencia del país y de sus sesenta millones de habitantes. Fue uno de los pocos de su gremio que se propuso construir un Estado de derecho creíble. A mediados de enero de 1949, Bauer, que como judío alemán y socialdemócrata había logrado exiliarse tras varios meses en un campo de concentración, recibió la comunicación de que su «proceso de desnazificación» había dado como resultado que no estaba afectado por el «derecho de desnazificación». Y en abril de ese mismo año fue nombrado director de la audiencia provincial de Braunschweig.

Frente a la mayoría de jueces y fiscales, que habían aceptado sin ninguna dificultad las leyes raciales y habían condenado a muerte a miles de opositores al nazismo, Bauer hizo valer su convicción: «Quería ser un jurista que sirviera a la ley y al derecho, a la humanidad y a la paz, pero no solo con palabras vacías». Y lo puso en práctica como ningún otro. La suya fue una lucha con muchas derrotas, pero también con logros. Y cada victoria frente a las tropas de combate nazis en la justicia y en el aparato del Estado de la República Federal incrementaba la agresividad contra él. En cuanto abandonaba el ámbito seguro de su oficina, Bauer se sentía en territorio enemigo. Le pusieron todas las trabas imaginables, también cuando acusó en Braunschweig al general nacionalsocialista Otto Ernst Remer. El 20 de julio de 1944, Remer —un nazi incorregible— había arrestado como comandante del batallón de guardia *Großdeutschland* al teniente general Karl Paul von Hase, comandante de la ciudad de Berlín, después del atentado fallido contra Hitler. Von Hase, que había participado en la confabulación del 20 de julio, tenía el encargo de arrestar a la dirección nacionalsocialista después del atentado. Fue ahorcado en la cárcel de Plötzensee.

En 1951 Remer fundó el Sozialistische Reichspartei (SRP) [Partido Socialista del *Reich*], de orientación neonazi. En las elecciones al

parlamento de Baja Sajonia su exaltación del nacionalsocialismo le procuró el once por ciento de los votos y la entrada en el parlamento regional. En los mítines electorales había dicho que los participantes en la confabulación del 20 de julio habían cometido alta traición y habían apuñalado por la espalda a la *Wehrmacht* , reforzando así la imagen negativa de la resistencia entre la población, sobre todo en lo que respecta a los protagonistas del atentado fallido contra Hitler del 20 de julio de 1944. Las encuestas de este periodo revelan que solo una minoría de la población valoraba positivamente esta acción.

El juicio contra Remer, iniciado en 1952, terminó con un veredicto de culpabilidad y tres meses de prisión por difamaciones y calumnias. El Tribunal Constitucional prohibió el SRP como partido sucesor del NSDAP . El propio Remer escapó a la aplicación de la pena huyendo a Egipto. Allí, al igual que en Argentina, había una red de antiguos nazis bien organizada y con buenos contactos en la República Federal. Durante mucho tiempo, ese veredicto sería el último logro de la superación jurídica del nazismo en Alemania Occidental. Además, dio a conocer a Fritz Bauer —que entre tanto había sido nombrado fiscal general de Braunschweig— más allá de las fronteras de la República Federal. En el juicio estaban presentes muchos reporteros internacionales, que informaron entusiasmados de su estrategia procesal.

En 1956 Bauer fue nombrado fiscal general en Fráncfort. En 1968, extenuado después de años de combate, murió de un infarto. La sospecha de que pudiera tratarse de un suicidio no fue confirmada. Su heroísmo es muy distinto del de los cantos épicos a la *Wehrmacht* que podían leerse en las novelas de guerra expuestas en los quioscos. Es un heroísmo que distinguió también a Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, y a tantos otros que volvieron a Alemania después del exilio para «hacer frente al nuevo endurecimiento fascista», como dijo Horkheimer, y para «contribuir a una educación para la resistencia».

En 1960, la República Federal tuvo que hacer frente a una nueva oleada de agresiones neonazis. Esto era muy perjudicial para la república de Bonn a nivel de política exterior, de modo que el canciller Adenauer se vio obligado a pronunciarse sobre los ataques y sobre la devastación de cementerios e instituciones judías. Condenó estos excesos en un discurso retransmitido por radio y televisión. Por otra parte, la casi total continuidad de las viejas-nuevas élites de la República Federal creaba un clima en el que

cualquier memoria crítica del periodo nazi resultaba enormemente molesta. Los nazis, con su aspecto de siempre o con un rostro nuevo, seguían ahí. El suelo del que brotaron seguía siendo fértil.

¿Qué tipo de país iba a pasar a la historia alemana como sucesor del Tercer Reich? El actor y escritor Josef Bierbichler ha ofrecido una descripción acertada en su novela *Mittelreich* . «Con tenacidad» la gente había logrado abrirse camino «tras el lío de la derrota bélica y la mala reputación internacional». Recuerda que los nazis quisieron construir a toda costa autopistas, y que a ello se suele asociar la pregunta de «si todo había sido realmente tan malo durante esos doce años en los que el país quiso hacer política mundial». Y además, al poco tiempo «ya no era posible seguir arrastrándose en una actitud sumisa propia de los perros —y en ciertas situaciones también útil para los seres humanos— […], de modo que comenzaron a enderezar la espalda hasta poder volver a andar erguidos».

Margarete y Alexander Mitscherlich fueron quienes —casi haciendo de psicoanalistas de la República Federal— reconocieron su «incapacidad para el duelo». Su diagnóstico sigue valiendo hoy para los asesinatos de los nazis en nuestros días. Ciento cincuenta muertos desde la reunificación —víctimas de la violencia de extrema derecha— y varios centenares de heridos no han llevado a que las banderas ondeen a media asta en señal de duelo.

Se necesitó tiempo para que las generaciones de posguerra y la inteligencia crítica que habían conocido el exilio y la resistencia pudieran imponerse en las elecciones sobre el resto de la generación de los culpables. Sin gente como los Mitscherlich, Eugen Kogon, el Grupo 47, muchos miembros de los sindicatos, los sucesores de la Iglesia confesante o la juventud rebelde de 1968, no hubiera sido posible recuperar la democracia que habían regalado a los cazadores de herencias nazis, que ya se habían instalado en posiciones de poder.

Pero para eso hacía falta que gente como Fritz Bauer trabajara por una situación que permitiera comenzar de nuevo, algo que no hubiera sido creíble sin una superación jurídica de los crímenes nazis. En la sociedad posfascista de posguerra, muchos —quizá la mayoría— creían ser víctimas de un enredo fatal. En el Oeste muchos consideraban que Willy Brandt —que durante el nazismo había tenido que emigrar a Noruega— era un traidor. Muchos condenaron su política de distensión con los países del Este —que iba a suponer el germen de una reconciliación con los pueblos de

Europa del Este y Rusia— como una política de renuncia. La derecha nacionalista le persiguió con odio, mientras proclamaba: «Willy Brandt, contra la pared».

Nadie ha captado la atmósfera que reinaba en Alemania Occidental con la precisión de Hannah Arendt, que no había vuelto a Alemania hasta 1950: «El aspecto que ofrecían las ciudades alemanas destruidas y las noticias de los campos de concentración y de exterminio alemanes han arrojado una sombra de tristeza sobre Europa». Y a continuación añadía: «Pero en ninguna parte se deja sentir menos esta pesadilla de terror y destrucción, y en ningún lugar se habla menos de ella que en Alemania».

Arendt ampliaba sus observaciones señalando que todo esto tenía que ver con la negativa a hacer el duelo, pero también con la indiferencia, la apatía, la insensibilidad, que a menudo se camuflaban bajo un sentimentalismo barato. Pero eso no era sino el síntoma más evidente de un rechazo muy arraigado, obstinado y en ocasiones brutal a enfrentarse con lo ocurrido y reconocerlo. Se trataba de una huida de la realidad que era también, por supuesto, una huida de la responsabilidad.

Fritz Bauer no tardó en comprender que los emigrantes no eran especialmente bienvenidos en la República Federal. También Walter Mehring, que había escrito con Kurt Tucholsky contra el ascenso del nacionalsocialismo en la revista *Weltbühne* de Ossietzky, dijo en 1948 tras una breve visita a Alemania: «No nos perdonarán nunca que no nos hayamos dejado matar a palos o al menos con un poco de gas».

¿Quién podía no sentir repugnancia ante el modo en que viejos y nuevos nazis intentaban exculparse señalando a otra parte? Eso ocurría tanto en Alemania del Este como en el Oeste. Y la justicia de la República Federal, al ignorar los procesos judiciales o archivarlos, generó la sensación de que la catástrofe de civilización provocada por los nazis era fundamentalmente propaganda de los vencedores, y por tanto jurídicamente irrelevante. El debate en torno al Zentrum für Vertreibungen (centro de documentación de las expulsiones en el siglo XX , con sede en Berlín) revela que esta tendencia subsiste hasta nuestros días.

Cuando Fritz Bauer llegó a Braunschweig en 1949, se habían iniciado allí 985 instrucciones contra criminales nazis, de las que solo unas ochenta lograron superar los obstáculos jurídicos. Fueron archivadas 836 instrucciones. El «juicio de Helmstedt» contra los matones de las SA y las SS de Helmstedt, que en 1933 habían perseguido y maltratado brutalmente a

opositores políticos y judíos, se había cerrado con veredictos tan indulgentes que en 1947 provocaron fuertes protestas y manifestaciones de hasta veinte mil personas. La Guerra Fría y la opinión generalizada y exculpatoria de que «la zona soviética» —como decía Adenauer— era peor que los campos de concentración nazis, hicieron el resto para suspender *de facto* la superación jurídica del nazismo en la misma fecha de la fundación de la República Federal.

En el Estado Libre de Braunschweig, el más pequeño del antiguo *Reich* , el terror nazi estaba tan extendido que ya desde marzo de 1933 los miembros de las fracciones del SPD y el KPD no pudieron participar en las sesiones del parlamento regional. El «brutal establecimiento» del dominio nazi hasta el verano de 1933 costó la vida al menos a veintiséis personas. De ahí que la fiscalía de Braunschweig llegara a la conclusión de que ya en 1933 la Justicia era «un dócil instrumento del régimen nazi» que «participó en la persecución política». El hecho de que Hitler pudiera adquirir en Braunschweig la nacionalidad alemana de forma poco regular es solo un indicio de lo que por entonces estaba a la orden del día y de lo que constó en acta cuando —después de la liberación— se iniciaron mil instrucciones contra mil quinientas personas acusadas de crímenes nazis.

La absolución —dictada por el tribunal de Múnich— del jefe de regimiento de las SS responsable de los consejos de guerra en los campos de concentración de Sachsenhausen y Flossenbürg es un caso ejemplar, por entonces a la orden del día. Había ejecutado las penas de muerte de Hans von Dohnanyi, Dietrich Bonhoeffer y Hans Oster. Fue absuelto porque, de acuerdo con el derecho entonces vigente, los combatientes de la resistencia asesinados eran culpables de un delito de alta traición. Esta noción del derecho exculpaba por principio a todos los responsables del terror nazi, y seguía la interpretación de la asociación de soldados alemanes y de una parte del Bundestag, que consideraba a los responsables de la confabulación del 20 de julio «culpables de alta traición». Frente a ello Fritz Bauer, en su alegato en el juicio contra el exnazi Remer, había dejado claro que había que anular las condenas a muerte que la justicia nazi había dictado contra quienes habían atentado contra Hitler, y que su resistencia contra la tiranía había de ser rehabilitada de manera incondicional, «sobre la base de una justicia eternamente válida, entonces como ahora».

Una y otra vez la astucia de la historia acudía en ayuda de la escasa voluntad de afrontar el pasado. Cuando llegó el momento de aprobar el

rearme de Alemania Occidental, Adenauer se vio obligado a realizar una apología de la resistencia contra Hitler en el Bundestag. Tenía que hacerlo para desactivar las críticas a la reinserción de antiguos oficiales de la *Wehrmacht* en el ejército de la República Federal, y también para dejar claro que no se pretendía ni se auspiciaba ninguna similitud con la *Wehrmacht* nazi. Su dirección interna y la imagen del ciudadano en uniforme eran incompatibles con la obediencia ciega propia del régimen nazi.

La lucha de Fritz Bauer recibió un nuevo impulso en Fráncfort. El SPD —bajo la direccióndel presidente de Hesse, Georg August Zinn— se puso de su lado cuando Bauer volvió a estar en el punto de mira. Bauer había reunido a un equipo de jóvenes fiscales para defenderse de los intentos de torpedear la admisión de los juicios contra antiguos nazis en Fráncfort por parte de la judicatura. Está claro que no tenía ninguna confianza en su propio gremio. Las amenazas de muerte constantes eran parte de su vida cotidiana.

Hilde Benjamin y Fritz Bauer: para algunos eran figuras ejemplares, para otros personajes odiados. Los dos habían actuado siguiendo sus convicciones. El papel de Fritz Bauer en el arresto de Eichmann es como una parábola que revela la continuidad de las viejas-nuevas élites en el Oeste. Fritz Bauer había recibido una carta de un judío alemán emigrado a Argentina que ofrecería el primer indicio del paradero de Eichmann. Quizá fuera el juicio contra Remer lo que hizo que el autor de la carta tuviera la certeza de que Bauer seguiría esa pista. Una vez que Bauer se hubo cerciorado de su fiabilidad a través de intermediarios, la cuestión era cómo y a través de quién se podía arrestar a Eichmann. En base a sus propias experiencias, su confianza en la justicia y los servicios de seguridad alemanes era muy escasa. Era de suponer que avisarían a Eichmann de modo que pudiera escapar al apresamiento.

Un vistazo a la Bundeskriminalamt (BKA) [Oficina Federal de Investigación Criminal], fundada en 1951, con cuya colaboración hubiera tenido que contar, evidencia que una extradición a Alemania hubiera sido prácticamente imposible. La historia de la BKA está recogida en tres tomos con los títulos *Schatten der Vergangenheit. Die bka und seine Gründesgeneration in der frühen Bundesrepublik* [Sombras del pasado. La BKA y la generación de su fundación en los inicios de la República Federal], *Der Nationalsozialismus und die Geschichte des bka. Spurensuche in*

eigener Sache [El nacionalsocialismo y la historia de la BKA . Una indagación en propio interés] y *Das Bundeskriminalamt stellt sich seiner Geschichte* [La Oficina Federal de Investigación Criminal afronta su historia]. Hasta bien entrados los años sesenta su estructura estuvo más próxima a la Oficina Central de Seguridad del *Reich* —la central del terror del Estado nazi— que al Estado de derecho democrático al que debía servir.

A finales de los años cincuenta, la dirección de la BKA estaba compuesta exclusivamente por hombres, el noventa por ciento de los cuales habían servido en la policía antes de 1945, y de ellos, el cincuenta por ciento había formado parte de los «131», es decir, de los que habían ingresado en el NSDAP antes de 1937. Cerca de un tercio de sus dirigentes eran antiguos miembros de las SS . En el tercer tomo de la historia de la BKA durante la posguerra puede leerse la siguiente frase: «Hasta finales de los años sesenta (en concreto, 1969) no se había producido ninguna ruptura radical en la composición de su personal directivo».

De ese modo enlazaban con lo que había sido su cometido antes de 1945: el objetivo principal de las investigaciones de la Oficina era «rechazar el ‘bolchevismo’ proveniente del exterior y combatir el comunismo en el interior». El responsable último de los objetivos de investigación de la BKA era el ministro federal de Justicia en Bonn. Las investigaciones contra neonazis o antiguos criminales nacionalsocialistas tenían en el mejor de los casos un «papel secundario». El ministerio participaba activamente «en la lucha preventiva contra el enemigo ideológico con todos los medios del derecho penal», supervisando y controlando las decisiones de los tribunales en el ámbito de la defensa nacional.

La BKA era ante todo parte de la «lucha preventiva» contra la «infiltración de escritos de propaganda de la zona soviética, que amenazaban la seguridad del Estado», y contra «el trabajo de infiltración por parte de los agentes y espías de la RDA , pero también de las actividades subversivas del ilegalizado KPD », que había sido prohibido en 1956. En el trabajo de la BKA no había apenas distinción entre el presente y el pasado. Solo que los resultados de las investigaciones no se presentaban a las SS o a la Oficina Central de la Seguridad del *Reich* , sino a la dirección de la BKA o al ministro de Justicia. A diferencia de la persecución penal de los crímenes cometidos por los nazis de nuevo y viejo cuño, que casi siempre encallaban. Solo se investigaban cuando la reputación internacional de la República Federal se veía amenazada. Entonces, como revela el ejemplo de Salzgitter,

se intentaba al menos suscitar la impresión de que se indagaba en todas las direcciones.

En la Pascua de 1957 se informó de que, en un cementerio en Salzgitter, se habían «profanado las tumbas judías, así como un monumento» dedicado a las víctimas judías de la dictadura nazi. En el brazo derecho de una cruz erigida en memoria de los prisioneros franceses en un campo de concentración habían colgado una muñeca de paja con los brazos atados detrás de la espalda. Llevaba un cartel con una cruz gamada y la invectiva: «Despierta Alemania, muere Israel». Era el aniversario del nacimiento de Hitler.

No se encontró a los culpables. El secretario general del Consejo General de los Judíos Alemanes, Hendrik George van Dam, intervino en el *Allgemeine Wochenzeitung der Juden in Deutschland* [Semanario general de los judíos en Alemania] con la siguiente observación sarcástica: «O bien el pueblo alemán tiene una inclinación inextirpable a la criminalidad, desconocida en otras naciones, que se manifiesta en la profanación de cementerios, o bien una policía llena de antiguos nazis carece de la energía suficiente para prevenir y combatir este tipo de crímenes».

Van Dam sabía de lo que hablaba: las indagaciones de una comisión especial compuesta por once personas estaba dirigida por tres funcionarios de la BKA . Durante la Segunda Guerra Mundial dos de ellos habían pertenecido a los *Einsatzgruppen* [escuadras de intervención], y la fiscalía de Dortmund investigaría más tarde a una de ellas por sospecha de colaboración en un homicidio. Solo dos días después de los hechos los investigadores habían señalado que había que buscar a los responsables en el ámbito de la extrema derecha, pero que no había grupos de este tipo en Salzgitter. Como los hechos llegaron a tener resonancia internacional, se formó una nueva comisión especial. Pero ni siquiera la «recompensa más alta ofrecida en un caso criminal después de la guerra, quince mil marcos», logró obtener ninguna información, y la causa fue archivada. No se identificó a los autores.

El informe final de la comisión especial puede leerse en la historia de posguerra de la BKA . El análisis de los historiadores señala que «los funcionarios de la comisión especial colocaron a los culpables en una lejanía remota —tanto a nivel espacial como analítico—. Para los investigadores, los culpables no podían (¿o no debían?) ser ciudadanos de Alemania Occidental». En Salzgitter los investigadores se encontraron a su

vez con un ambiente propicio para poder archivar las indagaciones sin obtener ningún resultado.

En el área de Salzgitter, solo el conglomerado industrial «Reichswerke Hermann Göring» había amparado 67 antiguos campos para trabajadores forzados y prisioneros de guerra, a los que se añadían los prisioneros del campo de concentración externo. El «cementerio de extranjeros de Jammertal» se convirtió en la fosa común de muchos trabajadores esclavos. Después de la guerra algunos supervivientes se quedaron en la región. Enseguida estuvieron en el punto de mira de las investigaciones. La lista de las personas que fueron controladas registraba las siguientes cifras: fueron investigadas 77 personas «pertenecientes al bloque árabe», 155 «pertenecientes al bloque báltico» y 536 «visitantes de la zona del Este», pues la seguridad estatal de la RDA podía estar detrás de los hechos. Solo 159 controles se centraron en personas del área de Salzgitter.

Para la comisión los árabes representaban un grupo especialmente idóneo como objeto de sospecha. No había pruebas. Para la BKA bastaba con la suposición de que ellos y otros grupos «siempre han tenido una fuerte aversión al judaísmo». Revelando sus propias intenciones, el grupo de seguridad de la BKA solo se mostraba ingenioso cuando se trataba de indagar infructuosamente contra nazis de nuevo o viejo cuño.

Es de suponer que Fritz Bauer estaba al tanto de la estructura filonazi de la BKA . Sus experiencias en el ámbito de la justicia le habrán bastado para contener cualquier deseo de informar al aparato de seguridad alemán del paradero de Eichmann. Desde 1956 investigaba en Fráncfort a criminales nazis «de primera fila» que habían puesto en marcha el monstruoso crimen contra la humanidad del genocidio de los judíos europeos. Para él, Adolf Eichmann ocupaba el primer lugar de responsabilidad en este sentido. Tras él Josef Mengele, médico del campo de concentración, que seleccionaba a las víctimas judías en la rampa de Auschwitz y las enviaba a las cámaras de gas. El tercero era Martin Bormann, la mano derecha de Hitler.

Gracias a su cautela con los servicios de seguridad alemanes, y con la ayuda del servicio secreto israelí, Bauer logró llevar a Eichmann a juicio en Israel. A diferencia de lo que ocurrió con Bormann, del que por mucho tiempo se creyó que había huido a América del Sur. Después de una intensa búsqueda sus restos fueron encontrados e identificados en las inmediaciones de la cancillería del *Reich* , que había sido bombardeada. Había puesto fin a su vida con cianuro. Mengele, por su parte, se ahogó en 1979 en Beortiga,

un lugar de vacaciones en Brasil, después de escapar en varias ocasiones a su encarcelación, pues había sido informado a tiempo. A partir de 1960, Bauer se centró en preparar los procesos contra los crímenes por eutanasia y el juicio de Auschwitz.

El retraso deliberado de las indagaciones sobre los *Einsatzgruppen* , a los que finalmente se pudo llevar a juicio en Ulm en 1958, llevó a que la dudosa persecución penal de los crímenes nazis comenzara a provocar críticas también en la República Federal. El objeto del proceso era el asesinato de más de dos millones de judíos a manos de unidades de policía y *Einsatzgruppen* que siguieron a la *Wehrmacht* en la Unión Soviética y en el Báltico. En Alemania Occidental estos juicios produjeron una sensación de vergüenza. De ahí que en diciembre de 1958 los ministros de Justicia de los *länder* fundaran la «sede central de las administraciones de Justicia de los *länder* para el esclarecimiento de los crímenes nacionalsocialistas», con sede en Luisburgo. Su cometido era preparar y coordinar la persecución de los crímenes nazis perpetrados fuera de las fronteras de la República Federal. Uno de los primeros grandes procesos fue el juicio de Auschwitz, del que Fritz Bauer sería responsable.

Para este juicio se contaba con más de mil quinientos testigos y se iniciaron investigaciones contra 950 antiguos miembros de las SS . Durante la preparación del proceso, la fiscalía se vio asolada por una oleada de cartas intimidatorias y amenazas de muerte. El 20 de diciembre de 1963, después de más de cinco años de una investigación en la que también habían participado las autoridades judiciales de Polonia y de la RDA , se inició por fin el proceso. En él se hizo que constara en acta la quiebra de civilización perpetrada por la Alemania nazi. Los juicios de Auschwitz fueron un punto de inflexión que puso fin a la falta de esclarecimiento de los crímenes nazis que había predominado hasta entonces en la República Federal.

La creciente vergüenza colectiva ante los crímenes contra la humanidad de los nazis y el comienzo de la protesta internacional contra la guerra en Vietnam cambiaron el clima social en la República Federal. La revuelta contra el olvido acabaría por poner fin a la República de Adenauer y su clima de restauración. Se produjo un proceso de politización inesperado en la Alemania de posguerra. Las manifestaciones contra la clase dirigente con pasado nazi pasaron a ser cotidianas. Los centros de la revuelta contra la generación de los padres y los abuelos, contra el silenciamiento del pasado

y por una democratización de la República, fueron Berlín y Fráncfort. También otras ciudades tuvieron su papel, como Hannover y Hamburgo, donde las ceremonias de matriculación en la universidad fueron boicoteadas con el lema: «Bajo las togas, moho acumulado durante milenios».

Los filósofos más citados del movimiento de protesta del 68 fueron Karl Marx y Herbert Marcuse y su «filosofía concreta». Pero junto a ellos había una figura que iba a ser redescubierta y leída de nuevo: Walter Benjamin. Se le veneraba por su resistencia frente al nacionalsocialismo, y sus tesis sobre el concepto de historia, sus ensayos y su diario de Moscú eran parte del bagaje intelectual con el que se fundamentó la protesta y se llevó a las calles.

Para seguir las huellas de Walter Benjamin en los debates del movimiento estudiantil, y sobre todo en la Sozialistischer Deutscher Studentenbund (SDS) [Unión de Estudiantes Socialistas Alemanes], visito a uno de los compañeros de lucha de aquellos tiempos, mi amigo G. Quiero hablar con él sobre la influencia que Walter Benjamin ejerció sobre buena parte de los estudiantes, más de veinticinco años después de su muerte en Portbou. Para G. no hay duda de que Benjamin formaba parte del —como él lo llama— «contexto perceptivo» de aquellos años. El escepticismo de Benjamin hacia los modelos de sociedad autoritarios o dogmáticos fue un importante complemento de la teoría crítica de la Escuela de Fráncfort, que representaba un marxismo moderno y no dogmático, enriquecido con Freud.

Nos encontramos en el campo, donde G. ha encontrado una pequeña casa de vacaciones. Es un cálido día de verano. Nos sentamos bajo la corona abovedada de un saúco y, sin concedernos grandes pausas, volvemos sobre los años sesenta y setenta.

Los nombres de los intelectuales de la revuelta se suceden como soldaditos de plomo: de Rudi Dutschke a Bernd Rabehl, de los hermanos Wolff y Hans-Jürgen Krahl a Oskar Negt. Hablamos de los disparos que mataron a Benno Ohnesorg y de la molesta sospecha de que el asesino hubiera apretado el gatillo por encargo de la seguridad estatal de la RDA . No tardamos en ponernos de acuerdo sobre lo evanescente de aquellos años y lo que ha permanecido.

Nos damos cuenta de que el papel de las mujeres solo emerge cuando hablamos de la Fracción del Ejército Rojo, y a través de Ulrike Meinhof, Gudrun Ensslin y Verena Becker llegamos a las erradas esperanzas que

entonces se depositaron en la acción, que no produjeron ningún efecto en las masas y solo llevaron a la lucha armada. Una escisión sectaria que culminó en la muerte de todos ellos.

Continuamos hablando de la fase antiautoritaria del movimiento del 68. Está claro que el movimiento fue —quizá ante todo— una respuesta práctica a las actitudes autoritarias y a los modelos educativos de la generación de los padres. En el principio estaba la educación. Eso valía también para Walter Benjamin. Sin duda él se habría opuesto a algunos de los imprudentes paralelos que hemos ido trazando para intentar comparar lo incomparable. G. recuerda avergonzado la acción «Punto rojo» con la que se protestó en Hannover contra el aumento de los precios del transporte público urbano. En una confrontación con la policía, que estaba también en inferioridad numérica, los jóvenes se alinearon y levantaron el brazo derecho proclamando «Policía, SA, SS ». G. dice avergonzarse aún hoy de ello; no porque la reacción de la policía entonces fuera proporcionada. «No, cargaron contra nosotros de forma despiadada. Pero eso no era comparable con los nazis. No nos dábamos cuenta de que estábamos contribuyendo a minimizar la quiebra cultural y civilizatoria del nazismo». ¿Pero no podía decirse lo mismo respecto a la percepción de la RDA en la República Federal y en sus medios? Por muy insoportable que la RDA fuera para algunos de sus ciudadanos, estaba muy lejos del Estado del terror de los nazis.

La influencia de Walter Benjamin perdura hasta nuestros días. En nuestra conversación nos sorprendemos de cuán a menudo nos referimos a él. Su influjo era especialmente fuerte entre los afines a la Teoría Crítica en Fráncfort. Pero no influyó solo en ellos. Hoy los conocedores de Benjamin pueden contar con que, desde Tokio hasta Londres, en casi cualquier lugar del mundo podrán encontrar a un público interesado. Un motivo para la persistente vigencia del pensamiento de Walter Benjamin viene probablemente de que su obra, que no está exenta de contradicciones, nunca fue repensada por un Benjamin anciano. Así ocurrió en el caso de Adorno, que con los años comenzó a dudar del contenido y la validez de *Dialéctica de la Ilustración* , algo que no dejaría de tener consecuencias sobre la Escuela de Fráncfort y sus estudiantes, que acabarían decepcionados con él. A diferencia de Marcuse, Adorno era más bien escéptico frente al movimiento del 68. Otro motivo por el que la figura de Benjamin resulta tan luminosa y pudo ayudar póstumamente a superar la sociedad posfascista de la era Adenauer es lo que G. denomina la vertiente existencial de su

resistencia. Ya en 1938 hubiera podido emprender el camino de la emigración. Pero creía tener que quedarse en Europa: «Aquí aún se me necesita». Puso en juego toda su existencia, y por ello es objeto de nuestra «dolorosa admiración».

Vuelvo a Berlín y pienso en lo importante que hubiera sido un autoexamen individual y colectivo de los supervivientes que salieron de los sótanos de las ciudades bombardeadas en 1945, topándose con las ruinas de lo que un día fueran sus casas. Un autoexamen hubiera podido esclarecer la propia participación en la tragedia, y no la ausencia de todo sentido de responsabilidad con la que se encontró Hannah Arendt. Y más tarde, cuando el Tercer Reich despedazado volvió a encontrar un orden de posguerra en forma de los dos fragmentos de la RDA y la RFA , se logró reprimir de nuevo la propia culpa mediante la división del país durante cuarenta y cinco años.

Eso explica al menos un poco la actitud de algunos alemanes occidentales, una opinión difusa en los veinte años que siguieron a 1945 que imputaba a «los hermanos y hermanas al otro lado del telón de acero» el no haber logrado un auge económico tan marcado. La mayoría de los alemanes occidentales no concebía siquiera la idea de que un Estado pudiera prosperar en otras condiciones que no fueran las del capitalismo. De ahí que su sorpresa fuera tanto mayor cuando la generación de niños de la guerra veneró a Karl Marx como un pensador de interés.

Si bien la República Federal, en contraste con sus comienzos, fue alcanzando una forma estatal democrática relativamente consolidada, la RDA no logró convertirse en un ejemplo de socialismo democrático. Una cita de las memorias de Hans Mayer, tituladas *La torre de Babel* y publicadas en 1991, ilustra muy bien el periplo vital de la RDA : «Un mal final no refuta un posible buen comienzo».

Hubo que esperar hasta cerca de 1960 para que en la RDA las estatuas de Stalin fueran derribadas de sus pedestales. Habían pasado siete años desde su muerte y cuatro desde que el XX Congreso del PCUS había afrontado los abismos inhumanos de su era. En lugar de afrontar el riesgo de un intenso debate al respecto, el SED informó a sus miembros de los resultados del congreso en reuniones que evitaban toda difusión pública. No podían tomarse apuntes de lo que se leía selectivamente de las traducciones de las actas, y los miembros del partido tampoco podían hacer declaraciones al respecto. El silencio colectivo fue la mortaja con la que se cubrió el cadáver

de Stalin. Sin embargo, hablar abiertamente de sus errores hubiera hecho bien a muchos. El recuerdo del propio duelo todavía estaba fresco, cuando habían firmado en los libros de condolencias expuestos por el Ejército Rojo, lamentando la muerte del gran padrecito Stalin.

Georg Benjamin refuta mi impresión de que su padre no había sido tan crítico en la época de la RDA como lo sería después. Al contrario, él había recibido sus impulsos e influencias críticas ante todo en la Unión Soviética, cuando estudiaba en Leningrado a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Allí se había dado cuenta de lo que significaban las revelaciones sobre el «dios padre» del Kremlin para la credibilidad del país y su equilibrio interno. Y a comienzos de los años ochenta, Michael Benjamin estaba de nuevo en Moscú, cuando comenzó el «nuevo pensamiento» de Gorbachov y la rigidez del país parecía superada. En cualquier caso, era el final de la era de los viejos combatientes, desde Leonid Brézhnev hasta Andrópov y Chernenko, cuyos nombres hoy apenas se recuerdan.

Era eso lo que le había marcado, según Georg Benjamin, y no la absoluta falta de disposición a aceptar el desafío por parte de la dirección del SED . Cuando regresó a la RDA le sorprendieron las dificultades con las que el SED hacía frente a estos procesos. Su crítica al respecto había sido clara. Y está claro que Georg está de acuerdo con su padre cuando recuerda cómo Michael Benjamin siempre llamaba la atención a sus dos hijos sobre las incongruencias de la propaganda del SED . Les había educado para pensar críticamente. Y, como recuerda Laura cuando piensa en su infancia, antes y después de la caída del muro hubo distintas ocasiones —por ejemplo, en las comidas con los abuelos— en las que los resultados de esta educación quedaron patentes, cuando padre e hijo discutían enérgica y acaloradamente.

Georg está seguro de que su padre salió beneficiado de no haber vivido el cobarde silenciamiento de la era Stalin en la RDA , sino su puesta al descubierto en la Unión Soviética, y también de haber conocido en Moscú el «nuevo pensamiento» que desencadenaría una dramática transformación en la estructura del bloque del Este.

En todo caso, para Georg y su padre la época de principios de los ochenta supuso una experiencia electrizante. Nadie podía imaginarse entonces cómo acabaría la política de la perestroika que había puesto en marcha Gorbachov. Hoy Georg considera que el actual gobierno ruso ha supuesto

una vuelta a la Rusia prerrevolucionaria: la Iglesia y el Estado forman una alianza ajena a la democracia, apoyada en la riqueza de la oligarquía, que de este modo tiene sus privilegios garantizados.

Pero tal vez las sorprendentes protestas en las calles de Moscú y otras ciudades puedan cobrar suficiente fuerza como para detener la tendencia actual. Seguro que Gorbachov no quería el final de la Unión Soviética, y con todo le asestó un golpe mortal —dice Georg, una vez más de acuerdo con su padre—. Tiene muy presente su exasperación por el hecho de que la dirección del Partido en Berlín Este considerara la perestroika solo como una amenaza y no como una oportunidad. Nadie en el Comité central del SED estaba en condiciones de dar al movimiento revolucionario en las calles de la RDA una dirección acorde con los planteamientos del manifiesto del 4 de noviembre de 1989.

Más de un millón de personas firmaron el llamamiento «Por nuestro país», que había sido publicado por la élite cultural de la RDA en noviembre de 1989. Eran ante todo escritores que deseaban un país distinto de aquel que estaba desapareciendo. Aún había esperanzas de que pudieran preservar la autonomía de la RDA socialista.

Una mirada retrospectiva a la historia de la posguerra se detiene en los años 1953, 1956 y 1968, que representan las esperanzas quebrantadas de un socialismo con rostro humano. En las conversaciones con Georg hay momentos en los que, entre las palabras, afloran en él también la tristeza y el pesar por el hecho de que los sueños de sus padres se hayan marchitado. Pequeñas imágenes en movimiento pasan ante su cabeza, y le recuerdan cuánta autocrítica no formulada, respecto a actos y omisiones, estaba en juego cuando la familia se reunía al final de la jornada y pasaba revista al día.

Muchas cosas de la RDA habían suscitado las críticas de los niños, también la machacona simplicidad con la que se pintaba el futuro, una expectativa que no se cumplió. Pero al mismo tiempo eran los padres, los abuelos o los padres de los amigos los que renovaban una y otra vez su apuesta por la RDA , convencidos de que —en algún momento— la alternativa al capitalismo podría hacerse realidad si disminuía el índice de errores. En secreto, los niños se compadecían de las esperanzas de sus padres, que volvían a encenderse una y otra vez, pero siempre en vano. Cómo cabría entender si no a Georg en su intento de persistir en las esperanzas de su padre y mantener al menos un poco de fidelidad a la

desaparecida RDA , cuando dice: «He nacido en un país que ya no existe. Tengo un pasaporte alemán, pero no un lugar de pertenencia». Georg expresa ese sentimiento en el discurso fúnebre ante la tumba de su padre. En sus palabras percibo ante todo el duelo por las esperanzas perdidas de sus padres: No vale la pena que te sacrifiques por ellos, pensábamos.

> No es que tuviéramos celos. No. Es que nos parecía una pena que malgastases tu energía por gente que no lo sabía apreciar, y que quizá no lo merecía.
>
> Y en eso teníamos razón.
>
> Y con todo no teníamos razón.

Capítulo 13

EN LA QUINTA ALEMANIA

En las primeras frases del discurso que Georg Benjamin pronuncia en despedida de su difunto padre resuena otra pérdida. Aquí Georg Benjamin no está solo. Muchos de los que provienen de la desaparecida RDA tienen cada vez más dificultades en esta nueva-vieja Alemania unificada. A su madre le ocurre lo mismo, aunque en su día a día se las apaña de forma pragmática. Solo veinte años después de la unificación muchos se percatan del dolor fantasma que ha causado la amputación de la RDA . Pocos habían previsto o imaginado que su desaparición pudiera ser una pérdida. El lema «Nosotros somos el pueblo», gritado por miles de voces, no pensaba en la RDA real como la morada del futuro.

Pero de pronto se siente su pérdida. Muchos tienen también la sensación de haber hecho demasiado poco por la utopía de la RDA , de no haber contribuido a que se materializaran las esperanzas en la justicia, la libertad, la igualdad y de poner fin a la explotación y la servidumbre. Eso se podía entrever ya en noviembre de 1989, cuando millones de personas inundaron la Alexanderplatz en Berlín para intentar salvar en el último instante aquella esperanza aún presente, envuelta como en un capullo, en las tres letras de la RDA . La sensación de estar perdiendo algo desapareció con el tratado de unificación, sobre todo porque en el acuerdo no se contemplaba —y, por tanto, no se identificaba— ningún posible «logro» de esa RDA a la que se estaba haciendo desaparecer.

De ahí que la extrañeza se extienda también por esta quinta Alemania. Es la quinta porque considero que la República de Weimar que siguió al

Imperio es la primera, después de ella, en segundo lugar, vendría el «Tercer Reich», el fascismo hitleriano, la tercera y la cuarta serían la RDA y la RFA , y la quinta sería la Alemania posterior a la unificación. Anette Simon, psicoterapeuta en Berlín, se refiere a Alemania Oriental y Alemania Occidental como dos Estados gemelos, su madre sería Alemania y su padre el fascismo. En sus artículos reunidos con el título *Versuch, mir und anderen die ostdeutsche Moral zu erklären* [Intento de explicarme a mí y a otros la moral de Alemania del Este] observa a los gemelos que, tras cuarenta y cinco años de separación y después del entusiasmo inicial por la unidad recobrada, se dan cuenta de hasta qué punto se han convertido en extraños. Todas las etapas de la historia alemana en el siglo XX y su interpretación tienen su parte en ello. Las biografías de los Benjamin, sus actitudes y decisiones reflejan las cinco Alemanias.

Tras la unificación en 1990, cuando la RDA se sumerge en la henchida autoconciencia del Estado gemelo y se acopla a ella, la fascinación disminuye, y de pronto sus antiguos ciudadanos se encuentran viviendo en un mundo en el que apenas pueden encontrar nada que les resulte familiar. Nada que huela a RDA parece utilizable, y solo ahora, cuando se mira atrás por segunda o tercera vez, parece que hay cosas que hubieran sido en parte adecuadas para la quinta Alemania y que ahí podrían recuperarse: por ejemplo, en el sistema educativo, aunque sin el rechazo ideológico que excluía a todos aquellos que la agencia de seguridad estatal consideraba sospechosos. Este sistema educativo hubiera podido dar esperanza a muchos en un Estado capitalista-burgués, una esperanza para las muchas víctimas del drama al que actualmente asistimos en la educación. La experiencia acumulada para apoyar y estimular a los hijos de los proletarios podría ser hoy de ayuda. En Finlandia, sus emuladores han tenido tanto éxito que los jóvenes fineses destacan sin problemas con respecto a sus competidores alemanes. Por no hablar de las guarderías, los derechos de las mujeres y la paridad de salarios.

El arte y la cultura de la RDA entraron por la puerta de atrás, fecundando la literatura, el teatro y las artes plásticas occidentales de forma tan considerable que casi parece que siempre hubieran formado parte del mundo cultural de Alemania Occidental. Pero también esto es cierto: los que salieron a manifestarse a las calles de las ciudades y pueblos de la RDA querían la unificación, y solo después se percataron de que de este modo habían expropiado su propia vida.

Por otra parte, nadie contaba con que —casi a la vez que se producía la unificación— resucitara de nuevo aquello que la RDA creía haber dejado atrás para siempre. También en los nuevos *länder* se había ido formando una chusma que proclamaba abiertamente su racismo y su antisemitismo, y que se reunía —y aún se reúne— en torno a cruces gamadas.

Anette Simon señala con perspicacia que no se ha logrado superar la historia alemana y la culpa asociada a ella porque se la ha dividido en dos Estados que la han interpretado de manera distinta. Para Michael Benjamin no había duda de que la cotidianeidad del nazismo había subsistido intensamente en muchas cabezas, también en la sociedad posfascista de la RDA , de modo que se había infiltrado en la mentalidad de muchos nietos —y a veces también nietas— de abuelos que habían sido separados de sus cargos.

Según Anette Simon, «la situación recuerda a la República de Weimar, debido a la polarización entre *skins* de extrema derecha y grupos de izquierda. Las cruces gamadas, el racismo y el antisemitismo están presentes de nuevo. […] De nuevo hemos de hacer frente al nacionalsocialismo, a una culpa vieja y nueva». En este sentido, la superación de la división en dos Estados podría ofrecer una oportunidad, pero los alemanes reunificados no se toman el tiempo necesario para ello. Anette Simon: «El que se reunificaran precisamente un 9 de noviembre debería ser un mal presagio para ellos».

El 9 de noviembre, un día fatal para Alemania, abre un nuevo capítulo con la caída del muro, después de la caza de los judíos en la «noche de los cristales rotos» el 9 de noviembre de 1938 y la revolución de noviembre de 1918, sofocada con la proclamación de la república alemana. Todo esto ha de recordarse hoy, en 2013, como también el traspaso del poder al régimen nazi en 1933. Quizá eso ofrezca una ocasión para reflexionar por fin conjuntamente y en profundidad sobre por qué resurgió la extrema derecha después de la unificación.

En este tema todos señalan con el dedo a la otra parte. Cuando, en discusiones en los nuevos *länder* , recuerdo que ya había neonazis en la RDA , que constan en los expedientes de la policía por actos de vandalismo, no recibo más que cabeceos indignados. Para quienes me escuchan no hubo nazis durante la RDA . El fenómeno solo surgió después de la caída del muro, después de la unificación, y por tanto supuestamente no tiene nada que ver con la RDA . Esto no cambia ni siquiera cuando se alude a

Lichtenhagen, donde una turbamulta socializada en la RDA atacó con bombas incendiarias una residencia de refugiados. Por su parte, en el Oeste predomina la impresión de que los neonazis son solo un problema de los nuevos *länder* . Se tiende a encubrir el hecho de que el Partido Nacionaldemócrata de Alemania (NPD) y la Unión del Pueblo Alemán (Deutsche Volksunion, DVU) son importaciones del Oeste. De modo que después de la unificación vuelven a emerger cosas que apenas estaban recubiertas por un fino barniz.

Sin embargo, en la quinta Alemania también hay elementos que incitan al optimismo. En un solo día leo en el diario *Süddeutsche Zeitung* dos noticias que tienen que ver con la memoria histórica. Por una parte la declaración de la asamblea alemana de médicos, reunida en Núremberg en 2012, sobre el papel que los médicos desempeñaron durante el nacionalsocialismo. La aniquilación de vida considerada «no digna de ser vivida» se produjo con el conocimiento y la asistencia del cuerpo médico, que aceptó de forma impasible y en su propio provecho que se retirara la habilitación a los médicos judíos. ¿Quién sabe si después de esta declaración de Núremberg, que se mantiene aún a un nivel muy genérico, el parlamento de médicos se ocupará de las víctimas supervivientes que fueron sometidas a esterilizaciones forzosas cuando aún eran niños? En cualquier caso, parece que se ha puesto fin al largo silencio de un gremio cuyos miembros gustan de presentarse como «semidioses de blanco».

A eso se añade el reportaje de una escritora que se había trasladado con su familia de Berlín a Heidelberg, y que por casualidad descubrió que había alquilado una casa en la que, a partir de 1940, vivieron judíos que —como solía ocurrir en las llamadas *Judenhäuser* — esperaban a ser transportados. Describe el horror que esto le produjo. Durante mucho tiempo no pudo entrar en esta vivienda de construcción antigua, que sus invitados consideraban «tan hermosa», sin pensar a cada momento cómo tuvieron que sentirse las personas que habían vivido allí asoladas por el miedo y una inmensa angustia. No dejó de sentirse así hasta que, tras acudir a los archivos de la ciudad, logró poner nombre y rostro a los que habían habitado en esa «vivienda de judíos».

Descubrió que en 1940, al mismo tiempo que Walter Benjamin se quitaba la vida en Portbou para escapar al arresto de los nazis y evitar que le entregaran a un campo de exterminio, los hermanos Bernd y Sigmund Kaufmann —de nueve y diez años, respectivamente— fueron deportados al

campo de internamiento de Gurs, en Francia. Y en 1942, cuando Georg Benjamin fue perseguido hasta acabar en la valla de alta tensión de Mauthausen, Emma Bendix fue deportada a Izbica. Ninguno de los deportados sobrevivió. Desde Heidelberg, Betty Snopek fue enviada a Gurs y finalmente a Auschwitz. Ludwig y Sara Snopek, los inquilinos propiamente dichos de la «vivienda judía», lograron sobrevivir. En febrero de 1940 emigraron a Estados Unidos. Sara murió (¿de desesperación?, ¿de pesar?) diez años más tarde, su marido Ludwig falleció en 1956. El recorrido de Philip Snopek pasa por Berlín hasta llegar a Riga, donde falleció. Luise Wolfers, que también fue deportada a Gurs en 1940, murió en el campo de Nexon; Hilde Wunsch fue asesinada en Theresienstadt. Samuel Zucker, abogado, logró sobrevivir por dos años a la devastación de su bufete y de su existencia, y murió en Heidelberg en 1940.

Si Maja Linthe, la escritora, había creído escuchar los pasos de estas personas en cada hendidura del parqué, le ayudó haberles sacado del olvido: cobraron de nuevo un rostro. Linthe escribe que poderles recordar había hecho que la casa —aunque fuera de modo difícil— volviera a ser habitable. La comodidad de su familia había sufrido desgarrones. Pero estaba preparada para soportarlo. Mudarse a otra vivienda hubiera supuesto una huida del pasado que no podía salir bien. El mero horror ante los crímenes nazis, dice, «hace que uno se sienta impotente. Si quiero seguir siendo capaz de actuar, tengo que llegar hasta el final». Había entendido que «siempre ha de haber alguien que escriba el nombre de las víctimas, […] porque percibe su ausencia y se puede preguntar qué ha sido de ellas».

En mi opinión esto vale también para la historia familiar de los Benjamin. Para Walter, cuya celebridad póstuma tiene que ver con que tuvo partidarios importantes e incansables como Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, o su amigo Gershom Scholem, o Bertolt Brecht, o su no menos célebre amiga Hannah Arendt. Eso también contribuyó al renacimiento benjaminiano a finales de los sesenta y durante los setenta, cuando la generación de posguerra en Alemania Occidental le descubrió y leyó sus tesis de filosofía de la historia. Teniendo presentes sus libros y ensayos, no pocos de ellos han saneado la democracia formal en el Oeste, allanando el camino para que pudiera llegar a canciller un antifascista que —al arrodillarse ante el monumento a las víctimas del gueto de Varsovia— señaló la necesidad de reconocer la propia historia.

Por su parte, Georg Benjamin sénior solo era conocido en la RDA como un combatiente en la resistencia contra el nazismo. El hospital central de Staaken, en Berlín, y la colonia de reposo del ejército de la RDA en Sorge, en el Harz, llevaban su nombre, como también una escuela para discapacitados físicos en el barrio de Lichtenberg de Berlín. Con la unificación se eliminaron su nombre y los letreros de información. Ser judío y comunista no era suficiente mérito. Queda Hilde Benjamin, en cuya vida se refleja la historia alemana antes y después de 1933, antes y después de 1945. Después de doce años de constante angustia por su hijo y por su marido Georg, en 1945 se encuentra ante un nuevo comienzo. ¿Qué hubiera ocurrido si el creciente antagonismo entre Este y Oeste no hubiera marcado cada vez más la posguerra y la propia trayectoria de la RDA ? ¿Podrían haberse materializado tal vez —al menos en parte— las esperanzas de Georg, de las que ella se sentía también responsable?

Sería el momento de tomarse en serio la quinta Alemania. Michael Benjamin iba camino de hacerlo. En el año 2000, su muerte a consecuencia de una operación de corazón produjo una gran conmoción, pues se consideraba una sencilla intervención rutinaria. Desenvuelto y seguro de sus motivaciones, se hubiera batido en el campo de juego político que le ofrecía la quinta Alemania. Probablemente hubiera partido de sus experiencias de antes y después de 1945 para retomar la lucha política y nunca hubiera menospreciado los minúsculos pasos con los que a veces se miden los éxitos. Habría comprendido la actitud de su hijo hacia la quinta Alemania, aunque no la compartiera. Su forma de pensar, pese a la distancia científica, era demasiado política para eso. No era posible no tomar partido.

Michael Benjamin era portavoz de la plataforma comunista dentro del SDS , y también quien marcaba su orientación. A diferencia de Gesine Lötzsch, antigua dirigente de La Izquierda, probablemente no hubiera permitido que le impidieran plantear un debate sobre el futuro del comunismo. El mísero nivel de los argumentos con los que —no solo los conservadores— atacaron a la señora Lötzsch se acercaba casi al nivel de una censura de las opiniones. La negativa de Michael Benjamin a dejar de ocuparse con esta cuestión siempre estuvo unida a una actitud autocrítica y a un alto nivel intelectual.

El aspecto actual del mundo capitalista genera cada vez más la impresión de que valdría la pena buscar de nuevo alguna alternativa. La gran institución financiera alemana, el Deutsche Bank, se enfrenta por ejemplo a

una serie de procesos y acusaciones individuales y estatales —sobre todo en Estados Unidos, pero también en Inglaterra e Italia— que le achacan actividades fraudulentas. Entre otras cosas se sospecha que el mayor banquero de inversión del Deutsche Bank apostó por el hundimiento y la caída del valor de sus propios paquetes hipotecarios en el mercado inmobiliario estadounidense. Ya en 2005 había advertido que se hundirían porque los propietarios de viviendas que se habían quedado sin trabajo no iban a poder pagar sus hipotecas. Con ello aseguró al banco ganancias de mil quinientos millones de dólares, de modo que sus pérdidas fueron algo más reducidas. A cambio recibió bonos que ascendían a más de cincuenta millones de dólares. No es de extrañar que miles de personas salieran a las calles a protestar contra el poder de los bancos y contra el sistema financiero global. Sin embargo, como ocurrió en la ciudad de Fráncfort, centro financiero de Alemania, los tribunales se aprestan a echar una mano a los banqueros cada vez que se encuentran en una situación delicada, protegiéndolos de la furia de sus clientes y prohibiendo las manifestaciones en el barrio financiero por motivos de seguridad. En cambio, el Estado de derecho es muy meticuloso cuando se trata de garantizar la libertad de manifestación de los neonazis.

La crisis del capitalismo incita a pensar en su superación. Hoy se lee de nuevo a Karl Marx. Y eso a pesar de que la opinión dominante no se cansa de desacreditar el marxismo como un extravío. La pregunta por la dialéctica de qué es lo que podría haber perdurado más allá de la RDA en tanto que idea capaz de abrir nuevos caminos para la izquierda —una pregunta que también se planteó Michael Benjamin— sigue abierta, y también la cuestión de si solo los camaradas comunistas tendrían algo que decir al respecto. Si Christa Wolf siguiera viva seguro que acudiría en su ayuda. Todo su libro *La ciudad de los ángeles* está dedicado a esta cuestión. Una frase del libro señala en una dirección que quizá nos lleve a aquellos que podrían ofrecer una solución: «Al final habían vivido sin ilusiones, pero sin olvidar sus sueños».

A veces Ursula Benjamin lleva sus cabellos blancos peinados hacia atrás y recogidos en una coleta. Otras veces los lleva sueltos o recogidos en un moño. A menudo creo advertir en ella una mirada pensativa, que sopesa. No se resigna a la idea de que la RDA y el trabajo de tantas personas allí solo pueda ser comprendido y valorado por esas mismas personas. Un pasaje escrito por su marido encaja bien en este sentido. Para él, «más radical que

una crítica dirigida a las raíces […] de la RDA » es la pregunta de qué ha aportado la RDA a la elaboración de una nueva concepción del socialismo. Como muchos otros, después de 1989 se había preguntado: ¿cómo había podido suceder?, ¿qué había fallado?, ¿dónde estaban las causas? Y subrayaba claramente lo que constituía su certeza: «*Solo nosotros* tenemos interés en comprender las razones del fracaso. Solo nosotros podemos identificar los errores; tenemos que identificarlos, para que no se repitan. Esa es la tarea de nuestra generación». En un principio no se había percatado de que una «reflexión sobre la RDA » tenía que tener ese reverso dialéctico.

Algunas frases del programa del PDS en 1993 van en esta misma dirección, lo que lleva a Werner Wüste —amigo de Michael Benjamin— a suponer que este tuvo una parte activa en su formulación. Wüste ha compilado distintas cartas y manuscritos de Michael Benjamin y los ha publicado en el libro *Das Vermächtnis* [El legado]. Tenía la esperanza de que el pensamiento y la enorme calidad intelectual de su amigo pudieran llegar así a un público más amplio. A mí me ha llegado, y me ha hecho lamentar no haberle conocido personalmente. Su marca personal queda patente al menos en las tres primeras frases y en la última del siguiente pasaje: «Después de 1945, millones de personas se implicaron en la construcción de un orden social mejor y de una Alemania pacífica que superase la herencia fascista. Eso no requiere ninguna disculpa. La transformación antifascista y democrática del Este de Alemania, y más tarde el intento de conformar una sociedad socialista, estaba en legítimo contraste con la tentativa de salvar al capitalismo en Alemania Occidental, un capitalismo que había quedado debilitado y desacreditado por los crímenes del fascismo alemán, que no tenían parangón en la historia de la humanidad. La tentativa de establecer el socialismo en la RDA produjo resultados valiosos y experiencias notables en la lucha por la justicia social, por definir los objetivos de la producción en interés de la población trabajadora, por lograr una convivencia solidaria y pacífica en suelo alemán. Sin embargo, también se cometieron errores, desatinos, negligencias e incluso crímenes». Este texto arroja la pregunta de por qué las instancias negociadoras de la RDA no intentaron que se recogiera en el tratado de unificación ninguno de los «valiosos resultados» en la lucha por la justicia social, en la definición de los objetivos de la producción en favor de los trabajadores. Quien haya tenido ocasión de conocer la ausencia de

prevención sanitaria en las fábricas de la RDA , la contaminación del aire debido a la falta de sistemas de filtros, quien recuerde sus aguas, ríos y lagos biológicamente muertos, podría enumerar una serie de negligencias que se han subsanado. El hundimiento económico de la RDA tuvo sus causas y fue el motivo fundamental que llevó a una emigración masiva que se manifestó en el jardín frente a la embajada de Alemania Occidental en Praga.

Jürgen Habermas, filósofo y sociólogo reconocido en todo el mundo, comenta irónicamente la nula disposición de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) y del Partido Democrático Libre (Freie Demokratische Partei, FDP) a la hora de tomar en consideración los eventuales logros de la RDA en el tratado de unificación, así como la decepción que eso causó: «El tratado que el señor Schäuble (CDU y negociador por parte de Bonn) ha cerrado consigo mismo a través de la figura del señor Krause (CDU del Este y negociador por parte del gobierno de Maizière salido de las elecciones) tuvo que hacer las veces de un acuerdo a nivel social entre los ciudadanos de los dos Estados».

Estoy seguro de que Michael Benjamin no hubiera permitido que la responsabilidad de estas omisiones en el proceso de unificación se atribuyera exclusivamente a la falta de comprensión del Oeste. Con sus agudas observaciones habría enriquecido el debate sobre lo que quedaría de la RDA y sobre los futuros márgenes de acción que se abrirán para la izquierda en una crisis del capitalismo que resultaba visible. Su punto de partida fundamental era el «déficit democrático de la RDA », que para él había sido «uno de los motivos de su fracaso». En una crítica al libro de André Brie *Befreiung der Visionen* [Liberación de las visiones] había dejado claro que la democracia era «un elemento indispensable» de su comprensión del socialismo.

Más tarde, eso le llevaría a analizar críticamente la concepción de la RDA respecto a la constitución, el Estado y el derecho. Con razón se opuso a la fórmula plana que acusaba a la RDA de ser un «Estado de injusticia». Nadie diría eso de la República de Weimar, pese a que la arbitrariedad jurídica estaba a la orden del día. Nadie criticó la justicia en Weimar —y con ello la realidad del Estado de derecho burgués— de forma más atinada que Kurt Tucholsky. Una cita que busqué durante mucho tiempo y que encontré por fin en una recopilación de textos de Benjamin editada por Wüste: «La muchacha Justitia toca alegremente *piano* o *forte* las teclas del instrumento, según caiga. Es una muchacha fina. Es suave con la nobleza, el

estudiantado, los oficiales y los nacionales. Ahí no se dan golpes. Pero ¿a los trabajadores? Ahí golpea siempre».

Quien observe detenidamente los años veinte llegará a una conclusión similar a la que Michael Benjamin añadió a la cita de Tucholsky: «Esta Administración y esta Justicia, con muy pocas excepciones, pasaron sin solución de continuidad a las posiciones del nazifascismo, y años más tarde no menos directamente a las de la República Federal».

Esta valoración de la «ciega» justicia burguesa se correspondía con su análisis del sistema jurídico de la RDA , que también era blanco de sus críticas cuando constataba que «la concepción de la RDA respecto a la constitución, el derecho y el Estado, con principios como la unidad de poderes, el anclaje constitucional del papel dominante del SED (partido de combate marxista-leninista), rechazo del tribunal constitucional y del control judicial de las decisiones administrativas, no ha superado el criterio de la praxis histórica. La tesis de la unidad de los intereses sociales e individuales ha llevado a una subordinación de estos últimos a los primeros». De modo que los principios de la colaboración directa entre los ciudadanos y de su iniciativa social habían sido vaciados de contenido y subordinados a una política económica cada vez más problemática. Para Michael Benjamin, las «estructuras del Estado de derecho eran una conquista democrática importante que un partido socialista no puede ignorar impunemente» y a las que «ninguna concepción del socialismo» puede renunciar.

Su interés en esta cuestión se revela en la actitud autocrítica hacia sus propios errores, que no se ha perdonado, como en relación al tema de «los comunistas y la constitución». Recuerda el «debate sobre el Estado de derecho» que había tenido lugar en 1988 en la RDA , en un intento «tardío y en último término vano de legitimar la RDA ». Y señala literalmente: «Los artículos que escribí entonces, por ejemplo, ‘La República Democrática Alemana: un Estado de derecho socialista’, son de lo peor que he escrito jamás. No por el tema, sino por su carácter apologético y por la cuidadosa omisión de los problemas y contradicciones existentes».

En su discurso ante la tumba de su padre, el propio Grischa dejaba claro que todo esto ya formaba parte de las reflexiones de su padre en la época de la RDA . Lo denominaba un «conflicto constante» al que no solo él estaba expuesto. «Vivíamos en la RDA , era nuestro país, tu país, el país en el que intentábamos hacer realidad nuestros ideales, en el que muchas cosas no

funcionaban como deseábamos y esperábamos. Una y otra vez nos preguntábamos cómo transformar las cosas, cómo llevar a cabo una crítica activa sin destruir todo el edificio y, al mismo tiempo, logrando conseguir algo».

Retrospectivamente el hijo constata que a partir de 1985 su padre, que había regresado de Moscú y era prorrector en la Academia de Estado y Derecho de Babelsberg, intentó durante cinco años hacer entender a la dirección del SED y del Estado los cambios que se estaban produciendo en Moscú. «Intentaste poner en práctica lo que habías conocido en Moscú e influir en los dirigentes y hacerles comprender —no alzando la voz, a gritos, sino en conversaciones personales, con presentaciones y análisis—». Algunas cosas comenzaron a moverse a pequeños pasos —«pero los pasos fueron demasiado pequeños, como quedó patente en 1990»—. Probablemente en la quinta Alemania hubiera actuado del mismo modo, aunque los presupuestos sociales fueran distintos. Estoy seguro de que no hubiera encontrado a Michael Benjamin subido a ninguna tribuna para observar desde arriba el terreno de juego. Se hubiera implicado una y otra vez.

La quinta Alemania hace frente a grandes problemas: necesita inmigración, por ejemplo, para compensar el cambio demográfico y el envejecimiento de la población. Los nietos de Ursula —Laura y Jakob— nacieron poco antes de la caída del muro y han crecido en la Alemania reunificada. También ellos se preguntan si la izquierda puede contribuir a controlar políticamente las transformaciones que se están produciendo en Alemania como país de inmigración sin provocar una resistencia agresiva por parte de la población alemana mayoritaria. En 2012, la Oficina Federal de Estadística anunció un saldo positivo de la población, gracias a la inmigración y a pesar de una tasa de natalidad que en 2011 seguía en el nivel más bajo, a pesar de la emigración y la mortalidad; por primera vez en años la población aumentaba. Esto se explica por la inmigración de jóvenes que provienen de los países europeos en crisis, ante todo España y Grecia, que esperan poder encontrar trabajo en Alemania.

Habrá que ver si la capacidad de integración social será suficiente, también si se pone a disposición la financiación suficiente para que los inmigrantes puedan recibir un apoyo adecuado para recalar en el nuevo país. Habrá que ver también si Alemania logra mantener su posición como

una de las naciones exportadoras más importantes del mundo globalizado o si se hundirá en sus contradicciones internas y se ahogará en su propio provincialismo.

Hasta ahora la izquierda surgida de la RDA no ha logrado hacer mostrar de qué es capaz políticamente. Los dos partidos de la izquierda democrática moderada en Alemania, el SPD y La Izquierda, siguen pensando en buena medida en categorías propias de los dos Estados divididos de los que provienen. Las dimensiones de la quinta Alemania, más grande, tienen más bien poco que ver con eso. Lo mismo puede apreciarse en la política europea de los partidos conservadores, que utilizan su potencia económica como una porra con la que poner de rodillas a Europa en lugar de ayudarla. La crisis financiera forzada por los bancos podría provocar un giro a la izquierda en la mayoría del parlamento europeo. En Bruselas y Estrasburgo podrían madurar las condiciones programáticas que harían posible una aproximación entre los dos partidos obreros alemanes. Gracias a Europa podría desarrollarse algo que permitiera que la mayoría estructural de la izquierda alemana pudiera convertirse en una mayoría políticamente útil. Pero no está claro si ambas partes tienen el coraje político que eso requiere.

En vista de su posición en Europa, la quinta Alemania necesita urgentemente un debate de cara a evitar una recaída en los egoísmos nacionales a los que induce la prensa sensacionalista con sus grandes titulares, que pueden llevar a una descomposición de la Unión Europea.

Laura Benjamin, estudiante de derecho, ha de enfrentarse una y otra vez a comentarios poco graciosos sobre su bisabuela, exministra de Justicia de la RDA . La mayoría de las observaciones ignoran por completo las circunstancias de vida de Hilde Benjamin. Laura dice que no le importa. Pero le afectan.

Ella y su hermano no han llegado a conocer a su bisabuela. Pero han querido tanto más a su abuelo. En el entierro, Georg se refiere al carácter intransigente de la abuela, que a veces podía apreciarse también en su hijo Michael cuando reaccionaba a puras expresiones de descontento, a lamentos aparentemente inmotivados o a una escasa disposición a pensar y aprender. «Tú lo llamabas pereza del pensamiento, y a nosotros, tus hijos, eso nos hizo llorar en alguna ocasión, pues nos sentíamos incomprendidos». En una «familia extremadamente política» el pensamiento era algo que se daba por supuesto. «Las dudas tenían que estar motivadas. Si se podían fundamentar —de manera plausible— eran tomadas en serio y sometidas a

discusión. Eso no era algo típico de la época, pero sí típico de nosotros, de vosotros, de ti».

Laura sonríe con picardía. Estoy sentado en la pequeña cocina de su piso de estudiantes en el barrio de Pankow, y ella recuerda el cariño de su abuelo, que sabía combinar la inteligencia y una vasta sabiduría con el humor y la alegría de vivir. Sus rasgos no eran los del intelectual callado y retraído. Laura y Jakob recuerdan el papel que había colgado en la puerta de su despacho: «Si hubiera sabido lo divertidos que son los nietos los hubiera tenido antes».

Su interés y su talento para la cocina se evidenciaban en el creciente volumen de su cintura. Por el 18 cumpleaños de sus hijos les había regalado un libro de cocina escrito por él mismo. Su hijo Georg pudo leer en el prólogo que la idea según la cual el lugar de las mujeres está en la cocina era un cuento repetido una y otra vez, pero que era «irremisiblemente cosa del pasado». En cambio era cierto que «el amor pasa por el estómago». También los nietos recibieron algunas de sus recetas de cocina con motivo de la *Jugendweihe* * , así como también la invitación a engrosar la lista con sus propias recetas. Le gustaba mucho un aforismo de Walter Benjamin: «Dicho sea de paso que para el pensamiento no hay mejor comienzo que la risa. Y en particular la sacudida del diafragma brinda al pensamiento mejores posibilidades que la del alma».

Laura estudia derecho y Jakob arquitectura. Ambos han pasado largas estancias en el extranjero, estudiando o de prácticas, como hizo Laura recientemente en el consulado general de la República Federal en Nueva York. Su concepción del ser humano lleva la impronta de su abuelo, muy lejos de la falta de respeto que caracteriza a muchos jóvenes de hoy, y que dificulta —o incluso imposibilita— un trato recíproco constructivo. Laura y Jakob observan con atención el mundo que los rodea, y no están seguros de si se quedarán en Alemania o se marcharán. No tienen barreras lingüísticas.

Si se quedaran y estuvieran a disposición de esta quinta Alemania podrían contar con algunos aliados. Todo el espectro actual de la juventud alemana puede encontrarse desde hace dos años varias veces a la semana en los siete espacios temáticos de la exposición interactiva «7x^{jung} » [7 veces joven], bajo los arcos de la estación del metropolitano de Bellevue en Berlín. Allí la asociación «Gesicht Zeigen!» [¡Dar la cara!] ha abierto nuevas vías para poner en relación el presente con la historia reciente. Más

de cuatro mil alumnos de entre doce y dieciocho años han visitado los espacios artísticos y han pasado juntos varias horas en distintos talleres. Algunos tienen experiencias de marginación. Aquí una serie de episodios personales muestran a dónde ha conducido la marginación de minorías en la historia de Alemania desde 1933, y esto se pone en relación con la realidad vital de los jóvenes de hoy.

El libro de visitas está lleno de comentarios de estudiantes, también de elogios de delegaciones internacionales —a menudo enviadas por el Ministerio de Asuntos Exteriores— que han quedado admiradas de la concepción, que incita a que por unas horas los compañeros de clase se ocupen los unos de los otros. En la cotidianeidad de la escuela tienen pocas ocasiones para ello. A menudo vienen adolescentes de colegios en los que el porcentaje de estudiantes de familias migrantes es hasta del noventa por ciento. De vez en cuando vienen también clases de institutos superiores. Jan recuerda a algunos estudiantes que hablaron aquí por primera vez de sus experiencias con jóvenes neonazis y que se sintieron reforzados para desarrollar estrategias para oponerse a ellos sin utilizar la violencia. Son cosas que les afectan en su día a día, a veces hasta la confrontación física. «Pero nadie nos habla de ello, ni en la escuela, ni con los profesores, ni tampoco en casa».

También otros proyectos ofrecen estímulos para el respeto y la tolerancia, a fin de recuperar algo de tierra firme para la democracia. Sin los muchos jóvenes que realizan su año de servicio social en «Gesicht Zeigen!» la iniciativa no podría mantenerse. Eso vale también para otros proyectos que intentan actuar a contracorriente frente a una derecha que sigue ganando terreno. Con su trabajo, estas iniciativas están contribuyendo a fortalecer una Europa democrática que está en retirada en ciertas regiones de Italia, Polonia o la República Checa. La situación es particularmente desastrosa en Hungría, donde se está formando un régimen despótico al que Europa solo está ofreciendo una respuesta tibia.

La quinta Alemania tendría una obligación moral con la historia, más aún en la medida en que es el miembro económicamente más fuerte de la Unión. Pero ¿está a la altura de esta responsabilidad? ¿Tanto se equivoca el primer ministro de Luxemburgo, Jean-Claude Juncker, cuando señala críticamente que los alemanes tratan a la UE como una filial y hacen con ella política interna? Con ello confirma la impresión de muchos observadores que consideran que Berlín tiene un trato poco considerado con la Europa

común. También la izquierda contribuye a ello. No está claro con qué imagen de Europa quiere luchar por su futuro político.

La crisis deja claro que las sociedades capitalistas-burguesas se acercan de nuevo a una recaída. Apenas la mitad de los estudiantes alemanes proviene de familias sin estudios universitarios, de ellos solo el dos por ciento de familias con un nivel de formación bajo. Estas cifras y otras semejantes son escandalosas, porque revelan hasta qué punto los mecanismos de selección están normalizados a nivel social. Basta pensar en el número de analfabetos funcionales, que en Alemania está cerca de los siete millones de personas. En las escuelas superiores cerca del diez por ciento no obtienen siquiera el título más bajo, lo que significa que cada año entre sesenta mil y ochenta mil personas pasan a engrosar las filas de los desempleados que reciben subsidios sociales. En Alemania uno de cada cinco niños vive en una familia por debajo del umbral de la pobreza.

Walter Benjamin ofrece un modo de afrontar el problema. «'La pobreza no es una deshonra'. Muy bien. Pero ellos sí deshonran al pobre. Lo hacen y le consuelan con la frasecita de marras. Es una de esas que en otra época pudieron tener validez, pero cuyo plazo ha expirado hace ya mucho tiempo. Lo mismo ocurre con aquel brutal 'el que no trabaje que no coma'».

Vale la pena quedarse con Walter Benjamin y seguir su reflexión: «Cuando había trabajo y se podía comer, también había pobreza, pero esta no envilecía al individuo cuando se abatía sobre él por una mala cosecha u otra fatalidad. Sí envilece, en cambio, la miseria en la que han nacido millones, y en cuyas redes van cayendo cientos de miles a medida que empobrecen. La suciedad y la miseria», escribe en *Calle de dirección única* , «crecen a su alrededor como muros construidos por manos invisibles». Benjamin está convencido: «Nadie deberá hacer nunca las paces con la pobreza, si esta, como una gigantesca sombra, se abate sobre su pueblo y sobre su casa».

Este pasaje podría ser un comentario a los datos que arroja cada día la economía actual, en la que cada vez hay más puestos de trabajo que no bastan para dar de comer a un hombre o una mujer. El trabajo mal pagado destruye la confianza de los individuos en sí mismos: trabajan, pero no pueden vivir de su trabajo, y necesitan un segundo o un tercer empleo para poder sobrevivir, solos o con su familia. Walter Benjamin exige una conciencia clara de esta forma de explotación y autoexplotación, y afirma: «Tendrá entonces que mantener sus sentidos muy despiertos frente a

cualquier humillación que le toque en suerte, y someterlos a una disciplina hasta que sus sufrimientos hayan abierto, no el abrupto camino abajo de la aflicción, sino el sendero ascendente de la rebelión».

A este pasaje tan actual le sigue una crítica no menos vigente de los medios y de su incapacidad de elaborar al menos analíticamente el caos económico de su tiempo —que daría paso a la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial— y de esclarecer sus verdaderas causas: «Aunque aquí no cabe esperar nada mientras todos y cada uno de los destinos más terribles y oscuros, discutidos en la prensa cada día, e incluso cada hora, analizados en todas sus aparentes causas y consecuencias, no ayuden a nadie a conocer las oscuras fuerzas a las que se ha sometido su vida».

También Georg menciona a Walter Benjamin en el discurso ante la tumba de su padre. Este había sido importante para el padre «de cara a entender y recordar», y también en su historia personal, en la que «lo judío cobró cada vez más importancia, y con ello los conocimientos de Walter Benjamin, tu tío. […] En muchos aspectos eras como Walter, un humanista en una búsqueda perpetua». Georg recuerda un evento en memoria de Walter Benjamin celebrado cinco años antes, en el que Michael había hablado sobre él, de su visión de sí mismo y de su relación con la historia. Para cerrar cita algunas palabras de ese discurso, que él podría aplicar a su padre, «sobre el modo en el que Walter Benjamin entendía lo que significa ser alemán y sobre el modo en que creo que tenemos que entenderlo. ‘De un honor sin gloria, de una grandeza sin esplendor, de un orgullo sin retribución’».

* Esta «fiesta de consagración de la juventud», que suele celebrarse en torno a los catorce años, es una iniciación festiva que marca el paso de la infancia a la juventud. Surgida en el siglo XIX, fue retomada en la RDA . [*N. del T* .]

Capítulo 14
LO QUE QUEDA…

Sobre la localidad de Portbou, en un altiplano rocoso, está el Memorial Walter Benjamin, llamado «Pasajes». Un lugar de memoria que parece pegado a las rocas, obra del artista israelí Dani Karavan. Hasta allí llega el fragor de las olas, cuando el agua coronada de blanca espuma se estrella contra la playa. El memorial consiste en una pequeña escalera enmarcada por una construcción de acero del color del óxido, que forma una especie de pasillo con paredes y un techo un poco más elevado que la altura de una persona. Sesenta y ocho escalones de acero conducen hacia abajo, hasta que una sólida pared de vidrio impide caer al mar agitado. La mirada a través del cristal y la sensación de flotar por encima del mar: una ilusión perfecta. Tras el cristal, los últimos diecisiete escalones hacia la nada. Inscrito sobre el vidrio una cita del texto de Walter Benjamin «Sobre el concepto de historia»: «Es más difícil honrar la memoria de los que no tienen nombre que la de los hombres célebres. La construcción histórica está consagrada a la memoria de los sin nombre».

El acceso a este pequeño pasillo de acero es abierto. Conforme se desciende por el hueco de la escalera se abre una panorámica del mar abajo, y cuando se asciende puede verse la luz del día al final del túnel. La inacabada *Obra de los pasajes* de Walter Benjamin resuena en estas subidas y bajadas. Un lugar para recordar a quien, en la noche del 25 al 26 de septiembre de 1940, se tomó una última libertad: decidir él mismo sobre su vida y su muerte. La pequeña pensión en Portbou y la habitación trasera del primer piso donde fue hallado moribundo tras ingerir varias pastillas de

morfina ya no existen. En su lugar hay una vivienda de dos plantas. Un pequeño letrero en la acera —frente al nuevo edificio— le recuerda y conmemora el día de su muerte.

El expediente de Benjamin quedó en manos de las autoridades españolas. Una disposición de extradición más, llena de polvo e irresuelta, en el enorme escritorio de la historia. Se le negó el ingreso en España porque en sus papeles faltaba el sello de salida de Francia. Los aduaneros españoles tenían la intención de enviar al grupo de vuelta a Francia a la mañana siguiente, lo que para Benjamin significaba que sería entregado a la Alemania nazi.

Dónde podría recordársele mejor que aquí, en el lugar donde murió. Por entonces Portbou era una estación intermedia para muchos refugiados que huían a Portugal pasando por España. Su amiga Hannah Arendt atravesó sin problemas este lugar unos meses después de que Benjamin no lo lograra. La disposición que prescribía el sello de salida ya había sido anulada. Hannah Arendt no sabía que Portbou había sido la estación final de Walter Benjamin. Los dos se habían visto unas pocas semanas antes en Lourdes, donde se habían refugiado huyendo de París después de que Francia hubiera sido invadida por la *Wehrmacht* . Arendt escribió a Theodor W. Adorno y le dio cuenta de sus largas conversaciones durante interminables partidas de ajedrez.

A Arendt esta localidad de dos mil almas en una bahía de la salvaje costa española le pareció «uno de los lugares más hermosos y maravillosos del mundo». Así debía resultar para quien había logrado escapar a la persecución de los nazis, una vez que había logrado atravesar sin aliento la última cima de los Pirineos: por fin una vista del mar abierto y la costa, una vista de Portbou, la localidad de frontera española con su gran estación de maniobras. Ninguno de los relatos de esta vía de fuga y sobre Portbou omite la mención de la distinta anchura de las vías de tren en ambos países. De ahí el estruendoso ruido que llega desde la estación cuando empujan los vagones de una vía a la otra.

Mi mujer y mi hijo Tom, que acaba de cumplir nueve años, van conmigo en el coche mientras atravesamos la carretera llena de curvas que lleva al lado francés de los Pirineos, hacia Banyulssur-Mer, el punto de partida de su ruta de escape. Queremos recorrer desde allí el camino que llevó a Benjamin hasta Portbou. Son los primeros días de octubre y hace un tiempo espléndido. En la radio dicen que nunca había habido días tan cálidos en

este momento ya avanzado del otoño. Mientras aparco el coche a las afueras de la localidad, me pregunto si se deberá al cambio climático.

A los pocos metros un letrero que indica *Chemin* o Ruta Walter Benjamin. Aquí comienza el trayecto del pequeño grupo de Walter Benjamin y Henny Gurland —que había trabajado como fotógrafa para el periódico socialdemócrata *Vorwärts* en Berlín— y su hijo Joseph. Los tres habían viajado juntos desde que se encontraron en Marsella. Los guiaba Lisa Fittko, que en 1933 había emigrado de Berlín a Francia y había acabado en los Pirineos. Ella y su marido Martin Hans conocían bien las montañas de la frontera francoespañola y lograron salvar a docenas de personas de los nazis.

El *Chemin Benjamin* es también un sendero descendiente con escaleras, que podría haber servido de modelo para el Memorial de los Pasajes de Karavan. Un túnel natural de un metro de amplitud a lo largo del muro de una casa y flanqueado a ambos lados por espesos y tupidos arbustos. Una vez llegados abajo, el camino se adentra en los viñedos. La ruta, a pocos metros de un subsuelo de roca calcárea y arena, serpentea con suaves curvas subiendo el Col de Rumpira, de seiscientos metros de altitud, frente a las resplandecientes cimas de los Pirineos.

Cuarenta años más tarde, Lisa describió su encuentro con Walter Benjamin. La idea de escribir un libro sobre ello había sido de Gershom Scholem, el amigo de Walter Benjamin residente en Israel. Había pasado el libro por alto entre el ingente material publicado en 1980. Así que pasaron otros treinta años hasta que cayó en mis manos en una librería de viejo. Leo sobre este encuentro lejano, ocurrido largo tiempo atrás, y me imagino las sensaciones de miedo y esperanza que lo habían acompañado. En la cubierta del libro una foto: Lisa con un cigarrillo en el lado izquierdo de su boca. Una ligera sonrisa en su hermoso rostro. La cabeza inclinada a la izquierda, una mirada reflexiva. Una heroína de la resistencia, cuyo libro me llega setenta años más tarde. Cansados y calentados por el sol, recorremos los tres la Ruta F (F de Fittko), que Lisa y su grupo emprendieron en su día.

En 1940, la ciudad portuaria de Marsella bullía de refugiados provenientes de Alemania y del resto de Europa, que huían del norte de Francia hacia el sur, que aún no había sido ocupado. Ya antes de la invasión de Francia y del armisticio en junio de 1940, con la subsiguiente división del país, se había decretado el internamiento de «todos los alemanes y otros

extranjeros entre los diecisiete y los cincuenta años de edad». Más tarde la edad de internamiento se elevaría hasta los sesenta y cinco años. Pese a todo, la extradición a Alemania era siempre posible, incluso desde la zona «libre» del sur de Francia, que llevaba el nombre de la ciudad de Vichy. No faltaban los agentes y delatores que denunciaban a los prófugos a cambio de dinero.

Aquí Walter Benjamin se había reencontrado con Hans, el marido de Lisa Fittko, al que conocía del campo de internamiento de Vernuche. Los dos habían logrado escapar de allí. Vernuche era uno de los cerca de cien campos de internamiento para los miles de alemanes que habían emigrado a Francia desde 1933. Fue un encuentro casual en la oficina de los sindicatos estadounidenses, que colaboraban con una serie de organizaciones de la resistencia, como el grupo socialdemócrata *Neu Beginnen* [Comenzar de nuevo], el *American Friends of German Freedom* [Amigos americanos de la libertad alemana] y la HICEM , que se ocupaba de los prófugos judíos.

La oficina la dirigía el periodista estadounidense Varian Fry, que hasta su arresto en 1941 logró que en menos de dos años más de dos mil personas pudieran llegar a Estados Unidos atravesando España. Muchos de ellos cruzaron ilegalmente la frontera con la ayuda de Hans y Lisa Fittko. La oficina existía ya un año antes de que Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial. Había sido fundada en Nueva York para posibilitar que destacados opositores a Hitler o judíos en peligro de muerte pudieran llegar a Estados Unidos.

El alcalde de Banyulssur-Mer les había recomendado una nueva ruta y había trazado él mismo un mapa del camino, porque el trayecto que prefería Lisa, que atravesaba los viñedos desde Cerbère, ya no era seguro. «Ahora», dice en su libro, «este camino estaba fuertemente vigilado por *Gardes Mobiles* a las órdenes de la policía secreta de los nazis (la Gestapo)». La nueva ruta, más segura, estaba a mayor altura y era más exigente. Algunas de las personas guiadas por Lisa no estaban en condiciones de recorrerla o habían quedado tan debilitadas por la falta de alimentación que a menudo había que hacer frente a situaciones difíciles.

Walter Benjamin sufría una miocarditis, de modo que en la medida de lo posible debía evitar los esfuerzos excesivos. Pero quería hacer el recorrido a toda costa. «Lo principal es que sea seguro», había respondido cuando Lisa le explicó el trayecto. Para tranquilizarle, y seguramente con las mejores intenciones, el alcalde les aconsejó que recorrieran el primer tercio del

recorrido el mismo día de su llegada a Banyuls, para estudiar el camino: «Es un hermoso paseo, de una hora máximo», había añadido.

Sabemos que Benjamin necesitó tres horas para recorrer este trayecto de prueba. Cada diez minutos hacía una pausa para tranquilizar su corazón. Setenta y un años más tarde recorremos el mismo camino en la mitad del tiempo. Pero cada piedra que nos hace resbalar, cada obstáculo en el camino cuando intentamos abrirnos paso a través de las tupidas vides por la escarpada ladera de la montaña, cada interrupción que tenemos que superar —a veces con mucho cuidado e incluso teniendo que apoyarnos con las manos— permiten entender lo que tuvo que afrontar Benjamin.

Durante el ascenso me pregunto dónde habría estado en los quince años entre 1918 y 1933, si hubiera vivido entonces. Los años de penuria después de 1921, en 1929 inflación, desempleo, gobiernos desbordados, por todas partes una miseria palpable en un país desgarrado, con el movimiento nazi creciendo a las puertas. ¿Dónde habría estado? ¿Habría estado de su parte y de la de sus hermanos Georg y Dora, que dejaron atrás la acomodada casa de sus padres? Georg era miembro del Partido Comunista de Alemania, mientras que Walter simpatizaba pero nunca llegó a entrar en él, pues era escéptico sobre la posibilidad de que un intelectual burgués pudiera abandonar o cambiar su clase social. Le parecía inevitable quedar entre los «frentes de clase», cuya colisión esperaba.

Continúo por la escarpada ruta, junto a mí el pequeño Tom; ante mí, con paso ligero, mi mujer. Paso constantemente de concentrarme en las dificultades del camino a la reflexión sobre Walter Benjamin, al que probablemente solo le empujaba la voluntad de resistir. Solo gracias a las memorias de Lisa Fittko sé de su noche solitaria en la cima de la montaña. Desde entonces leo sobre él todo lo que cae en mis manos.

Me había propuesto recorrer el camino a través de los Pirineos como un primer acercamiento a este hombre y a su destino. Muchas cosas se van aclarando poco a poco, también la certeza de poder recorrer cinco Alemanias en compañía de los Benjamin, desde Walter y Georg hasta Hilde y su hijo Michael y su mujer Ursula. Tengo la suerte de que Ursula Benjamin me haya permitido acceder al legado de Hilde, cuyas cartas y documentos son como señales en el camino que permiten entender las experiencias que les marcaron. De los hermanos de Walter sabemos sobre todo gracias a Hilde —la mujer de Georg— y a su hijo Michael, que nació al final de la República de Weimar.

Y Walter Benjamin: su influencia se extiende a lo largo del siglo XX y el XXI . Los que a finales de los sesenta se rebelaron contra la silenciosa generación de los culpables —encarnada por sus padres y abuelos— mostraron su gratitud por todo el conocimiento que encontraron en sus textos. Eso despertó su curiosidad hacia él. Hoy es conocido en todo el mundo, y la localidad de Portbou recoge su aura en el Memorial de los Pasajes.

Michael Benjamin, que se ocupó incansablemente con su célebre tío y con su pensamiento, recordaba el 15 de mayo de 1994 en la inauguración del Memorial de los Pasajes en Portbou que Walter Benjamin murió como un prófugo al que se le negó el asilo. Hoy se niega de nuevo el asilo a los refugiados, y no solo en Europa. ¿Quién lleva la cuenta de los que, atravesando el Mediterráneo, esperan llegar a las costas de Italia —y con ello a Europa— y acaban teniendo que pagar con su vida? Quien pese a todo llega a Alemania y quiere ser reconocido como refugiado político ha de hacer frente a un largo camino, que casi siempre termina en la expulsión, devolviéndole así a la miseria de la que pretendía escapar. Urge una reforma del derecho de asilo y de las leyes de extranjería.

El memorial de Dani Karavan para Walter Benjamin es lo que me llevó a venir hasta aquí. Si no, nunca hubiera conocido Portbou. El otoño toca a su fin, unos pocos turistas deambulan por las calles. Una brisa fresca viene del mar. Levanta la arena e irrita los ojos. La calma del mediodía. Las tiendas que aún esperan clientes no volverán a abrir hasta las cinco de la tarde. La rambla de Portbou invita a la sombra de sus árboles, con sus cafés y restaurantes.

Sin duda la plaza fue siempre un lugar de atracción. También durante la guerra civil española, que comenzó en julio de 1936 en el Marruecos español y causó estragos hasta abril de 1939. De Francia venían oleadas de prófugos provenientes de Alemania y Austria, que huían tras la toma del poder por los nazis y la anexión de Austria. Cada día miles de personas atravesaban la frontera. Hoy una exposición fotográfica en la antigua estación fronteriza recuerda el drama de la época. Refleja el temor y la miseria del camino al exilio. En las fotos puede verse también a niños, con sus grandes ojos en rostros demacrados, que a menudo atravesaban la frontera sin sus padres. Se crearon campos para los niños que viajaban solos, a los que sus padres enviaban al otro lado de la frontera con la

esperanza de que al menos ellos pudieran escapar a los esbirros nazis y sobrevivir.

En el lado izquierdo de la rambla, cerca del puerto de Portbou, hay un cuartel de la policía. Puede que Walter Benjamin recibiera aquí la orden de presentarse de nuevo al día siguiente para poderle entregar a las autoridades francesas. La pensión en la que él y los Gurland pasaron la noche estaba a la vuelta de la esquina, apenas unos pasos por una bocacalle que desemboca en la rambla. Después de nueve horas de camino a pie, Walter Benjamin estaba completamente agotado. En más de una ocasión no hubiera logrado llegar a la meta sin la ayuda de Lisa y Joseph, que le ayudaron a subir la montaña unas veces sosteniéndolo, otras tirando de él.

Quién sabe si se habrá sentado aquí, casi deshidratado por el calor y el esfuerzo, ante un vaso de agua o una limonada. ¿Le pareció su situación tan desesperada y sin salida que su pensamiento solo apuntaba en una única dirección? ¿Nueve horas de tortuoso camino para encallar aquí? No tenía fuerzas para volver a Banyulssur-Mer atravesando las montañas e intentarlo de nuevo. Pero una deportación a Francia le hubiera llevado directamente a un campo de exterminio alemán. Contó las pastillas de morfina que le quedaban. Antes de viajar a Banyulssur-Mer se había encontrado en Marsella con Arthur Koestler y había compartido con él sus provisiones. Conocía a Koestler de París, los dos habían vivido en la misma casa de la *rue* Dombasle. También Koestler estaba de camino a Lisboa. Aún le quedaban 25 pastillas. Había que tomar una última decisión.

Las autoridades españolas expidieron un certificado de defunción a nombre del Dr. Walter Benjamin y enterraron al judío en el cementerio católico de Portbou. El manuscrito que llevaba en su maletín, del que decía que era más importante que su vida y que no debía caer en manos de la Gestapo, no ha sido encontrado. Nadie conoce el paradero de los objetos personales que registró la policía española: su reloj de bolsillo de oro, sus gafas, una radiografía y su pipa. ¿Quién los cogió y por qué? ¿A quién le fueron entregados y por orden de quién? Su muerte sigue planteando enigmas.

Quien busque el memorial de Karavan encontrará enseguida la indicación que conduce a los acantilados de Portbou. Al final de una calle sombreada hay una última curva, y después el estrecho acceso que esconde la escalera hacia el mar. Allí no hay ningún *pathos* , nada que distraiga del aura de Walter Benjamin. El memorial está a pocos metros del pequeño cementerio

de urnas, en el que puede encontrarse la tumba que ha preparado un amable guarda del cementerio. Ahora puede por fin responder, en lugar de encogerse de hombros ante las preguntas de los turistas.

La tumba original había sido allanada. Henny Gurland había pagado la tasa por cinco años antes de proseguir su camino junto a su hijo hacia Portugal. Los guardias de frontera, conmovidos por el suicidio de Benjamin, les habían permitido seguir su camino. Cuando a partir de los años sesenta comenzó a crecer el flujo de turistas en busca de Benjamin, el ayuntamiento de Portbou financió una lápida conmemorativa que recuerda oficialmente al célebre difunto. Pero se desconoce dónde fue enterrado.

En un homenaje a Walter Benjamin, Dani Karavan cuenta lo que le llevó a levantar el memorial a pocos metros del cementerio: «En el cementerio comprendí que solo este podía ser el lugar para recordarle a él y a su tragedia. […] El ruido de los trenes, proveniente de la gran estación fronteriza, era como el ruido de la deportación a los campos. La muerte, la frontera, la esperanza; no tenía otra opción, no tenía elección, todo me vino dictado. Sabía que el lugar del homenaje tenía que estar cerca del pequeño cementerio. Y entonces, de repente, la naturaleza me ofrece un espectáculo sorprendente y conmovedor, la vorágine del mar rompiendo contra las rocas. El agua se agita, se precipita embravecida, se alza de nuevo con estruendo, luego calma, paz. Y el sorprendente espectáculo se repite de nuevo como el latido de un corazón herido. Y las olas rompen contra las rocas como cuando uno se golpea el pecho». Luego vio «el olivo que lucha por sobrevivir frente al viento lleno de sal y sobre un suelo árido», y el horizonte, la libertad bloqueada por una barrera, la del cementerio. Y todos estos elementos —dice Karavan—, que ya estaban allí cuando Walter Benjamin intentó alcanzar la libertad, todos ellos hablan de la trágica historia de este hombre.

Estas sensaciones de Karavan se transmiten al visitante en cuanto llega a la entrada del pasillo de acero. Al igual que Karavan, siente que solo ese puede ser el lugar del Memorial. Me dirijo hacia el pequeño cementerio de urnas. Hay flores frescas junto a la lápida conmemorativa. Una corona con la inscripción: «La localidad de Portbou recuerda el aniversario de la muerte el 26 de septiembre de 1940». Junto a la lápida está también, como si la hubiera traído el viento, la mencionada postal de tiempos de la RDA . Es una imagen de Alexanderplatz antes de la unificación de los dos Estados alemanes. ¿Quién la habrá colocado allí? ¿Era consciente del alcance

simbólico de este pequeño gesto? Un recuerdo sin palabras a un país desaparecido.

«Filosof alemany», puede leerse en la lápida conmemorativa junto a la tumba. Está en la parte frontal, en la cima del cementerio, que tiene una disposición escalonada. Quién sabe si Benjamin se hubiera dejado ubicar entre los filósofos alemanes. En cualquier caso, para los catalanes parece algo evidente. También Mischa Benjamin, su sobrino, se plantea la pregunta y ofrece una respuesta en su discurso inaugural de la exposición «Grenzüberschreitungen» [Pasajes de frontera], en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam el 16 de septiembre de 1993: ¿Hubiera aceptado esta presentación, él, que se ocupó de la cábala, que por un tiempo se sintió cercano al sionismo y estuvo vinculado al judaísmo toda su vida? ¿Él, que fue rechazado por los eruditos de la universidad alemana y fue expulsado de Alemania? ¿Él, al que persiguió la Gestapo? ¿Él, que gustaba de vivir en París y se sentía afín a Charles Baudelaire y Marcel Proust? ¿El Walter Benjamin que pensaba en contextos de historia universal?

> Pese a todo, me atrevo a afirmar que Walter Benjamin hubiera aceptado esta denominación. Por supuesto, la forma de ser alemán que él tenía en mente era muy distinta de la que se practicaba entonces, bajo el «traqueteo del redoble con trozos de huesos baqueteando», como escribió Gertrud Kolmar, su prima, que fue también una combatiente de la palabra cuya fuerza poética —a la altura de la suya— solo salió a la luz después de su muerte y de la liberación del nazifascismo. Claro que se trataba de una forma de ser alemán diferente de la que hoy se nos presenta de nuevo bajo cascos azules o de otros colores, y a la que el mundo habrá de acostumbrarse. El modo «alemán» de pensar de Benjamin no se parece al que hoy vuelve a estar presente *out of area* y fuera de las fronteras alemanas.

Estoy frente al memorial de Portbou, como entonces Michael Benjamin, antes de dirigirme con mi mujer y mi hijo a Banyuls para recorrer la Ruta Walter Benjamin. Lisa Fittko tardó dos horas en regresar desde Portbou hasta Banyulssur-Mer. Recordaba una gran sensación de alivio, creyendo que había conseguido que el pequeño grupo llegara seguro a su destino. Solo días después recibió la noticia del suicidio del «viejo» Benjamin, del que admiraba su «pensamiento cristalino y su inquebrantable fuerza

interior», y cuya impericia para vivir conseguía arrancarle una y otra vez una sonrisa.

Nos ensimismamos en nuestros pensamientos. Tom va y vuelve entre mi mujer y yo, recorriendo así dos veces el trayecto. En las caminatas por la montaña —tanto ascendiendo como descendiendo— ella lleva siempre la delantera, sin esfuerzo. Tom mantiene el contacto. El calor ha remitido, una ligera brisa nos abanica. La subida había fatigado a Tom. En varias ocasiones tuve que animarle a que saliera de los lugares de sombra en los que tomaba el fresco. De ahí que me preguntara desconfiado cómo sabía que ese era realmente el camino que había tomado «el señor Benjamin». Y cómo había llegado a saber de él y de su fuga. Y si tenía hijos. Yo le conté lo que sabía, también sobre su célebre colección de libros infantiles y sobre lo mucho que le gustaban los niños.

Quien recuerde a Walter Benjamin y haya logrado frecuentarlo —pese a la usual dificultad de sus escritos— no estará tentado a deambular por el pasado, sino que tratará de integrar sus textos y aforismos en el presente. Su célebre ensayo «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica» habla del modo en que el cine sonoro sustituyó al cine mudo y reforzó ulteriormente el poder de las imágenes. Su invención tuvo lugar en una época de gran disputa ideológica en el siglo XX . Goebbels, el ministro de Propaganda de Hitler, se percató del potencial de seducción del nuevo medio y lo utilizó para sus fines propagandísticos. Buena parte de lo que Benjamin captó con agudeza, analizando la banda de asesinos en torno a Hitler, ofrecía una respuesta a las preguntas que surgían de todo ello, pero que fueron formuladas demasiado tarde.

El plan de erigir aquí un memorial en recuerdo de Walter Benjamin estuvo a punto de fracasar. En 1991 parecía que todo estaba encarrilado. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Bonn estaba dispuesto a financiar el diseño y la ejecución del Memorial de los Pasajes de Dani Karavan con un millón de marcos. Las presentaciones de Karavan habían suscitado una aprobación unánime. Muchos veían en su Memorial un distanciamiento de una discusión sobre monumentos y lugares conmemorativos que equiparaban a todos los muertos, fueran verdugos o no. A menudo las intervenciones de los políticos en este sentido generaban más bien estupor, como escribía el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* en 1991: «Un terrible oscilar entre víctimas y verdugos, con zonas grises en las que incluso las *Waffen-ss* pueden contar con una devota indulgencia». El diario de

Fráncfort celebraba el proyecto de Karavan en la medida en que «superaba tanto la ilustración como la abstracción: plantea un diálogo con las figuras del pensamiento de Benjamin y las metáforas del pasaje de fronteras, un momento sin una monumentalidad estentórea, una obra ejemplar en su relación precisa y compleja con el paisaje y con la memoria del lugar».

La propuesta del memorial había surgido de Richard von Weizsäcker, que en aquel momento era presidente de la República Federal Alemana. La inauguración estaba prevista para el verano de 1992. Había invitado a su homólogo israelí, Chaim Herzog, según le dijo en una carta a Dani Karavan. La colocación de la primera piedra tuvo lugar en septiembre de 1991. Durante el acto oficial en Portbou se leyeron saludos del presidente federal Weizsäcker, del ministro de Cultura español, el escritor Jorge Semprún, y de su homólogo francés Jack Lang. La prensa española y alemana recogió la noticia amplia y notablemente.

Aunque se contaba con la confirmación del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y la financiación parecía asegurada, de repente se multiplicaron los obstáculos. El Tribunal Federal de Cuentas estaba mal informado —al parecer de forma deliberada—. De modo que el titular del periódico sensacionalista *Bild* parecía programado de antemano: «Casi un millón por una losa conmemorativa». La revista *Neue Revue* colocó al ministro de Exteriores Genscher entre los «peores despilfarradores de impuestos». Publicó una foto de la sencilla piedra que el ayuntamiento de Portbou había donado —y financiado— con motivo del 50 aniversario de la muerte de Walter Benjamin. Se suscitaba la impresión de que se hubiera pagado un millón de marcos por esta piedra.

El Tribunal Federal de Cuentas había protestado por el hecho de que «las medidas para cuidar una tumba» se hubieran convertido «en un proyecto millonario». En lugar de esclarecer el malentendido, el ministro de Exteriores Hans-Dietrich Genscher canceló oficialmente el encargo. La República Federal se arriesgaba a hacer un papelón. Los *länder* de Hesse y Baden-Wurtemberg, que en principio habían acordado cubrir una parte de los gastos, decidieron asumir todos los costes. Walter Benjamin había dejado huellas en ambos *länder* . Había pasado algunos semestres en Heidelberg. En Fráncfort sufrió una gran decepción cuando su escrito de habilitación —*El origen del drama barroco alemán* — fue rechazado por la universidad. Además había sido colaborador del célebre Instituto de Investigación Social en Fráncfort.

En cualquier caso, los dos *länder* le ahorraron a la República Federal una situación embarazosa. La materialización del proyecto de Karavan se retrasó dos años. El *Frankfurter Allgemeine Zeitung* barruntó una campaña de desinformación controlada por el Ministerio de Asuntos Exteriores. Los que la habían tramado quedaron en segundo plano. Pero el Memorial se construyó y fue inaugurado en mayo de 1994. Hubo una ceremonia oficial con la presencia de Hans Eichel y Erwin Teufel, presidentes de los *länder* de Hesse y Baden-Wurtemberg, respectivamente. Entre los invitados estaban también Dani Karavan, Michael Benjamin, su mujer Ursula y sus hijos y nietos. Lisa Fittko también estaba allí. Michael Benjamin se mostró muy conmovido porque hubiera una representación oficial de la comunidad de antiguos presos del campo de concentración de Mauthausen, donde su padre Georg —el hermano de Walter— había sido asesinado. Habían contribuido a la financiación del Memorial. Lisa había venido sola a Portbou desde Nueva York. Su marido Hans había muerto. La huida de ambos a Nueva York pasando por Cuba sería una historia aparte. Los dos están entre los héroes silenciosos que decidieron actuar mientras otros se escondían. Los planes de quienes querían torpedear todo esto no funcionaron. El memorial y su expresión formal transmiten la experiencia del exilio.

Tuvieron que pasar otros veinte años hasta que la historia del Ministerio de Exteriores y su implicación con el Estado nazi fueron objeto de estudio e investigación. *Das Amt und die Vergangenheit* [El ministerio y el pasado] es el escueto título de un voluminoso libro. En él se pone de manifiesto la gran afinidad del Ministerio y de muchos de sus colaboradores con los objetivos del Estado nacionalsocialista. Incluida su adhesión a la ideología racial y un antisemitismo apenas oculto por parte de los diplomáticos, en su mayor parte de proveniencia aristocrática. Las maquinaciones de 1991 fueron probablemente una de las últimas manifestaciones de los enredos nazis del Ministerio de Asuntos Exteriores. Un pasaje de Walter Benjamin puede servir como comentario al análisis en profundidad de la historia del Ministerio durante los doce años de dictadura nazi: «No hay un solo documento de cultura que no lo sea a la vez de barbarie. Y si el documento no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de transmisión de unas manos a otras».

¿Qué representan los Benjamin, Georg y Walter Benjamin y su hermana Dora? Fueron perseguidos, humillados y se mantuvieron firmes. Al igual

que Gertrud Kolmar —la prima de Walter, Georg y Dora—, cuya poesía admiraba Michael Benjamin y que fue asesinada en Auschwitz. Y Hilde, que los sobrevivió a todos, la joven de piel oscura y cabellos negros como el azabache, a la que sus compañeros de clase llamaban «la india», cuyo certificado de «arianidad» protegió a su hijo. En sus cartas y mensajes se recoge una esperanza que casi nunca se materializó. Al igual que su marido Georg, era miembro del movimiento comunista mundial, controlado desde Moscú. Dio muestras de su coraje civil, se mantuvo fiel a sus familiares y amigos judíos, y pese a todo no pudo evitar que cayeran en manos de la maquinaria de exterminio de los nazis.

Más de setenta años después del final de la guerra y de la superación de la división de Europa, parecería que el capitalismo hubiera triunfado. Esta opinión, compartida por muchos, se ha revelado quebradiza. La indiferencia hacia la política y el cansancio de la democracia aumentan. Un rasgo característico de ello es el giro a la derecha que puede apreciarse desde Estados Unidos y el Tea Party hasta Rusia, donde un presidente desconcertado quiere quebrantar las ansias de libertad de una joven generación. Como una epidemia, el espectro de la extrema derecha recorre Europa. Al mismo tiempo se produce una recaída en los egoísmos nacionales. Lo que está en juego es nada menos que la integración europea. Es tiempo de pararse a reflexionar.

¿Está el capitalismo en crisis? Con el final del mundo bipolar se ha hundido también el capitalismo renano y democrático que sostenía la economía social de mercado. Su lugar lo ha ocupado la globalización, y desde entonces el número de víctimas no ha dejado de aumentar, como también se ha incrementado el número de malabaristas financieros y el de los que se benefician de la crisis en los bancos, que estarían dispuestos a apostar por su propio hundimiento si eso les permitiera conseguir réditos del veinticinco por ciento.

Se precisan alternativas que permitan evitar algo semejante. La única revolución incruenta que conocemos se dio precisamente en Alemania, donde se pensaba en términos disyuntivos. En el país reunificado no hay discurso oficial que no mencione la «revolución pacífica» de 1989. Por supuesto, se tiende a pasar por alto que los que pusieron en marcha esta revolución querían transformar la RDA , y no pretendían su anexión a la RFA ni a la forma social capitalista. Merece la pena leer los legados de los que participaron en esta revolución pacífica. Han escrito muchas cosas que hoy

cabría plantear de nuevo. Por ejemplo el llamamiento con el que se anunciaba la fundación de *Aufbruch 89 – Neues Forum* [Resurgimiento 89 – Nuevo Foro], del 10 de septiembre de 1989: Queremos que haya margen de movimiento para la iniciativa económica, pero no degenerar en una sociedad hipercompetitiva. Queremos conservar lo que ha dado buen resultado y al mismo tiempo hacer hueco a la innovación, para vivir de forma más sobria y menos nociva para la naturaleza. Queremos relaciones sociales ordenadas, pero ninguna tutela. Queremos personas libres y seguras de sí mismas, que sin embargo sean capaces de obrar en común. Queremos protección frente a la violencia sin tener que soportar un Estado de lacayos y espías. Habría que eliminar de sus puestos a los vagos y a los fanfarrones, pero no queremos que esto perjudique a las personas socialmente débiles o inermes.

Esto revela la esperanza de transformar radicalmente su propio Estado y darle una orientación democrática y basada en la justicia social para que pudiera ser una alternativa a la República Federal capitalista. No lo consiguieron. Sin embargo, quien —como Michael Benjamin— se pregunte qué ha quedado de la RDA encontrará lo que busca en el legado de la revolución pacífica. Walter Benjamin la había anticipado. «Hay que dejar de lado la vana pretensión de poder ofrecer soluciones para toda la humanidad, incluso la jactanciosa perspectiva de los ‘sistemas totales’, e intentar construir la vida de los hombres de modo que pueda transcurrir con la misma tranquilidad con la que afronta el día un hombre razonable que haya dormido bien».

EPÍLOGO

El proceso al grupo Clandestinidad Nacionalsocialista (NSU) y Beate Zschäpe y sus cómplices incita a confrontarse, no solo con la República Federal Alemana actual, sino también con su historia de posguerra. Se trata de analizar cómo se elaboró la historia del nacionalsocialismo en las décadas posteriores a 1945 en los dos Estados alemanes. Está documentado que en el Oeste la clase dirigente del Estado nazi pudo convertirse *de facto* en la nueva élite, pero desconocemos las continuidades que eso implicó en el ámbito de la Justicia, en las administraciones y en la economía, así como en la memoria de doce años terribles de la historia alemana que costaron muchas vidas.

Hoy disponemos de investigaciones como las que abordan la relación del Ministerio de Asuntos Exteriores con su pasado. Revelan que durante mucho tiempo, aún después de 1949, los cuadros del NSDAP siguieron llevando la voz cantante. Al igual que la investigación en tres volúmenes sobre los enredos de la Oficina Federal de Investigación Criminal (BKA), que por un tiempo pareció casi una copia de la Oficina Central de Seguridad del *Reich* .

Ahora le toca al Ministerio de Justicia, y con ello a la asunción directa de la Justicia nazi, de sus jueces y sus fiscales, en el Estado democrático. Los servicios secretos en Pullach han permitido que se examine su historia durante la posguerra, y también allí se podrá ver cómo las viejas élites se apoderaron del nuevo Estado. Sobre todo en los años cincuenta y sesenta, la

República Federal parecía a menudo la continuación del Estado nazi filmado en la atmósfera del *Heimatfilm* , solo que sin Hitler y Goebbels.

Después de 1945, ninguno de los dos Estados alemanes podía salir de la sombra que proyectaban los intereses de sus respectivas potencias dirigentes; hasta ese punto estaban implicadas las dos grandes potencias durante la Guerra Fría. No era una época que se distinguiera por estimular la memoria, que en parte hoy sí vuelve a estar a la orden del día. Los Benjamin, una familia alemana. Sus vidas se enfrentan al olvido y a una retórica que hoy vuelve a inflarse de nacionalismo.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

Aly, Götz, *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus* , Fráncfort del Meno, Fischer, 2006.

Arendt, Hannah, *Eichmann en Jerusalén* , trad. de Carlos Ribalta, Barcelona, DeBolsillo, 2017.

Arendt, Hannah, *Ensayos de comprensión* , trad. de Agustín Serrano de Haro, Madrid, Caparrós, 2005.

Baumann, Imanuel; Reinke, Herbert; Stephan, Andrej; Wagner, Patrick; Bundeskriminalamt, Kriminalisches Institut (eds.), *Schatten der Vergangenheit. Das BKA und seine Gründungsgeneration in der frühen Bundesrepublik* , Colonia, BKA /Luchterhand, 2011.

Benjamin, Hilde, *Georg Benjamin. Eine Biographie* , Leipzig, Hirzel, 1977.

Benjamin, Michael, *Das Vermächtnis* , ed. de Werner Wüste, Berlín, Edition Ost das neue Berlin, 2006.

Benjamin, Walter, «Sobre el concepto de historia», trad. de Alfredo Brotons, *Obras* , libro I/vol. 2, Madrid, Abada, 2008, pp. 303-318.

Benjamin, Walter, «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», trad. de Alfredo Brotons, *Obras* , libro I/vol. 2, Madrid, Abada, 2008, pp. 49-85.

Benjamin, Walter, *Infancia en Berlín hacia el mil novecientos* , trad. de Jorge Navarro, Madrid, Abada, 2011.

Botsch, Gideon, *Die extreme Rechte in der Bundesrepublik Deutschland: 1949 bis heute* , Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2012.

Brentzel, Marianne, *Die Machtfrau: Hilde Benjamin 1902-1989* , Berlín, Ch. Links, 1997.

Conze, Eckart; Frei, Norbert; Hayes, Peter; Zimmermann, Moshe, *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik* , Múnich, Blessing, 2001.

Curilla, Wolfgang, *Die Deutsche Ordnungspolizei und der Holocaust im Baltikum und in Weißrussland, 1941-1944* , Paderborn, Schöningh, 2006.

Deutschkron, Inge, *Mein Leben nach dem Überleben* , Berlín, dtv, 2001.

Deutschkron, Inge, *Emigranto. Vom Überleben in fremden Sprachen* , Berlín, Transit, 2001.

Diehl, Ernst (ed.), *Geschichte der Sozialistischen Einheitspartei Deutschlands. Abriß* , Berlín, Dietz, 1978.

Draexler-Just, Heide, *Sprecherlaubnis. Ein Tagebuch aus der DDR* , Berlín, Berliner Vorwärts Verlagsgesellschaft, 2005.

Ebermayer, Erich, *Eh' ich's vergesse… Erinnerungen an Gerhart Hauptmann, Thomas Mann, Klaus Mann, Gustaf Gründgens, Emil Jannings und Stefan Zweig* , Múnich, Langen-Müller, 2005.

Fittko, Lisa, *De Berlín a los Pirineos* , trad. de Anton Dietrich y Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Anaya, 1997.

Flügge, Manfred, *Die vier Leben der Marta Feuchtwanger* , Berlín, Aufbau, 2008.

Frankl, Viktor E., *A pesar de todo, decir sí a la vida* , trad. de Carlos Díaz, Barcelona, Plataforma, 2016.

Frei, Norbert, *Karrieren im Zwielicht. Hitlers Eliten nach 1945* , Berlín, Campus, 2001.

Fuld, Werner, *Walter Benjamin. Zwischen den Stühlen* , Múnich, Hanser, 1979.

Hachmeister, Lutz; Siering, Friedemann, *Die Herren Journalisten. Die Elite der deutschen Presse nach 1945* , Múnich, Beck, 2002.

Haffner, Sebastian, *Die Deutsche Revolution 1918/19* , Colonia, Anaconda, 2008.

Hecht, Ben, *Revolution im Wasserglas. Geschichten aus Deutschland 1919* , Berlín, Berenberg, 2006.

Hessel, Stéphane, *Mi baile con el siglo. Memorias* , trad. de Joan Rimbau, Barcelona, Destino, 2011.

Klee, Ernst, *Was sie taten – was sie wurden. Ärzte und Juristen und andere Beteiligte an den Kranken-und Judenmorden* , Fráncfort del Meno, Fischer, 1986.

Kogon, Eugen, *El estado de la SS . El sistema de los campos de concentración alemanes* , trad. de Enrique Gimbernat, Barcelona, Alba, 2005.

Kramer, Sven, *Walter Benjamin zur Einführung* , Hamburgo, Junius, 2003.

Krockow, Christian von, *Hitler und seine Deutschen* , Múnich, List, 2001.

Lanzmann, Claude, *Shoah* , trad. de Federico de Carlos Otto, Madrid, Arena Libros, 2003.

Leonhard, Wolfgang, *Meine Geschichte der DDR* , Hamburgo, Rowohlt, 2007.

Liebmann, Irina, *Wäre es schön? Es wäre schön!* , Berlín, Berlin Verlag, 2008.

Lillteicher, Jürgen (ed.), *Profiteure des NS-Systems? Deutsche Unternehmen und das 'Dritte Reich'* , Berlín, Nicolaische Verlagsbuchhandlung, 2006.

Mayenburg, Ruth von, *Hotel Lux. Die Menschenfalle* , Múnich, Elisabeth Sandmann, 2011.

Mayer, Hans, *Wendezeiten. Über Deutsche und Deutschland* , Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1995.

Mitscherlich, Alexander; Mitscherlich, Margarete, *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens* , Múnich, Bertelsmann, 1977.

Nachama, Andreas; Hesse, Klaus (eds.), *Vor allen Augen. Die Deportation der Juden und die Versteigerung ihres Eigentums* , Berlín, Hentrich und Hentrich, 2011.

Pingel-Schliemann, Sandra, *Zersetzen. Strategie einer Diktatur* , Berlín, Robert-Havemann-Gesellschaft, 2002.

Puttnies, Hans; Smith, Gary, *Benjaminiana. Eine biographische Recherche* , Giessen, Anabas, 1991.

Rosh, Lea; Jäckel, Eberhard, *'Der Tod ist ein Meister aus Deutschland'. Deportation und Ermordung der Juden: Kollaboration und Verweigerung in Europa* , Hamburgo, Komet, 1990.

Schreiber, Jürgen, *Die Stasi lebt. Berichte aus einem unterwanderten Land* , Múnich, Knaur, 2009.

Schädlich, Susanne, *Immer wieder Dezember. Der Westen, die Stasi, der Onkel und mich* , Múnich, Knaur, 2009.

Schöck-Quinteros, Eva, «Dora Benjamin: '… denn ich hoffe nach dem Krieg in Amerika arbeiten zu können'. Stationen einer vertriebenen Wissenschaftlerin (1901-1946)», en E. Dickmann y E. Schöck-Quinteros (eds.), *Barrieren und Karrieren: Die Anfänge des Frauenstudiums in Deutschland* , Berlín, Trafo, 2000, pp. 71-102.

Sommer, Theo, *1945 – Biographie eines Jahres* , Hamburgo, Rowohlt, 2005.

Spira, Leopold, *Feindbild 'Jud'. 100 Jahre politischer Antisemitismus in Österreich* , Viena/Múnich, Löcker, 1981.

Stern, Carola, *In den Netzen der Erinnerung. Lebensgeschichten zweier Menschen* , Hamburgo, Rowohlt, 1989.

Stulz-Herrnstadt, Nadja; Herrstadt, Rudolf (eds.), *Das Herrnstadt-Dokument. Das Politbüro der* SED *und die Geschichte des 17. Juni 1953* , Hamburgo, Rowohlt, 1990.

Treß, Werner, *'Wider den undeutschen Geist'. Bücherverbrennung 1933* , Berlín, Parthas, 2003.

Widerstand und Exil der Deutschen Arbeiterbewegung 1933-1945 , ed. de Bundeszentrale für politische Bildung, Bonn, Neue Gesellschaft, 1982.

Winter, Irina, *Georg Benjamin, Arzt und Kommunist* , Berlín, Volk und Gesundheit, 1965.

Wissenschaft und Gesellschaft in der DDR , introd. de Peter Christian Ludz, Múnich, Hanser, 1971.

Wojak, Irmtrud, *Fritz Bauer 1903-1968* , Múnich, Buxus, 2011. Wolf, Christa, *Un día del año (1960-2000)* , trad. de Carmen Gauger, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2003.

Wolf, Christa, *Rede, das ich Dich sehe. Essays, Reden, Gespräche* , Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2012.

Wolf, Christa, *La ciudad de los Ángeles o el abrigo del doctor Freud* , trad. de Carmen Gauger, Madrid, Alianza, 2012.

Las cartas, diarios y mensajes de Georg y Hilde Benjamin provienen del archivo privado de Ursula Benjamin, en Berlín.

Las cartas de Dora a Walter Benjamin están en el archivo de la Akademie der Künste de Berlín.

Los errores ortográficos y de puntuación han sido corregidos.

El capítulo «¿Dónde está Dora?» sigue en su estructura, en el texto y las fuentes el ensayo de Eva Schöck-Quinteros.

AGRADECIMIENTOS

Un libro como este requiere ayuda. Mi agradecimiento va en primer lugar a Franziska Günther, mi inteligente y obstinada lectora editorial, cuyos consejos han ayudado a equilibrar la redacción. Y, por supuesto, a Ursula Benjamin, que ha confiado en mí abriéndome los archivos que han hecho posible este libro, permitiéndome abordar adecuadamente el tema. A mi amigo Gerd Weiberg, que con su gran conocimiento de Walter Benjamin me ha ayudado leyendo el texto. A Robert Jarisch, que me ha aliviado de buena parte del trabajo de archivo, y a Jörg Hafkemeyer, que ha leído los borradores y me ha animado en el proceso, al igual que Jürgen Leinemann. Y gracias una y otra vez a mi mujer Sabine, cuyos juicios, sobre lo que estaba logrado y lo que no, me han estimulado a seguir adelante.

PROCEDENCIA DE LAS FOTOGRAFÍAS

Archivo privado de Ursula Benjamin, Berlín: 1 , 2 , 3 , 4 , 5 , 6 , 7 , 8 , 9 , 10 , 11 , 12 , 13 , 14 , 15
Picture Alliance, Fráncfort del Meno: 16

ÍNDICE DE NOMBRES

Powers, Francis Gary
Pritt, Denis Nowell
Proust, Marcel
Puttnies, Hans

Rabehl, Bernd
Ranke, Hans
Rathenau, Walter
Reinhardt, Max
Reitz, Edgar
Remer, Otto Ernst
Riedel, Heinz Gerhard
Rökk, Marika
Rorschach, Hermann
Ruge, Eugen
Ruge, Wolfgang
Rühmann, Heinz

Schädlich, Hans Joachim
Schäuble, Wolfgang
Scheidemann, Philipp
Schnitzler, Arthur
Schöck-Quinteros, Eva
Schoenbachler, G. A.
Scholem, Gerhard (Gershom)
Scholl, Hans
Scholl, Sophie
Schönflies, Elise
Schönflies, Simon Markus
Selz, Jean
Semprún, Jorge
Servet, Miguel
Shukov, Georgi
Siebenhaar, Klaus
Siering, Friedemann
Simon, Anette
Simon, James
Six, Franz Alfred
Smith, Gary
Snopek, Betty
Snopek, Ludwig
Snopek, Philip
Snopek, Sara
Stalin, Iósif
Stauffenberg, Claus Schenk von
Stavisky, Serge
Stolleis, Michael

Strasser, Ernest
Strauß, Franz-Josef
Strauss, Lili

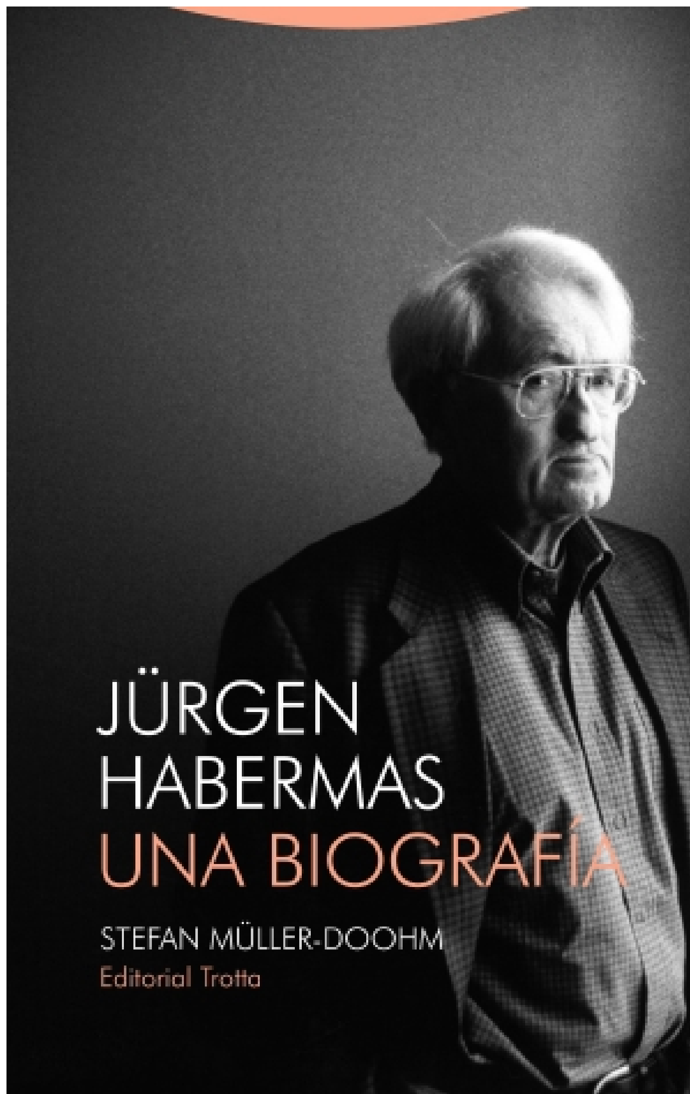
Teufel, Erwin
Thälmann, Ernst
Thurau, Egon
Tucholsky, Kurt
Tüngel, Richard

Ulbricht, Lotte
Ulbricht, Walter

Wagenknecht, Sahra
Waldoff, Claire
Wander, Maxie
Weil, Felix
Weil, Hermann
Weill, Kurt
Weizsäcker, Richard von
Wessel, Horst
Wolf, Christa
Wolf, Friedrich
Wolf, Konrad
Wolfers, Luise
Wolff, Frank
Wolff, Georg
Wolff, Karl Dietrich
Wolff, Reinhart
Wunsch, Hilde
Wüste, Ernst
Wüste, Werner
Wyneken, Gustav

Yorck von Wartenburg, Peter

Zetkin, Clara
Zille, Heinrich
Zinn, Georg August
Zivier, Georg
Zschäpe, Beate
Zucker, Samuel



Jürgen Habermas

Müller-Doohm, Stefan

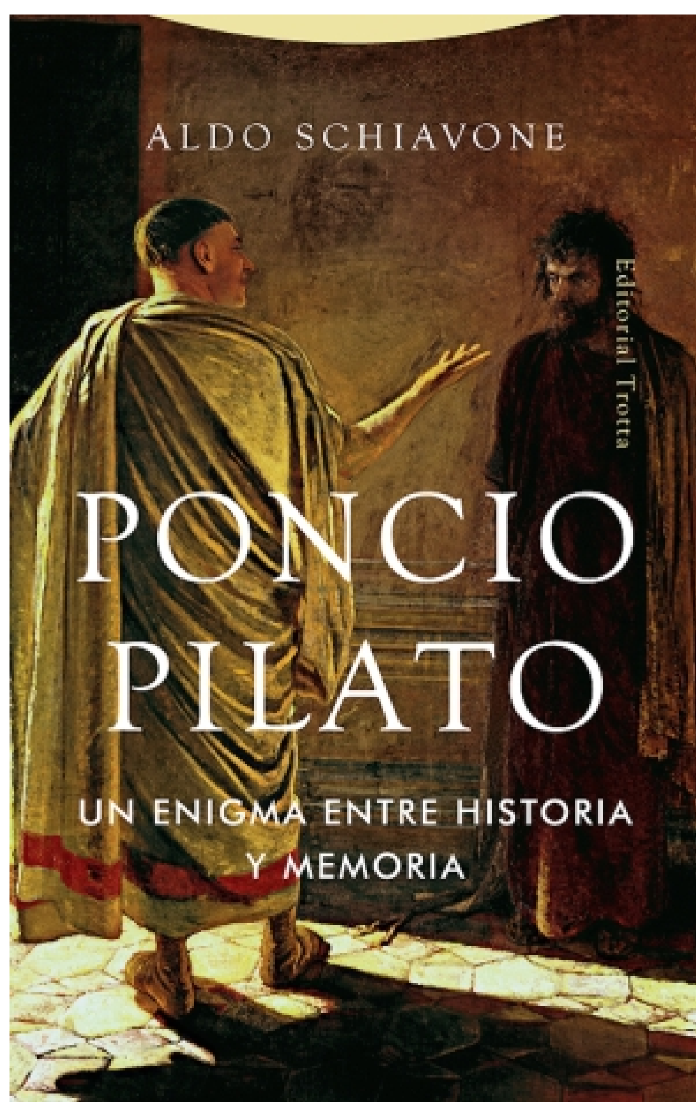
9788498798388

648 Páginas

"Paladín de la modernidad" y "maestro de la comunicación", "polemista de Fráncfort" y "conciencia moral pública de la cultura política": tales son algunos de los epítetos de los que se ha hecho merecedor Jürgen Habermas. Con razón se ha dicho de él que "no solo es el filósofo vivo más famoso del mundo, sino que su propia fama es famosa". Pero si su figura como pensador resulta noticiable, y hasta puede parecer fascinante, es porque supo abandonar una y otra vez el ámbito protegido de la vida académica para intervenir en los debates de la esfera pública. "Es la irritabilidad", dice el propio Habermas de sí mismo, "lo que convierte a un sabio en intelectual". Reconstruir el intrincado entrelazamiento entre el oficio del filósofo y teórico social y el oficio del intelectual público es el objeto de esta biografía. Por ello, sus páginas no se limitan a narrar, de la mano de los textos del propio Habermas, la gestación y maduración de una obra filosófica ingente a través de sus distintas etapas, que han supuesto la elaboración de una "teoría de la acción comunicativa" plasmada en un lenguaje y un estilo de pensar inconfundibles. Revelan, además, la entraña de ese colosal esfuerzo de comprensión teórica en el afán de sentar las bases de una cultura política democrática y deliberativa. De ahí la presencia, en esta biografía, de las controversias que han agitado la opinión pública alemana e internacional, como la polémica de 1953 sobre Heidegger, las protestas estudiantiles de 1967, la disputa de los historiadores de 1986, los distintos debates sobre el rearme y la desobediencia civil, la reunificación alemana, la Unión Europea, el asilo político, la tecnología genética, el conflicto de Kosovo o las guerras del Golfo, o la discusión, que se prolonga hasta hoy, sobre el lugar de la religión en la sociedad postsecular. "La razón comunicativa", recuerda Habermas, "es ciertamente una tabla insegura y vacilante, pero no se ahoga en el mar de las contingencias, aun cuando tal estremecimiento en alta mar sea el único modo como puede 'dominar' las contingencias". -"Una biografía del filósofo alemán, de 90 años, permite rastrear las grandes polémicas intelectuales del último medio siglo. Su defensa de los valores de la Ilustración y su crítica a la amnesia respecto al pasado nazi han hecho de él una conciencia moral de Europa". (Babelia) -"La biografía de Jürgen Habermas vuelve a exhibir ante los ojos del lector todos los grandes debates de las últimas décadas y en los que el filósofo dejó una impronta decisiva, como la disputa de los historiadores, el conflicto sobre la guerra de Kosovo o, en fin, sobre la política de Europa". (Alexander Camman, Die Zeit) -"Pocos tendrían algo que objetar al

veredicto de que Habermas ha logrado —tanto en su obra filosófica como en su papel de intelectual público— un lugar de perdurable importancia que sobrepasa el de cualquier otro pensador de nuestro tiempo. La definitiva nueva biografía de Stefan Müller-Doohm… expone las pruebas que avalan esta conclusión con gran cuidado y enorme simpatía hacia su protagonista". (The Nation) -"El filósofo Jürgen Habermas es uno de los últimos intelectuales de estatura mundial. Los diagnósticos que viene haciendo desde hace medio siglo sobre la sociedad contemporánea, los conceptos que ha acuñado o desarrollado —como los de "esfera pública", "acción comunicativa" o "cosmopolitismo"— y que cubren prácticamente todo el campo de las ciencias sociales han estimulado considerablemente el debate político". (Le Soir)

El fenómeno místico aparece como una constante universal en todas las formaciones religiosas. En nuestros días, se da además la novedosa reivindicación de una"mística profana" que tendría lugar fuera de los márgenes de la religión. Pero, aparte de los campos de la teología y la espiritualidad, fueron la psiquiatría, la psicología y, después, el psicoanálisis las disciplinas que mostraron un mayor interés en la experiencia mística. La irrupción de intensas vivencias afectivas, a veces acompañadas de fenómenos especiales como son las visiones y revelaciones, hicieron pensar que los dinamismos negados de la conciencia encontraban en este tipo de experiencia una oportunidad única de expresión y reconocimiento. El carácter regresivo, insano, o propulsivo y benéfico que pudiera comportar la vivencia mística fue y sigue siendo objeto de una encendida controversia. Pero, más allá de la cuestión clínica, el fenómeno místico se presenta como una particular forma de experiencia en la que las estructuras psíquicas más profundas se encuentran inequívocamente comprometidas. Determinar cuáles son esas dimensiones del psiquismo implicadas y el sentido que puedan tener en la dinámica global de la personalidad constituye un objetivo central del presente estudio. El análisis se limita a la mística occidental y, dentro de ella, se pretende determinar cuál pueda ser el significado de ese Otro con el que el místico se vincula en amor y gozo. Un Otro que simultáneamente puede provenir de ese "más acá" de la conciencia, en lo que sería el mundo inconsciente y, paralelamente, podría estar remitiendo también a un "más allá" de la misma, a una realidad trascendente, sagrada o no, con la que el místico dice estar en relación. El lugar de ese Otro en los místicos de Occidente supone así un reto apasionante al que esta obra intenta aproximarse.



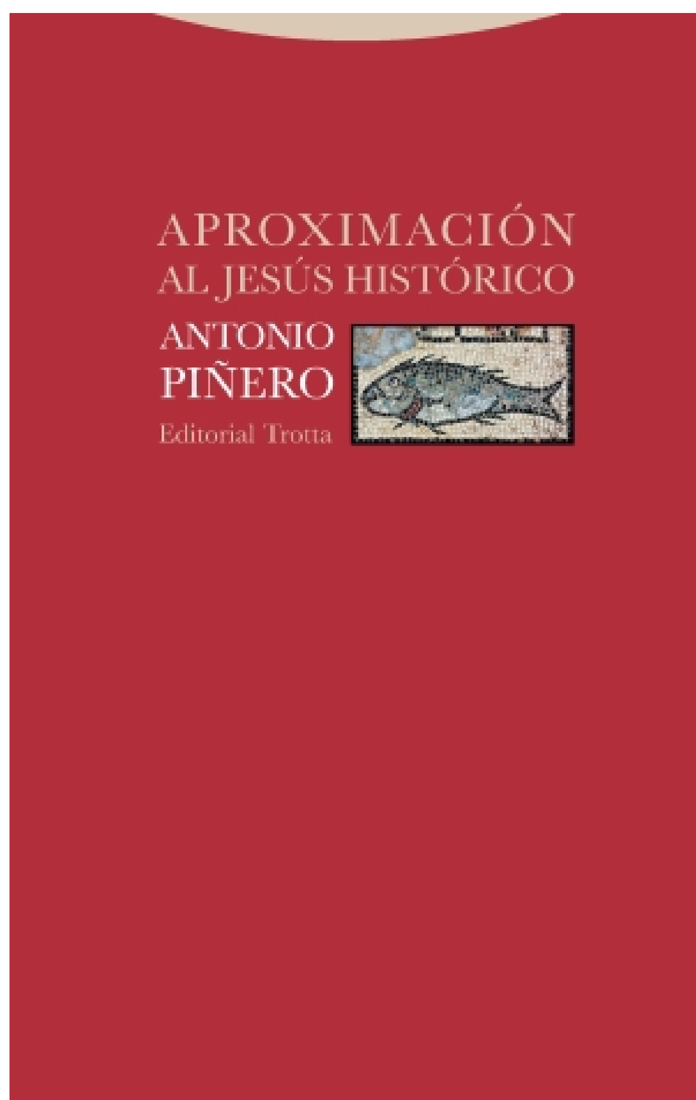
Poncio Pilato

Schiavone, Aldo

9788498798555

202 Páginas

La figura de Poncio Pilato se encuentra en la intersección entre la memoria y la historia. Por una parte, los Evangelios, grandes laboratorios de la memoria religiosa cristiana, que inauguran un nuevo modelo de comunicación literaria que combina composición escrita y tradición oral. Es a propósito de la muerte de Jesús, eje de su estrategia narrativa, como dan cuenta de Pilato,sobre todo el Evangelio de Juan. Por otra parte, dos intelectuales del siglo I, Flavio Josefo y Filón de Alejandría, que escribieron sobre Pilato en el contexto de los hechos acaecidos en la Judea romana durante los principados de Tiberio y Calígula. A partir de estas fuentes, Aldo Schiavone elabora el retrato del prefecto de Judea reconstruyendo minuciosamente los hechos que condujeron a la muerte de Jesús. De los personajes históricos vinculados a este acontecimiento culminante de la narración cristiana, punto de contacto entre la rememoración evangélica y la historia imperial, fue Pilato el que desempeñó el papel decisivo. El juicio sobre su proceder, así como sobre el peso que en él ejercieron las contingencias del momento, ha provocado disputas sin término. ¿A quién se le atribuía la responsabilidad de la cruz? ¿Fueron los judíos —el pueblo "deicida" del cristianismo más intransigente— o los romanos quienes quisieron la muerte de Jesús? Y en consecuencia ¿cuál fue en verdad el papel de Pilato? ¿El de un déspota?, ¿un cómplice?, ¿un inepto? -"Este ensayo del erudito italiano Aldo Schiavone es uno de los trabajos más importantes sobre Pilato que se han publicado en los últimos años". (El País) -"Aldo Schiavone es un académico, romanista, ensayista, con una larga y compleja trayectoria académica. Su Poncio Pilato, escrito con elegancia, nos introduce de lleno no solo en la descripción del personaje sino en la sustancia de los acontecimientos que le hicieron pasar a la historia". (ABC Cultural) -"El historiador Aldo Schiavone revisa la figura del prefecto que juzgó a Jesús para explicar su ambigüedad y desterrar mitos: es inverosímil que se lavara las manos". (El País)



Aproximación al Jesús histórico

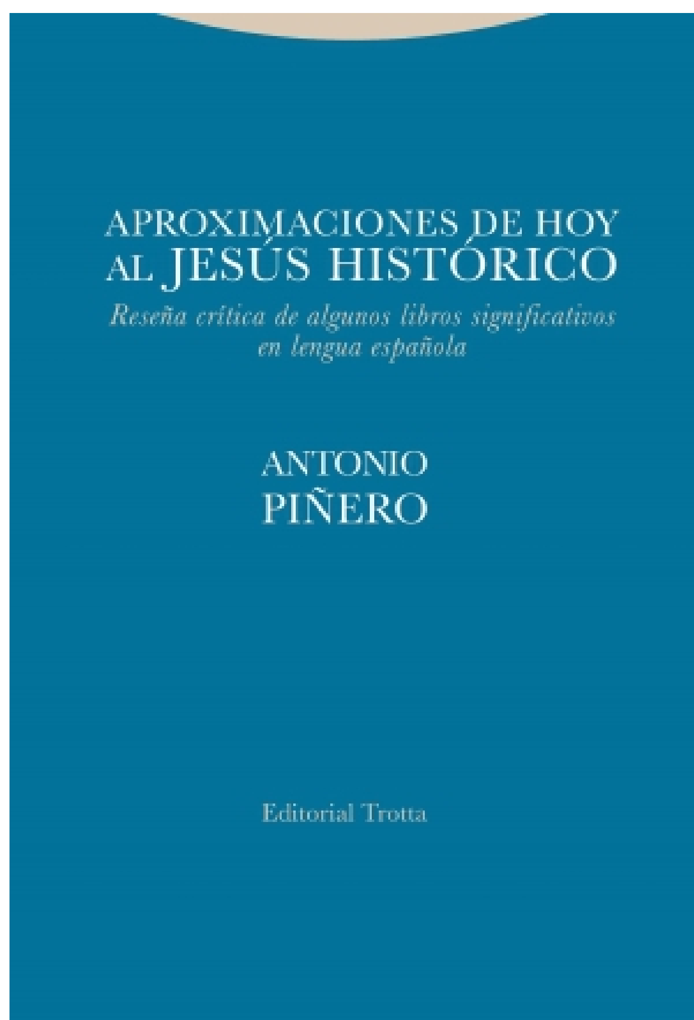
Piñero, Antonio

9788498798210

344 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Es verdad que Jesús nunca existió como muchos afirman? Y si se acepta su historicidad, ¿cómo sabemos qué fue lo que dijo o hizo verdaderamente? ¿Hay sistemas o métodos para averiguar qué es histórico y qué no en lo que se cuenta de Jesús? ¿Qué valor tienen en general textos, los evangelios, que se nos han transmitido sobre él desde tiempos remotos? O también, ¿cómo se puede obtener algo que se acerque a la verdad de tanto como se ha escrito sobre Jesús, en especial desde la época de la Ilustración? Y por fin, ¿por qué los estudiosos en general parecen rechazar arbitrariamente unos pasajes de los evangelios como "falsos" y aceptan otros como "verdaderos"? Todas estas son preguntas reales, formuladas al autor directa y personalmente, que surgen de forma espontánea en cualquiera que se interesa por Jesús. A lo largo del libro el lector percibirá cómo utilizando científicamente los métodos que se describen en él, y observando los ejemplos ilustrativos, es posible aproximarse históricamente a la figura de Jesús de Nazaret. Este libro sirve además de ayuda e introducción al estudio concreto de los evangelios, de modo que se consiga tener una noción suficientemente clara de su valor literario e histórico y de las razones de ello. Está compuesto desde el punto de vista estrictamente histórico y de la crítica literaria, sin estar supeditado a ninguna confesión religiosa, pero igualmente sin practicar militancia ideológica alguna. Es una presentación sencilla, en lo posible, ordenada y (casi) completa de los métodos utilizados por la ciencia histórica para aproximarse a las primeras fuentes sobre Jesús.


APROXIMACIONES DE HOY
AL JESÚS HISTÓRICO
Reseña crítica de algunos libros significativos
en lengua española
ANTONIO
PIÑERO
Editorial Trotta

componiendo en años recientes. La primera parte trata de aquellas aproximaciones que el autor considera fallidas o imperfectas desde el punto de vista histórico-crítico; la segunda parte, de las que intentan presentar a Jesús desde la mera perspectiva histórica. Tanto críticas como alabanzas pretenden ser una guía para entender lo que puede considerarse una aproximación correcta a la esquiva figura de Jesús de Nazaret.

Table of Contents